

Ciento veinte años después de su muerte, el cuerpo del Padre Christian Rosenkreuz permanecía en perfecto estado de conservación en una cripta heptagonal...

Así reza parte de la leyenda relativa al nacimiento de la Hermandad de la Rosa Cruz, con su misterioso fundador Christian Rosenkreuz, precursor de los muchos "maestros secretos" que tan profunda influencia han tenido en la evolución del ocultismo occidental.

La alquimia, la francmasonería, la orden hermética del Amanecer Dorado (Golden Dawn) y la literatura han quedado enriquecidas por la leyenda y el simbolismo del fenómeno rosacruz. Pero ¿quiénes eran los rosacruces y cómo llegaron a ejercer tan gran influjo en la tradición esotérica occidental?

Aquí —por primera vez— se narra completa, la extraña historia de la Rosa Cruz, desde sus oscuros comienzos en el siglo XVII hasta las numerosas ramificaciones existentes en la actualidad.

Ilustración

Cubierta: La Tumba de Christian Rosenkreuz (siglo XVII).

ISBN 84-7640-233-3



LA TABLA DE ESMERALDA

LOS ROSACRUCES • Christopher McIntosh

LOS ROSACRUCES



Historia y Mitología
de una Orden Oculta

CHRISTOPHER McINTOSH

Prefacio de
COLIN WILSON



LA TABLA DE ESMERALDA

CHRISTOPHER McINTOSH

LOS ROSACRUCES

**HISTORIA, MITOLOGIA Y RITUALES
DE UNA ORDEN OCULTA**

Prefacio de Colin Wilson

LA TABLA DE ESMERALDA

Título del original inglés
THE ROSICRUCIANS

Traducido por:
ALVARO IBERNIA

- © 1987 CHRISTOPHER McINTOSH
© De la traducción, Editorial EDAF, S. A.
© 1988, Editorial EDAF, S. A. Jorge Juan, 30, Madrid.
Para la edición en español por acuerdo con THORSONS PUBLISHING GROUP,
NORTHANS (Inglaterra).

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

D.L.: M-22713-1988
I.S.B.N.: 84-7640-233-3

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Imprime Cofás, S. A. Polígono Industrial Calfersa. Fuenlabrada

INDICE

	<i>Págs.</i>
LISTA DE ILUSTRACIONES	7
PREFACIO	9
INTRODUCCION	19
1. EL REDESCUBRIMIENTO DE ANTIGUAS DOCTRINAS	29
2. LA TRADICION ESOTERICA EN ALEMANIA	39
3. EL CIRCULO DE TUBINGA	51
4. CONSECUENCIAS DE LOS MANIFIESTOS	65
5. LA EXPANSION DE LAS IDEAS ROSACRUCES	73
6. EN BUSCA DE LA PIEDRA FILOSOFAL	89
7. LA ROSA CRUZ DORADA (DIE GOLD-UND ROSENKREUZ)	101
8. UN MONARCA ROSACRUZ	117
9. EL RESURGIMIENTO EN FRANCIA	125
10. EL AMANECER DORADO (<i>THE GOLDEN DAWN</i>). ANTECEDEN- TES Y RAMIFICACIONES	137
11. EL ADEPTO ROSACRUZ: HEROE Y VILLANO	149
12. MOVIMIENTOS ROSACRUCES CONTEMPORANEOS	163
CONCLUSION	185
APENDICE: EL GRADO ROSA CRUZ DE HEREDOM (<i>ROSE CROIX</i> <i>OF HEREDOM</i>)	189
BIBLIOGRAFIA ESCOGIDA	193
INDICE	197

LISTA DE ILUSTRACIONES

1. Dibujos proféticos de la *Naometría* de Simon Studion (1604).
2. Johann Valentin Andreae.
3. Diseño en forma de rosa del mensaje navideño enviado por Michael Maier al rey Jacobo I de Inglaterra.
4. Portada de *Summun Bonum*, Parte IV (1629), de Robert Fludd.
5. Portada de la primera parte de *Símbolos secretos de los rosacruces* (1785).
6. Joya rosacruz (de *Símbolos Secretos*).
7. Rosa Cruz con la figura de Cristo en el centro, de *Símbolos Secretos*.
8. La Tabla Esmeralda de Hermes.
9. Creación del mundo a partir del agua y el fuego, de *Compass der Weisen* (1779).
10. Joya masónica alemana del Grado Rosa Cruz (18).
11. Ilustración de *Aleph*, de Archarion.
12. La Trinidad (de *Aleph*).
13. Stanislas de Guaita.
14. Joséphin Péladan.
15. Variaciones del motivo de la rosa-cruz.
16. Cruz utilizada por la Cofradía de la Rosa Cruz (de A. E. Waite).

Venarable Hermandad, tan sagrada y tan ignota, de cuyos preciosos archivos secretos se han extraído los materiales para esta historia; tú que has guardado, siglo tras siglo, todo lo que el tiempo ha preservado de la augusta y venerable ciencia... Muchos han simulado pertenecer a tu grupo; muchos espúreos farsantes han sido considerados adeptos por la erudita ignorancia que, atónita y perpleja, se sigue viendo obligada a confesar que nada sabe de tu origen, ceremonias o doctrinas, y ni siquiera si posees ya morada terrenal en este mundo.

EDWARD BULWER-LYTTON, *Zanoni*.

PREFACIO

En 1895, W. B. Yeats escribió un ensayo titulado «The Body of the Father Christian Rosencrux», que comienza describiendo cómo el fundador del rosacrucismo fue depositado en una noble tumba, circundada de lámparas perpetuas, en la que permaneció durante muchas generaciones, hasta que fue casualmente descubierto por estudiantes de la misma orden mágica. Una vez dicho esto, Yeats pasa a atacar el criticismo moderno, acusándolo de sepultar la imaginación y proclamando que «los antiguos y los isabelinos se entregaban a la imaginación como una mujer se abandona al amor, y crearon seres que, por comparación, convertían en meras sombras a la gente de este mundo...».

En general, la imagen de Christian Rosenkreuz parece poco relevante hasta que llegamos a esta frase: «No puedo dejar de pensar que esta época de criticismo está a punto de pasar, y que no tardará en surgir en su lugar una época de imaginación, de emociones, de disposición del espíritu, de revelación; pues, en verdad, está al llegar la creencia en un mundo suprasensible...» Yeats muestra en esta frase su profunda comprensión del fenómeno rosacruz en su totalidad. De *eso* es de lo que trataba; *ésa* es la auténtica explicación de aquella extraordinaria «mistificación» cuyas consecuencias han seguido resonando durante tres siglos y medio.

Como Christopher McIntosh describe en estas páginas, la mencionada «mistificación» comenzó en 1614 con la publicación de un opúsculo titulado *Fama Fraternitatis de la Meritoria Orden de la Cruz Rosada*, que pretende ser una descripción de la vida del mago y místico Christian Rosenkreuz, el cual vivió 106 años, y cuyo

cadáver fue cuidadosamente escondido en una misteriosa tumba durante los 120 años siguientes. El autor del presente libro traduce «fama» por «declaración», pero mi diccionario de latín contiene las acepciones «habla común..., informe, rumor, dicho, tradición», así que no sería demasiado injusto traducir «fama» por mito o leyenda.

En cualquier caso, este misterioso panfleto (que se puede encontrar impreso completo, en forma de apéndice, en la obra *The Rosicrucian Enlightenment*, de Frances Yates) invita luego a todas las personas interesadas a que se hagan miembros de la Hermandad, informándoles de que lo único que tienen que hacer es dar a conocer su interés —bien de palabra o por escrito—, que la Hermandad sabrá de ellos y probablemente se pondrá en contacto con los aspirantes. Esto, por supuesto, constituye una velada afirmación de que poseen poderes mágicos, quizá una bola de cristal que les permitirá «sintonizar» con cualquiera que esté auténticamente interesado.

Según nos narra el Sr. McIntosh, aparecieron después otros dos opúsculos, y mucha gente se tomó la molestia de publicar contestaciones, indicando su ferviente deseo de hacerse adeptos. Que nosotros sepamos, nadie tuvo jamás noticias de la Hermandad. Y, sin embargo, la mera idea de su existencia provocó un tremendo apasionamiento. Era lo que todo el mundo había estado esperando, una suerte de profecía de la segunda venida de Cristo: «Sabemos que pasado un tiempo se producirá una reforma general tanto de los asuntos humanos como divinos, de acuerdo con nuestro deseo...» «La tierra del deseo del corazón» estaba a punto de convertirse en una realidad.

Christopher McIntosh sugiere, plausiblemente en mi opinión, que los dos primeros panfletos constituían, sin duda, el esfuerzo combinado de un grupo de filósofos idealistas de Tubinga, inspirados quizá por una «novela» anterior escrita por uno de ellos, Johann Valentin Andreae, titulada *Las Nupcias Químicas*, que fue publicada en 1616 como el tercer documento «rosacruz». Todo lo cual suscita una interesante cuestión: ¿Por qué solicitaban voluntarios y partidarios si no tenían intención de contestar? Si *eran* en verdad idealistas, ¿cuál era entonces la finalidad de todas esas maniobras?

En mi opinión, la «pista» principal a la respuesta se hallaría en una frase del testamento que Andreae redactó en 1634, a la edad de cuarenta y ocho años. Leemos: «Aunque abandono ahora la

Hermandad propiamente dicha, jamás abandonaré la verdadera Fraternidad Cristiana, que, bajo la Cruz, tiene la fragancia de la rosa y está apartada de la inmundicia de este siglo.» «La inmundicia de este siglo»: «este siglo inundo...»; la frase podría haber sido empleada por W. B. Yeats si su lenguaje hubiera sido un poco más enfático. En su autobiografía, Yeats cuenta que Ruskin le comentó una vez a su padre que, cuando recorría su trayecto diario hasta el Museo Británico, veía cómo los rostros que le rodeaban iban corrompiéndose más y más. Es poco creíble, por supuesto: las personas no cambian realmente tan deprisa ni hasta este punto. Pero el comentario expresa la ansiedad de un hombre que siente estar viviendo en una época en la que nadie se preocupa por las cosas que importan de verdad. Eliot expresó ese mismo sentimiento en *The Waste Land* y en *The Hollow Men*. La invención de Christian Rosenkreuz no es tanto una mistificación como un grito de rechazo y una exigencia de nuevos caminos: en pocas palabras, una especie de profecía. Ahora bien, merece la pena observar que existen aparentemente dos tipos de leyenda capaces de ejercer una enorme fascinación sobre la mente humana. La primera está imbuida de perversidad y horror: Fausto, Frankenstein, Drácula, Sweeney Todd, incluso Jack el Destripador. La segunda se ocupa no tanto de la bondad como de la magnificencia, de las naturalezas sobrehumanas; podemos encontrarla tanto en las leyendas de Hermes Trismegistos, el Rey Arturo, Parsifal y Merlín como en los actuales tebeos de Superman y Batman. En *Hellas*, Shelley utilizó la figura de un viejo judío, el Judío Errante de la Biblia, que vive «en una gruta marina en medio de los Demonios» y es un maestro de toda sabiduría; y, posteriormente, Yeats manifestó que se había hecho miembro de la Sociedad Teosófica porque deseaba creer en la existencia real del Viejo Judío, «o de su semejante».

Porque, naturalmente, las dos organizaciones «mágicas» a las que Yeats pertenecía —la Sociedad Teosófica y el Amanecer Dorado— habían seguido el ejemplo del libro del teólogo Andreae y se habían propuesto construir sus estructuras sobre mitos propagados como si se tratara de realidades: Madame Blavatsky afirmaba hallarse en comunicación con los maestros secretos del Tíbet, y, por su parte, la historia fundacional del Amanecer Dorado resulta tan circunstancial como el relato de la vida de C. Rosenkreuz. De acuerdo con dicha historia, un clérigo llamado Woodford estaba

revolviendo libros de ocasión en un tenderete de Farringdon Road cuando encontró un volumen escrito a mano en lenguaje cifrado; un amigo suyo, el Doctor William Wynn Westcott, identificó dicho lenguaje: había sido inventado por un alquimista del siglo XV, Triemius. Resultó que contenía cinco rituales mágicos para la iniciación de neófitos a una sociedad secreta. En el manuscrito había también una carta, en la que se decía que toda persona interesada en los rituales se pusiera en contacto con una cierta Fräulein Sprengel, de Stuttgart. Fue Fräulein Sprengel, representante de una orden mágica alemana, quien concedió a Westcott autorización para fundar el Amanecer Dorado.

Es posible que existiera en realidad el críptico manuscrito cifrado (aunque no sería hallado en un puesto de libros de Farringdon Road), pero no la carta que hablaba de Fräulein Sprengel, con toda seguridad, como tampoco la dama en cuestión. El caso es que el relato consiguió su efecto, y la sociedad Amanecer Dorado llegó a convertirse en una de las organizaciones mágicas más notables del siglo XIX. Y —como nos cuenta el Sr. McIntosh— la leyenda de Christian Rosenkreuz jugó un papel primordial en sus procedimientos mágicos.

Hace ahora escasas décadas, el Amanecer Dorado era tenido en muy poca estima por los eruditos literarios que tenían noticia de dicha sociedad. Asistí a unas clases nocturnas sobre Yeats un poco después de la Segunda Guerra Mundial, y recuerdo que nuestro profesor, el catedrático Philip Collins, nos comentaba cómo había esperado encontrar totalmente ridículas las observaciones del poeta sobre magia y ocultismo, y, en cambio, quedó sorprendido al constatar que poseían un matiz de sentido común muy alentador. De todas formas, el Sr. Collins daba por supuesto que el Amanecer Dorado era una sociedad creada por charlatanes y apoyada por papanatas. Y yo juraría que la mayoría de los catedráticos de literatura moderna siguen opinando lo mismo. Pero existe actualmente un gran número de estudiantes de «lo paranormal» dispuestos a admitir que, en cierta forma extraña, la «magia» puede producir efectos extraordinarios. Cualquiera que dude de ello debería leer el ensayo de Yeats sobre la magia (en *Ideas of Good and Evil*), en el que describe detalladamente una sesión mágica llevada a cabo por MacGregor Mathers (otro fundador del Amanecer Dorado) y

su esposa, sesión en la que Mathers consiguió controlar la imaginación de Yeats e inducir en él curiosas visiones.

Es importante hacer constar que la «magia» implica generalmente el control de estados mentales más que el logro de efectos físicos sobre la materia —brujas volando en escobas y todo eso—, aunque *pueden* producirse diversos efectos físicos. Todos los efectos mentales parten de la telepatía, mientras que los fenómenos físicos podrían considerarse «efectos poltergeist» deliberadamente producidos, es decir, que se consigue mover los objetos mediante algún curioso poder de la mente inconsciente. (Cada vez estoy más convencido de que la energía utilizada en tales casos es la misma que hace que se combe la varita de avellano en manos del zahorí: probablemente alguna forma de magnetismo terrestre que puede ser canalizado por el hemisferio cerebral derecho.) Parece claro que Mathers había aprendido un método para controlar esas energías, por lo general tan poco reconocidas.

No negaré que, a primera vista, parece haber escasa conexión entre este concepto de la «magia» y la historia del rosacrucismo tal como la explica Christopher McIntosh en las páginas siguientes. A pesar de ello, a medida que he ido leyendo su libro, he llegado a sentir la conexión cada vez con mayor intensidad. Esta impresión empezó a cristalizar cuando leí el fragmento correspondiente a Heráclito de Efeso (en el Capítulo 1), que creía que el universo muere como un organismo vivo y deja tras de sí una semilla de la que surge un nuevo universo. Todo en el cosmos se deriva de esa sustancia básica, una especie de fuego, y todo se mueve en un proceso cíclico.

Justo antes de leer eso había estado yo redactando el bosquejo de un libro de astronomía y describiendo la teoría del universo conocida como el *Big Bang*. Heráclito la describió con bastante precisión. De acuerdo con la teoría del *Big Bang* —de la que la evidencia es actualmente abrumadora—, el universo comenzó *realmente* (hace unos diez billones de años) como puro «fuego» indiferenciado del que posteriormente cristalizarían los diversos elementos, y todavía seguirá expandiéndose durante unos cuantos billones de años más, hasta que su propia gravedad haga que se derrumbe de nuevo. Al final se convertirá en una masa de materia concentrada cuyas dimensiones serán mucho mayores que las de la «masa crítica» requerida para crear un agujero negro. Con todo, y

de acuerdo con la teoría más reciente, un agujero negro no continúa desplomándose indefinidamente dentro de sí mismo, sino que acaba por explotar una vez más. Si esto es correcto, la explicación de Heráclito resultaría asombrosamente exacta; de hecho, el único detalle que el filósofo no llegó a captar es que la nueva «semilla» sería más pequeña que la anterior, ya que a lo largo del proceso descrito se perdería irremediabilmente gran cantidad de energía.

Se podría argüir que lo que hizo Heráclito no pasaría de ser una «elucubración bien fundamentada» sobre el universo. Pero cuando una conjetura se acerca *tanto* a la realidad, yo al menos empiezo a preguntarme si no sería algo más que pura labor de adivinación. Es decir: si existe alguna *otra* forma de conocer el universo, directa e intuitivamente. Los místicos así lo han afirmado siempre, y R. H. Ward —en su notable *Drug Taker's Notes*— nos habla de cierta experiencia «mística» que tuvo bajo los efectos de una anestesia dental. Cuenta que, después de unas cuentas inhalaciones, pasó «directamente a un estado de consciencia mucho más completo que el grado más intenso de consciencia normal de vigilia», e insiste en este punto repetidas veces, comentando cómo «aquella consciencia *disminuyó*» de nuevo hacia el estado normal de consciencia, y cómo «la oscuridad de lo que vanidosamente consideramos consciencia se cernió sobre mí» (esto es, empezaba a despertar de la anestesia).

Pero aún más interesante resulta la descripción que hace de su recorrido por lo que él denomina «una zona de ideas», en la que la percepción cognoscitiva era más intelectual que emocional. Y añade: «Uno no se limitaba a aprender una cosa aquí y otra allí (...), uno conocía todo cuanto hay que conocer.» Robert Graves ha descrito una experiencia mística similar en un relato titulado *The abominable Mr. Gunn* (él mismo me contó que era autobiográfico), y en ella resulta claro otra vez que la expresión «conocerlo todo» se utiliza en sentido literal, como si dispusiéramos de alguna extraña facultad que pudiera alcanzar y adquirir *cualquier* fragmento del conocimiento a su plena voluntad.

Entonces, si hay algo de verdad en esta teoría, se podría deducir que *existe* una tradición del conocimiento anterior al desarrollo de la conciencia intelectual moderna. Eso podría explicar por qué el hombre neolítico se tomó la molestia de construir enormes ordenadores de piedra, como Stonehenge, más de dos milenios

antes de que los caldeos (a quienes se atribuye generalmente el mérito de ser los primeros astrólogos) comenzasen a estudiar el firmamento.

En cualquier caso, parece claro que las doctrinas de Christian Rosenkreuz se basaban en las de los gnósticos y en el concepto que Christopher McIntosh ha expresado tan admirablemente mediante la analogía de que el hombre se halla «bajo el agua», mientras que la zona del conocimiento y la intuición cognoscitiva se encuentran por encima de la superficie. T. S. Eliot expresó eso mismo en estos versos de su poema *The Rock*:

*Nuestra visión es submarina;
nuestros ojos alzan la mirada
y ven la luz que se quiebra
por entre las aguas inquietas...*

Así que, en esencia, no estamos hablando de una mistificación ni de lo que podríamos llamar un «espejismo de la mente», sino del problema más profundo de la raza humana. Ward vuelve casi a poner el dedo en la llaga cuando dice que una parte de su persona sentía antipatía hacia su madre, por «obligarme a vivir dos vidas», o sea, la vida instintiva natural de un niño y la vida artificial y encorsetada «del mundo». Y continúa diciendo que, bajo los efectos del LSD, le parecía que los adultos echan a perder a los niños, al forzarlos a integrarse en la vida de este mundo, hasta el punto de que éstos acaban viviendo dos vidas, una secreta y otra adaptada a la aprobación de los adultos. Pero, en mi opinión, tales «desperfectos» no son inevitables. Por ejemplo, todos mis libros —desde *The Outsider* en adelante— tratan justamente de este tema: el rechazo del «mundo» que experimenta el «no integrado» y su deseo de recogerse hacia adentro, hacia un mundo de verdades que cree haber encontrado en lo más profundo de sí mismo. Así que quizá a mí no me han echado del todo a perder. El propio Ward manifiesta que le extraña no ser más perverso y lunático de lo que es, teniendo en cuenta la educación que ha recibido. La mayoría de nosotros sobrevive, pienso yo, en gran parte, gracias a que nuestra ansiedad interior es extraordinariamente intensa.

Y *eso* es lo que explica por qué el rosacrucismo ha continuado ejerciendo su influencia en la mente occidental. No es porque

seamos un hatajo de papanatas o porque nos gustaría creer en fantasías absurdas, no. En una leyenda como la de Christian Rosenkreuz creemos vislumbrar un reflejo de lo que *debiéramos* y *podríamos* ser. Si nos lo proponemos con suficiente determinación, la tenaza que constituye «el mundo» puede quebrarse, o al menos, podemos aflojarla hasta que deje de causarnos un sentimiento constante de irritación. El hombre es un planeta de doble estrella: se debate angustiado entre dos poderosas fuerzas gravitatorias y ha de aprender a volverse hacia su interior sin por ello perder el control que ejerce sobre el mundo exterior, y no, como Rimbaud, limitarse a un abandono al «ordenado desarreglo de los sentidos».

No estoy tratando de negar que gran parte del interés que existe hoy día por el ocultismo reside en un «escapismo» de lo más vulgar, pero sigo creyendo que lo que atrae a las mentes mejor dotadas es el *auténtico* contenido del «ocultismo».

El autor del presente trabajo se podría considerar un interesante ejemplo de lo que acabo de decir. Basta con echar un vistazo al libro para darse cuenta de que el Sr. McIntosh posee una mente educada que opera dentro de la tradición académica. Su primer libro, *The Astrologers and their Creed* (1969), es básicamente un brillante trabajo de investigación sobre la historia de la astrología. En el último capítulo, «El veredicto sobre la astrología», el autor concede que ésta no puede defenderse científicamente, pero luego cita las investigaciones de los Gauquelinos, aplicadas a estadísticas reales sobre personas nacidas bajo la influencia de Marte, Saturno, Júpiter, etc., para indicar que *sí* parece haber alguna base científica sólida que apoye la creencia en la influencia de los planetas sobre el temperamento humano. Podríamos decir que el libro es escéptico hasta las dos últimas páginas.

Su siguiente libro, *Eliphas Lévi and the French Occult Revival*—es de nuevo una excelente muestra de investigación biográfica: el único libro escrito en inglés sobre este importante «mago». El autor en ningún momento parece conceder demasiado crédito a las pretensiones mágicas de Lévi. Se interesa por Lévi como personalidad y como pensador, pero no realmente como mago.

Antes de escribir este prefacio, le pedí que me contara cómo había surgido su afán de investigar la historia de los rosacruces. Su respuesta fue muy interesante. Me comentó que se había sentido atraído por temas «ocultos» desde que estudiaba en la universidad

de Oxford a principios de los años 60. Se había tropezado con numerosas referencias a los rosacruces, pero el enorme —e indigesto— mamotreto escrito por A. E. Waite le dejó bastante confuso. Como siempre había disfrutado escribiendo sobre materias que le brindaran la oportunidad de «hacer de detective» —sobre todo cuando la cosa implicaba tener que leer en francés y alemán—, se dispuso a investigar las fuentes originales. Comenzó el presente libro en 1972, el año en que se publicó *Lévi*. Pero mientras lo escribía, su postura ante el tema se fue modificando: «Cuando empecé me hallaba atravesando una fase de fría objetividad académica en mi actitud frente a estos temas, y mi intención era examinar el rosacrucismo simplemente como un fenómeno histórico bastante curioso, sin esperar descubrir en ello ninguna enseñanza realmente profunda ni coherente. Desde entonces no sólo ha cambiado mi actitud —me he vuelto mucho más abierto a lo oculto—, sino que además he descubierto en el curso de mis indagaciones que el rosacrucismo profundiza más allá de lo que yo había podido percibir, y que contiene en verdad algo válido y coherente. Así que podría decir que este libro ha constituido una experiencia importante en mi vida. Me ha enseñado que, antes o después, cualquier investigador que estudie estas cuestiones desde un punto de vista académico tiene que tomar una decisión: si su disposición personal va a ser a favor o en contra. Intentar soslayar esta decisión y permanecer neutral supone la muerte, al menos para mí.»

Después de estas palabras, el Sr. McIntosh se disculpó por no haber logrado transmitir suficientemente ese sentido del auténtico significado profundo del pensamiento rosacruz. He leído por segunda vez su texto mecanográfico y creo poder tranquilizarle. He leído también la mayor parte de los trabajos importantes que se han publicado sobre el tema, y no tengo reparo en manifestar que el suyo es con mucho el mejor de todos. Y, como resulta que es también un relato interesante y apasionante, debería como mínimo suscitar el interés por C. Rosenkreuz que nuestro misterioso personaje se merece.

COLIN WILSON.

INTRODUCCION

Medio siglo antes de que el término «rosacruz» se empezara a utilizar, Nostradamus —astrólogo y adivino provenzal del siglo XVI— escribió:

*Surgirá una nueva secta de filósofos
que despreciarán la muerte, el oro,
honores y riquezas;
Cerca de los montes alemanes vivirán,
y contarán con gran contingente de personas
que les seguirán y apoyarán.¹*

En este poema, escrito hacia 1555, Nostradamus parece haber efectuado una predicción de notable exactitud sobre la hermandad rosacruz tal como la describen sus partidarios. Esta «nueva secta de filósofos» que surgió en Alemania a principios del siglo XVII, rechazó las satisfacciones materiales en favor de las espirituales, y de ellos se afirmó que habían derrotado a la muerte mediante el elixir de la vida. Como predijeron las dos últimas líneas del poema, el rosacrucismo captó muchos prosélitos y terminó extendiéndose

¹ *The Complete Prophecies of Nostradamus*, traducidas, editadas e interpretadas por Henry C. Roberts (Nueva York, Nostradamus Inc., 1968). El texto francés dice:

*Une nouvelle secte de Philosophes,
Meprisant mort, or, honneur & richesses,
Des monts Germains seront fort limitrophes,
A les ensuyure auront appuy & presses.*

por el mundo entero, y aún hoy se pueden encontrar numerosos epígonos de aquel pensamiento.

Hace ya mucho tiempo que el término «rosacruz» fue incluido en los vocabularios. Es, no obstante, un vocablo que se ha utilizado con mil sentidos distintos y de forma muy confusa. A veces se identifica el rosacruicismo como sinónimo de uno u otro de los grupos ocultos del siglo XX; a veces se utiliza como término de uso polivalente para cuanto se relacione con la alquimia y la dedicación a los estudios herméticos; a veces se habla de ello como si se tratara de una doctrina específica, como el marxismo o el catolicismo. Si queremos lograr una definición más clara, hemos de retroceder algunos pasos y contemplar el movimiento rosacruz desde una perspectiva más amplia.

El conjunto de ideas conocidas como rosacruicismo podría considerarse como un organismo no muy compacto en su cohesión y arracimado alrededor de una mitología central cuyo símbolo fundamental es la sencilla pero sugestiva imagen de una rosa unida a una cruz. Dicho «organismo» apareció por primera vez en Alemania en circunstancias misteriosas, y Alemania siguió siendo el centro más importante de su desarrollo durante alrededor de dos siglos. Gran parte del presente estudio, lógicamente, estará enfocado hacia datos y material alemanes.

La mitología rosacruz nació de una forma extraordinariamente original, distinta a las demás mitologías. Por decirlo de alguna manera, fue súbita y deliberadamente «proyectada» a su extraña trayectoria a través de la historia. Si me sentí fascinado por el fenómeno rosacruz fue en parte debido a esta cualidad sin par, y también porque sus orígenes nunca han sido explicados de forma satisfactoria. Al principio lo veía como una aventura detectivesca, cuyo problema consistiera en averiguar quién creó la leyenda rosacruz y por qué, y, una vez conseguido eso, rastrear su desarrollo posterior. Pero, a medida que avanzaba en mi estudio del tema, mi enfoque experimentó una transformación.

Mi primera opinión del movimiento rosacruz fue que se trataba de un ambiguo batiburrillo de ideas relacionadas con una leyenda hartamente nebulosa que contenía muy escasa profundidad doctrinal o tradición, y que había brotado a la superficie de forma inconexa en diversos momentos de la historia. Pero, a lo largo de mis averiguaciones, la evidencia que descubrí me obligó a revisar este punto de

vista y me condujo a dos conclusiones inesperadas. Primero, que las etapas iniciales del movimiento tenían una historia mucho más continua de lo que yo había supuesto; y, segundo, que sí que había desarrollado una doctrina coherente, unas enseñanzas que constituían un interesante renacimiento tardío de cierto tipo de pensamiento gnóstico. Por «pensamiento gnóstico» quiero significar en esencia la creencia de que el espíritu humano se halla, por así decirlo, atrapado bajo el agua, donde vive una especie de vida truncada, ignorante de que por encima de él se encuentran la luz y el aire del espíritu verdadero. Si el conocimiento (*gnosis*) puede hacerle consciente de su situación, el hombre efectuará el esfuerzo de nadar hacia arriba para reencontrarse con su elemento natural. Explicaré con más detenimiento esta doctrina y su desarrollo en el primer capítulo, pasando después a mostrar en qué manera afectó al rosacruicismo.

Aparte de sus características gnósticas, el movimiento rosacruz debe ser contemplado inmerso en un amplio panorama de ingredientes culturales e intelectuales, así que en este trabajo seguiré innumerables senderos y penetraré en muchas áreas de simbología fascinantes, ya que mi intención es examinar la historia del fenómeno rosacruz desde sus orígenes hasta el siglo XX.

El relato trazará dos caminos paralelos. Uno describirá la historia externa de las sucesivas hermandades rosacruces, sus ritos y prácticas, y la de los extraños y a veces encantadores personajes relacionados con ellas; el otro se adentrará en el desarrollo interior del rosacruicismo y examinará su patrimonio intelectual y espiritual, así como las doctrinas que impartió entre sus prosélitos. Haré también una valoración sucinta de la influencia que tuvo el rosacruicismo fuera del círculo inmediato de sus adiciones, por ejemplo en la literatura.

En caso de que el lector no se halle familiarizado con los hechos básicos conocidos acerca de los orígenes del movimiento, me permitiré exponérselos. En 1614 se publicó en Kassel un texto alemán con el título *Fama Fraternitatis, des Löblichen Ordens des Rosenkreutzes* (La Declaración de la Meritoria Orden de la Cruz Rosada), que había estado circulando durante algún tiempo en forma de manuscrito, posiblemente desde 1610. El opúsculo pretendía revelar la existencia de una hermandad fundada por un tal Christian Rosenkreuz, que vivió en los siglos XIV y XV. Se decía que había

fundado la hermandad tras un viaje a Oriente durante el cual alcanzó la sabiduría. Los miembros de su orden habían viajado por doquier, curando a los enfermos y adquiriendo y propagando conocimientos, pero siempre *de incógnito*. Cuando Christian Rosenkreuz murió, el emplazamiento de su tumba se mantuvo en secreto. Pero, según contaba el opúsculo *Fama*, la hermandad había descubierto recientemente la cámara sepulcral, y este hallazgo anunciaba el amanecer de una nueva era.

Poco después, en 1615, se publicó, también en Kassel, un segundo manifiesto, *Confessio Fraternitatis*, esta vez escrito en latín. Repetía el mensaje del primero, pero aún con mayor énfasis, ofreciendo la promesa de un mundo reformado y el derrocamiento de la tiranía papal. Al igual que el *Fama*, se hacía lenguas del exaltado y poderoso conocimiento que poseía la hermandad secreta.

En 1616 apareció en Estrasburgo un tercer texto, el más raro de todos. Fue publicado en alemán con el título *Die Chymische Hochzeit Christiani Rosenkreutz* (Las nupcias químicas de Christian Rosenkreuz). El narrador del mismo —supuestamente el propio Christian Rosenkreuz— describe sus experiencias en calidad de invitado (y no de novio, que es lo que se deduciría del título) en la boda de un rey y una reina que moran en un castillo maravilloso. En la boda sucede toda una serie de eventos extraordinarios en los que los invitados son sometidos a pruebas de su valía, y algunos son muertos y resucitados durante una operación alquímica. Hay abundancia de imaginería «oculta»: portales custodiados por leones, fuentes mágicas y navíos correspondientes a signos del Zodíaco. Todo este simbolismo lujuriente se ha prestado a innumerables interpretaciones, pero la conexión entre *Las Nupcias Químicas* y los otros dos manifiestos no resulta clara, como tampoco los motivos precisos que tuvo su creador al escribir la «novela».

Aunque *Las Nupcias Químicas* fue una publicación anónima, no cabe casi ninguna duda de que su autor fue un teólogo protestante de Tubinga, llamado Johann Valentin Andreae, que posiblemente fue también el autor o coautor del *Fama*. (La autoría de la *Confessio* es desconocida.) Andreae es un personaje extraño y enigmático a quien tendremos ocasión de examinar en un capítulo posterior.

La publicación de los escritos rosacruces suscitó una enorme

controversia en Alemania. Hubo mucha gente que escribió panegíricos a favor del movimiento, con la esperanza de ser solicitados y admitidos en la orden. Otros aseguraban ser ya adeptos rosacruces y publicaron panfletos en nombre de la hermandad. Y no faltaron quienes publicasen escritos atacando el movimiento como si fuera una organización perversa o herética. A medida que aparecían más y más escritos sobre el tema, el panorama se iba volviendo más confuso. Desde entonces, a lo largo de los siglos, la niebla lo ha rodeado, pero el rosacrucismo ha sobrevivido de una u otra forma, y continúa ganando prosélitos.

En mi opinión, la durabilidad del rosacrucismo reside en parte en la capacidad de atracción que tiene el símbolo de la rosa-cruz. La rosa y la cruz han motivado individualmente diversas interpretaciones, y en el simbolismo cristiano se pueden encontrar a menudo representando a la Virgen María y a Cristo, como en la oración inspirada por la Letanía de Loreto, que se refiere a la rosa de esta forma:

*Flor de la Cruz, vientre puro que florece
sobre todo florecimiento y ardor,
sagrada Rosa,
María.²*

C. G. Jung ha indicado cómo la rosa es un símbolo hondamente incrustado en el inconsciente colectivo. Representa el útero materno y también la perfección conseguida mediante el equilibrio. La cruz es otro símbolo profundamente asentado, y relacionado —según Jung— con la tendencia que la conciencia interior del hombre tiene a buscar paradigmas simbólicos cuádruples. Aparece en mitologías de todo el mundo, y en su manifestación cristiana simboliza el sufrimiento y el sacrificio.

Se ha dicho que los fundadores del movimiento rosacruz, que inicialmente era ultra-protestante, eligieron la rosa y la cruz porque dichos motivos aparecían en el escudo de armas de Lutero y también en el de Andreae. Puede que esto sea cierto, pero el símbolo no habría prendido de la forma en que lo hizo si no tuviera un

² C. G. Jung, *Archetypes and the Collective Unconscious*, traducido por R. F. C. Hull (Bollingen Series XX, Nueva York, Pantheon Books, 1959), pág. 363.

poder intrínseco propio, no habría originado un crecimiento continuado alrededor de su mitología central.

Pero si queremos comprender por qué el rosacrucismo ha sobrevivido durante casi cuatro siglos —y quizá más tiempo—, debemos proyectar nuestra mirada más allá del atractivo del motivo de la rosa-cruz, por grande que sea. Este símbolo es apenas la punta del inmenso *iceberg* del simbolismo, que es capaz de dirigir su mensaje a cada época con fuerza renovada y utilizando un lenguaje que provoca reacciones en lo más recóndito de nuestro yo. Mientras nuestra consciencia externa se expresa con palabras, nuestra consciencia interna se comunica mediante símbolos, y a lo largo de la historia el hombre ha utilizado siempre sistemas alegóricos de un tipo u otro que le permiten desarrollar su yo interior: astrología, cábala, alquimia, tarot, etc. Estos sistemas son como manantiales que se nutrieran de un profundo depósito, abastecido a su vez por la totalidad de la experiencia que el hombre posee de sí mismo y del universo. Así, todo sistema simbólico profundo adquiere una dimensión universal a través de su fuente, una dimensión cultural a través de la sociedad en la que florece, y una dimensión individual mediante su efecto en la persona que lo recibe.

No es posible analizar aquí de forma exhaustiva el simbolismo de los manifiestos rosacruces, ya que este libro trata primordialmente de su significación histórica. Pero es importante señalar que pueden proporcionar una infinidad de significados que es posible extraer mediante el estudio de la imaginería que contienen o a base de tratar el lenguaje como un código cifrado. Estos escritos tienen algo poderoso y personal que decir a toda persona que los estudie en profundidad, y cualquier grupo o individuo que se ocupe del simbolismo rosacruz y trabaje sinceramente con él participará de parte de su fuerza.

Como el rosacrucismo presenta una clara conexión con la tradición hermética y cabalística, es posible aplicarla de varias formas distintas. Por ejemplo, puede utilizarse para la contemplación mística o para la manipulación mágica; la diferencia entre estas prácticas reside, hablando en general, en que con el misticismo uno trata de comunicarse con lo divino mediante la proyección de la conciencia más allá del mundo físico, mientras que con la magia se trata de operar en el mundo físico utilizando correspondencias con

el ámbito divino. Como veremos, el movimiento rosacruz ha incluido partidarios de ambas opciones.

Una característica permanente del rosacrucismo, tal como evolucionó posteriormente, fue la idea del adepto misterioso dotado de conocimientos secretos y poderes extraños. Esta fue la base de la novela «rosacruz» *Zanoni*, de Edward Bulwer-Lytton. También aparece claramente en una curiosa anécdota de la que me enteré cuando estaba investigando en la biblioteca de Bulwer-Lytton en Knebworth. Entre sus libros está el tratado de alquimia *A suggestive Inquiry into the Hermetic Mystery* (1850), de Mary Altwood, y pegado en la hoja de guarda hay un recorte de *The Times* escrito en latín, que viene a decir lo siguiente: «Si esto llegara a manos de un hermano de Rosacruz o de un explorador de la transmutación hermética, ruego se pongan en comunicación conmigo por carta.»

Estaba firmado «F. R. C.», que a todas luces significa «Fratres Rosae Crucis» (Hermanos de la Rosacruz), y se incluía la dirección de la estafeta de correos de Shaftsbury, Dorset. El propietario original del libro, un tal Edward Bellamy, que trabajaba en la biblioteca del Museo Británico, debía ser un entusiasta de la alquimia, ya que, metida entre las páginas del libro, encontré su versión de lo que sucedió.

Parece ser que, después de haber escrito dos veces a «F. R. C.» sin recibir respuesta alguna, volvió a casa una tarde y le comunicaron que el adepto había pasado a visitarle mientras se hallaba fuera. Su esposa describió al desconocido como «un hombre de aspecto campesino, tez sonrosada y talante serio pero agradable» que explicó que al día siguiente partía para hacer un viaje alrededor del mundo. Al despedirse, dijo: «Su esposo sabrá quién soy por esto», y extrajo de su cuello «una curiosísima cadenilla de eslabones de oro blando mate y una soberbia cruz de esmalte rosado cuajada de diamantes del tamaño de guisantes, con una serpiente de esmalte azul alrededor». El caballero permitió que la Sra. Bellamy examinara la joya y se marchó; jamás volvió a visitarles. Relatos de adeptos similares abundan en la literatura del rosacrucismo.

También otros aspectos del fenómeno rosacruz han ejercido su fascinación. El paradero de la cripta, por ejemplo, ha sido un tema de especulación favorito. El doctor R. W. Felkin, ocultista inglés y miembro de la Orden Hermética del Amanecer Dorado (Golden Dawn) partió en busca de la cripta en 1914. Tan absorbido se

hallaba en sus pesquisas que no percibió los síntomas de la inminente guerra hasta que casi fue demasiado tarde. Al final logró salir de Alemania en el último minuto, y sólo gracias a la ayuda de amigos francmasones de Hanover y Amsterdam.

En el Tercer Reich, el rosacrucismo se convirtió en la *bête noire* de los nazis. El jefe supremo de las S.S., Himmler, encargó oficialmente una historia de la hermandad, siendo el resultado *Das ältere Rosenkreuzertum*, de Hans Schick, un libro al que me referiré más adelante. Y, en uno de los departamentos del servicio de contraespionaje e información extranjera de Himmler, un grupo de investigadores «estudiaban temas tan importantes como el rosacrucismo y la francmasonería, el simbolismo de la supresión del arpa en el Ulster y el significado oculto de los sombreros de copa de Eton».³

Actualmente, el rosacrucismo, en formas diversas, sigue aún muy vivo en varias partes del mundo. Pero sólo existe un libro en lengua inglesa que se pueda considerar una historia medianamente completa del movimiento. Me refiero a *Brotherhood of the Rosy Cross*, de A. E. Waite, publicado en 1924. El libro de Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment* (1972) se ocupa sólo de las etapas iniciales del movimiento, y *A New and Authentic History of the Rosicrucians* (1938), de Frans Wittemans, es un trabajo esquemático y en ocasiones muy inexacto. La intención del presente volumen es cubrir ese vacío con un relato de la evolución del rosacrucismo, comenzando desde sus raíces.

Para terminar esta introducción, debo hacer constar mi agradecimiento a una serie de personas. Ante todo, y como antiguo admirador del trabajo de Colin Wilson, quiero expresar la satisfacción que sentí cuando me comunicó que aceptaba escribir el prefacio. Doy después las gracias, como ya hice en libros anteriores, a Ellic Howe, que ha sido un mentor generoso durante muchos años. En este libro me ha ofrecido su consejo y su incansable colaboración, prestándome material importante y leyendo y comentando el manuscrito. Asimismo, debo agradecer a Gerald Yorke su préstamo de material y sus provechosas sugerencias. Estoy también en deuda con el doctor Richard von Dülmen, de la Academia de Ciencias de Baviera, por permitirme compartir sus especializados

³ H. R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler* (Londres, Macmillan, 1947), pág. 23.

conocimientos sobre la historia del rosacrucismo; con R. A. Gilbert por el préstamo de material relativo a A. E. Waite; y con los editores mencionados en las notas por autorizarme a incluir citas de sus publicaciones. Finalmente, la falta de espacio me impide enumerar a los muchos amigos que, tanto en este país como en el extranjero, me han animado con su interés y entusiasmo, ayudándome a dar término a lo que ha sido una tarea ardua pero repleta de compensaciones.

INTRODUCCION A LA SEGUNDA EDICION

Hace catorce años, cuando empecé a escribir este libro, no se podía mencionar el rosacrucismo sin tener que dar a continuación un montón de explicaciones. Mucha gente nunca había oído hablar de ello, y los que tenían alguna noticia del tema solían poseer más bien un conocimiento confuso y ambiguo del asunto. Los historiadores, si alguna vez se referían a ello, se sentían inclinados a descartarlo como una cuestión marginal de escaso o nulo interés académico. Junto con otros temas esotéricos, éste pertenecía a una zona «desaconsejada», un distrito de mala reputación que había que evitar o, como mucho, contemplar con desdeñosa curiosidad desde la avenida principal.

Hoy, cuando el libro conoce su segunda edición, la situación es totalmente distinta. El esoterismo ya no es una materia «desaconsejada», sino que se echa constantemente mano de él para su utilización académica. Actualmente, avenidas de pulcra metodología iluminadas por una disposición académica impecable y pavimentadas con la labor de especialistas como Frances Yates van penetrando más y más en el *guetto* esotérico, para pesar de quienes hallaban en su lóbreguez una promesa de aventura, eso sí, pero también para enriquecimiento del conjunto de la historiografía.

Un resultado palpable de este proceso es que el término «rosacruz» es ya de uso común entre los historiadores: también a él le ha llegado la dignificación. Este libro, que no pretende ser más que un bosquejo, sigue siendo la única historia general del rosacrucismo desde sus inicios hasta la actualidad. He llevado a cabo algunas revisiones del texto, motivadas por mi distinta forma de ver ahora

ciertas cuestiones, a la luz de comentarios recibidos en cartas, por los que estoy sumamente agradecido. Mi investigación del rosacruismo y ámbitos afines no se ha interrumpido, por supuesto; mientras tanto, espero que la nueva edición de este libro continúe estimulando el interés por este fecundo territorio.

CRISTOPHER MCINTOSH.

1

EL REDESCUBRIMIENTO DE ANTIGUAS DOCTRINAS

El movimiento rosacruz forma parte de un sistema de pensamiento cuyas raíces se hunden en la antigüedad y al que podríamos denominar la tradición esotérica de occidente. Esta tradición, que bebe de muchas fuentes, ha surcado la historia europea ejerciendo una fuerte influencia, unas veces de manera subterránea y otras brotando a cielo abierto. Ha estado no pocas veces en conflicto con el cristianismo, pero la doctrina cristiana ha recibido su influjo con frecuencia, y viceversa. Esta forma de pensamiento constituye casi un lenguaje independiente, y sin una comprensión del mismo resulta difícil captar gran parte de lo que es importante en la historia de la mentalidad occidental. El poeta William Blake, por ejemplo, era considerado incomprensible en gran medida, hasta que recientes investigaciones demostraron que se expresaba con el lenguaje de la tradición esotérica.

En Italia, durante el Renacimiento, se inició un intenso revivir de este estilo de ideas, lo que inauguró una nueva fase en el desarrollo de la tradición. Desde entonces ha tenido un lugar reservado en la evolución del pensamiento occidental, aunque tal lugar haya sido ligeramente subterráneo. El fenómeno rosacruz pertenece a esta última fase. Si queremos comprender la tradición esotérica, habremos de rastrear su pista hasta los orígenes y examinar los distintos ingredientes que la conformaron.

El medio ambiente en que esta tradición empezó a tomar forma fue lo que se conoce como gnosticismo, un movimiento cuyo centro de desarrollo fue Egipto y que hizo su aparición hacia el siglo IV antes de Cristo. Egipto había sido impregnado primero por las creencias místicas persas traídas durante la ocupación persa de 525

a.C. y posteriormente por influencias griegas y orientales consecuencia de la ocupación bajo Alejandro Magno en 333-331 antes de Cristo. De esta mezcla surgió una perspectiva religiosa con las características básicas que explicaré a continuación. Los gnósticos consideraban el universo como una dualidad entre el espíritu y la materia. Concebían la existencia de un supremo ser divino que era inmaterial, eterno, inalcanzable e incognoscible. Para la doctrina gnóstica, el hombre es un fragmento de ese ser universal que se ha desgajado y ha quedado prisionero de la materia. El mundo material no es creación del dios supremo sino de un dios inferior o demiurgo, que dispone de una serie de servidores, llamados arcontes (gobernantes), que tienen distintas esferas de influencia en el mundo de la materia, correspondientes a las esferas planetarias. La esfera más alta, la de Saturno, constituye la frontera entre los mundos inferior y superior. Por debajo se encuentra el mundo perverso con sus arcontes y por encima el mundo divino, gobernado por espíritus buenos. Omar Khayyam lo expresa en sus versos:

*Desde el centro de la tierra,
a través de la séptima puerta
ascendí y en el trono de Saturno me senté,
y muchos nudos se desenmarañaron por el camino,
pero no el nudo maestro del destino humano.*

El hombre, según esta óptica, está compuesto de cuerpo y alma, que pertenecen al mundo material, y de un hálito divino o *pneuma*, que es el elemento divino de su naturaleza. Mientras el demiurgo consiga mantener al hombre en la ignorancia de su verdadera situación, este seguirá siendo un prisionero. Pero, a veces, mensajes venidos de más allá de las esferas se filtran hasta las mentes de ciertas personas, que en ese momento caen en la cuenta de su encierro y pueden transmitir su conocimiento a otros. Este conocimiento o *gnosis* es el motor más importante en la liberación del espíritu de sus cadenas.

Pero al gnóstico no le basta el mero conocimiento de su esclavitud. Le es necesario estar al tanto del acontecer del mundo que le rodea, de forma que pueda prepararse para superarlo o para poder utilizarlo de forma positiva (ya que no todas las escuelas gnósticas consideraban el mundo como un mal absoluto).

La cosmología gnóstica se formó en gran proporción a partir de las ideas del filósofo estoico Heráclito de Efeso, que veía el mundo como un organismo vivo, sujeto, al igual que los demás seres vivos, a las leyes de la vida y la muerte. Según Heráclito, cuando el cosmos muere, deja tras él una semilla de la que surge uno nuevo, y todo en ese cosmos se deriva de una única substancia básica, a la que Heráclito concibe como una especie de fuego. «Todas las cosas proceden de un intercambio del fuego», escribió, «y el fuego de un trueque de todas las cosas, como las mercancías por oro y el oro por mercancías.» Así, todo se mueve en un proceso cíclico, una idea que a menudo se representaba mediante el *ouro-bouros*, una serpiente mordiéndose la cola. Este símbolo llegó a ser profusamente utilizado, y se encuentra frecuentemente en contextos alquímicos.

Además, los gnósticos concebían que para iniciar el proceso de crecimiento era necesario un acto de generación sexual, que implicaba un principio universal macho y hembra. La analogía sexual se utilizaba también para ilustrar cómo el alma «virgen» del hombre quedaba fecundada por la «simiente» divina en una unión mística o *hieros gamos*. El simbolismo sexual jugaba un papel primordial en las ceremonias gnósticas. Más tarde volveré a ocuparme de este tema de la sexualidad.

La creencia gnóstica en una gradación desde la materia bruta al espíritu puro se reflejaba en la forma en que estaban organizadas sus comunidades. Estas se dividían en tres grupos principales. En el nivel más bajo se hallaban aquellos cuyo único afán eran los asuntos materiales y mundanos, y, mientras permanecieran en ese estadio, la redención no estaba a su alcance. A continuación venían aquellos a quienes aún no les era dada una percepción directa de lo divino, pero que creían en una realidad superior y, por tanto, eran capaces de conseguir una redención parcial. En el nivel más elevado se hallaban quienes estaban poseídos del espíritu de la divinidad (*pneuma*) y a quienes se denominaba «pneumáticos». Su cometido era el de profetas, y poseían capacidad para lograr una completa redención. Entre estos tres grupos básicos había además numerosos grados intermedios. A cada nivel le correspondía un sistema de ceremonias, y cuando una persona había sido iniciada en un grado concreto debía guardar silencio al respecto frente a las pertenecientes a escalas inferiores. Puede verse por esta descripción

que la mayoría de los elementos de la moderna sociedad secreta ya estaba presente en la comunidad gnóstica.

Algunos de los primeros padres de la Iglesia, como Clemente de Alejandría y Orígenes, fueron influidos por el gnosticismo, y en los años iniciales de la era cristiana se formaron varios grupos gnósticos cristianos, pero el cuerpo principal de la Iglesia se oponía al gnosticismo, tanto dentro como fuera de sus filas. Dicha oposición continuó activa hasta la Edad Media, período en el que el gnosticismo aún siguió aflorando en diversas partes de Europa. Los bogomilos de Bulgaria, por ejemplo, eran una secta del siglo XII que no comían otra carne que pescado, ya que creían que los peces eran las únicas criaturas que no se reproducían sexualmente. Una secta semejante fue la de los albigenses del sur de Francia, quienes, como los bogomilos, abogaban por la continencia sexual y se oponían al consumo de carne. Fueron salvajemente aniquilados en el siglo XIII en una cruzada promovida por el Papa Inocencio III. Tras aquel exterminio, el gnosticismo se refugió en las catacumbas, si bien su influjo se hizo notar aquí y allí hasta finales del medievo. En el Renacimiento, como tendremos ocasión de ver, su situación volvió a consolidar con fuerza renovada.

El gnosticismo produjo también una serie de escritos atribuidos a Hermes Trismegistos, que tendrían una enorme influencia en la doctrina esotérica del Renacimiento y épocas posteriores. Hermes Trismegisto (el «tres veces grande») es una amalgama del dios mensajero griego (Hermes/Mercurio) y el dios egipcio de la sabiduría Thot, aunque incluso en el Renacimiento fue considerado por muchos como una figura histórica real. Se le supone autor de un corpus de «ciencia» mística, elaborada en Egipto a comienzos de la era cristiana.

El más conocido de los tratados herméticos es el *Poimandres*, cuyo autor describe cómo, estando en meditación, conversó con la *poimandres* o *nous* (mente) del ser supremo, y dicha entidad le insufló unas enseñanzas que son básicamente gnósticas: el hombre proviene de dios, pero ha caído en un mundo de materia creado por el demiurgo, el cual es a su vez un vástago del intelecto divino. Después de la muerte, aquellos que han alcanzado la *gnosis* se elevan a través de las esferas para reencontrarse con la divinidad.

Sería erróneo afirmar que los escritos herméticos abogaban por un desprecio de la materia. Contrariamente a las versiones más

extremas del gnosticismo, el hermetismo parece considerar la materia una parte necesaria de la creación que debe ser comprendida y dominada si el espíritu ha de alzarse por encima de ella. De aquí que haya ciertas enseñanzas sobre el funcionamiento y la manipulación de la materia que son concomitantes a las doctrinas místicas herméticas. Esta parte de los escritos herméticos constituyó la base de la alquimia, a la que a menudo se denomina «el arte hermético». Esta alquimia hermética incluía teorías sobre la forma de curar las enfermedades, y, como ésta fue supuestamente una de las principales actividades de la hermandad rosacruz original, podrá resultar útil examinar algunos de los ingredientes de la fisiología y la medicina herméticas.

En uno de los textos herméticos, el *Discurso de Isis a Horus*¹, tiene lugar un diálogo en el que Isis revela a Horus que el cuerpo del hombre es «una fusión y combinación de los cuatro elementos, de la que se desprende cierto vapor que queda envuelto por el alma, pero circula dentro del cuerpo, compartiendo su naturaleza con ambos, cuerpo y alma. Así, las diferentes transformaciones afectan tanto al primero como a la segunda.

Pues si hay en la estructura corporal mayor proporción de fuego, al punto el alma, que es por naturaleza caliente, integrando en sí misma otro elemento de naturaleza caliente y tornándose por ende más ardiente, hace que la vida sea más enérgica y apasionada, y vuelve el cuerpo ágil y activo. Si hay mayor proporción de aire (...), la vida se torna ligera, elástica e inestable, tanto en cuerpo como en alma.

Isis dice a continuación que un exceso de agua vuelve flexible a la criatura, «bien dispuesta para reunirse con otros gracias al poder que tiene el agua para facilitar la unión y la comunión con el resto de las cosas». Si lo que presenta una proporción excesiva es la tierra, entonces «el alma de la criatura es torpe, pues sus características corporales no están organizadas con soltura». En este caso el cuerpo es también pesado e inerte. Pero existe un estadio de equilibrio de todos los elementos, en el que «el animal

¹ G.R.S. Mead, *Thrice-Greatest Hermes*, volumen III.

es caliente para la acción, ligero de movimientos, dispuesto para el contacto y excelente en la cohesión de las cosas».

En diferentes animales, sigue explicando el discurso, predominan diferentes elementos: el aire en las aves y el agua en los peces, por ejemplo. Pero el hombre tiene parte de todos ellos. Cuando aparecen integrados en su fase original de equilibrio, el ser humano está sano. Pero si la justa proporción se desbarata y se produce el predominio de uno o más de los elementos, entonces «el vapor que enlaza cuerpo y alma se trastorna y el organismo cae enfermo».

Las secciones del corpus hermético que trataban de la alquimia, la astrología y la magia formaron uno de los pilares básicos del ocultismo occidental posterior, y a su debido tiempo tendremos ocasión de examinar su renacimiento.

El clima intelectual y religioso que produjo el gnosticismo y el hermetismo dio lugar también al conjunto de doctrinas conocidas como neoplatonismo, otro movimiento de gran importancia en la tradición esotérica. Este sistema de pensamiento está basado en las enseñanzas de Platón sobre la inmortalidad del alma, sobre el principio transcendente de la bondad y sobre la teoría de la dualidad ontológica, según la cual el mundo que perciben nuestros sentidos es ilusorio y oculta el mundo real, accesible sólo a nuestras mentes. El neoplatonismo, que surgió en Egipto entre los siglos III y VI de nuestra era, combinada la filosofía platónica con las teorías aristotélicas, estoicas, pitagóricas y gnósticas. Se dice que su fundador fue un personaje algo misterioso llamado Saccas (175-242 aprox.), pero su representante más conspicuo fue Plotino (204-270), que nació en Lycopolis (Egipto), fue discípulo de Saccas en Alejandría y posteriormente enseñó su filosofía en Roma. Un alumno suyo, Porfirio (232-304 aprox.), recopiló todas sus enseñanzas en 54 volúmenes, añadiendo un comentario personal, y las publicó con el título *Ennéadas*.

Plotino concebía el mundo como una dimanación procedente de una suprema unidad cósmica inaccesible a nuestra razón. Este principio absoluto da origen al Espíritu del Mundo, que a su vez genera el Alma del Mundo, que se ramifica en almas individuales. El Alma, afirma Plotino, «se difunde en cada una de las mesas materiales... y las convierte en seres vivos, no fusionándose con el cuerpo, sino originando, sin cambio alguno de su esencia, imágenes

o reflejos de sí misma, como un rostro captado por muchos espejos².

En otro pasaje, Plotino se sirve de un símil reminiscente de la alquimia: «El oro se degrada cuando se mezcla con partículas de tierra; si éstas se eliminan, lo que resta es oro puro en toda su belleza, aislado de cuanto le es extraño, oro con oro y no otra cosa. Asimismo el alma: liberémosla de los deseos que adquirió en su trato demasiado íntimo con el cuerpo, emancipémosla de las pasiones (...) y en ese instante, la fealdad que adivino con lo ajeno se desprenderá por sí sola.»³

Es importante mencionar la vena pitagórica del neoplatonismo, ya que este aspecto del mismo ejerció una notable atracción sobre los estudiosos del Renacimiento. Pitágoras (hacia 580-497 a.C.) fundó una comunidad en la colonia griega de Crotona (Sur de Italia), que siguió activa hasta pasado un siglo o más de su muerte. Esta comunidad era no sólo una escuela filosófica, sino además una especie de hermandad religiosa que creía en la transmigración de las almas y, consecuentemente, en la abstención de comer carne, ya que se suponía que también los animales tenían alma.

La contribución más importante de la escuela pitagórica fue su labor en el campo de los números y de la proporción. Fue esta escuela la que descubrió las relaciones numéricas de los intervalos musicales. Descubrieron que si se hace vibrar la mitad de una cuerda de una largura y tensión determinadas, la nota conseguida será una octava más alta que la obtenida pulsando la longitud total de la cuerda. Si dicha longitud se reduce dos tercios, la nota será un quinto más alta, y una reducción de tres cuartos producirá un intervalo de un cuarto. Los griegos desarrollaron este hallazgo de la armonía musical y lo integraron en su concepción del cosmos como una gran orquesta, cada uno de los planetas produciendo una nota diferente y creando la «música de las esferas».

Hasta ahora hemos examinado las vetas gnóstica, hermética, neoplatónica y pitagórica de la tradición esotérica occidental. Queda por mencionar otra corriente de pensamiento, quizá la más importante de todas: la cábala judía. Es un conjunto de disciplinas místicas muy complejas cuyo origen exacto se desconoce y que

² Plotino, *Ennéadas* I, Tratado I, sección 8.

³ Plotino, *Ennéadas* I, Tratado VI, sección 5.

brotó en dos etapas principales. La primera tuvo lugar entre los judíos españoles del medievo, que elaboraron el *Sepher Yetzirah* (Libro de la formación) entre los siglos III y VI de nuestra era y el *Zohar* (Libro del esplendor) en el siglo XIII. Este último tratado simula haber sido producido por un rabino del siglo II, pero fue escrito probablemente por el rabino Moisés de León poco tiempo antes de su publicación. La segunda fase constituyó lo que se conoce como la cábala luriana, denominación tomada de Isaac Luria de Safed, Galilea (1534-1572). Luria y sus prosélitos desarrollaron la cábala zohárica e introdujeron algunos conceptos nuevos.

La cábala satisface una serie de objetivos. Es ante todo un sistema cosmológico y teológico que explica la naturaleza de Dios, el origen del mundo y la esencia del destino del hombre. Constituye también un método de interpretación de las escrituras mediante la aplicación de determinadas reglas que confieren un significado «interno» al lenguaje de la Biblia. Finalmente, la cábala incluye ciertas técnicas mediante las cuales el individuo aprende a comunicarse íntimamente con realidades superiores.

La cábala concibe la creación como una dimanación externa de Dios en una serie de entidades o principios básicos denominados *Sephiroth*, que están normalmente organizados según un paradigma conocido como el Arbol de la Vida. Se considera que estos diez entes esenciales gobiernan cuanto existe desde el inicio de los tiempos, desde el universo hasta el ser humano: otra forma de concepción del macrocosmos y del microcosmos. También es parte de la fenomenología cabalística el concepto de cuatro mundos que proceden de la divinidad: *Altiluth*, el mundo de la emanación; *Briah*, el mundo de la creación; *Yetzirah*, el mundo de la formación; y *Assiah*, el mundo de la acción, es decir, el mundo material en que vivimos.

Otro elemento importante de la doctrina cabalística lo constituye el idioma hebreo, al que se atribuye origen divino. Cada una de las veintidós letras del alfabeto hebreo representa una fuerza elemental de la creación. Toda esta simbología fue vehementemente adoptada por los esotericistas del Renacimiento y épocas posteriores, y también se adaptó al cristianismo, de suerte que de la cábala judía se derivó una cábala cristiana. Más adelante me ocuparé exhaustivamente de las doctrinas cabalísticas y su influencia sobre el rosacrucismo.

Así pues, éstas son las principales tradiciones esotéricas que fueron redescubiertas por los estudiosos del Renacimiento. El centro más importante de este nuevo florecimiento de lo «oculto» fue la corte florentina de Cósimo de Médicis, el cual alimentó una pasión por la literatura neoplatónica y hermética tras conocer a un misterioso erudito griego llamado Georgios Gemistos, a quien llamaban Pletón (del griego *plezon*, que significa «el completo»), el cual dio una serie de conferencias en Florencia en 1439, teñidas de conceptos gnósticos y neoplatónicos.

Se cree que dichas lecciones inspiraron a Cósimo de Médicis la idea de fundar su academia platónica y de encargar a los más prestigiosos eruditos la compilación y traducción de los textos clásicos. El más célebre de ellos fue Marsilio Ficino (1433-1499), quien, además de obras de Platón, tradujo el *Corpus Hermeticum*, al que consideraba un crisol que contenía lo más esencial de los conocimientos legados, desde tiempos muy antiguos, por Orfeo, Pitágoras, Platón y el propio Hermes a quien Ficino consideraba una persona de carne y hueso. Al parecer, fue Ficino quien inició la costumbre de hablar de la existencia de una especial sabiduría transmitida de sabio en sabio. Con el tiempo engrosaron la lista otros nombres, como Moisés, Dionisio Areopagita e incluso San Agustín. La influencia de Ficino se extendió por toda Europa, y su creencia en la herencia de un núcleo de sabiduría secreta captaría la imaginación de gran número de personas, reapareciendo de forma prominente, como podremos ver, en los escritos rosacruces.

Un discípulo de Ficino, Pico della Mirandola (1463-1494), fue uno de los responsables del renovado interés por la cábala. Su tratado *Novecientas Conclusiones* (1486), en el que utilizaba ideas cabalísticas y neoplatónicas en un intento de hallar un territorio común entre el cristianismo, el judaísmo y el islamismo, le acarreo acusaciones de herejía, y durante algún tiempo sufrió el acoso de las autoridades eclesiásticas, hasta que el Papa Alejandro VI le absolvió de los cargos en 1493.

Otro defensor de la cábala fue el franciscano. Francesco Giorgio, cuyo tratado *De Harmonia Mundi* combina la doctrina cabalística con una preocupación por los conceptos de la armonía universal y la música de las esferas. También fue importante en el resurgimiento de la cábala un judío expulsado de España, Jehudá Abarbanel, cuyos *Dialoghi d'Amore*, escritos con el pseudónimo

León Hebreo, se publicaron en 1535, consiguiendo más tarde una notable popularidad al ser incluidos en la colección *Artis Cabalísticas*, de Johann Pistorius, publicada en Basilea en 1587.

A comienzos del siglo XVI todos estos elementos, estrechamente fusionados, habían originado un nuevo lenguaje. Pasemos ahora a estudiar el efecto que causó dicho lenguaje al ser trasplantado a suelo alemán en el período inmediatamente anterior a los manifiestos rosacruces.

2

LA TRADICION ESOTERICA EN ALEMANIA

«Europa se halla encinta y alumbrará una fuerte criatura, a la cual será menester un gran presente de su padrino.» Así reza una de las afirmaciones proféticas contenidas en el *Fama Fraternitatis*. Y si Europa iba a dar a luz, no cabía duda de que Alemania sería el útero, ya que este país era en los siglos XVI y XVII el centro neurálgico europeo de las ideas mesiánicas y milenaristas. Los pensadores alemanes habían asimilado la tradición esotérica revivida por los eruditos italianos y habían creado un pensamiento esotérico alemán de especial intensidad, desarrollándolo a partir de raíces místicas nacionales que existían ya antes de que se hiciera sentir la influencia italiana.

Si leemos el gran poema artúrico *Parsifal*, escrito por Wolfram von Eschenbach en la década 1190-1200, encontraremos un buen número de características notablemente reminiscentes del relato contenido en los manifiestos rosacruces, aparecidos más de cuatrocientos años después. La hermandad de caballeros descrita en la narración, cuya misión es custodiar el Santo Grial, vive en un castillo llamado Montsalvat cuyo paradero es secreto. Esta hermandad del Grial instruye y entrena a hombres y mujeres para el servicio de la humanidad. Los varones actúan de incógnito, las mujeres abiertamente. Los caballeros son célibes, excepto el rey del Grial, que tiene derecho a desposar a una mujer elegida por Dios. El Grial que custodian lo describe Wolfram como una «piedra» traída a la tierra por una hueste de ángeles, entre cuyas prodigiosas propiedades se cuenta la facultad de curar y devolver la juventud perdida.

Esta hermandad altruista e idealista, con sus célibes caballeros que viajan de incógnito y su residencia secreta, hallará un paralelo en la hermandad rosacruz descrita en los opúsculos *Fama y Confessio*. Y la identificación del Grial con una piedra nos recuerda el pasaje de *Las Nupcias Químicas* que dice: «En ese instante, la Virgen nos manifestó que éramos Caballeros de la Piedra de Oro.»

Otro elemento de similitud serían las numerosas referencias astrológicas que existen tanto en *Parsifal* como en *Las Nupcias Químicas*. Se dice que Flegetanis [el autor a quien Wolfram atribuye el relato original del Grial] que «con sus propios ojos vio cosas en las constelaciones de las que no osaba hablar, misterios ocultos. Contó que había algo llamado Grial cuyo nombre él había leído con claridad en las constelaciones».¹ En otro pasaje posterior, Cundrie [la hechicera] dice a Parsifal: «Cualquiera cosa que circunden las órbitas de los planetas, cualquiera cosa sobre la que su luz se derrame, eso está destinado a ser el fin que habrás de alcanzar y lograr.» De manera semejante, existen en *Las Nupcias Químicas* muchas referencias a los planetas y a los signos del zodiaco.

Hay un paralelismo aún más sorprendente: Wolfram cuenta cómo, después de que el Grial fuera arrebatado por unas doncellas, «Parsifal las siguió con la mirada y antes de que cerraran la puerta tras ellas acertó a ver, sobre un escaño acolchado de una estancia exterior, el anciano más hermoso que sus ojos habían contemplado nunca. Lo declaro y no exagero: su cabello era más gris que la misma niebla.» Se trata de Titurel, el fundador de la hermandad, que permanece en una especie de eterno estado místico entre la vida y la muerte pero puede comunicarse con los caballeros. De forma similar, el cadáver de Christian Rosenkreuz, cuando fue descubierto por sus partidarios en la cámara mortuoria, se encontraba «íntegro e incorrupto».

Esta idea del monarca o autoridad suprema que no está muerto sino dormido y un día despertará, nos resulta bastante familiar. Fue aplicada no sólo al rey Arturo, sino a figuras históricas reales como Carlomagno y el emperador Federico I Barbarroja. En la leyenda rosacruz es la hermandad la que despierta, mientras que su fundador, aunque esté ostensiblemente muerto, permanece exento de

¹ Cito de la traducción inglesa de *Parzival*, por Helen M. Mustard y Charles E. Pasage (Nueva York, Vintage Books, 1961).

podredumbre, como símbolo de su continua influencia a través de sus prosélitos.

Otro ingrediente aportado por el fértil suelo alemán en que brotó el rosacrucismo fue la labor de algunos grandes místicos contemplativos. Entre ellos, uno de los más sobresalientes fue maese (Johannes) Eckhart (hacia 1260-1327), monje dominico que en sus escritos y sermones predicó un panteísmo místico, por el que se instruyó contra él un proceso por herejía. A los dos años de su muerte, el papa Juan XXII condenó sus obras, pero éstas continuaron ejerciendo un poderoso influjo en el misticismo y en la filosofía especulativa posteriores. Eckhart hablaba de la posibilidad de una «unión identificadora» con Dios, y esta tesis llegó a convertirse en foco de discusión entre sus epígonos, especialmente entre Johannes Tauler (hacia 1300-1360) y Johannes Ruysbroek (1293-1381). Tauler, cuyos escritos influirían en Lutero, estaba de acuerdo con Eckhart, en tanto que Ruysbroek sostenía que sólo era posible hablar de una «relación» con Dios. Otro partidario de Eckhart fue el dominico Heinrich Suso (o Seuse), autor de *Das Büchlein der ewigen Weisheit* [El libro de la eterna sabiduría].

El último gran representante del misticismo medieval alemán fue Nicolás de Cusa (hacia 1401-1464), el cual llegó a ser cardenal y legado pontificio en Constantinopla. Fue un adelantado a su época en cuestiones científicas: afirmaba, por ejemplo, que la tierra giraba alrededor del sol. En *De visione Dei* [Acerca de la visión de Dios], publicada en 1454, compara los ojos de Dios con los del rostro de un retrato que, observados por distintas personas desde diferentes ángulos, parecen mirar directamente a cada una de ellas. También enseñó la doctrina del microcosmos.

Cuando la tradición formada por la fusión de doctrinas herméticas, cabalísticas y neoplatónicas llegó a Alemania, el terreno estaba bien abonado. Uno de los más grandes cabalistas alemanes de la modalidad hebraica fue Johannes Reuchlin (1455-1522), que procedía de Pforzheim (Selva Negra). Extrajo buena parte de su erudición cabalística de Pico della Mirandola y de dos maestros judíos, Obadiah Sforno y Jacob Loans. También se apoyó mucho en los escritos de Yósef ben Abraham Gikatila, un cabalista español que escribió a finales del siglo XIII; Gikatila afirmaba que el poder divino emana, en una serie de permutaciones, del nombre sagrado YHWH. La obra cabalística más influyente de Reuchlin fue *De*

Arte Cabalistica (1517). Escribió también un libro sobre la lengua hebrea, *Rudimenta Hebraica* (1506). Sus simpatías por lo hebreo provocaron una fuerte hostilidad en los adversarios de los judíos, especialmente en un fanático converso del judaísmo, Johannes Pfefferkorn. Los humanistas salieron en defensa de Reuchlin y atacaron a sus clericales oponentes en buen número de escritos satíricos, asestando así un importante golpe contra la intolerancia.

Otro alemán, Heinrich Cornelius Agrippa von Nettesheim (1486-1533), fue una de las figuras más influyentes de toda la historia del ocultismo. Nació en Colonia y su auténtico nombre era Heinrich Cornelius, pero más tarde lo latinizó a Cornelius y le añadió el nombre del jefe legionario romano que fundó la ciudad. (El resto, «von Nettesheim», alude a un lugar cercano a Colonia.) Agrippa pasó la mayor parte de su existencia como militar y diplomático al servicio del emperador Carlos I de España y V de Alemania y llevó una vida de trotamundos durante la cual se interesó por estudios de la más diversa índole, trabando amistad con algunas de las mentes más preclaras de Europa. Así, le encontramos dando conferencias sobre Reuchlin en Dole, como huésped del filósofo inglés Dean Colet en Londres, o trabajando como médico de la reina Luisa de Saboya. Su franqueza le ocasionó multitud de conflictos con la Iglesia y con el rey Francisco I, quien le mandó encarcelar en Lyon. Murió en la indigencia poco después de su salida de prisión.

Agrippa fue uno de los principales exponentes de la escuela de pensamiento neoplatónico de Ficino. Este y otros elementos quedan patentes en su obra fundamental, *De occulta Philosophia*, publicada por primera vez en Colonia en 1531. Este tratado consta de tres partes, y cada una de ellas examina uno de estos tres ámbitos: el elemental, el intelectual y el celestial. La primera constituye una investigación sobre la magia natural, la segunda trata del simbolismo de los números y la tercera, en gran medida influida por Reuchlin, es una disertación sobre los nombres divinos.

Una de las actitudes que procuraron a Agrippa fama y notoriedad fue su defensa de la magia, definida como la sabiduría del *magus* y no como la brujería que se representa en la imaginación popular. En *De Occulta Philosophia* escribe: «Entre hombres instruidos, mago no significa hechicero ni persona supersticiosa o adepta a conjuros, sino hombre sabio, sacerdote o profeta; y, así,

las Sibilas eran magas y profetizaron con gran claridad acerca de Cristo; y así los Magos, en tanto que sabios, conocieron por los más maravillosos secretos del mundo que iba a nacer Cristo, hacedor del universo, y fueron los primeros en acudir a adorarle; y el nombre de magia fue aceptado por filósofos, encomiado por teólogos y no despreciado por el Evangelio.»²

Agrippa sostenía también la idea del hombre como microcosmos: «Vemos que el hombre es la más hermosa y perfecta obra de Dios y su imagen, y otro sí el mundo inferior; así pues, el hombre, por su más perfecta composición y dulce armonía, y por su más sublime dignidad, contiene y mantiene en sí mismo todos los números, medidas, pesos, movimientos, elementos y todas las demás cosas que pertenecen a su composición.»³

La tercera sección del libro esboza un sistema cabalístico cristiano, comentando los nombres hebreos de Dios, el *Sephiroth*, las jerarquías angélicas y las esferas celestes. Trata también las áreas de influencia de los planetas y los valores numéricos de las letras hebreas y sus significados cabalísticos.

Desde un punto de vista cronológico, la siguiente figura de importancia en la historia del esoterismo alemán es Theophrastus Bombastus von Hohenheim, más conocido por Paracelso (1493-1541), alquimista, médico y filósofo oculto. De ascendencia suaba, nació en Einsiedeln [Suiza]. A los dieciséis años asistió a la universidad de Basilea, donde estudió alquimia y química como alumno de Trithemius, obispo de Würzburg. Trithemius fue también una figura clave en la tradición esotérica, y escribió varias obras sobre la magia, la alquimia y las profecías. Al acabar su período en la universidad, Paracelso pasó una temporada en las montañas del Tirol, durante la cual estudió las propiedades de los metales y minerales. Llevó siempre una vida de médico errante, y le fue imposible quedarse largo tiempo en un mismo lugar, ya que su carácter franco y agresivo le acarreaba todo tipo de enemistades. Adquirió vastos conocimientos sobre las más diversas materias, y sus voluminosos escritos abarcan la alquimia, la cosmología, la medicina y el misticismo.

En medicina, Paracelso opinaba que cuerpo y alma se hallan

² *Op. cit.*, traducción inglesa (Londres, 1651).

³ *Ibid.*

unidos, y que el médico debe, por tanto, tratar ambos simultáneamente, intentando concertar una armonía entre ellos. Vivir armoniosamente es vivir de acuerdo con el auténtico yo íntimo. Pero como el hombre es un microcosmos, su realidad interna se ve condicionada por las influencias cósmicas. En consecuencia, si el médico pretende conocer a fondo a una persona debe ser capaz de estudiar dichas influencias mediante la astrología. Debe ser, asimismo, teólogo para comprender las necesidades del alma, alquimista para estar al tanto del funcionamiento interior de la materia y místico para saber que existe una esencia divina más allá del entendimiento de los seres humanos. Su impacto sobre los sistemas didácticos de la medicina fue inmenso, y entre sus logros prácticos cabe citar una clasificación de las enfermedades de los mineros basada en sus propias experiencias en las minas del Tirol. Fue también un pionero de las técnicas de laboratorio sistematizadas.

Todo el pensamiento de Paracelso estaba imbuido de ideas herméticas y cabalísticas, con gran influencia de Ficino. «La cábala», escribió «nos abre un acceso a lo oculto, a los misterios; nos permite leer epístolas y libros sellados y, asimismo, la naturaleza interna de los hombres (...). Pues la cábala reposa sobre un fundamento verdadero. Rogad y se os dará, llamad y seréis oídos (...). Alcanzaréis una sabiduría mayor que la de Salomón».⁴

Las teorías de Paracelso ejercieron gran influencia sobre los pensadores ocultos que le siguieron, como Valentín Weigel (1533-1588), un clérigo protestante cuyos escritos místicos le ganaron la desaprobación de sus correligionarios. Otra figura importante de la época fue Aegidius Gutmann (o Gutman) (1490-1584), autor de *Offenbarung göttlicher Majestät* (La revelación de la divina majestad), que ofrece una interpretación esotérica del Génesis y subraya el aspecto espiritual de la alquimia.

Hemos llegado ya al umbral del período rosacruz. Una vez analizado el caldo de cultivo intelectual del movimiento, conviene ahora examinar la situación de la sociedad alemana durante la etapa pre-rosacruz y las actitudes mentales que se engendraron a lo largo de la misma.

En toda Europa, y especialmente en Alemania, las conmo-

⁴ *Paracelsus*, editado por J. Jacobi (Londres, 1951), págs. 207, 208. Cita extraída de «Herbarius», *Von der Heilwirkung der Nieswurz*.

nes religiosas y sociales habían ido siempre de la mano. En su notable libro *The Pursuit of the Millenium*, el profesor Norman Cohn presenta numerosos ejemplos de sectas revolucionarias y mesías autonombrados que se rebelaron contra el orden religioso y secular establecido, como un preludio de la reforma de Lutero. Una de las iniciativas de reforma preluterana más importantes fue la de los Hermanos de Bohemia, partidarios de John Hus (hacia 1373-1415). Aunque Hus fue quemado por herejía, el movimiento husita continuó floreciendo en Bohemia hasta la Guerra de los Treinta Años, y todavía cuenta con seguidores en la actualidad. Con todo, habría que esperar hasta la época de Lutero para que la Reforma constituyera una oposición seria y generalizada a la Iglesia Romana. Cuando, en 1517, Lutero clavó en la puerta de la catedral de Wittenberg sus noventa y cinco tesis contra los abusos en las indulgencias, comenzó una revolución que produjo una serie de largos y amargos conflictos entre los partidarios de ambas concepciones, la vieja y la nueva, enfrentamientos que por lo general estaban estrechamente relacionados con las ambiciones territoriales de los príncipes. La Paz de Ausburgo en 1555 fue un intento de solventar la disputa, pero sólo trajo un respiro temporal e incompleto. El período entre este armisticio y el comienzo de la Guerra de los Treinta Años fue una época de continuas confrontaciones y escaramuzas entre católicos y protestantes. El mundo alemán, con sus muchos principados en ambos bandos, quedó afectado de forma particularmente nefasta.

Una de las maneras que la gente emplea para buscar consuelo en tiempos atribulados es creer que sus sufrimientos forman parte de cierta pauta histórica y que una nueva edad de oro está a la vuelta de la esquina. Este concepto constituyó el núcleo central de un sistema de pensamiento que floreció en Alemania durante el período posterior a la Reforma y que se denominó «pansofía» (del griego *pansofia*, conocimiento universal). Los seguidores de esta escuela de pensamiento estaban muy influidos por los escritos de Joachim de Fiore (hacia 1135-1202), abad y místico italiano del siglo XII que inventó un sistema profético que Norman Cohn describe como «el más influyente que Europa conoció hasta la aparición del marxismo». Tras pasar largo tiempo examinando las Sagradas Escrituras, Joachim tuvo una inspiración que al parecer le reveló cierto mensaje profético contenido en la Biblia. La interpre-

tación de Joachim presentaba la historia como un proceso que tenía lugar en tres etapas sucesivas, cada una de ellas presidida por una de las tres personas de la Trinidad. Primero venía la Edad del Padre, caracterizada por el gobierno de la ley; a continuación venía la Edad del Hijo, con énfasis en el Evangelio y en la fe; por último llegaba la Edad del Espíritu Santo (o Paráclito), una época de amor, alegría y libertad en la que la sabiduría divina se revelaría directamente en los corazones de toda la humanidad. Los ecos de esta teoría seguirían resonando muchos siglos después de la muerte de Joachim.

Joachim consideraba que cada etapa duraba cuarenta y dos generaciones y cada generación treinta años. Como la segunda época se había iniciado con el nacimiento de Cristo, era lógico pensar que la tercera comenzaría en 1260. Entretanto había que preparar el camino para el advenimiento de la nueva era, objetivo que sería llevado a cabo por una nueva orden de monjes que predicarían los evangelios por todo el mundo, y uno de ellos sería un maestro supremo cuya tarea consistiría en enseñar a los hombres a apartarse de las cosas terrenales y aproximarlos a los asuntos del espíritu. Pero durante los tres años y medio anteriores a la Edad del Espíritu, habría un período de purgación presidido por el Anticristo, un monarca seglar que destruiría la iglesia corrupta y mundana y crearía un espacio para la iglesia verdadera. A su vez, el Anticristo sería derrocado y daría comienzo la Edad del Paráclito.

A principios del siglo XVII había multitud de visionarios prediciendo la inminencia de la llegada del Anticristo. Uno de ellos fue Heinrich Vogel, párroco protestante de Lützelstein y autor de *Offenbarung der Geheimnissen der Alchimy* (Revelación de los secretos de la alquimia), obra publicada en 1605; en ella escribió que cuando el Evangelio y la alquimia salieron juntos de nuevo a la luz, el Anticristo sería revelado y el Último Día se hallaría cerca. Un augurio de esto habría sido la aparición de ciertos filósofos, como Paracelso, que sacaron la Alquimia de la obscuridad y la purificación.

Había también ciertos individuos que se consideraban totalmente idóneos para el papel de fundador de la nueva orden anunciada por Joachim. Por ejemplo, Julius Sperber, que posteriormente se convertiría en apologista del rosacrucismo. En su *Wunderbuch* (Libro de los prodigios), Sperber describe un sueño visionario en

el que vio las palabras *nitorem ardentem deglutiam* («vomitaré el ardiente resplandor»). Al despertar consultó las Sagradas Escrituras y encontró un pasaje en el que un serafín tocaba la boca del profeta Isaías con un carbón resplandeciente, queriendo significar que Isaías debía salir al mundo y profetizar. Will-Erich Peuckert nos ofrece un resumen de la interpretación que Sperber hizo de ello:

Se aproxima la Tercera Edad, cuyo comienzo está oculto al mundo, salvo a unos pocos individuos. La evidencia más importante del evento es que, en los años transcurridos del 1500 al 1600, el mundo ha presentado el mismo aspecto que tenía en el siglo anterior al nacimiento de Cristo. Y así como entonces sólo algunas personas sabían que la nueva era se aproximaba —como los pastores de los campos y el sacerdote Zacarías—, aunque se había estado anunciando durante largo tiempo, así ahora el comienzo de esta nueva edad de oro es conocido sólo por unos pocos. Pero quienes tienen ojos para ver pueden interpretar las señales. Los cambios son visibles por doquier: Lutero ha reformado la religión. Nicolaus Vigelius (latinización de Vigel) ha propuesto un nuevo sistema legal para el Imperio Romano. En medicina, Paracelso ya había hecho su aparición 60 años antes. Y en filosofía, Ramus y Guillaume Postel han creado un nuevo sistema. También en el derecho se han producido transformaciones. Un representante de la medicina, Johannes Wierus (Johann Wier, célebre batallador contra las persecuciones por brujería) ha alzado la voz para manifestar que la creencia en la brujería es una necesidad.⁵

Sperber describe a continuación la nueva era. Aparecerá la nueva Jerusalén y nacerá una nueva religión, presidida por el Espíritu Santo. Se abrirán los ojos de todo el género humano, la fe se fortalecerá y la incredulidad se irá desvaneciendo. La filosofía, auténtica y cabal, se basará en la verdadera teología. Si la Primera Edad fue gobernada por la monarquía y la Segunda Edad por la aristocracia, la Tercera Edad será la de la democracia. La nueva

⁵ Will-Erich Peuckert, *Das Rosenkreuz* (Berlín, 1973).

medicina será espagírica (es decir, alquímica) y florecerán las siete artes liberales.

Naturalmente, era preciso revisar la fecha crucial establecida por Joachim, 1260, y había diversidad de opiniones respecto a cuándo empezaría la nueva época. Adam Nachenmoser, en su *Prognosticum Theologicum* (1588), contaba los 1260 años a partir de la muerte de Constantino (327), de suerte que obtenía la fecha 1587. Desde ese año hasta 1600 tendría lugar el «período de tribulaciones», es decir, reinaría el Anticristo, pero en 1600 nacería la nueva era. Nachenmoser, al igual que Sperber, introduce la idea ya muy extendida de que al Anticristo se opondrá un «tercer Elías». Al final del Libro de Malaquías, el último del Antiguo Testamento, se lee: «Mirad que os enviaré al profeta Elías antes que llegue el Día de Yahvé, grande y terrible.» Juan el Bautista había sido considerado el segundo Elías. Pero la Tercera Edad también tenía que tener un Elías, y su identidad era objeto de intensa especulación.

También Paracelso había escrito sobre este tema. En el capítulo octavo de su *Buch von den Mineralien* (Libro de los minerales) dice: «Aquello que es de menor importancia Dios ya ha permitido que sea revelado, pero lo más importante permanece aún en las tinieblas, y así seguirá hasta que llegue Elías el Artista.» Este «Elías el Artista» fue concebido por Paracelso como un adepto de la ciencia química. Este revelador de lo ignoto tenía que aparentar cincuenta y ocho años después de la muerte del médico y filósofo suizo, ocurrida en 1541, lo que significaba que Elías se daría a conocer en 1599. Pero algunas personas argüían que Paracelso había muerto en realidad en 1544, de forma que el año crucial sería 1603. En el *Fama Fraternitatis* se añade otro año a esta cifra y se establece 1604 como fecha en que fue abierta la tumba de Christian Rosenkreuz. Pero no cabe ninguna duda de que en la mente del autor (o autores) del *Fama* bullía la idea joaquinita de un nuevo orden que preparase el advenimiento de la Tercera Edad.

El escritor profético más importante en relación con la cuestión rosacruz fue posiblemente Simon Studion. Este místico y teosofista nació en 1543 en Urach (Württemberg) y obtuvo su doctorado en Tubinga en 1565. Posteriormente trabajó como tutor en Marbach y Ludwigsburg. Durante un tiempo fue protegido de Friedrich, duque de Württemberg (un entusiasta «mecenas» de los estudios

ocultos), pero sus heterodoxas opiniones le acarrearón no pocos enemigos, que conspiraron para arrebatarse el favor del duque. El tratado más importante de Studion, la *Naometria*, no fue nunca dado a la imprenta, pero debió conocer una amplia circulación en forma de manuscrito.

La palabra *naos* significa «templo» en griego, y el título del tratado se podría traducir por «medición del templo», es decir, los templos interior y exterior, que simbolizan las sagradas escrituras y la naturaleza. En su obra, Studion se basa frecuentemente en Joachim. Según el primero, la penúltima de las «generaciones» proféticas establecidas por Joachim como precedentes al inicio de la nueva era había durado desde 1560 a 1590; consecuentemente, la última duraría hasta 1620. En la concepción de Studion, la nueva era vendría designada por una cruz, y una de las muchas ilustraciones de la *Naometria* muestra una figura femenina, que representa la nueva era, cabalgando sobre una criatura formada por los cuatro animales de la visión de Ezequiel, y llevando una bandera con el motivo de la cruz. La figura cabalga sobre tierra firme, en tanto que el papa y el emperador tratan de agarrarse a un navío que se va a pique entre rocas.

Studion identificaba la nueva orden de Joachim con una organización a la que llama *Confederatio Militiae Evangelicae*, una especie de alianza protestante pactada en Lüneburg en 1586 entre ciertos príncipes y electores y los representantes de los reyes de Navarra y Dinamarca y de la reina de Inglaterra. Otro de los participantes fue Friedrich, duque de Württemberg, a quien está dedicada la *Naometria* y a quien se alude como el crucificador del último papa. Caben dudas sobre si tal alianza existió en realidad, pero es posible que la idea de la misma prefigurase el concepto de la fraternidad rosacruz. Más adelante examinaré a fondo las relaciones entre la *Naometria* y los manifiestos rosacruces.

Es significativo que la *Naometria* esté fechada en 1604, porque ésta es no sólo la fecha del descubrimiento de la tumba de Christian Rosenkreuz, sino también un año de enorme significación astrológica. En ese año se produjo la aparición de dos nuevas estrellas en las constelaciones de *Serpentarius* y *Cygnus*. En la época en que aparecieron dichas estrellas, Júpiter se hallaba en conjunción con Saturno en la novena casa. Como Júpiter era considerado un planeta positivo y Saturno un planeta pernicioso, hubo considerable

especulación respecto a cuál de ellos era dominante, pero la opinión más generalizada era que, como la novena casa es la casa de Júpiter y Júpiter rige sobre Piscis, signo que era ascendiente en el momento de la observación, cabía deducir que Júpiter era el planeta dominante. Asimismo, ambos planetas se encontraban favorablemente situados con respecto a los demás planetas. Cuando la situación de Saturno es idónea, éste «produce» hombres serios y clarividentes.

Así pues, dicha combinación auguraba el advenimiento de uno o más profetas que serían sabios, justos y virtuosos. Además era creencia extendida que esas posiciones astrológicas correspondían a las de la Creación. Según la tradición, el sol fue creado en el cuarto día, cuando Aries se encontraba en ascendente, y de ello se concluía que Sagitario debió haber estado en la novena casa. Por tanto, las señales visibles durante la aparición de las nuevas estrellas en 1604 eran las mismas que las del nacimiento del mundo, prueba fehaciente de que en dicho año se produciría un nuevo y fundamental comienzo. En el contexto rosacruz, este nuevo comienzo se identificaba con la apertura del sepulcro de Christian Rosenkreuz y la propagación de su mensaje.

3

EL CIRCULO DE TUBINGA

La apertura de la tumba de Christian Rosenkreuz, fuera real o simbólica, dio origen a un espectro que recorrería Europa con persistencia similar a la del fantasma del comunismo anunciado dos siglos y medio después. El espectro rosacruz fue, no obstante, una criatura más escurridiza. Aunque muchas personas afirmaron haberlo visto e incluso haberse comunicado con él, nadie pudo ofrecer una descripción realmente comprensible de su apariencia o naturaleza. Tampoco resultaba claro si se trataba de una entidad independiente o si alguien la había conjurado. Respecto al hacedor del conjuro se barajaban diversas posibilidades, pero el candidato más probable era Johann Valentin Andreae (1586-1654), un teólogo protestante de Tubinga que en su autobiografía afirma haber escrito *Las Nupcias Químicas* y que fue posiblemente el autor o coautor del opúsculo *Fama*. Sea o no cierto que Andreae fuera el creador de la leyenda rosacruz, es indudable su estrecha relación con la misma, así que es importante conocer algunos detalles del carácter y la vida de este curioso personaje.

El abuelo de Andreae, Jacob Andreae, era un antiguo católico convertido al protestantismo, del que llegó a ser uno de los principales pioneros. Se le conocía como «el Lutero de Württemberg». Destacó en su profesión, y en el momento de su muerte era rector de la universidad de Tubinga. Tuvo dieciocho hijos. El séptimo de ellos, Johann Andreae, se hizo también párroco luterano. Carecía de las grandes dotes de su padre, pero mostró un enorme interés por la alquimia.

El hijo de Johann Andreae, Johann Valentin, creció en un ambiente en el que la alquimia era un elemento primordial. Sus

tutores fueron elegidos menos por sus cualidades académicas que por sus inclinaciones alquímicas, y el joven Johann Valentin se familiarizó extensamente con el lenguaje de la alquimia y con parte de la charlatanería que a menudo la acompañaba. Esta temprana toma de contacto con impostores de la disciplina alquímica explicaría las invectivas contra los falsos alquimistas contenidas en los escritos rosacruces.

De niño, su delicada salud le impidió tomar parte en los juegos normales infantiles, convirtiéndole en un chico soñador, callado e introvertido. En 1591 la familia se trasladó desde Herrenberg (lugar de su nacimiento) a Königsbronn, y posteriormente, en 1601, al morir su padre, la madre y los hijos se establecieron en Tübinga, entonces como ahora una atractiva ciudad universitaria a orillas del río Neckar. Al poco, Andreae entró en la Universidad. Su madre, una mujer emprendedora, fue nombrada boticaria de palacio con Federico I, duque de Württemberg.

En la época en que Andreae entró en la universidad, los estrechos lazos que hasta entonces habían existido entre la Tübinga protestante y la católica Austria se estaban disolviendo en el nuevo espíritu de contrarreforma alentado por el emperador Federico II, de tendencias reaccionarias. Los estudiantes austríacos ya no podían acudir a Tübinga con la libertad de que habían disfrutado bajo el reinado del emperador Rodolfo II, hombre tolerante y de inclinaciones ocultistas cuya corte residía en Praga. Los efectos de esta intransigencia religiosa tuvieron que causar una fuerte impresión en el espíritu del joven Andreae, que obtuvo su licenciatura en 1603 y se doctoró en 1604, empezando a ganarse el sustento como profesor de unos pocos alumnos. Al mismo tiempo proseguía un variado número de estudios, entre ellos teología, matemáticas, óptica y astronomía.

Andreae formó parte de un círculo de amigos instruidos e idealistas, de los cuales el más prominente fue Christoph Besold, un hombre de vastísima cultura que conocía nueve lenguas, entre ellas el hebreo, y que se interesaba por la cábala. Besold, que más tarde se convirtió al catolicismo, tenía fuertes inclinaciones místicas, y los ámbitos de sus saberes estaban en estrecha relación con el contenido de los escritos rosacruces.

En 1614 Andreae fue nombrado diácono de Vaihingen, contrajo matrimonio y llevó la vida de un respetable eclesiástico y

teólogo luterano. Fue un escritor prolífico cuya obra más importante es, sin duda, *Christianopolis*, en la que describe un estado cristiano utópico. En varios de sus escritos hace referencia al entusiasmo creado por el fenómeno rosacruz. En *Turris Babel* (1619), por ejemplo, critica mordazmente el movimiento y advierte a sus lectores: «Escuchad, mortales, en vano esperáis el advenimiento de la Hermandad, la comedia ha terminado.»

¿Qué papel jugó Andreae en todo el asunto? ¿Y cómo llegaron a escribirse y publicarse los manifiestos y *Las Nupcias Químicas*? Para contestar a estas preguntas no nos cabe sino recurrir a conjeturas más o menos fundamentadas. Imaginemos un grupo de hombres inteligentes, instruidos e idealistas que se reúnen en Tübinga hacia 1608. Andreae, que a la sazón cuenta veintidós años, escucha solemne y atentamente mientras su mentor Christoph Besold diserta ante los reunidos y esboza su visión de una Europa exenta de disensiones religiosas y bañada por la luz de la auténtica fe cristiana combinada con la ciencia y la erudición. Besold ilustra cuanto está exponiendo con numerosas citas de los clásicos y mediante sorprendentes comparaciones entre la doctrina cristiana y la cábala. Quizá también estuvieran en el grupo Abraham Hölzel (un joven austríaco, amigo de Andreae), el doctor Tobías Hess, de Tübinga, y otros dos amigos de Andreae, Tobías Adami y Wilhelm Wense. Estos dos últimos eran discípulos del fraile italiano Tommaso Campanella, autor de una obra utópica, *La Ciudad del Sol*, en la que describe una sociedad ideal gobernada por sacerdotes herméticos. Adami y Wense hicieron conocer a Andreae el libro mencionado, y el carácter utópico de su contenido facilitó la creación del ambiente en que se elaboraron los opúsculos rosacruces.

Es indudable que el otro tema fundamental de los manifiestos rosacruces, el de la sociedad secreta de iniciados, fue inspirado en parte por las hermandades y órdenes de caballería alemanas del medievo, como hemos mencionado antes, pero también por las academias florentinas. Es importante dejar claro que en Alemania se estaba desarrollando en esa época una fuerte tendencia a formar sociedades secretas o semisecretas, que muy a menudo mantenían estrechas relaciones con el nacionalismo alemán, a la sazón en plena eclosión. Prueba de ello son las diversas asociaciones que fueron promovidas con la finalidad de fomentar el idioma alemán, por el que sus hablantes estaban empezando a sentir un nuevo orgullo.

La primera de ellas fue la Fruchtbringende Gesellschaft (la Sociedad Fructífera), fundada en 1617 por el príncipe Ludwig de Anhalt. Y resulta fascinante descubrir que entre los primeros miembros de la misma se hallaban Andreae y Adami.¹ Estaba basada en una sociedad florentina en la que a cada miembro se había adjudicado un nombre apelativo relacionado con los oficios de moler y fabricar el pan. Así, de forma semejante, los miembros de la Fruchtbringende Gesellschaft adoptaron sobrenombres asociados en su mayor parte con el objetivo «fructificador» de la sociedad. El príncipe Ludwig, por ejemplo, era «der Nährende» (el alimentador); otros nombres eran «der Helffende» (el colaborador); «der Unverdrosene» (el infatigable), «der Nutzbare» (el productivo), «der Vielgekörnte» (el del abundante grano) y «der Grade» (el recto). Cada miembro poseía un escudo de armas correspondiente a su designación, y las armas de la sociedad mostraban un cocotero con el lema «Alles zu Nutzen» (Todo de provecho). Posteriormente la sociedad pasó a denominarse die Gessellschaft des Palmenordens (La Sociedad de la Orden de la Palma).

Pero la organización que guarda un parecido más familiar con la hermandad rosacruz (y que puede haber sido su modelo directo) fue una sociedad llamada la Orden der Unzertrennlichen o Indisolubilisten (La Orden de los Inseparables), que fue fundada en 1577 y en época posterior se unió a la ya mencionada «Sociedad Fructífera». Diversos documentos relacionados con esta sociedad se conservaban en los archivos de la logia masónica berlinesa Zur Freundschaft y en la de Arquímedes, de Altenburg, hasta que fueron disueltas por los nazis, pero el contenido de los documentos fue transcrito a nuevos registros de los que Karl Frick hace un resumen en su libro *Die Erleuchteten*.

Entre los fundadores de esta orden se contaban propietarios de minas y de fundiciones, por lo que la alquimia y las técnicas de fundición constituían sus principales materias de interés. Los resultados de los experimentos alquímicos coronados por el éxito se anotaban y se guardaban en un «Archa», un arcón secreto cuyo contenido recibía continuamente nuevas aportaciones. Hay un impresionante eco de esto en la descripción que hace el *Fama* de la

¹ *Die Fruchtbringende Gesellschaft: Quellen und Dokumente in vier Bänden*, editado por Martin Bircher (volumen I, Munich, Kösel/Verlag, 1971).

cripta de Christian Rosenkreuz, que tenía en cada pared «un portillo de acceso a un arcón, en el que se depositaban objetos diversos, especialmente nuestros libros». Se cree que la orden utilizaba también un alfabeto secreto que contenía numerosos símbolos alquímicos: otra inspiración para la alegoría rosacruz, puesto que en el *Fama* leemos que los cuatro fundadores de la hermandad «elaboraron un lenguaje y una escritura mágicos».

Los miembros de la Orden de los Unzertrennlichen se dividían en cinco grados o categorías, estando la cuarta dedicada al trabajo alquímico. Esto podría parecer poco conforme con el espíritu del *Fama*, que habla de la «impía y execrable fabricación de oro, a cuya advocación se acogen muchos hombres renegados y maliciosos para perpetrar sus villanías, y defraudan y traicionan el crédito que se les ha otorgado». Y continúa: «Los verdaderos filósofos son de muy otro parecer, y guardan en poca estima la fabricación del oro, que no es más que una labor menor; pues a su lado tienen mil mejores asuntos que resolver.» Al calificar de «labor menor» la fabricación de oro, el *Fama* parece dar a entender que los hermanos adeptos eran capaces de fabricarlo, pero que consideraban mucho más importante y elevada la alquimia espiritual.

Todo ello indica que cabría establecer una relación entre los Unzertrennlichen y la hermandad rosacruz, y se siente uno tentado a conjeturar que podría haber en ello ciertas claves que explicasen el misterio de los orígenes rosacruces. Hay un curioso indicio que podría resultar relevante: en la Biblioteca del Estado de Württemberg se guarda un manuscrito alquímico rosacruz que a todas luces es un documento del siglo XVIII perteneciente a la Orden denominada Gold-und Rosenkreuz (Rosa Cruz Dorada), pero la portada lleva fecha de 1850. Cabe la posibilidad de que hubiera sido copiado de un manuscrito de los Unzertrennlichen. Especulando un poco más, se podría avanzar la tesis de que la hermandad rosacruz procedía de los Unzertrennlichen. La conexión entre estas dos órdenes vuelve a aparecer en época posterior, como mencionaré más adelante en otro capítulo.

Sabemos que Andreae era miembro de la Fruchtbringende Gesellschaft. Pudo, por tanto, haberlo sido de los Unzertrennlichen. Una vez que él y su círculo hubieron llegado a la conclusión de que era necesaria una «reforma general» del mundo, pudieron haber decidido crear una orden interna o quizá una orden total-

mente imaginaria basada en la de los Unzertrennlichen. En cualquiera de los casos pudieron haber adjudicado a dicha orden una historia que fuera coherente con la tradición profética pansófica y joaquinita (de Joachim de Fiore). Para poder entender cómo sucedió todo esto debemos examinar detenidamente el trasfondo histórico y social del círculo de Tubinga.

En el medio ambiente que produjo la aparición de los manifiestos, el pensamiento utópico y la predilección por las sociedades esotéricas iban a menudo engarzados. En sus discusiones sobre la forma de promover una sociedad mejor, el círculo de Tubinga bebía abundantemente de fuentes pansóficas, y a la hora de poner en práctica sus ideales dirigieron su atención hacia otras personas que abrazaban las doctrinas pansóficas. Pero cayeron en la cuenta de que para poner en marcha el proceso necesitaban algún catalizador que revistiera la forma de una mística poderosa. Los territorios protestantes alemanes ya se habían apartado de la corrupción de Roma, pero no habían hallado en el luteranismo un sustituto válido del simbolismo católico que habían perdido. Era preciso, por consiguiente, encontrar algún sistema alegórico satisfactorio que pudiera adscribirse a la ideología utópica y cuya fascinación pudiera intensificarse mediante un halo de misterio.

Los miembros del grupo acostumbraban, sin duda, a hacer circular sus escritos entre ellos, y uno de los documentos que probablemente se debatieron fue la imaginativa y fantástica «novela» *Las Nupcias Químicas* de Andreae, que según él mismo afirma en su autobiografía *Vita ab Ipso Conscripta*, escribió hacia 1605, cuando contaba diecinueve años. Es posible que, al leer de nuevo *Las Nupcias Químicas*, Andrea y sus amigos tuvieran la ocurrencia de utilizar al narrador, Christian Rosenkreuz, convirtiéndolo en el artífice místico de la hermandad que llevaría su nombre y cuyas doctrinas y metas incorporarían todas las teorías, ideales y doctrinas básicas de los pansofistas. Mediante la publicación de manifiestos de la hermandad, el círculo de Andreae podría influir en gente de toda Europa que hablase la misma lengua. Pero ¿por qué dieron la llamada por respuesta a quienes mostraron su intención de hacerse miembros? Quizá sí que contestaron a algunos elegidos, aunque no haya quedado constancia de ello. O quizá no tenían intención de responder a los solicitantes, sino más bien desempeñar el papel de catalizadores del pensamiento de su época. Lo que es indudable es

que su silencio ayudó a intensificar el misterio que rodeaba a la hermandad rosacruz y constituyó a la extraordinaria vitalidad que todavía posee. Un misterio es un imán poderoso, como tendremos ocasión de comprobar cuando examinemos la historia posterior del rosacruicismo.

Entretanto, consideremos con más detalle el contenido de los opúsculos *Fama* y *Confessio*. Para resumir la historia narrada en estos documentos diremos que hablan de un hombre llamado Christian Rosenkreuz que viajó por Oriente Medio recopilando conocimientos ocultos, regresó a Alemania para instaurar una hermandad secreta y vivió 106 años. Ciento veinte años después de su muerte, según se nos cuenta, uno de los miembros de dicha hermandad encontró su cripta mortuoria, hecho que fue considerado la señal para que la orden se diera a conocer e invitase a las personas instruidas de Europa a unirse a ella. Se nos informa también de que los hermanos tienen acceso a cierta sabiduría secreta que transformará milagrosamente la sociedad e inaugurará una nueva era en la que, según se cita en el *Confessio*, «el mundo despertará de su profundo sopor y, con el corazón abierto, la cabeza descubierta y los pies descalzos, saldrá alegre y jubiloso al encuentro del nuevo sol naciente».

Evidentemente, esto guarda una clara relación con la idea joaquinita de la llegada de una nueva era, teoría que tan importante papel jugó en la formación de las doctrinas proféticas analizadas en el capítulo anterior. Pero diversas referencias adicionales nos llevan a la incontrovertible conclusión de que los autores de estos manifiestos hablan con voz alemana y de que se prevé que la transformación inicial tendrá lugar en suelo alemán. Por tanto, no es sorprendente que los manifiestos aparecieran en el mismo ambiente que la Fruchtbringende Gesellschaft.

La historia de Christian Rosenkreuz no se nos narra de forma nebulosa, sino con abundancia de detalles interesantes. Se dice, por ejemplo, que partió para Jerusalén con un compañero que murió en Chipre. En el relato también se procura dejar claro que Paracelso no era miembro de la hermandad, aunque sí trabajaba dentro del mismo espíritu. Otro detalle peculiar es que, entre los primitivos componentes de la hermandad, que se identifican por sus iniciales, todos eran alemanes excepto un tal «J. A.».

En aquel tiempo trabajaba en Alemania un buen número de

médicos paracélsicos: virtualmente cada corte nobiliaria tenía uno empleado a su servicio. Estos hombres, versados en la alquimia, viajaban a menudo a Oriente Medio y otros lugares con la finalidad de ampliar sus conocimientos, y es posible que Christian Rosenkreuz fuese creado a imagen y semejanza de alguno de ellos. Con todo, no cabe ninguna duda de que el nombre es imaginario, ideado para que incorporase los motivos de la rosa y la cruz del escudo de armas de Andreae y asimismo, la palabra «Christian» (cristiano), que indica el punto de vista religioso de los manifiestos. Otros detalles mencionados en los opúsculos son también innegables frutos de la imaginación, como el descubrimiento de la cripta, con su sol artificial.

Este círculo de Tubinga del que procedieron los manifiestos estaba integrado por hombres que preveían y ansiaban el advenimiento de la época dorada profetizada por Joachim de Fiore. Según su concepción de los acontecimientos, dicha época dorada surgiría primero en suelo alemán y bajo la enseña del protestantismo. Creían asimismo que los hombres que prepararían la nueva era serían eruditos, iluminados por la oculta luz de la sabiduría hermética, pero no embaucados por falsos alquimistas y otros farsantes. Por tanto, podríamos considerar los manifiestos como una especie de parábolas diseñadas para ser inspiración de quienes comprendieran su lenguaje simbólico y para estimular en los no iniciados la búsqueda de la verdadera sabiduría.

El lenguaje de los manifiestos refleja el de la *Naometria* de muchas formas. En el capítulo quinto de la *Confessio*, por ejemplo, se afirma que el papa «será desgarrado por uñas hasta quedar convertido en pedacitos, y la nueva voz de un león rugiente pondrá fin a sus rebuznos de asno». En el capítulo décimo se dice al lector: «Pero no pasemos por alto mencionar que algunas plumas de águila nos entorpecen el camino y nos retrasan.» Una posible explicación de las alusiones al león y a las plumas de águila podría hallarse en la ilustración gráfica que Simón Studion hace para «La Mística Jerusalén y la Ciudad del Sol, o el Templo de Dios». En ella vemos las cuatro criaturas de la visión de Ezequiel pintadas sobre los cuatro muros de la Jerusalén simbólica. Esto parece ser una modificación del esquema triple de Joachim. Cada muro representa una de cuatro épocas, y las partes superior e inferior de dichos muros, así como los pilares que los separan, están divididas en secciones

que representan subdivisiones de las épocas. Studion las denomina «horas», y cada una está dividida a su vez en noventa años. La última fecha que aparece en el fondo de la columna que marca el extremo derecho del muro del águila es 1620. Esto significa que Studion consideraba 1620 como final del reino del águila y el inicio del reino del león.

Y puede que no sea coincidencia el que 1620 fuera un año fatídico en la historia de Alemania. Fue el año en que el monarca alemán protestante, Federico V del Palatinado, cuyo animal heráldico era el león, aceptó el trono de Bohemia en desafío a los Ausburgo, que eran católicos. Puede que lo hiciera en la creencia de que así entraba en la nueva época, pero el resultado del conflicto fue la derrota de Federico en la batalla de la Montaña Blanca y un retroceso notable de la causa protestante en Europa.

Las criaturas simbólicas de Ezequiel también aparecen en *Las Nupcias Químicas*, concretamente en la descripción del quinto día. El narrador es conducido a una cámara del tesoro subterránea en la que ve «un pequeño altar sostenido por un águila, un buey y un león, que reposaba sobre un basamento de incalculable valor». La figura de un ángel sobre el altar completa el cuaternario. Existen también otros puntos de similitud entre los documentos rosacruces y la *Naometria*. En el *Fama* se dice que la tumba de Christian Rosenkreuz permaneció cerrada durante 120 años, y en la *Naometria* la cifra 120 reviste una especial significación.

Es también importante mencionar los documentos que se imprimieron y encuadernaron junto con las primeras ediciones de *Fama* y *Confessio*. Cuando apareció *Fama* por primera vez, en 1614, le acompañaba en el mismo volumen una obra titulada *Allgemeine und General Reformation, der gantzen weiten Welt* (La reforma universal y general del mundo entero). Se trata de un extracto de la sátira alegórica *Ragguagli di Parnasso* [Noticias del Parnaso], del italiano Trajano Boccalini, en la que el autor imagina a una serie de personajes históricos en el Parnaso, presentando quejas a Apolo sobre el estado de la situación existente. Boccalini es católico, pero deja claro que está a favor de la tolerancia religiosa y, además, detalle interesante, muestra la misma admiración por Enrique IV de Francia (antes Enrique de Navarra) que Simón Studion había manifestado.

En el extracto de la obra de Boccalini que se imprimió junto

con el *Fama*, se describe una escena en la que Apolo consulta con sus consejeros acerca de la mejor manera de iniciar la reforma general del mundo. Una tras otra, las sugerencias indicadas van resultando inútiles, y finalmente se abandona el intento de encontrar una fórmula para la reforma. Uno de los sabios, Solon, observa que lo que el mundo necesita no es tanto transformaciones sociales como amor, caridad y afecto humanos en mayores proporciones.

Casi cabe asegurar que fueron los amigos de Andreae, Wense y Adami, quienes trajeron de Italia la obra de Boccacini y se la hicieron conocer a éste, y puede que hayan sido también ellos quienes le sugirieran que la publicase junto con el *Fama*. Puede que Andreae pensara que, dando a conocer al mismo tiempo los dos opúsculos, podría hacer patente su idea de que un perfeccionamiento interior en las mentes y en los corazones de los hombres debía preceder a toda reforma externa, y que el relato contenido en el *Fama* debía ser considerado bajo esta luz.

Otro documento importante relacionado con el *Fama* fue la carta de contestación al manifiesto que un tal Adam Haselmayer, notario público al servicio del archiduque Maximiliano, escribió desde Heyligen Creutz, población cercana a Hall (Tirol). Dicha carta se imprimió por primera vez en 1612, cuando el *Fama* aún estaba circulando en forma de manuscrito, y volvió a aparecer como *addendum* en la primera edición impresa del opúsculo, que contenía asimismo un prefacio que hace referencia a Haselmayer en el siguiente pasaje:

Y si bien algunos han mantenido que lo que sigue y es publicado sobre la Hermandad de la Rosacruz es un mero ejercicio filosófico y no una historia cierta, otros a su vez dirán: «Los jesuitas darán caza a alguien por ello»; como ciertamente sucedió a Adam Haselmayer, *Publicus Notarius* de su Alteza Serenísima el archiduque Maximiliano, cuya respuesta a la Hermandad de la R.C. se incluye impresa en el presente documento, y no sin razón. Porque como este mencionado Haselmayer dijera: «Venid ya, llegad, oh hombres altamente iluminados, venid, almas verdaderas, jesuitas sin engaño», los jesuitas razonaron: «Veamos, pues, si los hermanos de la R.C. son los jesuitas sin engaño, se deduce de ello que nosotros somos los jesuitas embaucadores», y dichos

airados jesuitas pusieron el yugo en la cabeza a este cristiano Haselmayer y cargado de grilletes le condenaron a galeras.²

La carta de Haselmayer es de gran interés, ya que éste considera que la hermandad rosacruz hace que se cumplan ciertas profecías [como la venida de «Elías el Artista» que mencioné en el capítulo anterior] y que se produzca una propagación de la auténtica doctrina de Paracelso. En otras palabras, la carta subraya el papel del rosacruicismo en la tradición pansófica.

Volvamos ahora a la *Confessio*. La primera edición de este manifiesto, publicado en 1615, contenía un texto de un tal Philip a Gabella titulado *Una breve consideración sobre la filosofía más secreta*, basado muy de cerca en el tratado *Monas Hieroglyphica*, del mago inglés John Dee, que trata de las propiedades místicas y científicas del signo de la mónada, que se parece al símbolo del planeta Mercurio. Gabella, que cambia la palabra «monas» por «stella», cita abundantemente la obra de Dee. El símbolo de la mónada también aparece al principio de *Las Nupcias Químicas*. Dee, que reunía en su persona las características de un «magus» hermético, un científico y un partidario de la tolerancia religiosa, era el modelo de erudito que, en la concepción rosacruz, constituiría parte fundamental en el liderazgo de la nueva era. No ha de sorprender, por tanto, que su obra influyera en los manifiestos.³

En la época en que apareció la *Confessio*, Andreae ya se había establecido firmemente en su cargo pastoral de Vaihingen. Es posible también que para entonces hubiera renunciado a cualquier intención que pudiera haber albergado de tomar parte activa en reformas sociales, pero seguía interesado en promover un cambio en el espíritu del hombre; y, siempre que él pudiera permanecer entre bastidores, estaba dispuesto a permitir la publicación de los manuscritos que había escrito o ayudado a escribir.

Pero las cosas no ocurrieron exactamente como a él le hubiera gustado. A pesar de la inclusión de la sátira de Boccacini en la primera edición del *Fama*, la gente se sintió inclinada a tomar

² *The Fame and Confession of the Fraternity R.C.*, edición e introducción de F. N. Pryce (1923). Cita extraída de la introducción.

³ Para una explicación más detallada —aunque algo más polémica— de la relación de Dee con el rosacruicismo, véase *The Rosicrucian Enlightenment* (Londres, 1972).

literalmente y al pie de la letra el relato de la hermandad rosacruz. Puede entonces que Andreae considerase, ya en 1616, que los tiempos estaban maduros para la aparición pública de una obra que estableciera definitivamente el carácter mitológico de la génesis rosacruz, y publicó anónimamente *Las Nupcias Químicas*, cerrando un círculo: la obra que en principio había inspirado la idea de una hermandad rosacruz se daba a conocer ahora para mostrar que tal hermandad era un mito (se trata, naturalmente, de conjeturas, pero nos ofrecen una explicación plausible de por qué Andreae la publicó después de tan largo intervalo). Con todo, los lectores siguieron creyendo que existía una auténtica orden rosacruz, y finalmente Andreae se vio obligado a llamar las cosas por su nombre. Cuando escribe en *Turris Babel*: «En vano esperáis la llegada de la Hermandad», está tratando de hacer ver a la gente que han interpretado erróneamente el mensaje de los manifiestos y que la «hermandad» allí descrita debe entenderse como una fraternidad de la mente y del espíritu.

La participación de Andreae en el origen del fenómeno rosacruz sigue todavía envuelta en tinieblas. A lo largo de las páginas anteriores he aventurado un enfoque posible de su grado de implicación en el asunto. John Warwick Montgomery, en cambio, en su fascinante estudio sobre Andreae, *Cross and Crucible* (1973), llega a una conclusión totalmente diferente a la mía. Analizando la cuestión desde la óptica de un teólogo protestante, Montgomery afirma que Andreae fue hostil al rosacrucismo desde el principio, y que escribió *Las Nupcias Químicas* para «cristianizar» la figura de Rosenkreuz. En cualquier caso, Montgomery arroja una valiosa luz sobre el papel jugado por Tobías Hess, amigo de Andreae, partidario de Paracelso y discípulo ferviente de Simon Studion. Puede que fuera Hess, y no Andreae, el artífice primordial de los manifiestos. Sea cual sea la auténtica verdad del asunto, el perenne misterio que rodea la participación de Andreae forma parte del enigma sobre el que el rosacrucismo ha prosperado.

Se suele dar por sentado que la primera fase de la hermandad rosacruz finalizó poco después del comienzo de la Guerra de los Treinta Años (1618) y que los movimientos rosacruces posteriores fueron renacimientos artificiales que partieron totalmente de la nada. Ahora bien, si aceptamos la relación ya apuntada entre la orden rosacruz y la orden de los Unzertrennlichen, aparece la

posibilidad de una continua actividad rosacruz que se extendería a lo largo de todo el siglo XVII y constituiría un nexo de unión con los prosélitos rosacruces del siglo XVIII. En 1680 se fundó en Halle una logia de los Unzertrennlichen con la denominación de Sincera Confoederatio, y dicha logia reclutó numerosos miembros entre los académicos de la universidad de Halle. Al mismo tiempo se le unieron otras dos sociedades similares de la ciudad, la Sincera Fraternitatis y la Reverenda Confoederatio. Este ambiente que se creó en Halle iba a jugar, como veremos, un papel importante en la segunda fase del rosacrucismo. Mientras tanto, en torno al movimiento rosacruz se estaba produciendo una «hinchazón mitológica» muy notable. Concentrémonos, pues, en el crecimiento de dicha mitología en Alemania y en otros países.

CONSECUENCIAS DE LOS MANIFIESTOS

La ideología rosacruz que se desprendía de los opúsculos *Fama* y *Confessio* puede considerarse como un embrión que, a lo largo de los años que siguieron a la publicación de dichos manifiestos, empezó a crecer y a presentar rasgos sorprendentes. La forma en que este organismo iba a desarrollarse hasta alcanzar su madurez se vio determinada en gran medida por aquellos que salieron en defensa de la hermandad durante la época de entusiasmo inmediatamente posterior a la aparición de los manifiestos.

Ese «frenesí» se hizo patente en un buen número de escritos polemizantes en los que se atacaba o defendía a la hermandad. Los defensores, sin excepción, eran protestantes, como sería de esperar si se tiene en cuenta el tono antipapista del *Fama*. Pero sus atacantes eran también protestantes en su mayoría, lo que es en verdad sorprendente, y sólo dos católicos publicaron diatribas en contra de la orden. Uno de ellos fue el anónimo autor de *Einwurf und Schreiben auf der Würdigen Brüderschafft dess Rosen-Creutzes ausgegangene Fama, Confessio und Reformation* (Objeción a *Fama, Confessio* y *Reforma*, publicadas por la meritosa Hermandad de la Rosa Cruz) que se publicó en Frankfurt en 1617. El otro fue S. Mundus Christophori, autor de *Speck auff der Fall* [La trampa cebada], publicado en Ingolstadt en 1618, y de *Rosae Crucis Thra-sonico-Mendax* (1619). Este punto es importante, pues indica que los católicos se mostraban relativamente indiferentes al fenómeno, pero el hecho de que dos de ellos lo atacasen parece invalidar la teoría de que la hermandad rosacruz era una orden católica disfrazada, idea sugerida por ciertos investigadores. Con todo, es probable que algunos católicos, como el converso Besold, se sintieran

identificados con los objetivos e ideales generales del movimiento.

Lo curioso del bando partidario del rosacrucismo es la forma en que empezaron a transformar la idea rosacruz y a introducir nuevos elementos. Por ejemplo: en manos de Julius Sperber, autor de *Echo der von Gott hocheleuchteteten Fraternitet* (Eco de la hermandad iluminada por Dios; Danzig, 1615), la sabiduría legada por Christian Rosenkreuz se convierte en una antigua doctrina secreta cuyo origen se remonta a los más remotos tiempos bíblicos. Sperber mantiene que, tras la expulsión del Paraíso, Adán conservó en su memoria parte de la sabiduría divina que había poseído antes de la Caída. Esta sabiduría dio origen a una doctrina que, a través de Noé y los patriarcas, fue transmitida a Zoroastro y a los caldeos, persas y egipcios, y finalmente quedó preservada en la cábala judía. Una nueva época comenzó con Cristo, el cual mostró a todo el género humano el sendero de la felicidad eterna, pero reservó para unos cuantos elegidos el conocimiento del camino a la sabiduría divina. Después, dicha sabiduría prácticamente se perdió, excepto en tierras paganas, pero algunos cristianos, muy pocos, lograron encontrarla de nuevo. Según Sperber, entre éstos se encontrarían Cornelius Agrippa, Johannes Reuchlin, Marsilio Ficino, Pico della Mirandola y Aegidius Guttman. Sperber considera a los rosacruces herederos de esta sabiduría.

Otro elemento nuevo que empezó a integrar el rosacrucismo fue el interés por la alquimia. El *Fama*, ciertamente, menciona el arte alquímico y ataca a los falsos fabricantes de oro, y en *Las Nupcias Químicas* encontramos multitud de alegorías alquímicas, pero, no obstante, la alquimia no formaba parte fundamental del movimiento original. En cualquier caso, algunos de los apologistas rosacruces empezaron a manifestar que la hermandad se hallaba en posesión del secreto de la transmutación, y otros aventuraron la teoría de que la transmutación era espiritual, no física. Un autor que adoptó esta última postura fue Julianus de Campis, que en 1615 publicó en Frankfurt su obra *Sendbrieff* (y de quien se sospecha que era un seudónimo de Sperber). De Campis afirma: «Nuestro material pertenece al espíritu, no al cuerpo», y además asevera ser miembro de la hermandad.

Este mismo punto de vista acerca de la alquimia es sostenido por Radtichs Brotoffer, autor de *Elucidarius Major* (Lüneberg, 1617), quien asegura que *Fama*, *Confessio* y *Las nupcias químicas*

son escritos alquímicos de género alegórico. Cita un fragmento de *Las Nupcias Químicas* en el que se censura la búsqueda del oro como causa de los males del mundo, interpretándolo en el sentido de que la Piedra Filosofal no podrá hallarse en el metal.

Pero el máximo responsable de que se identifique el rosacrucismo con la alquimia fue Michael Maier (1568-1622), el médico alquímico más célebre de Alemania desde Paracelso. Nació en Rendsburg [Holstein], y tras licenciarse en medicina en Rostock, se trasladó a Praga, donde entró al servicio del emperador Rodolfo II en calidad de médico personal del monarca. Tras la muerte de Rodolfo II en 1612, Maier visitó Inglaterra, donde conoció entre otros a Sir William Paddy, médico de Jacobo I, a quien dedicó su libro *Arcana Arcanissima*. También es muy probable que conociera a Robert Fludd, célebre alquimista y filósofo hermético.

Es posible incluso que tuviera oportunidad de tratar personalmente con el rey Jacobo. Desde luego mantenía algún tipo de contacto con él, como prueba un curioso documento que aparentemente relaciona al monarca con la hermandad rosacruz. Este documento, que se encuentra actualmente en la Oficina de Archivos Escoceses de Edimburgo,¹ es una felicitación de Navidad enviada por Maier a Jacobo en 1612. Se trata de un pergamino, de unos noventa centímetros por sesenta, repleto de fragmentos de poesía y frases de lisonja, y debe ser, sin duda, una de las tarjetas de Navidad más antiguas y más grandes que se conocen. Pero lo que la hace especial en el presente contexto es que en el centro del pergamino hay una rosa de ocho pétalos formando el núcleo central de todo el conjunto. El tallo y la base sobre la que éste reposa están hechos de palabras, y también hay palabras en los pétalos y aledaños, todas ellas en latín. Formando las ocho divisiones entre los pétalos (posiblemente una especie de cruz octogonal) se lee un mensaje que podríamos traducir así: «Saludos a Jacobo, por largo tiempo rey de la Gran Bretaña. Que, merced a vuestra muy leal protección, pueda la rosa sentirse jubilosa.»

Esta felicitación navideña fue enviada el mismo año en que

¹ Oficina de Archivos escoceses, referencia GD 242/212. La existencia de este documento fue amablemente puesta en mi conocimiento por Adam McLean, el cual lo ha analizado en un artículo titulado «A Rosicrucian Manuscript of Michael Maier», publicado en *The Hermetic Journal*, número 5, otoño 1979.

apareció, que se sepa, el primer manuscrito de *Fama*, o sea, dos años antes de que se diera a conocer ya impreso como el primero de los manifiestos. Y, sin embargo, he aquí a Maier en 1612, dirigiéndose a Jacobo I en términos que sugieren la existencia de alguna especie de movimiento rosacruz, del que, a juzgar por las palabras de Maier, el monarca debía ser protector. Aunque Jacobo era un acérrimo enemigo de la brujería, no parece que sintiera animadversión por la tradición hermética, y se sabe que tenía amigos alquimistas. Por tanto, no es del todo imposible que en las primeras etapas del movimiento existiera en Gran Bretaña un tipo de círculo rosacruz interesado por la alquimia y que considerase a Jacobo su mecenas. Si esto es cierto, cabe admitir que el documento mencionado fue uno de los primeros ejemplos de utilización de la rosa como símbolo de reconocimiento entre integrantes de una sociedad hermética.

Volvamos a la trayectoria profesional de Michael Maier. En 1619 fue nombrado médico del landgrave Mauricio de Hesse, pero poco después se estableció en Magdeburg, donde practicó la medicina hasta su muerte en 1622. Fue toda su vida un luterano ferviente, y de él se dice que era una persona caritativa y altruista.

Al contrario que de Campis y Brotoffer, Maier creía que la hermandad rosacruz poseía el secreto de fabricar oro auténtico. Según afirma en su obra *Silentium post Clamores* (Frankfurt, 1617), este secreto perteneció a anteriores civilizaciones y fue transmitido oralmente. Los eleusinos, por ejemplo, «estaban muy familiarizados con el arte de fabricar oro, el cual preservaron y practicaron tan en secreto que nadie pudo averiguar el nombre del proceso». Como Sperber, Maier creía que los rosacruces eran depositarios de una antigua tradición secreta.

Maier se ocupó de los rosacruces en muchas de sus obras, siendo su última defensa de la hermandad *Themis Aurea* (Frankfurt, 1618), en la que describe a los adeptos como laboriosos médicos y químicos sinceramente dedicados al estudio de la naturaleza y a la consecución de la reforma del mundo. Escribe: «Los hermanos rosacruces siempre han tenido como jefe y líder a uno de entre ellos, a quien prestan obediencia. Centran su interés en la verdadera astronomía y en las auténticas ciencias físicas, matemáticas y químicas, mediante las cuales son capaces de producir raros y prodigiosos efectos. Son trabajadores, frugales, comedidos, secretos y leales.»

Respecto a los centros de reunión de la hermandad, Maier dice: «No podemos determinar con certeza los lugares donde se juntan ni las horas. Yo he visto a veces Casas Olímpicas no lejos de un río y he conocido una ciudad que creo se llama S. Spiritus, y por ello quiero decir el Helicón o Parnaso, donde Pegaso hizo brotar un manantial de rebosante caudal en el que bañase Diana, de quien Venus era doncella y Saturno chambelán. Esto informará suficientemente al lector avisado, pero confundirá aún más al ignorante.»

Para resumir la contribución de Maier al entusiasmo creado, diremos que no arrojó luz alguna sobre la hermandad propiamente dicha, pero su impresionante defensa del rosacrucismo lo asentó firmemente como tema de interés entre los estudiosos. Logró también apuntalar fuertemente la vinculación alquímica, como ya he indicado antes.

Llegamos ahora al más raro participante de toda aquella efervescencia rosacruz, alguien que escribía con el seudónimo Irenaeus Agnostus y que oscila de forma sorprendente entre el ataque a la hermandad y la defensa de la misma. Durante algún tiempo se llegó a pensar que este misterioso personaje era en realidad Friedrich Grich, un preceptor privado de Altdorf, cerca de Nuremberg. Parece ser que escribió también con otros seudónimos, como Johannes Procopius, Menapius, Georgius Odaxus, Franziskus Gometz Gentdorp.

En algunos de sus escritos, Agnostus se expresa como si fuera un auténtico adepto rosacruz. Por ejemplo, en *Tintinabulum Sophorum* (Nuremberg, 1619) habla de «nuestro» *Fama* y de «nuestra» hermandad, y anuncia: «Se acerca el tiempo en que con clara voz revelaremos cuanto ahora se mantiene oculto y lo daremos a conocer a todos los hombres.» En cuanto a la cuestión de alquimia, Agnostus asegura a sus lectores que la hermandad puede otorgar la salud tanto del cuerpo como del alma. En *Thesaurus Fidei* (1619) hace referencia expresa a la fabricación del oro, dejando claro que él quiere significar el oro del amor cristiano. Pero en *Fortalium Scientiae* (Nuremberg, 1617) manifiesta su creencia en la piedra filosofal, y dice que ha realizado algunos experimentos en ese campo. En *Fons Gratiae* (Nuremberg, 1619), remite a los lectores a la obra *Themis Aurea*, de Maier, en la que se puede encontrar información sobre el arte curativo de los rosacruces.

Pero, mezclados con los panegíricos rosacruces, hallamos en

los tratados de Agnostus algunos párrafos en que los ataca y ridiculiza, unas veces salpicando los pasajes defensivos y otras en forma de anexos. Por ejemplo, en un pasaje de *Tintinabulum Sophorum* describe el *Fama* como una obra tramposa y llena de falsedades. En *Fortalitum Scientiae* ofrece, con evidente intención satírica, varias fórmulas alquímicas absurdas. Y en *Regula Vitae* (1619) arremete contra el apologista del movimiento Theofilus Schweighart, acusándole de ser un «chiflado rosacruz» y de haber publicado escritos falsos en nombre de la hermandad.

Así, al leer a Agnostus tiene uno la impresión de hallarse ante un farsante con dos caras, y, lo que es más, al lector le resulta difícil determinar cuál es la verdadera y cuál la máscara. Pero hay un hilo conductor de cierta consistencia que recorre los escritos de Agnostus: el autor defiende el luteranismo y ataca a la Iglesia católica, y en esas páginas parece hablar con voz sincera. Además nunca censura los ideales básicos y los elementos cristianos presentes en *Fama* y *Confessio*. Su talante burlón aparece sólo al hablar de las tendencias astrológicas y alquímicas, o al referirse a quienes creen en la existencia real de la hermandad.

La ambigua postura de Agnostus-Grick queda muy clarificada cuando se lee la correspondencia que mantuvo con Justus Cornelius, tratada con gran detenimiento en *Das ältere Rosenkreuzertum*,² de Schick. En respuesta a la cuestión planteada por Cornelius sobre quién había sido el autor de los opúsculos *Fama* y *Confessio*, Grick escribe:

El autor original de *Fama* y *Confessio* es un gran hombre que desea fervientemente permanecer incógnito algún tiempo más. Su deseo era, no obstante, conocer las opiniones de la gente, y de éstas ha podido experimentar numerosas especies y clases.

En otro pasaje, Grick entona un *mea culpa*:

El autor de *Fama* y *Confessio* es un gran e ilustre caballero a quien yo tomé en principio por un loco o un innovador caprichoso, razón por la que me enfrenté a él y escribí *Fortalitum Scientiae*,

² Hans Schlick, *Das ältere Rosenkreuzertum* (Berlín, Nordland/Verlag, 1942), pags. 232-236.

pero cuando mi primer opúsculo vio la luz comprendí que había escrito una tragedia con palabras de chanza y que, al menos entre los curiosos, había provocado juicios y condenas.

Las últimas obras de Grick, según declaración propia, fueron escritas no contra el artifice de los manifiestos, sino contra los impostores que se habían aprovechado de la efervescencia rosacruz para sus propios fines.

Todo esto muestra bien a las claras por qué Grick empezó atacando al autor del *Fama* y después fue sintiendo una mayor simpatía por él y arremetió contra los necios que se interesaban por la hermandad esperando prodigios alquímicos y otras maravillas. Tuvo que tener acceso directo al círculo de Andreae, ya que en caso contrario no habría sabido quién había escrito el *Fama*. Es claro que al principio no se tomó muy en serio el planteamiento de Andreae e intentó contraatacar el *Fama* con una saludable dosis de sarcasmo. Pero cuando vio que no había logrado sino aventar las llamas de la controversia, empezó a comprender el método que había detrás de la «locura» de Andreae. Como hombre instruido y cosmopolita que era, sentía simpatía hacia las ideas de hermandad, iluminación y reforma del mundo, y se daba cuenta al fin de que el sistema de Andreae para propagarlas era efectivo, siempre que se pudiera mantener los papanatas en su sitio. A partir de entonces siguió en la brecha, pero dirigió sus dardos contra los ignorantes y no contra los auténticos rosacruces.

Si reconsideramos todos estos hechos, veremos que estamos asistiendo al surgimiento de lo que podríamos llamar una mentalidad rosacruz, impregnada de tradición hermética y cabalística, en busca de la sabiduría oculta y dispuesta a esforzarse para encontrarla. El paradigma de este tipo de mentalidad es Joachim Morsius (1593-1643). Nació en Hamburgo y estudió en la universidad de Rostock, donde se dedicó primero a la teología y después a las humanidades. Muy pronto empezó a interesarse por las cuestiones esotéricas, y uno de los temas que trató a fondo fue la alquimia. Ansiaba lograr una reputación académica internacional, y con ese objetivo realizó una larga serie de viajes a otros países, entre ellos Inglaterra, donde en 1619 obtuvo el título de *Master of Arts* en Cambridge. Además de escribir varias obras propias, preparó la edición y publicación de numerosos documentos de carácter teosó-

fico y alquímico. Sus viajes y sus actividades como editor esquilmaron su patrimonio, y estuvo preso en Hamburgo durante cuatro años, por deudas. Sólo la intercesión del rey de Dinamarca logró que le concedieran la libertad.

Morsius consiguió granjearse una amplia reputación entre académicos y amantes del saber, pero no un reconocimiento sólido y permanente como erudito: tenía una mente demasiado inquieta y mudable, y es característico de su personalidad que pasara tanto tiempo de su vida buscando la auténtica sabiduría rosacruz.

Entusiasmado de joven por los manifiestos, escribió una carta de solicitud de ingreso en la orden, pero, como tantos otros aspirantes, no recibió contestación alguna. Esta experiencia le dejó un poco desilusionado, pero después se alzó en defensa del carácter secreto de la hermandad en *Theosophi Eximii* (Frankfurt, 1619). Posteriormente conoció a Andreae, a quien visitó en Calw en 1629; no sabemos de qué hablaron en aquella reunión, pero es evidente que Andreae no trató de desilusionar a su joven admirador, ya que éste continuó su búsqueda de la sabiduría rosacruz. Su amigo el alquimista y médico paracélsico, Balthasar Walter le aseguró que la única persona que comprendía cabalmente la doctrina rosacruz era Jacob Boehme, así que Morsius escribió al gran místico de Görlitz con la esperanza de recibir alguna iluminación, pero cuando aquél le contestó no hizo mención alguna de la reforma rosacruz, sino que le habló de la verdadera reforma en Cristo. A continuación, Morsius viajó a Suecia para comentar con el pansofista Johann Buraeus el libro de éste *Buccina veteris Jubilei*. Recorrió otros muchos caminos y finalmente murió en Gottorp (Holstein) en 1643.

Schick considera a Morsius el representante modelo de la mentalidad rosacruz: «Recorriendo secretos senderos en busca del elevado conocimiento de mundos ocultos, tratando de desvelar los misterios definitivos y de hacer surgir de la naturaleza primigenia de las cosas una nueva era.»³ Puede que no lograra su intento, pero el sueño iba a seguir vivo en otras mentes.

³ *Ibid.*, pág. 189.

5

LA EXPANSION DE LAS IDEAS ROSACRUCES

La propagación de las ideas rosacruces desde su nativa Alemania no tardó mucho en hacerse realidad. De forma creciente, cada vez que encontremos un grupo de personas interesadas en la tradición hermética y cabalística podemos dar por seguro que Christian Rosenkreuz y su hermandad serán un tema de debate favorito.

En Inglaterra, la tradición hermética se introdujo sólo en círculos comparativamente más reducidos. Uno de sus exponentes más conspicuos fue John Dee, y, como hemos podido ver, puede que sus ideas influenciaron el movimiento rosacruz. Otro inglés eminente a quien se ha vinculado con los rosacruces es el estadista y filósofo Francis Bacon (1561-1626). Para la mentalidad moderna, Francis Bacon constituye un personaje ribeteado con ciertos tintes siniestros. En su vida pública suscribió una política de oportunismo despiadado, consiguiendo una serie de cargos importantes y ascendiendo al escalón nobiliario al ser nombrado primero Lord Verulam y más tarde vizconde de St. Albans. Su caída se produjo cuando, siendo Lord Chancellor (Presidente de la Cámara de los Lores), fue procesado por aceptar sobornos y expulsado del Parlamento y de la corte. Cinco años después falleció de forma harto curiosa: pasaba por Highgate Hill y se detuvo a rellenar con nieve una gallina, para observar los efectos del frío en la conservación de la carne. A consecuencia de ello cogió un fuerte resfriado y murió unos días más tarde en casa de un amigo que vivía cerca de allí.

En sus escritos, Bacon expresa ideales que guardan cierta similitud con los contenidos en los manifiestos rosacruces. En *The Advancement of Learning* (1605), por ejemplo hallamos el párrafo siguiente:

Así como la naturaleza ha creado la fraternidad en las familias, las artes mecánicas originan gremios en las comunidades y la unión de Dios vela sobre la hermandad de reyes y obispos, así en el saber por fuerza tiene que existir una fraternidad en conocimientos e iluminación, relacionada con aquella paternidad que se atribuye a Dios, a quien llamamos padre de la iluminación o de las luces.

Este párrafo parece una anticipación a la idea de la hermandad de sabios expuesta en los manifiestos de Tübinga.

Aún más sorprendentes son los ecos rosacruces que impregnan *New Atlantis*, obra de Bacon publicada póstumamente y en la que describe una sociedad utópica descubierta por unos marineros en ciertos territorios hasta entonces desconocidos. A estos marineros se les muestra un rollo de pergamino «firmado con un sello de alas de querubín, no desplegadas sino inclinadas hacia abajo, y junto a ellas una cruz», semejante al sello que aparece al final del *Fama* con el lema «A la Sombra de las Alas de Jehová.» Además, los descubridores reciben la visita de un alto dignatario que lleva un turbante blanco «con una pequeña cruz roja en la parte posterior». Intrigados aquéllos por los extensos conocimientos que los habitantes de la Nueva Atlántida poseen sobre el mundo exterior, se les informa de que periódicamente parten de aquellas tierras viajeros «exploradores» que, sin darse a conocer, se mezclan con los habitantes de los países que visitan: otra clara reminiscencia del *Fama*.

Como apunta Frances Yates en el capítulo dedicado a Bacon de *The Rosicrucian Enlightenment*, se infiere claramente de tales similitudes que Bacon conocía los opúsculos *Fama* y *Confessio*, y que los utilizó como fuente de inspiración. Pero la vinculación de Bacon con los rosacruces se ha exagerado en demasía por parte de ciertos investigadores. F. W. C. Wigston, por ejemplo, en *Bacon, Shakespeare and the Rosicrucians* (1888) y en otras obras suyas, llega a afirmar no sólo que Bacon fue el autor de las tragedias y comedias de Shakespeare, sino que éstas están repletas de mensajes rosacruces secretos y de «guiños» indicativos de que su artífice verdadero fue Bacon. Las palabras *hanged hog* (cerdo colgado/ahorcado), por citar un caso, son, según Wigston, el código de «Bacon». Algunos entusiastas van incluso más lejos y plantean que Bacon y Andreae eran la misma persona. Su tesis es que Bacon no falleció a consecuencia del resfriado que cogió en Highgate Hill, sino que se repuso, se trasladó a Alemania y comenzó a escribir

con el seudónimo de Johan Valentin Andreae. Aunque es cierto que los grabados-retrato de Bacon y Andreae muestran cierto parecido, es difícil compaginar semejante teoría con el hecho de que, caso de ser acertada, Bacon habría muerto a los 133 años, una edad francamente notable... incluso aunque hubiera dispuesto del elixir de la juventud rosacruz.

Otras teorías prefieren ser más prudentes. Algunos miembros actuales de esa misma escuela de pensamiento apuntan únicamente que el grupito dedicado a la erudición y a la evitación de la compañía femenina que tan simpáticamente nos pinta *Love's Labours Lost*, de W. Shakespeare, constituye una referencia expresa al ideal rosacruz, pero es bastante improbable que haya una relación directa entre dicha obra y el movimiento rosacruz (dejando aparte la pretensión de que fue Bacon el artífice de una y otro), ya que la obra fue puesta en escena por primera vez hacia 1595, quince años antes de que el *Fama* estuviera en circulación. Pero no se puede negar que la idea que subyace en *Love's Labours Lost* pertenece a la misma tradición.

Pasando a otros escritores ingleses, se puede encontrar una vinculación rosacruz más directa en las obras de Robert Fludd (1754-1637). Nacido en el seno de una familia de terratenientes de Kent, Fludd pasó parte de su juventud viajando a otros países, y puede que durante este período entrase en contacto con algunos hermetistas europeos. Después estudió medicina en Oxford, obteniendo su licenciatura en 1605. En 1609 fue admitido como miembro del Colegio de Médicos, pero no sin encontrar cierta oposición, debida a sus heterodoxas opiniones y a su altivo talante personal.

A mediados de 1612 visitó Inglaterra el alquimista alemán Michael Maier, y es muy probable que se entrevistara con Fludd, como ya apunté en el capítulo anterior. Parece que fue en ese encuentro cuando Maier oyó hablar por primera vez de la hermandad rosacruz, seguramente de boca del propio Fludd, pero lo cierto es que éste no se ocupó del tema en sus escritos hasta 1616, cuando dio a la imprenta su primera obra, publicada con el título *Apologia Compendiaria Fraternitatem de Rosae Cruce suspicionis et infamiae maculis aspersam, veritatis quasi Fluctibus abluens et abstergens* (Breve apología de la Hermandad de la Rosa Cruz, salpicada con la mácula de la sospecha y de la infamia, pero ahora purificada por las aguas de la verdad —la palabra *Fluctibus*, «aguas», es un juego

de palabras con el nombre del autor*—.) Como el resto de sus escritos rosacruces, está en latín.

Un detalle interesante sobre Fludd es que para todas sus obras importantes elegía editores europeos con inclinaciones ocultistas. Así, tanto la *Apologia* como su continuación, el *Tractatus Apologeticus* (Tratado apologético a favor de la integridad de la Sociedad de la Rosa Cruz, 1617), fueron publicados por Godfrey Basson en Leyden (Holanda), y su monumental tratado *Utriusque Cosmi Historia* (Dos partes: Historia del Macrocosmos, 1617-1618, e Historia del Microcosmos, 1619) fue publicado por la sociedad editora de De Bry en Oppenheim (Palatinado, en el S. de la R. F. de Alemania actual).

Entre los adversarios de Fludd podemos citar al monje francés Marin Mersenne (1588-1648), quien, en una diatriba que publicó contra la totalidad del sistema de pensamiento de Fludd (*Questiones in Genesim*, París, 1623), atacaba también a los rosacruces, como queda patente en el párrafo siguiente:

Con diligencia deseo aconsejar a los jueces y de todo corazón a los príncipes que no permitan que esos monstruos de falsa opinión crezcan dentro de sus esferas de influencia. Antes bien debieran erradicar por completo a esos hermanos del infierno, a esos hermanos de los rosacruces, quienes casi a diario, en el mercado de Frankfurt, ofrecen escritos que apestan a descreimiento e impiedad, en los que nos hablan de su falso y misterioso Padre R. C. y su cripta, exhibiéndolos ante las gentes del mundo cristiano. Que es blasfemia cuanto enseñan, y que se dan a conocer como herederos de los magos cuyas obras copian, ya que ellos mismos poca cosa producen.¹

Fludd contraatacó en *Summum Bonum*, afirmando que Mersenne confundía a los verdaderos rosacruces con los impostores «que engañan a la gente cada día con su magia supersticiosa, su

* *Fluctibus* (aguas, caudal) se asemeja a *flood* (torrente, riada), palabra que se pronuncia igual que Fludd, apellido del autor (*N. del T.*).

¹ *A Christian Rosenkreutz Anthology*, editada por Paul M. Allen (Rudolf Steiner Publications, Nueva York, 1968), págs. 352, 353.

caprichosa astrología y sus falsas fórmulas de química chapucera, o con las majaderías de una cábala tramposa».² Y continúa diciendo que la sede o claustro de la hermandad —es decir, la Casa del Espíritu Santo mencionada en el *Fama* no debe ser entendida literalmente; la Casa es una morada espiritual que reposa sobre la roca que es Cristo. Cita como prueba al apóstol San Pablo: «Tu morada no fue construida por manos de hombre, pero poseemos una residencia espiritual en el cielo, que es la Casa de la Sabiduría, levantada sobre el Monte de la Razón, con sus cimientos en la roca del espíritu.»³

De la misma manera, escribe Fludd, la hermandad rosacruz es de naturaleza espiritual: «Si una monarquía pertenece a la carne y al hombre, la otra es espiritual y divina.»

Pero lo cierto es que Fludd también parece creer que los rosacruces constituyen una hermandad auténtica, ya que reproduce una carta que, según él, «fue escrita por los hermanos rosacruces y enviada a un aspirante alemán», carta que ha llegado a sus manos «por mediación de un amigo de Danzig». Dicha carta arroja muy poca luz sobre la hermandad, limitándose a recomendar encarecidamente al candidato que lleve una vida espiritual y se esfuerce en alcanzar la perfección.

Un dato sobre Fludd que merece la pena apuntar es que hay indicios de que pudo ser francmasón: consta documentalmente que hubo una logia masónica en Coleman Street (Londres), cerca de su casa, y A. E. Waite plantea la cuestión de si Fludd pudo ser responsable de la introducción de una veta rosacruz en la francmasonería. De ello no tenemos la menor prueba, y resulta difícil determinar en qué momento entraron en contacto inicialmente dichos movimientos, pero no deja de ser significativo que la primera referencia que se posee sobre una aproximación entre el rosacrucismo y la francmasonería lleve fecha de 1638, un año después de la muerte de Fludd. Dicha relación aparece en *Muses Threnodie*, de Henry Adamson, que contiene los siguientes versos:

² *Ibid.*, pág. 354.

³ *Ibid.*, págs. 355, 356.

*Pues aquello que presagiamos no es evidente,
porque somos hermanos de la Rosa Cruz:
poseemos la palabra y la visión profética del Masón,
las cosas que han de ocurrir podemos cabalmente predecir.*

Otro posible enlace entre el rosacrucismo y la francmasonería sería un antiguo discípulo de Andreae, el refugiado bohemio Comenius, que soñaba con una Utopía iluminada similar a la que describe Andreae en *Christianopolis*, en la que florecerían la ciencia y la religión y serían respetados los hombres de todas las razas y credos. Comenius visitó Inglaterra durante una temporada en 1641. Hans Schick dice de él: «En Comenius tenemos no sólo el intermediario entre el padre del pensamiento rosacruz, J. V. Andreae, y quienes hicieron de padrinos, en el nacimiento de la francmasonería inglesa, como Hartlib, Dury y otros, sino también el puente entre la ideología rosacruz y la francmasonería organizada en general. Recibió la antorcha de Andreae y la llevó a las islas Británicas.»⁴

Debemos tener presente que Schick estaba elaborando su trabajo para un «cliente» antimasón, ya que se trataba de un encargo oficial de Heinrich Himmler, pero, no obstante, su libro es de un nivel académico muy alto, así que puede haber algo de verdad en su planteamiento. Sin embargo, a pesar de la extensa labor de investigación realizada por los historiadores masones, aún no sabemos casi nada concreto sobre la transformación de la masonería operativa en masonería especulativa que se produjo a finales del siglo XVI o principios del XVII, y tampoco por qué ocurrió. Lo que sí consta es que dos de los primeros masones especulativos conocidos, Sir Robert Moray (hacia 1600-1675) y Elías Ashmole (al que mencionaremos de nuevo en breve), sentían un interés profundo por el rosacrucismo. Es también un hecho probado que el fenómeno rosacruz apareció en Alemania aproximadamente durante la misma época en que la masonería especulativa (o francmasonería) estaba produciéndose en Gran Bretaña, una época en la que las corrientes esotéricas fluían libremente en ambas direcciones entre Gran Bretaña y el continente europeo. Se ha llegado incluso a sugerir que la leyenda hirámica de la masonería podría estar rela-

⁴ Homds Schlick, *Das ältere Rosenkreuzertum*, págs. 154-156.

cionada con la leyenda de Christian Rosenkreuz y su tumba (aunque el símbolo hirámico no parece que haya sido un componente significativo de la masonería hasta la década de 1720-1730). Por tanto, no se puede descartar que un impulso de carácter rosacruz, entendiendo el término en su más amplia significación, fuera responsable de la transformación de la masonería antes indicada.⁵

Schick sugiere también que Comenius y la corriente de pensamiento que representó constituyeron una de las influencias que conformaron la creación de la Royal Society, línea de razonamiento ésta que posteriormente seguirá Frances Yates. Robert Boyle, uno de los primeros miembros más activos de dicha sociedad, hace referencia a una carta a un «Colegio Invisible» al que a veces asistía y que puede haber sido un precursor de la Royal Society. Y John Wilkins, otro de sus miembros más destacados, conocía la leyenda rosacruz y la menciona en su obra *Mathematicall Magick* (1648). Parece probable que la Royal Society, fundada en 1660, fuera un intento de poner en práctica los ideales rosacruces de una hermandad, dedicada al conocimiento y a la iluminación, que colaborase al advenimiento de la utopía soñada por Bacon, Andreae, Comenius y otros.

Pero la Royal Society no fue la primera entidad en hacer ese tipo de intento. En Alemania tenemos un ejemplo muy anterior, puesto en marcha por Joachim Jungius (1587-1657), matemático, investigador y catedrático de medicina, y también un importante precursor de Linneo en la creación de la botánica científica. Jungius nació en Lübeck, estudió medicina en Rostock y Padua y posteriormente ocupó las cátedras de matemáticas y de medicina de Helmstedt. En 1628 fue nombrado rector del Gymnasium y Johanneum de Hamburgo. Mantuvo correspondencia con Comenius, y en 1618, mientras vivía en Rostock, trabó conocimiento con miembros del círculo de Andreae. Muchas personas, entre ellas Leibniz, le consideraron estrechamente vinculado al movimiento rosacruz, hasta el extremo de creer que fue él quien escribió el *Fama*.

En 1622 Jungius fundó en Rostock una sociedad filosófica llamada *Societas ereunetica* (o *zetetica*), cuyos fines se describían

⁵ Para un análisis más completo de esta cuestión, véase el trabajo de A. C. F. Jackson, *Rosicrucianism and its Effect on Craft Masonry*, publicado en *Ars Quatuor Coronatorum*, vol. 97, 1984, págs. 115-150.

así: «Buscar la verdad partiendo de la razón y de la experiencia, y probarla cuando se haya encontrado; o liberar de sofismas todas las artes y ciencias fundadas en la razón y en la experiencia, reconducirlas a una certeza demostrable, propagarlas mediante una correcta enseñanza y finalmente mejorarlas mediante invenciones afortunadas.⁶

Esta sociedad se hizo realidad, y entre sus miembros se contaba Johann Adolph Tassius (1585-1654), un amigo de Andreae, pero después se vino abajo en la conmoción de la guerra de los Treinta Años. Aunque en Italia existieron sociedades semejantes, cabe describir la *Societas ereunetica* como la primera academia científica del norte de Europa, y el hecho de que los ideales rosacruces inspiraran en parte su creación, subraya la importancia del fenómeno rosacruz como energía impulsora. Aunque la *Societas ereunetica* tenía mucho más carácter de escuela que la Royal Society, ello no es óbice para que pudiera servir de ejemplo a los fundadores de esta última, quienes a no dudar tienen que haber tenido noticias de aquélla a través de Comenius y otros.

En Inglaterra, la idea rosacruz puede contemplarse como fundamento de dos corrientes distintas que a menudo convergen. Tenemos por un lado la corriente utópica representada por Comenius, que centraba su interés en los ideales sociales, científicos y filosóficos, y por el otro la corriente hermética, cabalística y alquímica, que se preocupaba más de los aspectos ocultos del rosacruicismo.

Un representante de la segunda facción es Thomas Vaughan (1622-1666), hermano gemelo del poeta religioso Henry Vaughan y al que se puede considerar sucesor de Robert Fludd en el título de máximo apologista rosacruz de Inglaterra. En 1650, con el pseudónimo de Eugenius Philalethes, publicó *Anthroposophia Theomagica*, dedicada a los «hermanos regenerados de R. C.». Este parece ser el primer panegírico a favor de los rosacruces escritos en inglés, rompiéndose así la costumbre de utilizar el latín en este tipo de escritos.

La actitud de Vaughan hacia el rosacruicismo queda ilustrada de forma muy interesante por otra obra suya, *Lumen de Lumine* (1651), en la que se expresa como si fuera un auténtico hermano

⁶ *Ibid.*, pág. 143.

rosacruz. Censura a aquellas personas que suponen «que al punto les enseñaremos el arte de fabricar oro o les proporcionaremos grandes riquezas, mediante las cuales podrán vivir con ostentación ante los ojos del mundo». A continuación describe una montaña «situada en el centro de la tierra o punto medio del mundo, que es al mismo tiempo pequeña y magnífica. Es blanda y también sobremanera dura y fuerte. Se halla lejos y está próxima, pero por voluntad de Dios resulta invisible. Hay ocultos en ella los más fabulosos tesoros, que no es dado al mundo valorar». Es evidente que Vaughan se refiere aquí a la montaña que debe «escalarsse» en busca de la perfección espiritual. Pero en las obras de otros escritores —por ejemplo, en *Geheime Figuren der Rosenkreuzer*, que trataré en el capítulo siguiente— se utiliza una montaña cubierta de símbolos como alegoría del proceso alquímico. Esto indica que tanto el rosacruicismo como la alquimia han de considerarse poseedores de dos facetas, una interior y otra exterior. También este tema será examinado a fondo en el capítulo siguiente.

Merece la pena mencionar aquí la escaramuza literaria ocurrida entre Vaughan y el gran platónico de Cambridge, Henry More (1614-1687). More escribía con el pseudónimo de Alazonomastix Philalethes, y se opuso a que Vaughan utilizara un pseudónimo similar al suyo. Le atacó en *Observations upon Anthroposophia Theomagica* (1650), y Vaughan replicó con *The Man Mouse taken in a trap and tortured to death for gnawing the margins of Eugenius Philalethes* (El Hombre Ratón cogido en una trampa y torturado por roer los márgenes de Eugenius Philalethes, 1650). More respondió en 1651 con *The Second Lash of Alazonomastix* (El segundo latigazo de Alazonomastix), pero Vaughan dijo la última palabra ese mismo año con *The Second Wash: or, the Moore, scour'd once more* [El segundo lavado, o el páramo recorrido/fregado una vez más. (Nota del traductor: hay en este título un juego de palabras con Moore (páramo) y el apellido del contrincante, More.) A propósito, More tenía amistad y mantenía correspondencia con el cabalista alemán Knorr von Rosenroth.

Es evidente que Vaughan basó su traducción del *Fama* en una versión manuscrita propiedad del hermetista escocés Sir David Lindsay, conde de Balcarres (1585-1641), cuya residencia, el castillo de Edzell (condado de Angus), poseía un curiosísimo «Jardín de los Planetas», un recinto amurallado con paneles labrados que

representaban las siete deidades planetarias, las siete artes liberales y las siete virtudes cardinales. En *The Hermetic Journal* (núm. 4, verano de 1979) apareció un artículo de Adam McLean sobre este jardín y la familia Lindsay, en el que leemos: «Durante la primera parte del siglo XVII, Sir David Lindsay mantuvo relaciones con los rosacruces, y se conservan ejemplares, escritos de su propia mano, de sus cuadernos de notas alquímicos, entre los que se cuenta una traducción del primer manifiesto rosacruz, el *Fama Fraternitatis*. Cabe hacer notar que en la actualidad se ha establecido que la primera traducción al inglés del *Fama* que se imprimió, la de 1652, aunque adjudicada de siempre a Thomas Vaughan, es una adaptación de la versión manuscrita antes mencionada. Vaughan debió tener acceso al manuscrito de Sir David Lindsay y se basó ampliamente en él para su propia traducción. Quizá el manuscrito de Sir David conoció cierta difusión entre los adeptos rosacruces y alquímicos, o quizá, ¿por qué no?, Vaughan visitó personalmente el castillo de Edzell en aquella época.

A propósito del jardín, Adam McLean escribe:

En sus simbólicos relieves labrados podemos encontrar diversos reflejos del ambiente que impregna el documento rosacruz *Las nupcias químicas de Christian Rosenkreutz*, una alegoría iniciática, parte importante de la cual se dedica a la contemplación, por parte del héroe/candidato, de varias esculturas y otros elementos rituales cuya significación habrá de absorber (...). Así que mi tesis es que el Jardín de los Planetas de Edzell podría considerarse un Templo del Misterio de principios del siglo XVII, relacionado con el resurgir hermético. Una placa grabada que hay en la entrada lleva fecha de 1604 (con toda seguridad, el año de su fundación), y si tenemos en cuenta que Jacobo VI, que se interesaba por —y era mecenas de— diversos aspectos del ocultismo, fue proclamado rey del Reino Unido de Inglaterra y Escocia en 1603, resulta claro que la construcción de este Templo del Misterio no se produjo en el vacío, sino que formaba parte de un renacimiento general del interés por el hermetismo en la sociedad de aquel período. Edzell fue posiblemente un centro de enseñanza de la filosofía hermética y alquímica, y puede que fuera también un núcleo de actividades rosacruces.

Según esto, parece ser que Escocia jugó un papel importante —quizá incluso clave— en el desarrollo inicial del rosacrucismo, y éste es un territorio que merecería la pena explorar a fondo.

Pero volvamos a Inglaterra. Otro personaje importante interesado en el rosacrucismo fue Elias Ashmole (1617-1692), anticuario, historiador, alquimista y fundador del Ashmolean Museum de Oxford. Su interés por la alquimia le llevó a recopilar una muy interesante colección de escritos alquímicos con el título genérico *Theatrum Chemicum Britannicum* (1651). En el prefacio de esta obra incluye una cita directa del *Fama*:

Y, ciertamente, aquel para quien el curso entero de la naturaleza se halla patente, se regocija no tanto del poder de fabricar oro y plata y de someter a los diablos a su voluntad, como de contemplar abiertos los cielos, los ángeles de Dios ascendiendo y descendiendo, y su propio nombre bellamente escrito en el Libro de la Vida.

Menciona también un episodio del *Fama* que ha sido frecuentemente citado: el de un hermano rosacruz, conocido como «J. O», que estuvo en Inglaterra y «curó la lepra al joven conde de Norfolk».

Ashmole, en consonancia con la tradición rosacruz, estaba interesado en la búsqueda de la Piedra Filosofal. La anotación de su diario correspondiente al 13 de mayo de 1653 nos informa que su maestro alquímico, William Backhouse, «cayendo enfermo en Fleetstreet, junto a la iglesia de Sr. Dunstons, y no sabiendo si iba a vivir o a morir, a eso de las once me transmitió mediante sílabas la auténtica materia de la Piedra de los Filósofos, la cual me transfirió como si fuera un legado».⁷ El editor de los diarios, C. H. Josten, aporta en una nota a pie de página una interesante explicación sobre la referencia a las «sílabas»: «En la Biblioteca Nacional de París existe un manuscrito alquímico anónimo (Manuscript Français núm. 12335)... que data de finales del siglo XVII o principios del XVIII, y contiene en los folios 89v-90, un capítulo titulado "Sillabes Chimiques".» El autor del manuscrito explica que ciertas sílabas, que se obtienen partiendo de siete signos jeroglíficos colocados por él al principio, formarán «un mot significatif ou un

⁷ *The Diaries of Elias Ashmole*, editados por C. H. Josten (Oxford, Clarendon Press, 1962), volumen II, pág. 643.

caractère universel» que revelará «le véritable nom et caractère de la matière première». (Una palabra significativa o un signo universal que revelará el auténtico nombre y carácter de la materia primera.) Backhouse, dicho sea de paso, no murió aquel día, sino el 30 de mayo de 1662.

Otro documento de interés es una carta, escrita por Ashmole de su puño y letra, que se encuentra entre sus papeles personales conservados en la Biblioteca Bodleian (fundada por Sir Thomas Bodley, diplomático inglés del siglo XVI; nota del traductor). Está en latín y va dirigida a los Hermanos de la Rosa Cruz, preguntando si al firmante le sería permitido hacerse miembro de la hermandad. Entre sus escritos hay asimismo traducciones de *Fama y Confessio* escritas con su letra, y en otra sección de sus documentos está el original del que dichas traducciones eran copias. Curiosamente, no se trata del mismo que se utilizó para la versión de Thomas Vaughan.

Considerando el entusiasmo que ocasionó en Inglaterra el fenómeno rosacruz, resulta raro que la primera traducción de *Las Nupcias Químicas* se publicara con tanta posterioridad a las de *Fama y Confessio*. Su traductor fue Ezechiel Foxcroft (1633-1676), otro pintoresco personaje, cuya vida siguió pautas dignas de mención. Nació en Londres, donde su padre era comerciante, y estudió en Eton. A los dieciséis años ingresó en el King's College de Cambridge, donde obtuvo su licenciatura en artes en 1652 y el título de *Master of Arts* en 1656. Perteneció a la Junta de Gobierno del King's College desde 1652 a 1654, y fue *Senior Proctor* (Director del Comité Disciplinario) de la Universidad en 1673-1674.

Pero los intereses de Foxcroft no se limitaban a los asuntos académicos. Fue uno de los partidarios de un curandero irlandés llamado Valentin Greatrakes, que llegó a Inglaterra en 1666 y atrajo auténticas multitudes ansiosas de algún tipo de curación. (Entre los muchos que apoyaron a Greatrakes estaba, por ejemplo, el científico Robert Boyle). No sabemos si Greatrakes afirmaba ser rosacruz, pero hay que recordar que la curación de los enfermos era una de las labores primordiales de la supuesta hermandad, y puede que fuera alguna vinculación de tipo rosacruz la que hizo que Foxcroft apoyara a Greatrakes.

Casi con absoluta certeza puede asegurarse que Foxcroft era miembro del círculo formado en torno a Anne Finch, vizcondesa

de Conway. Lady Conway era una dama notable. Víctima de una jaqueca crónica, buscó consuelo en el estudio de las ideas esotéricas. Su correspondencia nos muestra a una mujer joven escribiendo a su suegro y aludiendo a los «dos pilares» de la «Leyenda del Arte» (es decir, la masonería), «uno de piedra contra las inundaciones de agua y el otro de ladrillo contra la furia del fuego»,⁸ un lenguaje muy poco usual en una joven recién casada del siglo XVII. Su hermano, John Finch, había sido discípulo en Cambridge del ya mencionado Henry More, y ella misma llegó a entablar una buena amistad con More, animándole durante la creación de su obra cabalística *Conjectura Cabalistica*. También mantuvo relaciones cordiales con Ralph Cudworth —un discípulo de More— y con otro miembro del círculo de More, el alquimista, cabalista y médico paracélsico, Francis Mercurius van Helmont (1618-1699), que era además médico personal de la vizcondesa.

La residencia de los Conway, sita en Ragley (Marwickshire), se convirtió en punto de encuentro para cuantos se hallaban interesados por los estudios herméticos y disciplinas afines: More, Cudworth, Greatrakes, van Helmont y otros. Es posible que también Thomas Vaughan visitara Ragley. No hay duda de que tanto él como sus traducciones de *Fama y Confessio* eran bien conocidos en ese ambiente, y seguramente uno de los temas predilectos de debate era el rosacrucismo. Es probable asimismo que la traducción que había realizado Foxcroft de *Las nupcias químicas* circulara entre ellos en forma de manuscrito, pero no fue publicada hasta 1690, catorce años después de la muerte del traductor.

Dirigiendo nuestra atención hacia el continente europeo, nos encontramos que los hermanos rosacruces están siendo atacados y defendidos, ensalzados y vilipendiados por doquier. En los Países Bajos, por ejemplo, la cuestión era debatida encarnizadamente. Hay un ambiguo informe sobre la existencia de una orden rosacruz en La Haya en 1622, fundada por un tal Christian Rose y dedicada al estudio de la alquimia. Al parecer, dicha orden había celebrado otras asambleas en Amsterdam, Erfurt, Nuremberg, Hamburgo, Danzig, Mantua y Venecia (véase C. F. Nicolai, *Einige Bemerkungen über den Ursprung und die Geschichte der R.K. und F.M.*,

⁸ Desirée Hirst, *Hidden Riches* (1964), pág. 153.

Berlin and Stettin, 1806). Una crónica más concreta indica que en 1625 el Tribunal de Justicia de la provincia de Holanda envió algunos libros rosacruces a los catedráticos de teología de Leyden, solicitando su opinión. La facultad de Leyden contestó atacando los principios rosacruces de la forma más enérgica. Recomendaban que los miembros de la orden fueran tratados como locos potenciales, y en caso de que constituyeran una amenaza para la inviolabilidad de la Iglesia y la paz del Estado, habrían de ser castigados con penas más severas.⁹

Pero tal sentencia no disuadió a un autonombrado adepto rosacruz llamado Peter Mormius de hacerse pasar por embajador de un cierto «Collegium Rosanium» ni de publicar un libro titulado *Arcana Totius Naturae Secretissima* (Todos los secretos de la naturaleza; Leyden, 1630), que presumiblemente revelaba secretos rosacruces. Según Mormius, la orden estaba interesada únicamente en la alquimia, la Medicina Universal y el secreto del movimiento continuo. Mormius afirmaba haberse puesto en contacto en 1620 con un hombre muy anciano llamado Rose, que era miembro de la Rosa Cruz Dorada, orden compuesta sólo por tres personas. Aunque no le habían aceptado como miembro, sí le contrataron como sirviente, y gracias a este empleo pudo Mormius hacerse con los secretos de dicha sociedad. Mormius intentó obtener una audiencia ante la Asamblea General Legislativa como representante de la hermandad, pero no le fue concedida, reacción poco sorprendente en vista de la actitud hostil de los profesores de Leyden.¹⁰ (La referencia a la orden compuesta de tres miembros tiene cierto interés, ya que —por lo que yo sé— es la primera mención de una «Rosa Cruz Dorada», en vez de sólo «Rosa Cruz». Posteriormente, como veremos en el capítulo siguiente, la denominación Rosa Cruz Dorada sería adoptada por una orden alemana muy activa.)

En Francia, los rosacruces hubieron de enfrentarse a una hostilidad muy similar. Según cuenta uno de los polemicistas anti-rosacruces franceses, Gabriel Naudé (en *Instruction à la France sur la vérité de l'histoire des Frères de la Rose Croix*, París, 1623), en

⁹ A. E. Waite, *The Brotherhood of the Rosy Cross*, pág. 345.

¹⁰ *Ibid.*

1623 aparecieron en las calles de París letreros que contenían el anuncio siguiente:

Nosotros, diputados de nuestro Colegio Principal de la Rosa Cruz, que presentemente habitamos, visibles e invisibles, en esta ciudad por gracia del Más Alto, hacia Quien se vuelven los corazones de los sabios, podemos enseñar, sin ayuda de libros ni signos, la forma de hablar la lengua de cada país en el que decidimos permanecer, de suerte que podamos rescatar a nuestros congéneres del error de la muerte.

Naudé consideraba este manifiesto una simple guasa, pero otro autor, este anónimo, en un panfleto titulado *Examen sur la nouvelle et inconnue Cabale des Frères de la Croix-Rozée* (París, 1623), arremetía contra el movimiento, acusándolo de ser una creación de Satán cuyos fines incluían la negación de Dios, la blasfemia contra la Santísima Trinidad, sacrificios al Demonio, la magia negra y la asistencia a Aquelarres de las Brujas.

Pero aún más sensacionales fueron las revelaciones de otro panfleto anónimo, autor de *Effroyables Pactions faites entre le Diable et les prétendues Invisibles* (París, 1623). Según él, el Colegio de los Rosacruces había pactado un acuerdo con un nigromante llamado Raspuch, y los miembros habían firmado el documento con su propia sangre. Esto se había hecho en presencia de Astaroth, que se manifestó, en la forma de un bello joven, en nombre de su señor, Satán. Como recompensa a su acuerdo para realizar diversos actos blasfemos y nocivos, los rosacruces habían recibido el poder de volverse invisibles, atravesar puertas cerradas, leer los más recónditos pensamientos, trasladarse de un lugar a otro a su voluntad y hablar con elocuencia todas las lenguas. Cada miembro llevaba un anillo de oro y zafiro mediante el cual podía invocar a un demonio para que le sirviera de guía y mentor personal.

Ya hemos mencionado antes la diatriba del abad Mersenne. Otro eclesiástico que atacó a los rosacruces fue el jesuita François Garasse en su obra *La Doctrine Curieuse des Beaux Esprits de ce Temps* (París, 1623). Garasse afirmaba que los rosacruces formaban una secta secreta alemana cuyo secretario era Michael Maier. En Alemania, apunta Garasse, los posaderos cuelgan rosas en sus tabernas para indicar que las cosas dichas durante la embriaguez

deben ser mantenidas en secreto después. Según él, los rosacruces son grandes bebedores que sólo hacen públicos sus secretos en las tabernas, y de ahí la utilización del símbolo. Al igual que sus colegas panfletistas, Garasse tomaba a los rosacruces por brujos de la peor especie.

Pero no todos los franceses eran hostiles a los rosacruces. El filósofo Descartes tuvo noticias de la hermandad durante sus viajes a Alemania, y trató, en vano, de ponerse en contacto con ellos. Volvió a Francia en los momentos de más candente controversia sobre los rosacruces y, al objeto de que no lo etiquetasen como uno de ellos, tuvo que frecuentar a menudo a sus amigos en vez de seguir sus acostumbradas rutinas de solitario, todo para que nadie pensara que se había vuelto «invisible».

Al igual que en Alemania, el entusiasmo rosacruz en Francia duró poco, y ya no se vuelve a oír mencionar la hermandad durante más de un siglo. Pero, posteriormente, como veremos más adelante, Francia llegó a ser el centro de un renacimiento pintoresco e hiperactivo del rosacrucismo.

6

EN BUSCA DE LA PIEDRA FILOSOFAL

El rosacrucismo de la época de Andreae había mostrado sólo un interés parcial por la alquimia, pero los renacimientos posteriores de la idea rosacruz iban a poner gran énfasis en su pretensión de ser poseedores de los secretos de la transmutación y del conocimiento de la piedra filosofal o elixir de la vida. Si no hubiera sido por la defensa acérrima de los rosacruces que llevó a cabo el alquimista alemán Michael Maier, puede que el movimiento hubiera evolucionado en una dirección enteramente distinta, pero sus apologías de la hermandad, sobre todo *Symbola Aureae Mensae* (1617) y *Themis Aurea* (1618) subrayaban el elemento alquímico contenido en el movimiento. Esta situación fue reafirmada por los epígonos posteriores y por un considerable número de charlatanes que utilizaron dicha relación alquímica para sus propios fines.

Con todo, fue casi un siglo después de la muerte de Maier (1622) cuando el rosacrucismo alquímico quedó firmemente establecido. Durante ese intervalo bien poco se supo de la Rosa Cruz en Alemania. Luego, en 1710, se publicó en Breslan una obra titulada *Die wahrhafte und vollkommene Bereitung des philosophischen Steins der Brüderschafft aus dem Orden del Gulden und Rosen Kreuzes* (La verdadera y completa preparación de la Piedra de los Filósofos de la Hermandad, obtenida de la Orden de la Rosa Cruz Dorada.) La afirmaba «Sincerus Renatus», seudónimo de un tal Sigmund o Samuel Richter, un eclesiástico de Hartmannsdorf, población cercana a Landshut (Silesia), que había estudiado teología protestante en Halle. Era partidario de Paracelso y de Jacob Boehme, y estaba profundamente interesado en la medicina y la alquimia. En la obra antes citada no sólo describe una serie de procesos

alquímicos, sino que establece las reglas y constitución de una supuesta orden rosacruz. El contenido de dicho libro se basa profusamente en algunas obras anteriores, fundamentalmente *Echo der von Gott hocheleuchteten Fraternitet, des löblichen Ordens R. C.* (Eco de la hermandad de la venerable Orden de la R. C., iluminada por Dios), de Julius Sperber (1615), y *Themis Aurea*, de Michael Maier.

La hermandad, tal como era presentada por Renatus, carecía ahora del espíritu antipapal de los primeros escritos rosacruces y aceptaba miembros católico-romanos. Tendría un *imperator* elegido de por vida, y el número de miembros quedaba limitado a sesenta y tres. El *imperator* debía cambiar su nombre y lugar de residencia cada diez años, y elaboraría un historial completo de cada uno de los hermanos. Cada candidato, una vez aceptado, recibía una porción de la Piedra Filosofal suficiente para garantizar la continuación de su vida durante sesenta años más, pero en compensación debía observar un conjunto de reglas. La piedra, por ejemplo, jamás debía llevarse en forma de aceite, sino sólo en «polvo de la primera proyección» contenido en una caja de metal con cierre también metálico. Además, nunca debía ser administrada a una mujer que estuviera de parto, porque entonces «ésta tendría que ser acostada prematuramente». También encontramos la estipulación, harto enigmática, de que «la piedra no habrá de utilizarse en la caza».

Renatus da también detalles de los procedimientos de iniciación, votos y saludos. Cuando dos hermanos se encuentren en la calle, uno de ellos dirá: «Ave, Frater», a lo que el otro responderá: «Roseae et Aureae», y entonces el primero añadirá la palabra «Crucis». Una vez así establecida la situación de cada uno, se dirán uno al otro: «Benedictus Dominus Deus Noster Qui dedit nobis signum», y mostrarán sus respectivos sellos de la orden.

La cuestión que se plantea aquí es si el documento de Renatus corresponde a una orden auténtica o no. Waite, con su acostumbrada vaguedad y ponderación, opina que el libro de Renatus muestra que se ha producido «un cambio notable en el espíritu y en la forma exterior de la orden, haciendo que se acate ahora un reglamento metódico, lo que sugiere que algo en ella había estado creciendo entre bastidores, en silencio y lejos de la común comprensión». La línea de razonamiento aquí empleada por Waite me parece acertada, y pienso que se puede avanzar todavía un paso

más y conjeturar —dentro de lo razonable— qué pudo ser ese «algo» que había estado «creciendo en silencio». De lo que conocemos de Richter y su obra podemos extraer ya algunas conclusiones. Al principio de *La verdadera y completa preparación*, Richter nos informa de que el libro no es obra suya, sino que fue copiado de un manuscrito a él confiado por un «profesor del Arte», cuyo nombre no va a revelar. Dicho manuscrito desvela las auténticas prácticas y reglamentos de la orden, así como dos lugares en los que tenían por costumbre reunirse, pero las referencias a los puntos de encuentro han sido alteradas, «porque ninguno de ellos (los hermanos) permanece en Europa, sino que cinco años ha partieron para la India con la finalidad de llevar allí una vida de mayor paz». Este éxodo a la India ya había sido mencionado por el escritor de tendencia antirrosacruz Heinrich Neuhaus en su *Pia et Utilissima Admonitio de Fratribus Rosae Crucis* (1618). La referencia a la India pudo haberle llegado a Richter desde esta primerísima fuente, pero parece poco probable que un honrado eclesiástico protestante se inventara el cuento del «profesor del Arte» que le había entregado el manuscrito, como poco probable parece que hubiera hablado con tanta convicción de una hermandad auténtica y real sin tener buenas razones para ello. Es posible que el propio Richter fuera miembro de esa hermandad, en cuyo caso Sincerus Renatus habría sido el nombre que adoptó dentro de la misma: *Sincerus* significa auténtico, genuino o sincero, y *Renatus* significa vuelto a nacer.

Como ya he mencionado, Richter había estudiado teología en Halle, ciudad que era un gran centro de estudios alquímicos en los siglos XVII y XVIII. Era también —como expliqué en el Capítulo 3— la sede de una logia de los Unzertrennlichen que llevaba el nombre de Sincera Confoederatio, lo que sugiere una relación con la primera mitad del seudónimo de Richter. Por tanto, parece probable que Richter fuera miembro de dicha sociedad. De ser esto cierto, los Unzertrennlichen adquieren un papel en la historia del rosacruicismo mucho más importante de lo que yo había supuesto. Hemos visto en un capítulo anterior cómo la orden parece haber estado estrechamente relacionada con los manifiestos originales, pero es que ahora parece que los Unzertrennlichen fueron también el «eslabón perdido» entre los rosacruces de la época de Andreae y la orden Gold- und Rosenkreuz (Rosa Cruz Dorada) del si-

glo XVIII. El tema justifica un examen más detallado de este interesante orden.

En su monumental obra sobre los movimientos esotéricos, *Die Erleuchteten*, Karl Frick describe el simbolismo empleado por los Unzertrennlichen. En sus reuniones ponían sobre una mesa una biblia, una calavera y un reloj de arena. Sus principales símbolos eran el sol, la luna y las estrellas, una figura femenina que representaba la pansofía, una brújula, un círculo y tres globos. También solían hablar de ascender siete peldaños hasta una «fuente de sabiduría», el «más alto arquitecto del mundo». Se trata de terminología gnóstica, reminiscente de la ascensión a través de los siete planetas hasta alcanzar la fuente divina, un fragmento de la cual forma parte del ser humano. La orden tenía cinco grados. Los iniciados del primero y segundo grado llevaban una cruz de plata, y los de grados superiores una de oro. Posiblemente, cuando un miembro accedía al grado más alto era admitido en una orden interna en la que la «cruz dorada» se convertía en «cruz rosa y dorada», y la inclusión de la rosa significaba iniciación a una doctrina especial extraída de fuentes orientales y relacionada al parecer con técnicas sexuales, lo que explicaría el extremado carácter secreto de la orden. De todo ello hablaré más a fondo en breve.

Hasta ahora, pues, los indicios apuntan a la existencia de una hermandad alquímica autodenominada Gold-und Rosenkreuz, muy extendida, pero que trabajaba en secreto. Además de los escritos de Renatus, contamos con otros documentos que respaldan este punto de vista. En efecto, desparramados por todo el mundo de habla alemana hay manuscritos que llevan el nombre «Gold-und Rosenkreuz». Contienen idénticas fórmulas alquímicas, pero las describen con palabras diferentes, lo que sugiere que tales documentos no fueron simplemente copiados de una misma fuente original, sino que reflejaban unas enseñanzas extendidas entre un cierto grupo de gentes, ya fuera oralmente o en forma de notas escritas.

Uno de esos documentos se encuentra actualmente en la Biblioteca Nacional austriaca de Viena. Se titula *Testamentum der Fraternitet Roseae et Aureae Crucis* (Testamento de la Hermandad de la Rosa Cruz Dorada), y hay una nota en una de las hojas de encuadernación que hace constar que fue adquirido en 1735 por

Johann Adalbert, Príncipe de Buchau. Este documento empieza enumerando una serie de reglas de la orden similares a las prescritas por Renatus, con unas cuantas diferencias. Por ejemplo, el número de hermanos se ha aumentado de sesenta y tres a sesenta y siete. Luego pasa a describir varios procesos alquímicos, entre ellos la fabricación del elixir de la vida, partiendo de fluidos corporales como la sangre y la orina.

Anteriormente yo había descubierto un manuscrito semejante en la Biblioteca del Estado de Württemberg de Stuttgart, el *The-saurus Thesaurorum a Fraternitate Rosae et Aureae Crucis* (Tesoro de tesoros de la Hermandad de la Rosa Cruz Dorada), que ya he mencionado en el capítulo tres. El autor escribió en la portada la fecha de 1580, que puede o no ser auténtica, por supuesto. Al igual que los otros, este documento tiene reglas de la orden y algunos de los mismos procesos alquímicos, pero descritos con un lenguaje diferente. Los métodos para elaborar el elixir de la vida a base de sangre y orina son tediosos y complejos, pero, en cambio, las instrucciones para la utilización del sudor son sencillas, y transcribo aquí su esencia:

Tómese una porción de sudor y macháquese junto con láminas de oro en un mortero hasta que se torne negro. Póngase en una redoma de cristal y déjese que sedimente. Su color irá adquiriendo varias tonalidades, acabando en rojo sangre. Déjese en putrefacción durante un mes y destílese entonces en una retorta. Cuando se hayan destilado cinco gramos se tendrá una sustancia con la que es posible realizar grandes prodigios.

La hermandad Gold-und Rosenkreuz debe ser contemplada dentro del panorama general del resurgimiento de la alquimia en el siglo XVIII, que en verdad constituye un fenómeno digno de estudio. Gran parte de la nobleza practicaba o patrocinaba entonces la alquimia, como era el caso del príncipe Ludwig George Karl von Hessen-Darmstadt (1749-1823), el cual tenía a su servicio a un alquimista llamado Peter Christian Tyssen, a quien había hecho venir de Italia. Ferdinand, duque de Braunschweig (1721-1792), también sentía un enorme interés por la «Gran Obra» y tenía un laboratorio alquímico en su castillo de Vechelde.

Otro alquimista notorio de este período fue el conde de Saint

Germain, el cual se convirtió hasta tal punto en leyenda que resulta difícil separar la ficción de la realidad en los informes que sobre su vida se poseen. Después de viajar por toda Europa enmascarado bajo una serie de pseudónimos (Marqués de Montferrat, Chevalier Schoening, Comte Soltikoff y Graf Tzarogy, entre otros), Saint Germain acabó siendo huésped permanente del castillo del landgrave Karl von Hessen-Kassel, donde terminaron sus días hacia 1780. De él se afirmaba que poseía un elixir que le había permitido vivir 400 años, y, encontrándose en Dresden en cierta ocasión, le fue preguntado a su cochero si tal cosa era cierta. El cochero contestó que no lo sabía con seguridad, pero que en los 130 años que había estado al servicio de su señor, éste había tenido siempre el mismo aspecto que presentaba ese día.¹ No ha de sorprendernos entonces que muchos hayan asegurado que el conde era un adepto rosacruz.

En Austria, el auge de la alquimia se convirtió en una auténtica epidemia, y se ha afirmado que en cierto momento hubo 10.000 alquimistas en Viena, que llevaban a cabo sus experimentos sin amedrentarse por la política de hostigamiento que contra ellos ejerció la emperatriz María Teresa, cuyo esposo Francisco (proclamado emperador en 1745) era —ironías de la vida— un aveyado alquimista que tenía instalado un laboratorio en el palacio real.²

Encontramos una muy interesante información sobre alquimia en *Sub Rosa- Vertrauliche Mitteilungen aus dem maurerischen Leben unserer Grossväter* (Viena, 1879), de Gustav Brabbée, obra basada en manuscritos hereados de su abuelo. Está escrito desde un punto de vista hostil, como muestra este pasaje:

En los años 1782 y 1783 existió en Viena una sociedad alquímica que se otorgó a sí misma el pomposo nombre de los «insignes, sabios, nobles y excelentes Caballeros de la Estrella Fugaz». Sus asambleas se celebraban dos o tres veces por semana, especialmente en las frías y claras noches de finales del otoño, siempre rodeadas del mayor misterio. Se dice que el Gran Maestro de esta sociedad era un valiente y renombrado general de la época, a quien el Emperador tenía en gran estima. Criados armados cus-

¹ H. Kopp, *Die Alchemie* (Heidelberg, Carl Winter, 1886), parte II, pág. 20.

² *Ibid.*

todiaban entradas y salidas durante las sesiones, y no permitían pasar a nadie que no diera el santo y seña. Varios hermanos, montados en excelentes cabalgaduras, salían por separado a recorrer, a menudo durante noches enteras, grandes extensiones de terreno en busca de la estrella fugaz caída, y volvían luego a reunirse con sus impacientes compañeros, cargados con un botín, que colocaban en un recipiente redondo, donde lo conservaban hasta que se convirtiera en oro. (Párrafo citado por Frick, pág. 353.)

La «estrella fugaz» significaba el rocío matinal, al que la alquimia concebía como procedente de la transpiración de los astros y que supuestamente contenía el «fluido vital» que también se hallaba presente en las secreciones corporales. Armand Barbault, en su libro *L'Or du Millième Matin* (El Oro del Milésimo Día, publicado en Francia en 1969 y en Gran Bretaña en 1975) expone de forma muy interesante el empleo del rocío por los modernos alquimistas.

En el otro extremo del mundo de habla alemana, en Prusia, la alquimia era también una afición muy extendida. Uno de sus practicantes fue Carl Adolf von Carlowitz, un distinguido noble prusiano que jugó un papel primordial en la organización de la derrota de Napoleón en la batalla de Leipzig. Tenía un laboratorio alquímico en su castillo de Kuckuckstein, en Liebstadt, y era asimismo miembro de la orden Gold-und Rosenkreuz (a la sazón de adscripción masónica), como se desprende de sus documentos personales. Estoy en deuda con el Sr. Vidar l'Estrange, tataranieta de von Carlowitz, por permitirme consultar ciertos papeles personales de su antepasado, entre ellos la clave del lenguaje cifrado que aquél utilizaba en su diario. Además de numerosos términos estrictamente masónicos, contiene también el código correspondiente a la denominación «unbekannte Oberen» (jefes secretos), que es un concepto rosacruz. Otro código se refiere a la «Goldkochen», la preparación del oro.

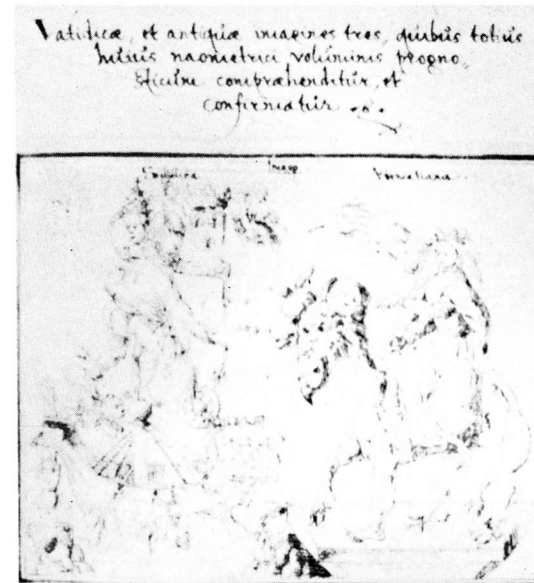
La pregunta que hay que plantearse sería: ¿qué estaban tratando de lograr los alquimistas, y en especial los alquimistas rosacruces? Para intentar contestarla debemos entender primero qué es la alquimia. De todas las ciencias antiguas, la alquimia ha sido probablemente la peor tratada y comprendida. La idea que la gente se hace del alquimista es de alguien enfrascado en inútiles intentos de convertir el plomo y otros metales básicos en oro, pero detrás

de esos afanes metalúrgicos subyace una complejísima visión del hombre y del universo que sigue siendo válida hoy, aunque provenga de una tradición ajena a la ciencia ortodoxa.

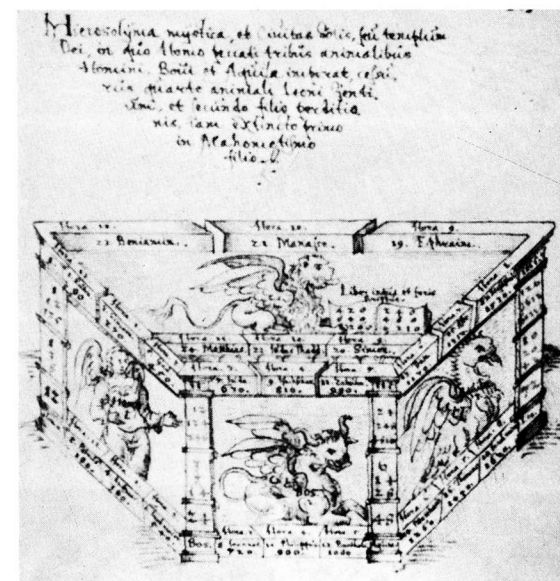
La premisa básica de la alquimia está expresada en el dicho «Lo que haya arriba hay abajo», es decir, que el ser humano y el mundo natural son reflejos de un modelo existente en el ámbito divino. («Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza»). La tesis es que el hombre pertenece tanto al mundo material como al divino, puesto que contiene una pizca del espíritu universal, que quedó prisionero de la materia a causa de la Caída original. Tiene también un alma individual y un cuerpo físico. En términos alquímicos, el cuerpo, el alma y el espíritu corresponden respectivamente a la sal, al azufre y al mercurio, que representan también tres fuerzas universales, la Trinidad de la doctrina cristiana y las tres «Gunas» de la religión hindú. Liberando su espíritu de las ataduras de la materia, el hombre de nuevo es capaz de vislumbrar su perfección divina perdida. En esta creencia los alquimistas seguían una antigua tradición gnóstica que ya esbocé en el capítulo primero, un sistema de pensamiento que la iglesia cristiana primitiva suprimió oficialmente, pero que sobrevivió en las corrientes herméticas que recorrieron el subsuelo del pensamiento europeo, surgiendo ocasionalmente a plena luz como en el Renacimiento. El mundo de la materia comparte la capacidad del hombre para redimirse y perfeccionarse, y el estado de perfección se simboliza mediante el oro, de forma que los intentos del alquimista para transformar otros metales en oro son esfuerzos no tanto por conseguir una transmutación, sino esencialmente un mejoramiento.

Según el pensamiento alquímico, Dios ha puesto deliberadamente a disposición del hombre los medios espirituales y materiales mediante los cuales le es dado alcanzar la perfección. Entre ellos está no sólo el secreto de transformar los metales, sino también formas de combatir las enfermedades y la muerte, males que en definitiva no son más que síntomas del estado del hombre después de la Caída. De aquí que exista una alquimia interna encaminada a la perfección del alma y una alquimia externa complementaria, enfocada al perfeccionamiento del cuerpo y de la materia.

El alquimista es consciente de que, para lograr superar su sometimiento a la materia, el hombre debe comprender el funcionamiento de ésta y dominar sus procesos. Según su filosofía, las



(a)

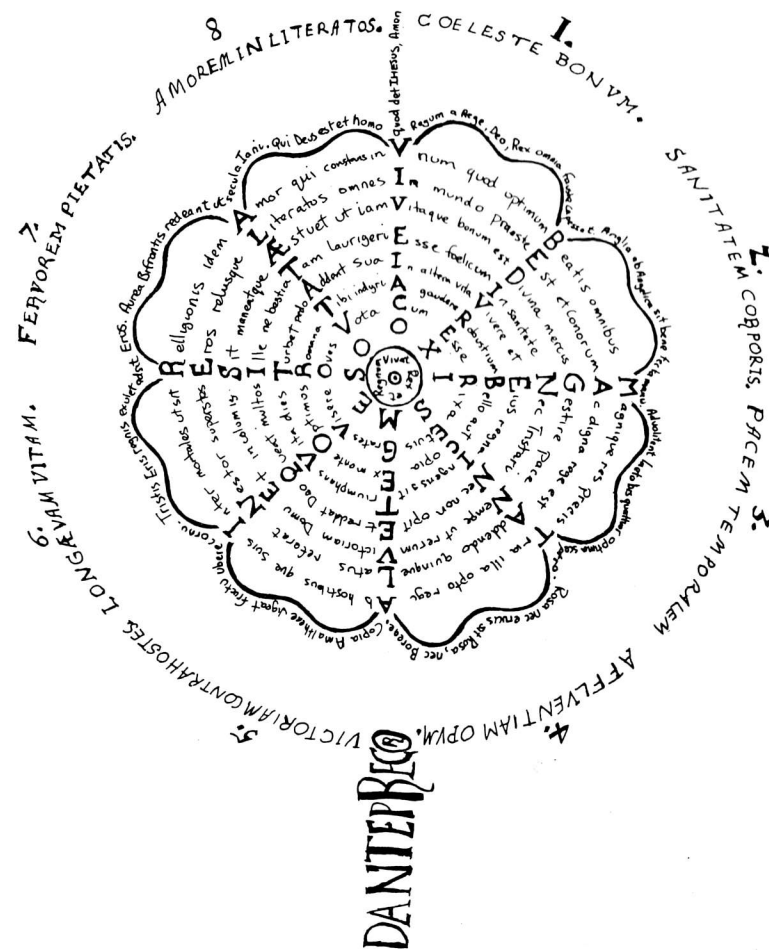


(b)

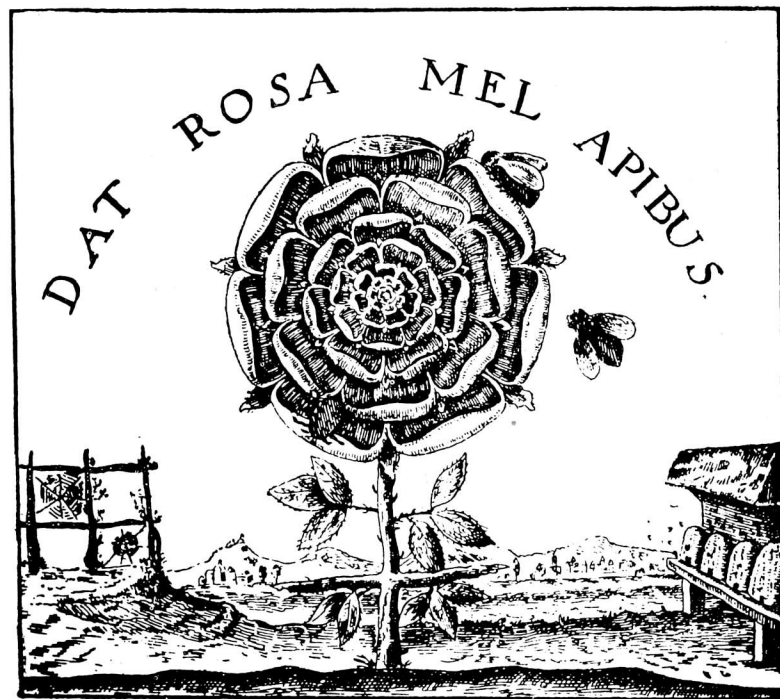
1. Dibujos proféticos del manuscrito de la *Naometria* (1604), de Simon Studion: (a) La Nueva Era cabalgando sobre la bestia de cuatro cabezas de Ezequiel, mientras el Papa y el Emperador naufragan; y (b) La Jerusalén Mística (fotografías: Biblioteca del Estado de Württemberg, Stuttgart).



2. Johann Valentin Andreae a la edad de 62 años.



3. Felicitación de Navidad con forma de rosa enviada por Michael Maier al rey Jacobo I de Inglaterra en 1612 (Copiada del original por Adam McLean).



4. Ilustración de la portada de *Summun Bonum*, Parte IV (1629), de Robert Fludd, un panegírico de la hermandad rosacruz. La inscripción dice: «La rosa da miel a las abejas».

Die Lehren der Rosenkreuzer
aus dem 16^{ten} und 17^{ten} Jahrhundert.

Ober

Einfältig *ABC* Büchlein

für junge Schüler

so sich täglich fleißig üben in der Schule des H. Geistes;

Abbildungsweise vor die Augen gemahlet

zum neuen Jahrs Exercitio

in dem

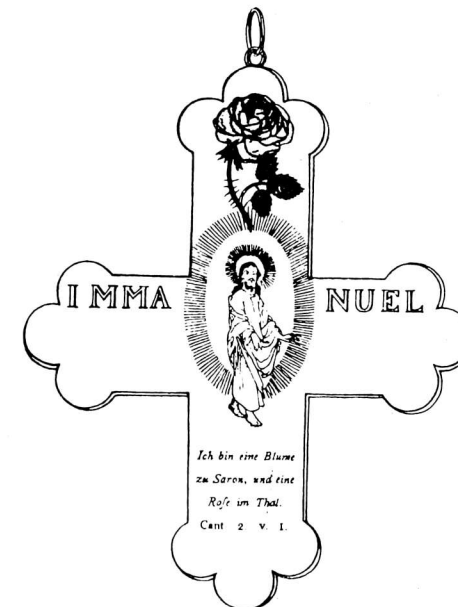
Natürlichen und Theologischen Lichte

von einem Bruder der Fraternitact { CHRISTI } P. F.
des Rosenkreuzes

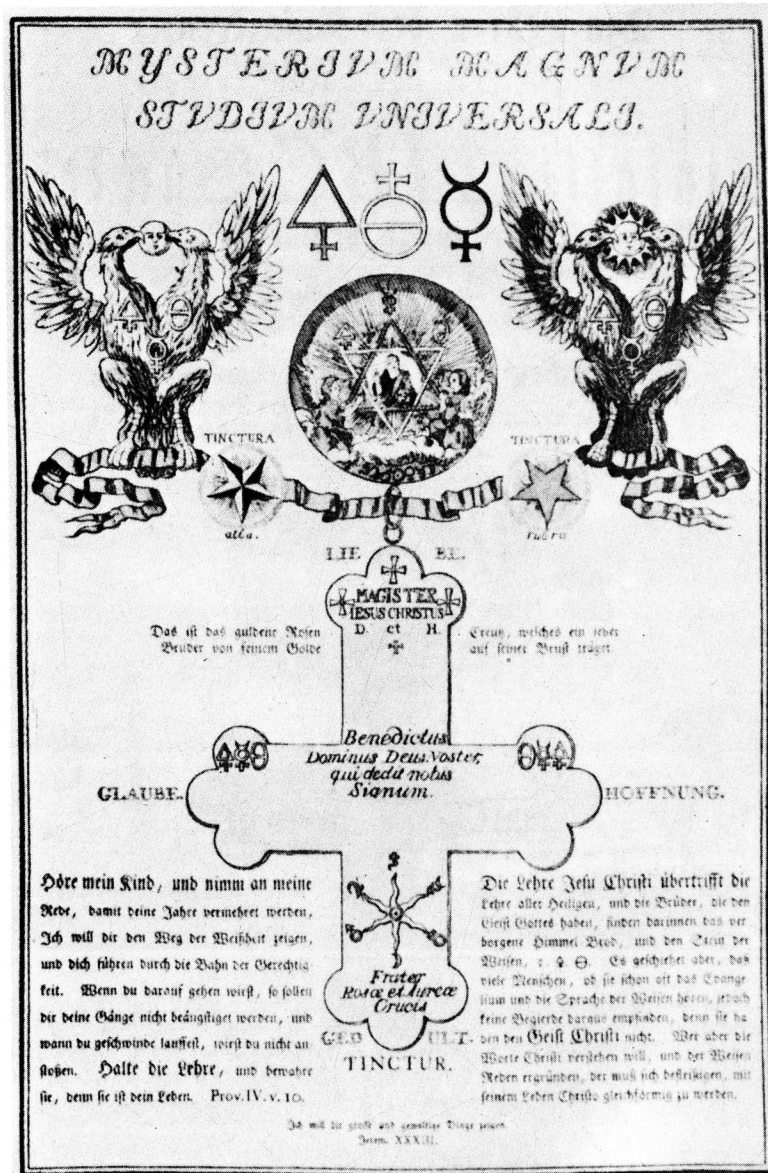
zum erstenmal öffentlich bekannt gemacht,

und

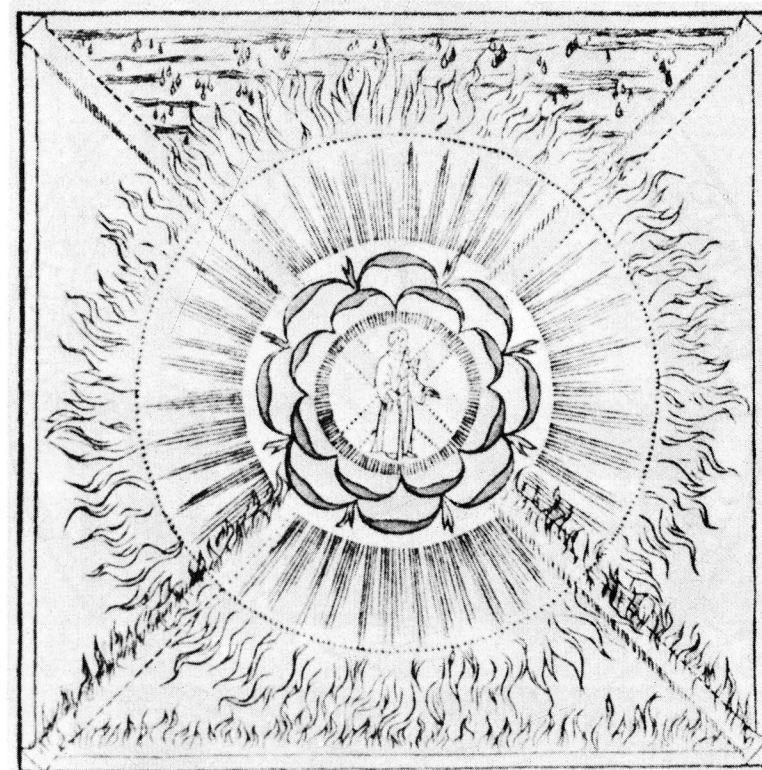
mit einigen Figuren von gleichem Inhalt vermehret durch P. S.



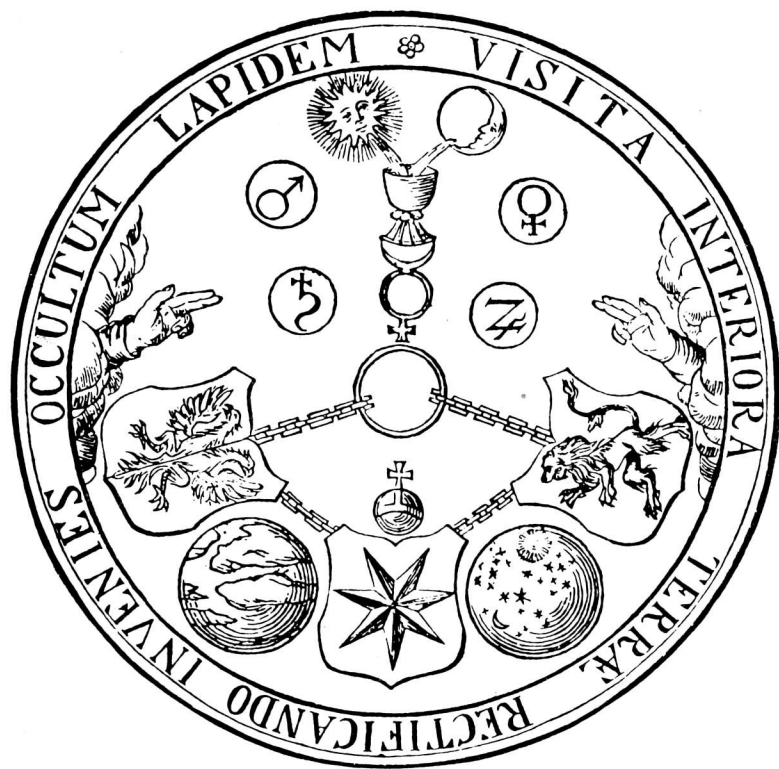
5. Portada de la primera parte de *Los símbolos secretos de los rosacruces*, publicado en Alemania en 1785.



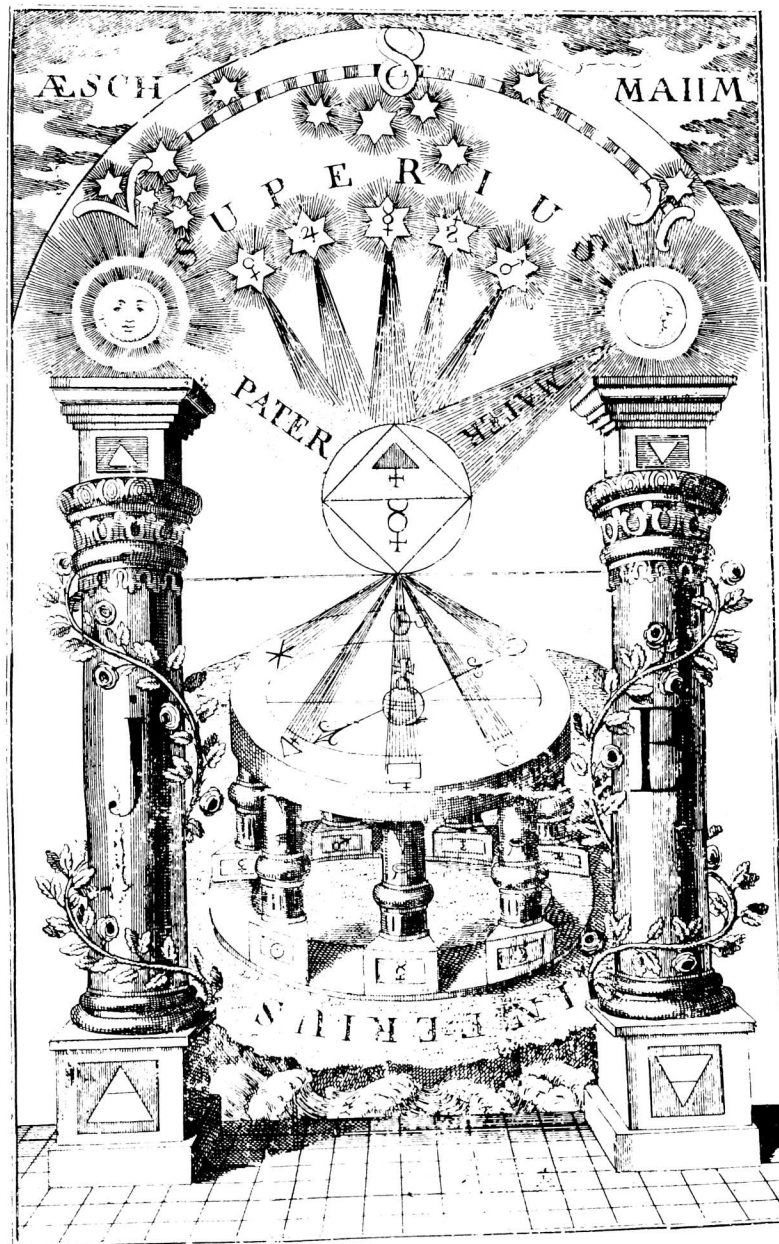
6. Ilustración de una joya rosacruz en *Los símbolos secretos de los rosacruces*. Se describe como «La Rosa Cruz dorada que todos los hermanos llevan en su pecho». Los símbolos de la parte superior son alquímicos: las águilas de doble cabeza de los extremos representan respectivamente las tinturas blanca (izquierda) y roja (derecha).



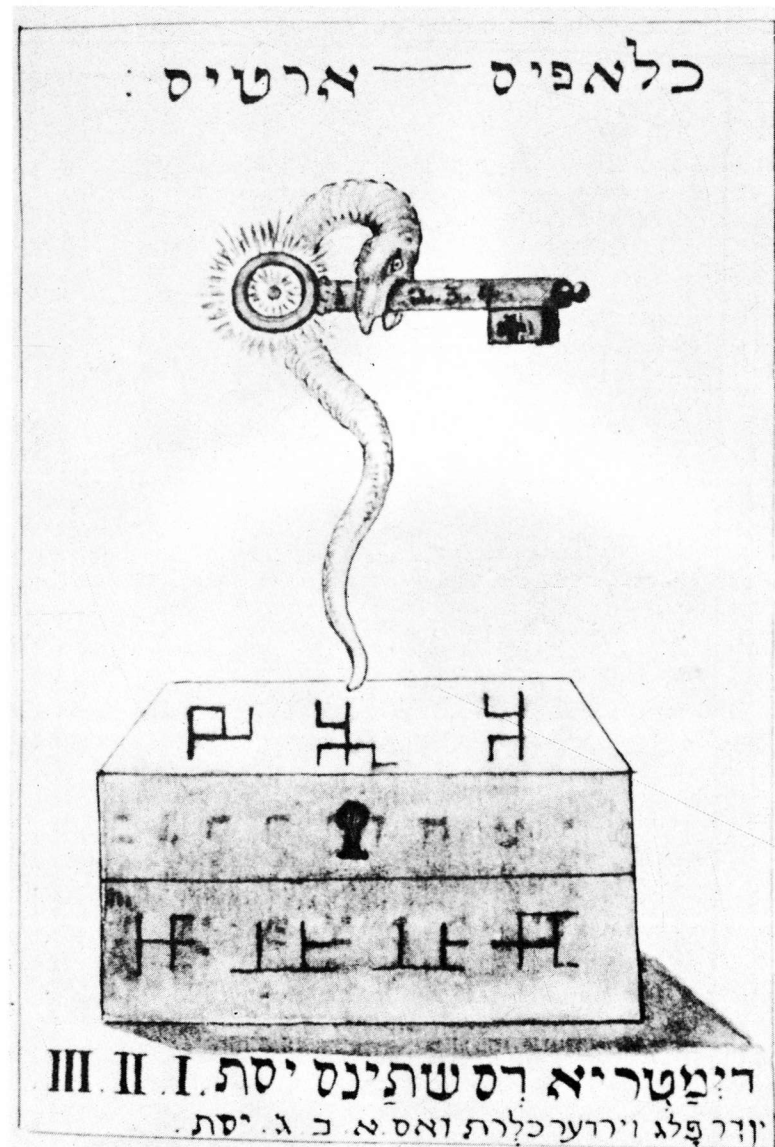
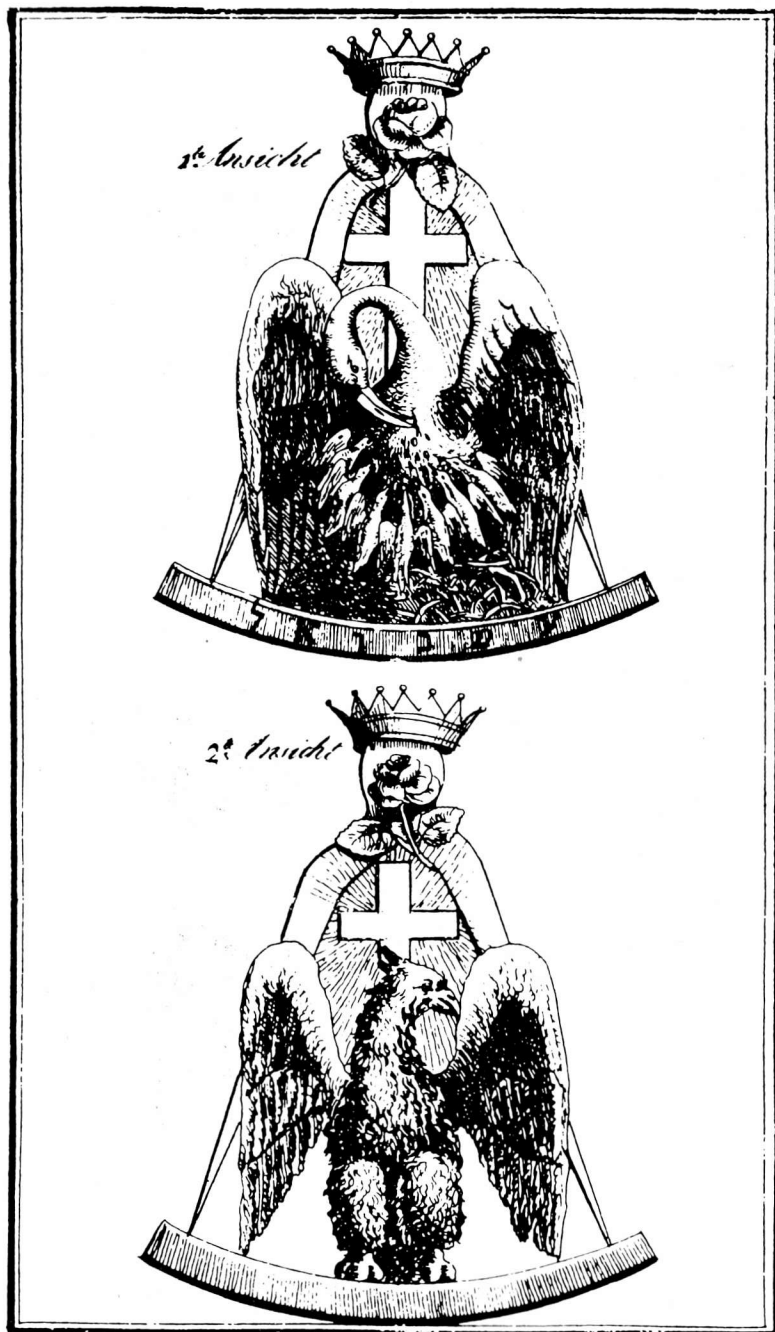
7. Rosa Cruz con la figura de Cristo en el centro; ilustración sacada de *Los símbolos secretos*.



8. La Tabla Esmeralda de Hermes, de *Los símbolos secretos* (para la explicación de los emblemas, véase Capítulo 6).



9. Creación del mundo a partir del fuego (*aysh*) y del agua (*mayim*): ilustración de *Compass der Weisen* (Brújula de los sabios), una obra alquímica/rosacruz publicada por primera vez en 1779.





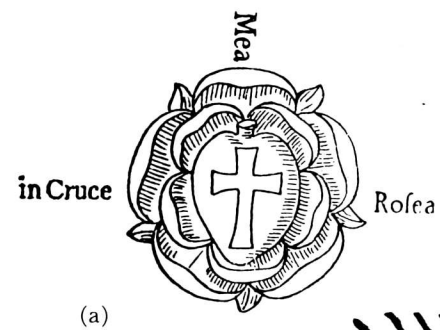
12. La Trinidad (*de Aleph*). Los rayos de letras forman los diez *sephiroth* de la cábala y sus correspondientes nombres de Dios.



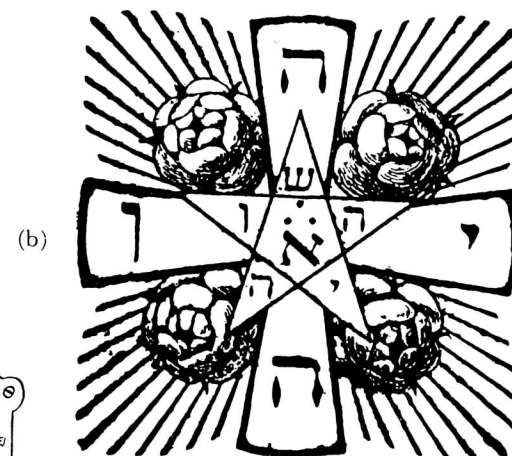
13. Stanislas de Guaita (1861-1897), fundador de la Orden Católica de la Rosa Cruz francesa.



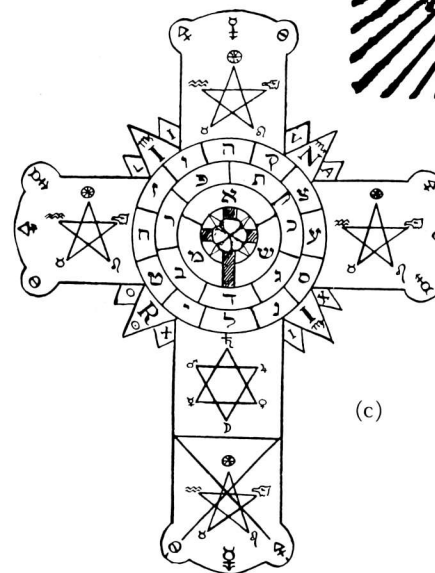
14. Joséphin Péladan (1858-1918), socio y después rival de De Guaita, y fundador de la orden católica de la Rosa Cruz.



(a)

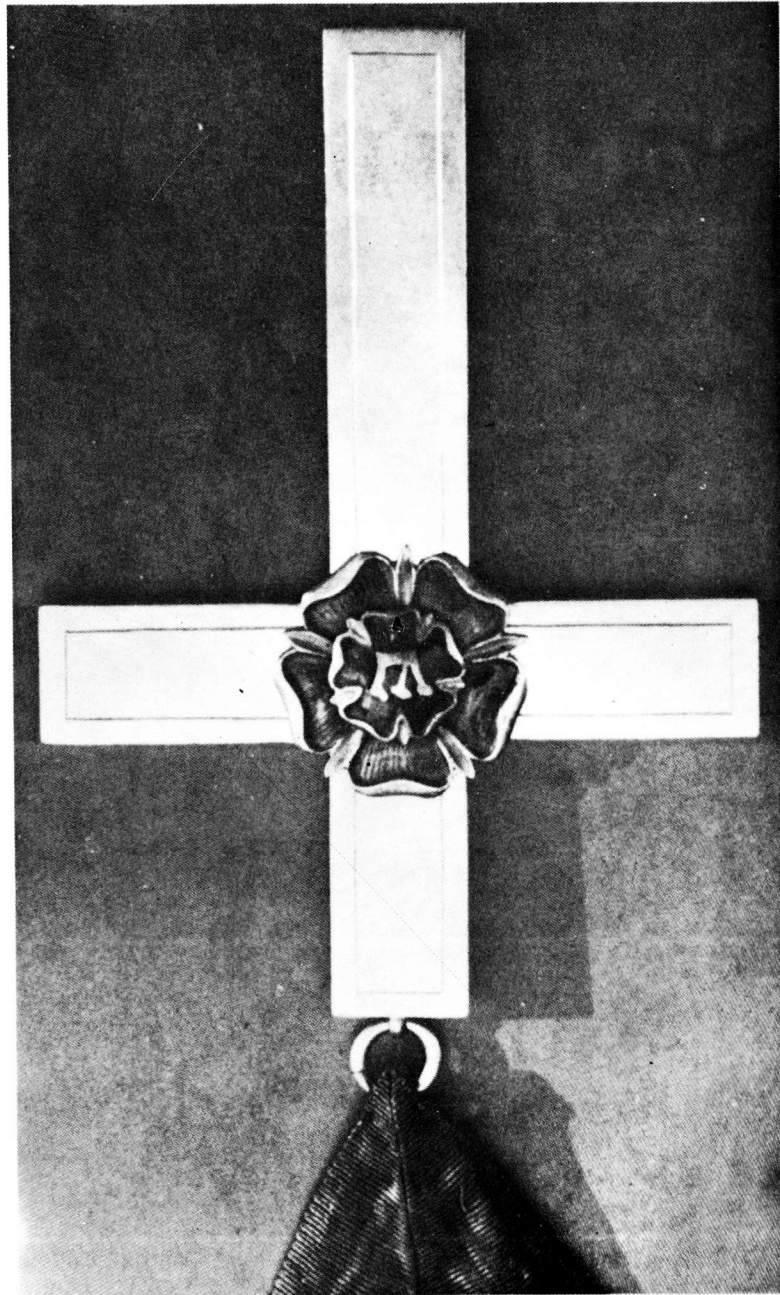


(b)



(c)

15. Variaciones del motivo de la rosa-cruz: (a) emblema extraído de *Los símbolos secretos* (fotografía: Adam McLean); (b) el símbolo de la Orden Cabalística de la Rosa Cruz de Guaita; (c) dibujo de la cruz que utilizaba la Orden Hermética del Amanecer Dorado (en *The Golden Dawn*, de Israel Regardie).



16. Cruz utilizada por la Cofradía de la Rosa Cruz, orden creada por A. E. Waite (fotografía: R. A. Gilbert).

tres fuerzas universales operan a través de siete canales, representados en el firmamento por los siete planetas y en la Tierra por los siete metales básicos. El sol, la luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno corresponden respectivamente al oro, la plata, el mercurio, el cobre, el hierro, el estaño y el plomo. El mundo de la materia propiamente dicho está constituido por cuatro elementos: fuego, tierra, aire y agua.

Un ingrediente esencial en el proceso alquímico era la Piedra Filosofal, sustancia sin la cual no se podía lograr la transmutación de los metales en oro. La Piedra era también el «elixir de la vida», que podía curar las enfermedades y garantizar la longevidad. Los textos alquímicos suelen mencionar esta sustancia de forma un tanto velada: es una piedra y no lo es, existe por doquier en la naturaleza, pero se la desprecia o ignora, es desconocida y al mismo tiempo todos la conocen.

El proceso de transformación implicaba la reducción a la *materia prima*, una sustancia básica liberada de sus características no esenciales. Esta sustancia tenía la capacidad de «evolucionar» hasta convertirse en oro u otros metales cuando se la «impregnaba» con un «fluido vital» universal, que correspondía al concepto hindú del Prana, el hálito que infunde vida al universo. Dicho «fluido vital» era atraído por ciertas «sales» del cuerpo y de otros organismos, sales que se encuentran en las secreciones corporales, de forma que si éstas se destilan se puede extraer la esencia portadora del Prana. Este era el fundamento teórico que sustentaba las fórmulas para extraer el elixir partiendo de la sangre, el sudor, la orina y el semen.

La utilización por los alquimistas del semen y otras sustancias orgánicas queda confirmada en otro pasaje del libro de Gustav Brabbée, en el que describe con horror a cierto grupo que trabajaba sobre el principio de que el cuerpo humano es la mejor retorta existente para producir el elixir. Una de las formas que empleaba dicho grupo para tratar de conseguir el elixir era contratar a unos hombres y mujeres a quienes, a cambio de una suma de dinero, se les pedía que comieran y bebieran los mejores manjares y el mejor vino hasta hartarse, y a continuación se procesaban sus excrementos y su orina para extraer el elixir. Para la obtención del semen destinado a esos mismos fines contaban con la colaboración de uno de ellos, que era oficial del ejército. Pagando una cierta cantidad de dinero, este hombre conseguía la sustancia deseada de los sol-

dados bajo su mando. Este sistema se utilizó hasta que aquellos voluntarios empezaron a debilitarse tanto que el médico del regimiento hizo una investigación, y uno de los «productores» reveló el por qué de la flojera. Pero por risibles que nos puedan parecer estas actividades, eran una consecuencia perfectamente lógica de las premisas sobre las que operaban los alquimistas.

Es evidente que los rosacruces del siglo XVIII poseían una profunda comprensión tanto de la alquimia interior como de la exterior, como se infiere del examen de sus obras. Una de las más interesantes es *Geheime Figuren der Rosenkreuzer* (Los símbolos secretos de los rosacruces), publicada en Altona en 1785, en la que encontramos una ilustración que muestra un medallón circular sobre el que hay tres escudos, unidos por cadenas, que portan un águila, una estrella y un león respectivamente; hay también dos globos (que representan la Tierra y los cielos), un orbe, dos brazos que surgen de nubes a ambos lados del medallón, símbolos de los siete planetas y el sol y la luna vertiendo chorros de líquido en una copa. Un poema adjunto explica que el águila, el león y la estrella representan respectivamente la sal, el azufre y el mercurio, y también el cuerpo, el alma y el espíritu; el orbe es un símbolo del dios supremo, y las dos manos representan la razón y el conocimiento. Los demás símbolos se entienden por sí mismos. Parte del poema dice así:

*Este es el significado del Arte:
el cuerpo da la forma y la constancia,
el alma colores y matices;
el espíritu otorga fluidez e impregna;
por tanto, el Arte no puede consistir
en una de esas tres cosas solamente,
ni puede el más sublime secreto existir
a menos que lo integren cuerpo, alma y espíritu.*

La ilustración mencionada y la explicación que la acompaña expresan claramente el doble aspecto de la alquimia. Pero, además de las alquimias interna y externa que acabo de describir, hay un tercer tipo que se sigue practicando todavía en Oriente, según el cual el «fluido vital» con el que trabaja el alquimista es la energía sexual propiamente dicha (no las secreciones orgánicas, que son su consecuencia), y las descripciones sobre el calentamiento del horno,

la destilación y demás simbolizan ahora maneras de manipular la corriente generativa. Esta modalidad alquímica se describe claramente en el libro de Lu K'uan Yü *Taoist Yoga* (Rider, 1970). Unos párrafos extraídos del capítulo cuarto bastarán para hacer patente la sorprendente similitud entre la alquimia taoísta y la europea:

Cuerpo, corazón y mente se denominan «las tres familias» (...). Los tres elementos (o factores) sólo pueden controlarse y volver a concentrarse en su fuente originaria en condiciones de vacío sereno. Cuando el corazón está exento de lo externo, el espíritu y la naturaleza se unen, y cuando el cuerpo se halla en calma, la energía generadora y las pasiones se extinguen. Cuando se conduce al pensamiento a un estado de serenidad, los tres factores se fusionan en uno.

La unión de la pasión y la naturaleza se denomina unión de los elementos del metal (chin) y de la madera (mu). Cuando la energía generadora y el espíritu se funden, esto se denomina la mezcla de los elementos del agua y del fuego. Cuando el pensamiento se estabiliza, surge la plenitud de los cinco elementos (metal, madera, agua, fuego y tierra).

Los tres factores que se mencionan aquí corresponderían a la sal, el azufre y el mercurio de la alquimia occidental, y las «condiciones de vacío sereno» se pueden identificar con la reducción a la *materia prima* antes apuntada. La referencia a la fusión del agua y el fuego llama extraordinariamente la atención, puesto que en las ilustraciones alquímicas europeas dicha unión aparece bastantes veces, aunque en forma alegórica.

A la luz de una interpretación sexual, muchos de los textos alquímicos europeos cobran de pronto sentido. Por ejemplo, en *Los símbolos secretos de los rosacruces* encontramos el pasaje siguiente:

Cuando salí del jardincillo y llegué al lugar en que debía ayudar a las doncellas, advertí que en vez de muros había una valla de zarzo de poca altura, y una bellísima doncella, engalanada de satén blanco, y un magnífico mancebo que la acompañaban cruzaron la roaleda, cogidos del brazo y portando muchas rosas fragantes en sus manos. Dirigiles la palabra y pregunté cómo habían franqueado la cerca y ella dijo: Mi amado esposo me ayudó a saltarla y ahora vamos a salir de

este jardín encantador y nos llegaremos hasta nuestra alcoba, para disfrutar de nuestra amistad.

Esto podría interpretarse en el sentido de que la rosa de la perfección sólo puede cogerse cuando se ha conseguido el dominio de la energía sexual.

Resulta difícil determinar si algún europeo practicaría un sistema afín a la alquimia taoísta, pero es verosímil que la tradición de la alquimia sexual fuera conocida en Occidente. Si existió algo así en Europa, ello explicaría la precaución extrema con que los secretos alquímicos se ocultaban de ojos y oídos profanos, ya que semejante utilización del sexo se habría visto en Europa con auténtico horror hasta épocas muy recientes.

Es frecuente encontrar una dimensión sexual del rosacrucismo. El conde de Gabalís habla de «matrimonio» con los espíritus elementales. Elías Ashmole y Thomas Vaughan utilizaron probablemente el sexo de forma mágica, y otro tanto haría después Paschal Beverly Randolph. Todo ello nos lleva a concluir que había una veta sexual en el rosacrucismo, en la que se enfrascaron varios —pero no todos— de sus practicantes. No es fácil aquilatar en qué momento preciso dicha veta consiguió impregnar la tradición rosacruz, pero puede que estuviera presente en ella desde el mismo principio. Me ocuparé de este tema más adelante. Ahora nos interesa examinar la etapa masónica de la historia del fenómeno rosacruz.

7

LA ROSA CRUZ DORADA (DIE GOLD-UND ROSENKREUZ)

Un miembro de la casa real de Prusia, que poco tiempo antes se había distinguido en la campaña bávara contra Austria, presentó en 1781 su solicitud de admisión en la hermandad de la Gold-und Rosenkreuz (La Rosa Cruz Dorada). Para los rosacruces fue un aspirante de trascendental importancia, ya que pocos años después se sentaría en el trono de Prusia con el nombre de Federico Guillermo II, sucesor de su tío Federico el Grande. Su iniciación en la hermandad tendría consecuencias de largo alcance, de las que nos ocuparemos en breve, pero antes sería útil hacer una valoración de la sociedad secreta hacia la que se sintió atraído. La Gold-und Rosenkreuz constituyó un fenómeno notable, una especie de Golden Dawn (Amanecer Dorado) de su tiempo, que fusionó numerosos elementos y conformó la primera organización rosacruz claramente identificable.

De entrada es importante subrayar que en realidad hubo dos órdenes de la Rosa Cruz Dorada, que se sucedieron una a otra. La primera fue la difuminada hermandad alquímica que se ha descrito en el capítulo anterior. La segunda fue un vástago masónico que adoptó la denominación Gold-und Rosenkreuz.

Esta segunda orden representa una integración razonablemente cohesionada de varias tradiciones e influencias distintas. El ámbito en el que brotó era en parte alquímico y en parte masónico, y para una comprensión más completa del mismo será necesario sumergirse en el laberíntico mundo de la masonería europea del siglo XVIII, con todas sus complicadas ramificaciones y epígonos.

Permítaseme un sucinto resumen de la historia de la francma-

racterizados por ceremonias exóticas y títulos grandilocuentes. La Gran Logia de París se vio cada vez menos capaz de controlar tan exuberante proliferación y atajar la progresiva erosión de su autoridad.

Paralelamente a la masonería ortodoxa, la escocesa se propagó desde Francia por toda Europa. Ciertamente, aunque la masonería era una creación británica, fue la versión francesa la que consiguió aglutinar un mayor número de partidarios en el continente. Y de todos los países en los que penetró, Alemania fue el que ofreció a la masonería escocesa y a sus descendientes el campo mejor abonado para su crecimiento.

El rito masónico «escocés» más influyente en Alemania fue la llamada Estricta Observancia (fundada por Karl Gotthelf, barón de Hund, en 1764), que subrayaba una supuesta vinculación con los templarios y afirmaba que los alemanes eran los verdaderos herederos de la auténtica tradición de la Orden del Temple. Utilizaba además profusamente el simbolismo alquímico y prometía a la revelación de los secretos de la transmutación. Gracias a esta combinación de nacionalismo y atractivo «hermético», la Estricta Observancia conoció un auge notable.

Un rito aún más exótico fue el de los Clérigos Templarios, fundado por el párroco protestante Johann August Starck, el cual sostenía que los auténticos custodios de los secretos de la orden, incluyendo el arte de la transmutación, no habían sido los caballeros templarios, sino los clérigos de la hermandad.

Fue en esta época cuando se encontraron y fusionaron las tradiciones rosacruces y la francmasonería. Las personas que no se conformaban con los estudios alquímicos que ofrecían facciones como la Estricta Observancia o los Clérigos Templarios, se sintieron naturalmente atraídos hacia la Gold-und Rosenkreuz, que poseía un atractivo adicional: era un fenómeno puramente alemán. El resultado fue el alumbramiento de un nuevo rito de francmasonería rosacruz.

Aparte del afán de conocimiento alquímico, había una importante característica que impulsaba a la gente a interesarse por la nueva orden rosacruz: su posición política. El rosacruzismo del siglo XVIII se convirtió en punto de encuentro para todos aquellos de tendencias conservadoras y contrarios a los nuevos puntos de

vista antirreligiosos, racionalistas e «izquierdistas» cuyo auge estaba empezando a constituir un serio desafío en Alemania.

En ambos extremos de la palestra política había órdenes masónicas y pseudo-masónicas, pero la verdad es que nos encontramos en un territorio harto difícil de delimitar, ya que no existía un muro claramente separador de opciones, por lo que hemos de desentrañar un amplio espectro de opiniones políticas en el que a veces resulta casi imposible definir quién es quién. Por ejemplo, la orden bávara de los Illuminati, fundada por Adam Weishaupt, militaba sin duda alguna en el campo racionalista y progresista, y, no obstante, un escritor francés de la época utilizaba el término *Illuminés* para referirse a la facción oscurantista. Y el emperador Federico el Grande, un hombre a quien no se le podría acusar de «izquierdista» como gobernante, era miembro de una logia masónica de la secta igualitaria francesa. En cualquier caso, no sería demasiado arriesgado afirmar que la masonería se solía identificar con tendencias «progresistas», y la nueva orden rosacruz era la forma conservadora de enfrentarse a los masones en su propio terreno de juego.

Un elemento adicional del atractivo de aquella orden rosacruz era que colmaba los anhelos que sentían muchas personas, insatisfechas con el nuevo racionalismo, pero tan decididas a no volver a la esterilidad de la ortodoxia luterana como a no ceder ante la Iglesia de Roma, con su fascinante ritual, su mística y su autoridad dogmática. Para ellos, el rosacruzismo ofrecía una solución efectiva.

Resumiendo, el éxito de la Gold-und Rosenkreuz se debió a cuatro factores primordiales: 1) la promesa de una secreta sabiduría que se ofrecía a una clase privilegiada; 2) la fundación de la orden como núcleo central del conservadurismo; 3) su atractivo como sucedáneo religioso, y 4) sus características netamente alemanas, que promovían la adhesión de los nacionalistas.

Los orígenes de la Gold-und Rosenkreuz masónica son oscuros, pero uno de los nombres relacionados con su creación es el de Hermann Fictuld, un misterioso personaje acerca del cual bien poco se sabe, excepto que fue el autor de varios tratados de alquimia que posteriormente se convertirían en lectura obligada entre los miembros de la orden. Se cree que el apellido Fictuld era un pseudónimo detrás del cual habría un tal Schmidt o Mummenthaler. En una de sus obras, *Aureum Vellus* (escrita en 1747 y publicada

en 1749), Fictuld habla de una «Sociedad de los Rosacruces Dorados», que eran los herederos del Vellochino de Oro, y en todos sus escritos posteriores se concede un gran papel a dicha orden. Es posible que, en 1747, Fictuld, movido por su interés en la alquimia, entrara en contacto con una hermandad secreta y desperdigadamente organizada que se autodenominaba Gold-und Rosenkreuz (sobre la que ya he especulado antes) y le diera una estructura más coherente, o quizá creó un nuevo grupo propio y lo bautizó con el antiguo nombre. En los estatutos de la Gold-und Rosenkreuz se establece que la orden debía ser reformada cada diez años, y de hecho consta que tales reformas tuvieron lugar en 1767 y 1777, así que podemos suponer que la sociedad se fundó en 1747 o 1757. Arnold Marx, en su libro sobre la Gold-und Rosenkreuz (publicado en 1929), sostiene que el año efectivo de su formación fue 1757.

La orden se fue desarrollando en un medio ambiente francmasón, y en sus primeros tiempos floreció principalmente en la parte sur del mundo de habla alemana, con centros en Viena, Hof, Frankfurt-am-Main, Marburg, Kassel, Regensburg e incluso en un «puesto de avanzada», Praga. Uno de sus núcleos más activos era el pequeño ducado de Sulzbach, en el Alto Palatinado, cuyos gobernantes —especialmente el duque Christian August (1622-1702)— habían mostrado siempre una inclinación hacia las especulaciones místicas. En esta corte se reunió un notable grupo de eruditos místicos, como el cabalista y hebreófilo Christian Knorr von Rosenroth (1636-1689) y el médico Francis Mercurius van Helmont (1618-1699), también cabalista. Sulzbach fue además un centro de edición de obras ocultas y místicas, y contaba con una prensa hebrea que publicaba tratados cabalísticos y otros escritos judíos de diversa índole.

Knorr y Helmont jugaron un papel importante en la propagación del concepto de que la lengua hebrea era de origen divino y poseía una fuerza elemental especial como lenguaje básico del hombre. Esta perspectiva fue expuesta en el libro de Helmont, *Alphabeti vere Naturalis Hebraici brevissima Delineatio* (Un sucinto bosquejo del auténtico alfabeto natural del hebreo), publicado en 1667. Knorr, en el prefacio de la obra, proponía la creación de una sociedad de estudios del idioma hebreo, siguiendo el modelo de las sociedades pro lengua alemana existentes, como la Fruchtbringende

Gesellschaft y la Deutschgesinnte Genossenschaft, de la que Knorr era miembro.

Debido a su origen divino, el hebreo se ajustaba a la naturaleza mejor que ningún otro idioma, y, por tanto —sostenía Knorr— era capaz de abrir un acceso a los secretos de aquélla, entre ellos la fórmula para fabricar oro, de suerte que un conocimiento del hebreo resultaba indispensable para el adepto alquímico.

Este interés por el hebreo se acabó convirtiendo en un aspecto familiar de la mentalidad rosacruz, y otro tanto ocurrió con la doctrina de la reencarnación, en la que Helmont creía y que le costó una temporada en una prisión de la Inquisición cuando estuvo visitando Roma.

La importancia concedida a la alquimia, elemento que distinguía netamente a la Gold-und Rosenkreuz de los antiguos rosacruces, fue debida en gran parte a personas entusiastas como Knorr y Helmont. (En la corte de Sulzbach, por ejemplo, también se realizaban numerosas prácticas alquímicas.)

A la vista de la firme tradición de estudios ocultos establecida en Sulzbach en el siglo XVII por Knorr, Helmont y Herzog Albrecht, no es sorprendente que en la segunda mitad del siglo XVIII el susodicho ducado se convirtiera en un centro de la Gold-und Rosenkreuz. El líder de este círculo rosacruz fue el doctor Bernhard Joseph Schleiss von Löwenfeld (1731-1800), el cual fue nombrado médico oficial de Sulzbach tras su servicio en la Guerra de los Siete Años, e incluso obtuvo posteriormente el título de conde. Además de diversos tratados de medicina, Schleiss escribió dos libros en defensa de los rosacruces.

Grassl, en su libro sobre las tendencias ocultas y místicas de Baviera, *Aufbruch zur Romantik*, escribe a propósito del círculo de Schleiss:

Refiriéndose a la labor de Knorr y Helmont, Schleiss habló también de cómo la auténtica doctrina espiritual, «la cábala genuina», había de obtenerse partiendo del alfabeto de la naturaleza (...). De la cábala procedían las más importantes enseñanzas de la orden: El Arbol de los Diez Sephiroth, la doctrina de los números, el concepto del Cuaternario (...), la idea de «Adam Kadmon», que da origen al problemático estado andrógino de la humanidad, la interpretación profética de las Sagradas Escrituras y el «Lenguaje Original» como fuente de un tradicionalismo «ro-

mántico», así como ciertas cuestiones alquímicas como la transmutación de los metales y la «materia primera» (...). En el «alfabeto natural» del Lenguaje Sagrado se hacía mención frecuente al «antiguo Ofir», el laboratorio del cabalista iluminado que era el único capaz de fabricar oro. Esto se convirtió en el secreto de la orden, revelado sólo a los grados superiores. La relación queda confirmada por el apodo que Wöllner, director de la orden en Berlín, tenía dentro de la misma: se le conocía por Ophiron y también por Chrysophiron, como el alquimista que aparece en las páginas de *Conjugium Proebi et Palladis*, de Knorr von Rosenroth.

Así, en la transición de la Rosa Cruz original a la Gold-und Rosenkreuz se produjo un auge del papel de la alquimia, proceso que —como apunta Karl Frick— se invertiría en los siglos XIX y XX. Además de la alquimia, los rosacruces de Sulzbach adoptaron la práctica del exorcismo, es decir, la expulsión de demonios para curar ciertos males y dolencias.

Otro centro importante de actividades rosacruces fue Marburg. Su exponente más conspicuo era Friedrich Joseph Wilhem Schröder (1733-1778), catedrático de medicina en la universidad y un eminente médico con fuertes tendencias místicas y alquímicas. Al poco de su llegada a Marburg en 1764, Schröder había entrado en la logia masónica de Los Tres Leones, y se cree que en 1765 formó un capítulo rosacruz dentro de la misma. Además de diversos tratados alquímicos, escribió un manual de adiestramiento para los miembros de la Gold-und Rosenkreuz.

Como ya he mencionado anteriormente, había numerosos centros rosacruces desperdigados por el sur de Alemania, Austria, Hungría y el norte de Italia. En el norte de Alemania, los centros más importantes eran Berlín y Hamburgo, y fue en Hamburgo donde apareció en 1785 la influyente obra *Geheime Figuren der Rosenkreuzer* (Símbolos secretos de los rosacruces), que contenía muchas ilustraciones alquímicas, así como una exposición de la doctrina de la orden. Su autor es desconocido.

No fueron pocos los libros de carácter similar que circularon entre los miembros de la orden a lo largo de su existencia. Uno de ellos eran *Compass der Weisen* (Brújula de Sabios), publicado por primera vez en 1779, que no era otra cosa que una compilación muy poco original de datos y materiales alquímicos y rosacruces de épocas anteriores, pero que traía algunas curiosas láminas ilustra-

das. Su autoría no se ha podido determinar: se ha atribuido a un tal barón de Proeck, pero es probable que Schleiss von Löwenfeld contribuyera con alguna aportación, porque el prefacio, que trata de los orígenes de la orden, menciona Sulzbach, en cuyos alrededores existía una gruta que solían utilizar los druidas para celebrar sus asambleas.

Uno de los libros «de texto» más importantes de la Gold-und Rosenkreuz era *Opus Mago-Cabalisticum et Theologicum*, de Georg von Welling, publicado por primera vez en Frankfurt-am-Main en 1719 con edición a cargo de un tal Gregorius Anglus Sallwigt, que quizá fuera un seudónimo de Welling, aunque cabe también que se tratara de un autor cuyo texto organizó y editó el propio Welling. El libro fue posteriormente muy ampliado por Welling y otros, y en 1735, ya fallecido éste, se publicó la versión «engordada» de la obra, que aún conocería nuevas ediciones en 1760 y 1784. El *Opus* trata de las tres sustancias básicas del proceso alquímico: sal, azufre y mercurio, y contiene algunas ilustraciones simbólicas muy bellas, de las cuales Hargrave Jennings reprodujo varias en *The Rosicrucians, their Rites and Misteries*, sin hacer constar su fuente de procedencia.

El *Opus* es una obra ciertamente confusa que hasta el mismo Goethe, cuya mente era de una lucidez notoria, encontró difícil de comprender cuando la estudió en 1769. Con todo, el tratado se convirtió en el libro de instrucción más importante utilizado por la Gold-und Rosenkreuz.

La reforma de 1767 tuvo lugar en una época en que la orden se hallaba en pleno cataclismo. En octubre de 1766 un decreto imperial había proscrito a los rosacruces en el Imperio Austriaco, y la medida afectó también al conjunto de la orden en la mayor parte de Alemania. Fictuld, que hasta entonces había sido su espíritu conductor, se vio obligado a buscar asilo en Innsbruck, y su influencia decayó notablemente. Una nueva generación —Schleiss, Schröder y otros— le reemplazó en la dirección, y empezaron a alumbrarse nuevas ideas que fueron incorporadas en la susodicha reforma de 1767: se abandonó la leyenda de los orígenes templarios de los rosacruces y se concedió a la Biblia un lugar preeminente en la doctrina. Además se reforzó la estructura organizativa, de suerte que las sucursales pasaron a llamarse «círculos» y su número máxi-

mo de miembros quedó reducido a nueve, presididos por un Director.

En 1777 tuvo lugar la segunda reforma constitucional de la orden. El sistema de grados y los rituales utilizados por ésta en dicho período constan en un documento de 1767 reproducido por I. A. Fessler⁵ en su panfleto *Rosenkreuzerey*. Para optar a la admisión, el candidato debía haber superado previamente los tres primeros grados de la masonería ortodoxa, o sea, haber pasado por las fases de aprendiz, cofrade y maestro, que, según los rosacruces, no eran más que etapas preliminares al conocimiento superior.

El autor del documento de 1767 narra la historia de la orden de la forma siguiente:

Aunque los antiguos padres y sabios maestros se reunieron desde el mismo comienzo del mundo y se apartaron de las masas profanas, fue en los tiempos de Moisés cuando la orden dictaminó la regla del secreto supremo en Egipto y en los desiertos de Arabia. Durante el cautiverio de Babilonia y aún después, la hermandad se estableció en Siria. Y en tiempos de Salomón se instauró la clasificación o división. En los siglos IV, V y VI hubo una reforma total de la hermandad, lográndose su actual constitución. Pero, con el fin de que los Superiores pudieran ocultar mejor sus objetivos y determinar más fácilmente el afán de los hombres por aprender, se establecieron los tres grados inferiores de la francmasonería como una suerte de escuela preparatoria para estudios más elevados.

Se incluye luego una descripción de los nueve grados rosacruces, designados de acuerdo con la siguiente enumeración cabalística:

⁵ I. A. Fessler, *Rosenkreuzerey* (1805-1806), uno de una serie de panfletos sobre diferentes ritos, publicados privadamente por Friedrich Ludwig Schröder, un prominente francmasón alemán.

1	9	Junior
2	8	Theoreticus
3	7	Practicus
4	6	Philosophus
5	5	Minor
6	4	Major
7	3	Adeptus Exemptus
8	2	Magister
9	1	Majus

Que yo sepa, ésta es la primera referencia publicada de esos nueve grados. Posteriormente se describirían en *Der Rosenkreuzer in seiner Blösse* (Los rosacruces al descubierto), de Magister Pianco (es decir, Hans Heinrich von Ecker und Eckhoffen), publicado en 1781. Esta última descripción de los nueve grados la copiaría luego Kenneth Mackenzie palabra por palabra en su *Royal Masonic Cyclopaedia* (1877), y de allí pasó, con alteraciones mínimas, a la moderna tradición ritual de la magia.

El documento que he citado pasa luego a especificar denominación, número, signo, color y contraseña de cada grado, nombre de su superior, países donde se pueden encontrar miembros del mismo, residencia del superior, lugar de las reuniones e intervalos entre las mismas, número de círculos que designan el grado, ciencia que estudian sus miembros y —detalle final pero no menos importante— el precio de admisión. Veamos los atributos del grado Junior: «Número: 909. Signo: un anillo con caracteres. Color: oro. Contraseña: Aesch. Nombre del Superior: Pereclinus de Faustis. País: desperdigados por todas las naciones. Residencia del Superior: Jusprunk. Lugar/Frecuencia de reunión: no determinado; se reúnen cada dos años. Círculos: nueve. Ciencia: son novicios. Importe de la admisión: tres marcos de oro.»

La descripción del noveno grado, el de Majus, refleja adecuadamente la sublime posición que ocupa: «Número: 7. Signos: Urim y Thummin y Schemhamphorasch. Colores: ígneos y resplandecientes. Contraseña: Jehová. Nombre del Superior: Lucianus Rinaldus de Perfectis. Países: Egipto, Persia, Italia, España, Inglaterra, Holanda y Alemania. Residencias: Hassan, Jepsan, Venecia, Madrid, Londres, Amsterdam y Colonia. Lugar/Frecuencia de reunión: Smirna, cada diez años. Círculos: uno. Ciencia: nada les está ocul-

to; son maestros en todas las cosas, como Moisés, Aarón, Hermes e Hiram Abif. Importe de la admisión: 99 marcos de oro.»

Es de suponer que el elevado precio de entrada no arredraría a nadie que hubiera alcanzado ya el grado de Hermes: un adepto tan adelantado sería capaz de fabricar todo el oro que quisiera con su Piedra Filosofal, así que 99 marcos le parecería cosa de coser y cantar.

La identidad de los miembros situados en los escalones más altos de la orden era guardada en el mayor misterio. El concepto de los jefes secretos (*unbekannte Oberen*) dotados de poderes casi sobrehumanos parece proceder precisamente de este período, y se convertiría después en uno de los *leit motifs* favoritos de grupos ocultos como la Sociedad Teosófica de Madame Blavatsky, con sus mahatmas tibetanos. A estos jefes se les atribuían poderes milagrosos a los que también podían aspirar, en menor grado, los integrantes inferiores de la orden. De hecho, la creencia en tales poderes era considerada una buena prueba de los merecimientos de cualquier persona como miembro de la hermandad. Un eminente adepto de la Gold-und Rosenkreuzer, Johann Christoph Wöllner, de quien hablaremos más extensamente en el capítulo siguiente, escribió al parecer a otro hermano rosacruz para advertirle que debía cesar en su actitud de duda sobre si los adeptos del octavo grado tenían o no el poder de extraer pollitos de los huevos duros.⁶

Pero, antes de que le fuera dada la más mínima esperanza de poseer tales facultades, el candidato debía pasar por los grados preliminares de la orden, cada uno con sus complicados rituales de iniciación.

El panfleto de Fessler antes reseñado, *Rosenkreuzerey*, describe con gran lujo de detalles el ritual iniciático del grado de Theoreticus. El candidato es conducido a una sala donde se le viste con el atuendo de un maestro del rito escocés. Luego llama a la puerta de una sala contigua y le recibe un hermano que le saluda con las siguientes palabras: «¡De todo corazón, bienvenido tres veces tres, querido Hermano!» Después, ese mismo hermano se cerciora de que el aspirante conoce signo, apretón de manos y contraseña

⁶ Kopp, *Die Alchemie*, parte II, pág. 40. La persona a la que Wöllner escribió era el Hermano Sacerdos, alias Freiherr von Schröder, otro más de los muchos Schröders relacionados con la Orden.

escocesas y le da el «tradicional beso cuádruple». A continuación el candidato se purifica simbólicamente lavándose las manos antes de llamar a la puerta del *Sancta Sanctorum* máximo, en el que es finalmente admitido, acompañado del hermano custodio. Se trata de una sala iluminada por velas y en la que no penetra ni un hilo de luz natural. En el fondo hay una mesa cuadrada cubierta con un lienzo negro sobre la que reposa una biblia abierta, y junto a ésta los estatutos, registro e instrucciones del Superior, así como un mandil ribeteado de negro y una joya ceremonial. Detrás de la mesa está sentado el Superior, y a la derecha e izquierda de éste dos oficiales, sentados también detrás de mesas cubiertas con un paño negro. Frente a la mesa principal se ha extendido una alfombra con figuras simbólicas y tres cirios encendidos distribuidos alrededor de los bordes.

En un momento dado, el hermano custodio conduce al candidato hacia adelante. En la mesa que tiene justo enfrente de él hay un candelabro de siete brazos con cirios encendidos. El Superior le mira en silencio durante unos instantes y a continuación tiene lugar la siguiente interrogación iniciática:

Superior: ¿Qué grado de la masonería has alcanzado?

Candidato: Soy maestro escocés.

Superior: ¿Qué más solicitas?

Candidato: Recibir un más alto conocimiento.

Superior: Contesta a mis preguntas con sinceridad y honestamente. ¿Has cumplido en verdad las obligaciones de un maestro escocés?

Candidato: Sí.

Superior: ¿Has perfeccionado tu mente y voluntad mediante la práctica de la virtud y apartándote del vicio?

Candidato: Sí.

Superior: ¿Sientes un anhelo de sabiduría?

Candidato: Sí.

Superior: ¿Cuál es el origen de la sabiduría?

Candidato: El temor de Dios.

A continuación se le pregunta al candidato qué idea se hace de Dios y cuál es su disposición hacia sus congéneres. Una vez satisfecho respecto a estas cuestiones, el Superior declara:

Muy bien, el amor fraterno exige que concedamos lo que solicitas. Si a Dios así le place, tu paciencia, esfuerzo y trabajo serán recompensados con el éxito. Pero debes depositar aquí todas tus galas superfluas, recordando con ello que en tu primera recepción como masón fuiste despojado de todos los metales, lo que significa en términos morales la renuncia al Viejo Adán y el afán por hallar el camino de los hombres temerosos de Dios.

Entonces el candidato se despoja del sombrero, espada, gabán y demas distintivos de un maestro escocés. El Superior se levanta, se aproxima a él y le quita los zapatos, mientras dice: «Querido hermano, aprende de mi acción a reconocer que entre nosotros también reina la humildad.» Luego vuelve a su asiento y dice: «Hermano, acércate al globo que se muestra en la alfombra.»

Dicho globo está pintado en el centro de la alfombra, rodeado por dos círculos. Del círculo exterior emanan varios rayos que terminan en un anillo de nubes, en las que aparecen los signos de los siete planetas: el sol y la luna en todo su esplendor, y los jeroglíficos de Mercurio, Saturno, Marte, Venus y Júpiter, cada jeroglífico circundado por dos triángulos entrelazados. Encima del símbolo de Marte hay una piedra cúbica y debajo una piedra en bruto, sin tallar. Frente a Saturno hay un círculo dividido por una línea vertical y frente a Venus otro, cortado por una línea horizontal. Entre el sol y la luna, y de cara al candidato, que se encuentra en el centro, hay una estrella llameante, flanqueada por los compases y la escuadra.

A una orden del Superior, el secretario lee las primeras líneas del Evangelio según San Juan («En el inicio era el Verbo», etc.), y a continuación el Superior pregunta al candidato si cree en la manifestación de la Obra. Responde éste que sí, y se le pide que ponga su índice sobre el evangelio y repite el siguiente juramento:

Yo [...], libremente y tras la debida deliberación, juro adorar mientras viva al eterno y todopoderoso Jehová, de corazón y con fidelidad, y esforzarme cuanto me sea posible para reconocer su poder y sabiduría a través de la naturaleza; renunciar a las pompas y vanidades de este mundo, y, en la medida de mis fuerzas, ayudar a mis hermanos, amarlos y permanecer a su lado en tiempos de necesidad, tanto de palabra como de obra; y, por último, guardar un silencio inquebrantable. Tan verdad como que Dios es eterno.

Entonces todos los hermanos, al unísono, dicen: «A ti sólo, Jehová, sean dadas alabanzas. Tú eres el inicio, el medio y el final, pues existes desde la eternidad hasta la eternidad. Amén.»

Finalizada la oración, el candidato regresa a su posición anterior y el secretario le calza de nuevo los zapatos. Luego es conducido ante el superior, el cual le pone el mandil y la joya ritual.

El Superior le revela a continuación el signo y el ademán del grado, así como su contraseña (que es «caos»), y le explica el significado de los símbolos de la alfombra: los planetas fueron creados como instrumento para que los cuatro poderes elementales enviasen su influencia a la Tierra y alumbrasen la creación de los siete metales. La estrella flamígera representa a la naturaleza, el hálito de Dios, fuego central y universal que vivifica, fundamenta y destruye todas las cosas. Los dos círculos cortados vertical y horizontalmente significan respectivamente los principios activo (o macho) y pasivo (o hembra) del universo. La piedra sin labrar es la materia básica de los filósofos. La escuadra y los compases significan proporción, peso y masa en la naturaleza. Los tres cirios representan las luces de la razón, la naturaleza y la revelación. Las cuatro esquinas de la alfombra simbolizan los cuatro elementos, y el candelabro de los siete brazos los siete dones de la sabiduría que todo hermano debe implorar a Dios. El globo central denota la verdadera logia, que los filósofos establecen, con diligencia y esfuerzo, en el centro exacto. Con esta explicación finaliza la parte principal de la ceremonia, y la logia se cierra oficialmente.

A medida que el iniciado iba ascendiendo de grado en la orden se le exigía que realizara un estudio minucioso de la alquimia y que leyera las obras de autores como Basil Valentin, Arnold de Villanova y Raimundo Lulio. También le entregaban manuscritos repletos de fórmulas alquímicas que debía experimentar y de cuyos resultados debía presentar cumplida información. Uno de esos manuscritos era *Thesaurus Thesaurorum a Fraternitate Rosae et Aureae Crucis*, que ya mencioné en el capítulo anterior. Cuando a un miembro se le consideraba lo bastante versado en la teoría de la alquimia, se le permitía tomar parte en experimentos prácticos, de los que cabría decir que no eran inofensivos precisamente: dos miembros del círculo de Berlín murieron al manipular productos químicos peligrosos mientras trabajaban en el laboratorio.

El objetivo último de la Gold-und Rosenkreuz se describe en

otro de sus manuales, *Eingang zur ersten Classe des preisswürdigsten Ordens vom Goldenen Rosen Creutze nach der letzten Haupt und Reformation Convention* (Ingreso al primer grado de la meritoria Orden de la Rosa Cruz Dorada, después del último Congreso General de Reforma), reproducido en *Starke Erweise* (Pruebas Fehacientes, 1788), de J. J. Bode. Según este documento, la finalidad de la sociedad es, entre otras cosas, «volver efectivas las fuerzas ocultas de la naturaleza, liberar la luz de la naturaleza que ha quedado profundamente sepultada en la escoria que trajo la maldición y encender con ella dentro de cada hermano una antorcha a cuya luz le sea posible reconocer mejor al Dios escondido (...) y por ello unirse más íntimamente con la fuente primigenia de la luz (...)».

Este pasaje confirma una vez más el carácter gnóstico de la Gold-und Rosenkreuz. La referencia a la luz que ha quedado enterrada en la escoria como resultado de una divina maldición o «caída original» perfectamente podría haber emanado de una de las sectas gnósticas de comienzos de la era cristiana.

8

UN MONARCA ROSACRUZ

Como a menudo sucede con tantos movimientos, la Gold-und Rosenkreuz conoció un postrero resurgir de su poder e influencia antes de su declive definitivo. Fue en esta breve época de esplendor cuando el rey de Prusia se hizo miembro de la orden, y su vinculación con ella constituye uno de los episodios más curiosos en la historia de las sociedades secretas.

El responsable de que el príncipe Federico Guillermo se interesara por la hermandad fue Johan Rudolph von Bischoffswerder (1741-1803). Procedía de una familia noble de Turingia. Su padre, que murió en 1754, hizo una brillante carrera militar, culminando en su cargo de edecán del mariscal de Saxe. Bischoffswerder, después de estudiar leyes, decidió seguir el ejemplo paterno, y en la última parte de la Guerra de los Siete Años (1760-1763) sirvió como oficial en la caballería prusiana. Acabada la contienda obtuvo el cargo de maestro de caballerizas y chambelán de Charles, duque de Kurland, y en 1764 fue iniciado en la masonería del rito Estricta Observación, adoptando el apodo ceremonial «Eques a Grypho», pero parece que no halló en dicha orden el conocimiento oculto que estaba buscando.

Conoció posteriormente a un tal Johann Georg Schrepfer, propietario de un café de Leipzig y alquimista y rosacruz autoproclamado. Schrepfer se suicidó en 1774, pero no sin antes legar a Bischoffswerder una máquina ectoplásmica y una tintura para conservar la juventud y el vigor. Puede que fuera la influencia de Schrepfer lo que hizo nacer en Bischoffswerder el interés por el rosacrucismo, es difícil saberlo, pero, en cualquier caso, éste se hizo miembro

de la Gold-und Rosenkreuz el día de Nochebuena de 1779. Sus cartas de esta época muestran un anhelo de conocimiento superior: «Veo a veces un hilo de luz, pero es demasiado tenue para penetrar hasta la verdad.» Era también una persona imbuida de auténtica devoción cristiana: «Cada día, casi cada hora, ruego al Todopoderoso que me otorgue la gracia de un renacer cristiano.»¹

Cuando en 1778 estalló la llamada «Guerra de las Patatas» contra Austria, Bischoffswerder se reincorporó al ejército prusiano y estuvo de capitán en Baviera, bajo el mando del príncipe Enrique de Bohemia. Luego, cuando la guerra estaba finalizando, fue ascendido a comandante y destinado al séquito del príncipe de Prusia, Federico Guillermo, circunstancia que aprovechó el duque Federico Augusto de Braunschweig-Oels, jefe de los rosacruces berlineses (y apodado Hermano Rufus en la orden), para hacerle llegar instrucciones de que hiciera lo posible por convencer al príncipe de que se uniera a la hermandad.

La misión encomendada no fue difícil de cumplir. Poco después de la campaña de 1779, Federico Guillermo cayó víctima de una grave enfermedad durante la cual le cuidó, con la máxima solicitud, el comandante Bischoffswerder, que tuvo así una oportunidad ideal para influir en el príncipe. El comandante era un hombre de impresionante estatura y magnífica apariencia, realizadas por un innegable encanto, modales refinados y una mente cultivada. Su porte majestuoso no hubiera podido ser más adecuado para dar la impresión de que estaba dotado de algún poder invisible, y el príncipe pronto empezó a mostrarse ansioso de conocer detalles sobre tal poder, anhelo que Bischoffser satisfizo administrándole un «elixir secreto», cuya composición sólo conocía la hermandad; al poco, el enfermo se repuso, y, totalmente convencido de la veracidad de las afirmaciones de su cuidador, le comunicó su firme deseo de hacerse hermano de la orden. Como ya era miembro de la logia masónica de las Llaves de Oro, su candidatura resultaba perfectamente aceptable.

Tras un año de noviciado, el príncipe fue aceptado, y su iniciación en la orden tuvo lugar el 8 de abril de 1781. Como a todos los demás miembros de la misma, se le adjudicó un sobrenombre,

¹ K. Epstein, *The Genesis of German Conservatism* (Princeton University Press, 1966).

Ormesus Magnus, y Bischoffswerder se convirtió desde entonces en su superior inmediato dentro de la hermandad, así como en compañero inseparable. Cuando Federico Guillermo subió al trono, Bischoffswerder ejerció una fuerte influencia en la política exterior de Prusia, y promovió una cruzada de carácter antirrevolucionario contra los jacobinos franceses.

En la ceremonia de iniciación del príncipe, el discurso de bienvenida fue pronunciado por Johann Christoph Wöllner (1732-1800), el cual llegaría a tener sobre el futuro monarca un ascendiente aún mayor. Wöllner, al contrario que su colega Bischoffswerder, era de origen modesto; hijo de un párroco luterano, pensó al principio seguir la carrera de su padre, pero luego se empleó como administrador de las tierras de la viuda de un tal general Itzenplitz. Dedicaba sus ratos de ocio a escribir libros y artículos sobre agricultura, tema sobre el que se convirtió en una autoridad reconocida. Ciertamente, en sus años mozos no hubo apenas indicaciones de sus posteriores preocupaciones esotéricas.

En 1766 desposó con la hija de su patrona, enlace que ésta aprobó abiertamente; en aquella época tales matrimonios eran casi tabú, de suerte que algunos miembros de la familia apelaron a Federico II el Grande para que prohibiera la boda. Así lo hizo el rey, pero fue demasiado tarde: cuando el mensajero real llegó, el matrimonio llevaba consumado veinticuatro horas. Lo único que pudieron hacer fue investigar la posibilidad de que Wöllner hubiera obtenido la mano de la muchacha de forma indecorosa o impropia, pero no hallaron la menor prueba de ello, así que el matrimonio tuvo que ser aceptado. De hecho, Wöllner demostró ser un marido modelo, y la pareja vivió feliz durante treinta años.

Pero el ascenso de Wöllner por la escala social mediante tales medios le ganó la antipatía de Federico el Grande, el cual le consideró desde entonces *persona non grata* en la corte. Este «castigo» dejó sus cicatrices en Wöllner, por lo que, cuando durante su reinado el siguiente monarca tuvo poder efectivo en sus manos, se resarcía en parte desbaratando muchas de las medidas políticas prescritas por Federico.

Durante el período en que la corte de Federico le dio la espalda, nuestro hombre halló cierto desahogo para sus ambiciones en la francmasonería, a la que se unió en 1765, alcanzando rápida-

mente la categoría de *praepositus* de las cinco logias de la prefectura de Berlín. No tardó en ser nombrado caballero de la Estricta Observancia con el sobrenombre de Eques a Cubo, pero, como Bischoffswerder, llegó a la conclusión de que esa orden no satisfacía sus deseos de aprender secretos ocultos, así que entró en los rosacruces y enseguida ocupó los cargos de organizador jefe para el norte de Alemania y de *Oberhaup direktor* (Supervisor General), teniendo a su cargo veintiséis círculos, con un total de 200 miembros. Tenía su base de operaciones en Berlín, y utilizaba una diversidad de alias exóticos, como Heliconus, Ophiron, Chrysophiron y otros. Fue entonces cuando se dedicó en serio a impregnar la francmasonería de rosacrucismo.

Poco después alcanzó el octavo grado, pero se le oyó quejarse ante los amigos de que los magos se habían negado a iniciarle en los misterios definitivos del grado. Wöllner, como ya he mencionado anteriormente, creía que los adeptos del octavo grado podían sacar pollitos vivos de los huevos cocidos, y de pronto se había encontrado, apesadumbrado, con que no le iban a revelar el secreto.

Pero si bien tales facultades no parecían hallarse a su alcance, pronto pudo ejercer un poder más tangible, pues cuando Federico Guillermo subió al trono en 1786, Wöllner se convirtió en el asesor económico del nuevo rey y fue elevado a la nobleza. Además, él y Bischoffswerder eran los hombres de confianza de Federico Guillermo en los asuntos cotidianos, redactando sus discursos, acompañando al monarca en sus viajes y aconsejándole sobre las audiencias que debía conceder.

Para comprender cabalmente la ascendencia que estos dos adeptos rosacruces tenían sobre su real «hermano», convendría exponer algunos detalles sobre el temperamento y la personalidad de Federico Guillermo. Era un hombre de físico agradable, modales elegantes y considerable encanto personal. Sentía gran entusiasmo por las artes, y entre los muchos que gozaron de su mecenazgo podemos citar a Mozart y a Beethoven. Su orquesta privada se hizo famosa en toda Europa. Pero era de carácter débil e indeciso, y no podía compensar con experiencia lo que le faltaba en determinación, porque Federico el Grande había descuidado la educación de su sobrino y se había negado a confiarle el tipo de responsabili-

dades serias de gobierno que le habrían podido preparar para el trono.

En pocas palabras, que Federico Guillermo no estaba capacitado para tomar las riendas de un estado acostumbrado a las enormes facultades y a la mano de hierro de Federico el Grande. Como apunta Epstein en su libro *La génesis del conservadurismo alemán*: «Trató de gobernar como un monarca absoluto, pero carecía de la fuerza y capacidad necesarias para desempeñar ese papel (...). La tónica de su reinado fue la vacilación, causada por su inseguridad personal.»

El rey buscó en la promiscuidad una válvula de escape para las pesadas tareas de la monarquía, y sus actividades sexuales adquirieron una triste notoriedad. Su primer matrimonio (1765-1769) acabó en divorcio, tras un escándalo que salpicó a ambos cónyuges. El segundo (1769) tuvo más éxito, pero no fue óbice para que el rey tomara como amante a Wilhelmine Enke, una mujer de fuerte personalidad y ambiciones más fuertes todavía: hija de un trompetista y, legalmente casada con un mayordomo real llamado Rietz, logró finalmente que se le concediera el título de condesa von Lichtenau. Pero el rey, no contento con una sola amante, se empeñó en celebrar un primer matrimonio bígamo con la condesa von Voss y, a la muerte de ésta en 1789, un segundo con la condesa von Dönhoff (1790), aunque esta última se peleó con su rival, la condesa von Lichtenau, y fue expulsada de la corte.

Federico Guillermo conjugada esta licenciosa vida privada con un decidido entusiasmo público por la religión y la moral, combinación que no es tan paradójica ni tan inusual como pudiera parecer, aunque en el caso concreto de Federico, su escandalosa conducta privada —que era de hecho *vox populi*— sirvió únicamente para subrayar la hipocresía de su cruzada pública y para minar el prestigio de la corona de Prusia.

Otro camino que utilizó Federico Guillermo para aliviar el peso de sus obligaciones reales fue la búsqueda de experiencias místicas y ocultas. Sus mentores rosacruces Wöllner y Bischoffswerder siempre encontraban la forma de colmar tales anhelos y, de paso, influir en el monarca de mil formas. Organizaban sesiones, y Bischoffswerder ponía a trabajar la máquina de invocar a los espíritus antes mencionada. En una de estas sesiones, celebrada en el castillo de Charlottenburg, hicieron aparecer el espíritu de un tocayo del rey,

el «Gran Elector» Federico Guillermo (1620-1688), para arrancarle al rey la promesa de que rompería con su amante.²

Fue en el ámbito de la religión donde la influencia de Wöllner se hizo más palpable. En 1785 había escrito una disertación titulada *Abhandlung über die Religion* (Tratado sobre la religión) para el entonces príncipe aspirante, en la que describía con detalle el programa religioso del nuevo reinado, afirmando que la religión era necesaria para la grandeza de un estado. Prusia había caído en la irreligiosidad, arguía Wöllner, y dicho defecto debía ser subsanado. Al tiempo que condenaba los enfrentamientos de unas sectas con otras, urgía la supresión de la propaganda antirreligiosa. (Su chivo expiatorio favorito eran los llamados *Aufklärer*, los «Iluminadores»). Para hacer volver a Prusia al redil de la religión era preciso tomar tres medidas fundamentales: primero, el rey debía ser un auténtico modelo de devoción cristiana; segundo, debía prohibir los escritos contra la religión, y tercero, debía nombrar a un «hombre intachable» como director del Departamento de Asuntos Eclesiásticos.

A no dudar, el candidato perfecto de Wöllner para dicho cargo era él mismo, pero todavía tardaría tres años en hacer realidad su ambición de ser nombrado Ministro de Asuntos Eclesiásticos, exactamente el 3 de julio de 1788. Una vez en posesión del cargo, Wöllner se dio prisa en actuar. Seis días después del nombramiento publicó un Edicto sobre la Religión que exigía a los predicadores una actitud conforme a la ortodoxia, y en diciembre de ese mismo año entró en vigor el Edicto de Censura en contra de los escritos antirreligiosos. La oposición a estas medidas fue tremenda, y los intentos de Wöllner para suprimir las críticas no tuvieron mucho éxito. Finalmente, para imponer su política, Wöllner creó en mayo de 1791 una especie de Inquisición protestante, la *Immediat-Examinations-Kommission*, cuyos dos miembros más activos fueron Gottlob Friedrich Hillmer (1756-1835) y el predicador de Silesia Hermann Daniel Hermes, miembros los dos de la orden rosacruz. La *Kommission* creó una «policía secreta» eclesiástica para que informara sobre catedráticos, predicadores y maestros sospechosos de desviacionismo.

² Kopp, *Die Alchemie*, parte II, pág. 27.

Durante algún tiempo fueron acalladas las voces disidentes, pero tal situación no iba a durar: cuando Hermes y Hillmer estaban realizando un recorrido por las universidades prusianas con objeto de comprobar la ortodoxia de sus Facultades de Teología, una alborotada muchedumbre de estudiantes les salió al paso en Halle y les obligó a batirse en retirada. Cuando se investigó el asunto para castigar a los culpables, resultó más difícil de lo que se había previsto: las autoridades universitarias se negaron a aceptar la responsabilidad de los hechos, y las chuscas peripecias de los dos inquisidores pronto empezaron a constituir un engorro para Wöllner. El rey para entonces ya estaba harto de toda aquella historia, así que al final el caso quedó sobreesido.

Al cabo de algunos años, en 1794, el rey debió autoconvencerse del escaso éxito de la labor de Wöllner y censuró a éste su falta de interés, una crítica harto sorprendente si se piensa que Wöllner habría sido más bien culpable de un exceso de entusiasmo, pero la consecuencia fue que Wöllner jamás recuperó el favor real.

Aunque Wöllner no resulte un personaje precisamente simpático, hay que reconocer que fue un hombre sincero que tenía la convicción de estar cumpliendo con su conciencia, y, aparte de sus actividades religiosas, realizó una meritoria labor para mejorar las condiciones de vida de los indigentes que el reinado de Federico el Grande había producido. Algo dice en su favor, además, el que jamás utilizara el poder para enriquecerse; consta que murió en una situación relativamente modesta.

También Bischoffswerder fue, a su manera, un hombre honrado. La impopularidad de Wöllner no le afectó, ya que su presencia era mucho menos pública y nunca solicitó ocupar un cargo gubernamental civil: estaba satisfecho de ser edecán del monarca; en el momento de la muerte de éste, Bischoffswerder había llegado a general de división.

El poder de estos dos hombres desapareció a la muerte de Federico Guillermo II en 1797. Cuando su hijo Federico Guillermo III subió al trono, toda la camarilla rosacruz fue licenciada de la corte. Bischoffswerder se jubiló del ejército prematuramente (a los cincuenta y cinco años), se retiró a la propiedad rural polaca que Federico Guillermo II le había regalado, y allí vivió tranquilo hasta el día de su muerte. A Wöllner le fueron las cosas algo peor: despedido de mala manera y sin jubilación, se retiró a Gross Rietz,

una propiedad adquirida en 1790 con el dinero de su esposa, y allí permaneció el resto de sus días, viviendo de las rentas de la tierra, amargado y deprimido, pero respetado por sus vecinos. El Edicto sobre la Religión, nunca fue abolido oficialmente, pero nadie se preocupó de ponerlo otra vez en práctica. Era el fin del auge político de la Gold-und Rosenkreuzer, y con él acababa asimismo un curioso episodio de la historia de Alemania.

También en el sur había empezado a declinar la orden. Tras el decreto de prescripción de la alquimia en Austria-Hungría de 1785, la hermandad había estado aletargada, volviendo a resurgir durante algún tiempo en 1790 con la subida al trono del nuevo emperador, Leopoldo II, el cual tenían gran interés personal en el arte alquímico. Pero Leopoldo falleció en 1792, después de sólo dos años de reinado, y durante el gobierno de su sucesor Francisco II se dictó una nueva prohibición. Con todo, la orden tuvo que haber continuado durante algún tiempo de forma subterránea, porque el manuscrito alquímico/rosacruz *Aleph* (de Archarion) que se conserva en la Biblioteca Nacional de Austria, lleva fecha de 1802.

Después, ya no se vuelven a tener noticias de la orden. Pero, en otra parte, el movimiento rosacruz acababa de iniciar una nueva fase.

9

EL RESURGIMIENTO EN FRANCIA

Cuanto más avanzamos en el tiempo desde la época de los manifiestos, más raras y exóticas se vuelven las sucesivas revitalizaciones del rosacrucismo y más mezcladas aparecen con otras tradiciones y simbologías. Uno de los renacimientos más vigorosos de la idea rosacruz tuvo lugar en Francia, y es posible rastrear sus orígenes hasta finales del siglo XVIII, cuando los grados «rosacruces» empezaron a introducirse en la masonería francesa. En una nota a pie de página del capítulo quince de *The Brotherhood of the Rosy Cross*, A. E. Waite escribe:

Las correspondencias alquímicas de la masonería Rosa Cruz se van a desarrollar especialmente en l'Eminent Ordre des Chevaliers de l'aigle Noir (Orden Preclara de los Caballeros del Aguila Negra), un Capítulo Soberano del que se afirma que se estableció en Marsella en 1761. Era un rito con dos grados, el primero de los cuales constituye una curiosa mezcla de simbolismo cabalístico y hermético, en tanto que el segundo es un código del Decimotavo Grado, presentando marcados desarrollos que relacionan su período emblemático con la muerte y resurrección de Jesucristo. En un discurso adjunto al primer grado se nos habla de Raimundo Lulio, descrito como un gran filósofo que logró efectuar las nupcias celestiales del Esposo con las Seis Vírgenes, de cuya unión fue engendrado el Mesías por él esperado, el oro perfecto de la transmutación, y presentó este tesoro al rey de Inglaterra, el cual acuñó monedas con él, con la Cruz en una cara y la Rosa en la otra.

Otros ritos masónicos marginales, como los de Memphis y Mizraim, tenían también grados rosacruces. Actualmente la maso-

nería rosacruz se practica extensamente en la forma del llamado «Decimotavo Grado», que en Gran Bretaña es uno de los grados del Rito Antiguo y Aceptado escocés (véase el Apéndice).

En un libro mío anterior¹ analicé las razones del resurgir de las ideas mágicas u ocultistas en el clima superficialmente racional de la Francia del siglo XVIII. Fue ésta la época que alumbró al conde de Saint Germain y a Martines de Pasqually con su Orden del Electo Cohens, que practicaba un tipo de magia ritual originalísima. Parece ser que los planteamientos rosacruces procedentes de Alemania lograron infiltrarse en este medio ambiente ideológico, y hay indicios de que ya en el decenio de 1790 había grupos rosacruces franceses trabajando activamente, y me refiero específicamente a organizaciones rosacruces, distinguiéndolas de los grados rosacruces masónicos.

Un indicio que tenemos de esto (aunque convendría interpretarlo con cierta cautela) es un documento que recoge la admisión de un inglés, el doctor Sigismund Bacstrom, en la Sociedad de la Rosa Cruz, efectuada por el conde de Chazal en la isla de Mauricio el 12 de septiembre de 1794.² En dicho documento hay también referencias a varias mujeres que habrían sido iniciadas en la orden, entre ellas Semíramis, la Reina de Egipto, Miriam la Profetisa, Peronella (esposa de Nicolás Flamel) y Leona Constanza, abadesa de Clermont, que fue aceptada en 1736. Waite se inclina a pensar que podría haber algo de verdad tras la fecha 1736, y concluye que el documento «hace referencia a un período pre-ritual de la orden, que podría corresponder al procedimiento de 1710 o incluso de antes. También en la historia general de la alquimia se encuentran huellas de que el Arte Secreto se perpetuaba de esta forma del Maestro al discípulo preferido. La *Societas Rosae Crucis*, obviamente, estaba afianzando su transmisión de época en época (...). Mi conclusión es que el conde de Chazal pertenecía a una rama de la orden que no puede identificarse con la Gold-und Rosenkreuz, puesto que ésta no aparece hasta 1777; sus raíces tal vez pudieran

¹ Eliphas Lévi and the French Occult Revival (1972).

² El documento fue transcrito por el ocultista inglés Frederick Hockley, y una copia se halla actualmente en poder del Sr. R. A. Gilbert, el cual ha publicado una reducida edición facsimilar.

rastrearse en el sistema del que Sigmund Richter fue portavoz en su obra sobre la Piedra Filosofal, o en algún fenómeno anterior.»

Reproduzco aquí parte del citado documento:³

Yo, Sigismundo Bacstrom, por el presente documento prometo sincera y solemnemente acatar con fidelidad y con la mejor disposición de ánimo los preceptos que a continuación se expresan, y observar su cumplimiento durante el curso entero de mi vida natural, artículos que confirmo mediante juramento y mi auténtica firma personal, aquí inscrita (...).

1. Que en la medida de mis posibilidades, me conduciré siempre como corresponde a un miembro merecedor de tal título, con sobriedad y devoción, y esforzándome en demostrar mi agradecimiento a la Sociedad por tan distinguida merced como la ahora prestada a mi persona para el resto de mi vida natural.
2. Que, en evitación de que se produzca mofa, insulto o persecución de la augusta sociedad, jamás manifestaré en público mi condición de miembro de la misma, ni revelaré los nombres personales de los miembros que ahora conozco o que me sea dado conocer en el futuro.
3. Prometo solemnemente que jamás durante el curso de mi vida revelaré públicamente los conocimientos secretos que ahora me sean transmitidos o que pueda recibir en un futuro de la sociedad o de alguno de sus miembros, ni siquiera privadamente, sino que los guardaré en el más sagrado secreto.
4. Por el presente documento prometo instruir, en beneficio de la buena gente y antes de dejar esta vida, a una o dos personas a lo más en nuestro secreto conocimiento, así como iniciar y recibir a dicha o dichas personas como miembros novicios de nuestra Sociedad, de la misma forma en que yo he sido iniciado y recibido, pero solamente aquella persona que yo considere plenamente merecedora y dotada de un ánimo recto y bien intencionado, intachable conducta, vida moderada y anhelo de conocimiento (...).
5. Declaro, asimismo, mi intención de, con la aprobación de Dios, comenzar la Gran Obra con mis propias manos, tan pronto como las circunstancias, la salud, la oportunidad y el tiempo permitan: primero, que me sea dado cumplir cabalmente las obligaciones de un fiel ayudante; y segundo, que

³ Cierta utilización extraña de las palabras del texto sugiere que se trata de una mala traducción del francés.

- pueda llegar a merecer la continua confianza que la sociedad ha puesto en mí como miembro aprendiz.
6. Otrosí prometo solemnemente que (caso que lograra la Gran Obra) no abusaré del enorme poder a mí confiado cayendo en la tentación de aparentar magnificencia o ensalzamiento, ni trataré de representar ante el mundo un personaje encumbrado mediante la obtención de vanos títulos de nobleza y de gloria efímera, que no son sino fútiles e insignificantes, sino que me esforzaré en vivir una vida morigerada y ordenada, como atañe a todo buen cristiano. Y, aunque no soy poseedor de una excesiva fortuna temporal, dedicaré una parte de mi patrimonio (...) a obras privadas de caridad, para socorro de personas ancianas y afligidas, de niños necesitados y sobre todo de todos aquellos que aman a Dios y se conducen recatadamente, y evitaré alentar la pereza y contribuir a la proliferación de mendigos callejeros.
 7. Comunicaré al miembro de nuestra sociedad más próximo a mí cualquier hallazgo útil o novedoso relacionado con nuestro trabajo.
 8. Otrosí prometo solemnemente (...) que no ayudaré, colaboraré ni apoyaré con oro o plata a gobierno, rey o soberano alguno, excepto por el justo pago de los impuestos, así como tampoco al populacho ni a grupo alguno de hombres que sean capaces de levantarse contra el gobierno.
 9. Tampoco construiré iglesias, capillas, hospitales o centros de caridad semejantes, pues ya hay un número suficiente de tales edificios y organismos públicos, cuya labor sería más beneficiosa si se administrasen de forma adecuada (...).
 10. Otrosí prometo mostrarme siempre agradecido al benemérito amigo y hermano que me inició (...).
 11. En caso de que (...) trabara yo conocimiento con alguna persona que se llame a sí mismo Hermano de la Rosa Cruz, le examinaré con el fin de comprobar si puede ofrecerme una correcta explicación del Fuego Universal de la Naturaleza y del imán que poseemos para atraerlo y magnificarlo en forma de cierta sal, y averiguaré si se halla verdaderamente al tanto de nuestro trabajo y si conoce el disolvente universal y sus aplicaciones.
 12. Si plugiera a Dios concederme el éxito en la consecución de nuestra gran obra por mis propias manos, alabaré y daré gracias a Dios con humildes plegarias y dedicaré mi tiempo a practicar y promover todo el bien que tendré en mi poder, así como a la búsqueda del verdadero y útil conocimiento.

13. También prometo solemnemente no alentar la perversidad y el desenfreno, que ofenderían a Dios, mediante la administración de medicinas para uso corporal o del aurum potabile a un paciente o pacientes infectados con la enfermedad venérea.
14. En verdad prometo que jamás daré la medicina metálica fermentada para la transmutación a persona alguna, ni una pizca siquiera, a menos que dicha persona sea un miembro iniciado y aceptado de la Rosa Cruz.

Es evidente que la Sociedad de la Rosa Cruz en la que iniciado el doctor Bacstrom era (como la Gold-und Rosenkreuz) de marcado carácter alquímico. Acerca del iniciador de Bacstrom, el conde de Chazal, conocemos una serie de datos que constan en un manuscrito del propio Bacstrom, *Anecdotes of the Comte de Chazal, F.R.C.*, y que Waite resume en su *Brotherhood*. Reproduzco a continuación parte de ese resumen:

1) Su trato con de Chazal empezó en (la Isla) Mauricio. 2) Se le describe como el hombre más culto y más acaudalado de la isla (...). 3) Se dice que educó a cien muchachas huérfanas y les concedió dotes de matrimonio por valor de un millón de piastras. 4) También eran numerosas otras obras de caridad suyas de carácter más privado. 5) Respecto al origen de sus rentas, recibía anualmente en Burdeos sumas considerables. 6) El doctor Bacstrom afirma haber inspeccionado un manuscrito de puño y letra del conde, que contenía un informe de sus experimentos y remedios, a base de magnetismo animal, electricidad y galvanismo. 7) Aunque entonces residía en Isla Mauricio, estaba al corriente de cuanto sucedía durante el terror de la Revolución Francesa, incluyendo la ejecución del rey y de la reina de Francia, a pesar de que se habían cortado las comunicaciones entre Francia, Mauricio y la isla contigua, Bourbon.

De todo ello se deduce que Chazal tenía la reputación de un adepto rosacruz a la manera del conde de Saint Germain. Como es de rigor, se le atribuye la facultad de realizar la transmutación, y Bacstrom cuenta a este respecto que Chazal le llevó a su laboratorio, donde fue testigo de cómo el conde fabricaba: «a) oro de treinta quilates, pero extremadamente quebradizo; b) oro de veinticuatro quilates de una suavidad y ductilidad maravillosas; c) oro

de un color aún más excelso, un poco más pesado que el anterior.»

Aparte de los manuscritos de Bacstrom hay bien poca evidencia escrita de actividades rosacruces francesas en este período, exceptuando la masonería de la Rosa Cruz, que es, en realidad, un fenómeno independiente. Pero sí que cabría citar un manuscrito que se encontró entre los documentos de Mary Gebhard, discípula de Eliphas Lévi, titulado *La Clef de Sapience des Frères de la Rose Croix*. No lleva fecha, pero el pie de una de las ilustraciones dice: «Cuadro cabalístico y hermético hallado por Alliette en 1772 entre las pertenencias de un judío.» Este Alliete, más conocido por su seudónimo Etteilla, era un cartomántico que formó una sociedad de entusiastas del Tarot cuyas actividades continuaron después de su muerte en 1791. El documento que he mencionado quizá procediera de este grupo o del propio Etteilla; contiene una serie de fórmulas alquímicas, muy en consonancia con la tradición de los textos de la Gold-und Rosenkreuz.

Hasta la última parte del siglo XIX, el rosacrucismo francés constituyó un fenómeno bastante nebuloso, pero durante la etapa de florecimiento de lo oculto que siguió a Eliphas Lévi salió a la luz pública gracias a la labor de dos curiosos personajes, el marqués Stanislas de Guaita y Joséphin Péladan, quienes en 1888 se asociaron para fundar *l'Ordre Kabbalistique de la Rose Croix* (La Orden Cabalística de la Rosa Cruz).

De Guaita procedía de familia lombarda. Su tatarabuelo había casado con la hija de un barón francés y así había heredado una propiedad en Alteville (Lorena), donde vino al mundo Stanislas en 1861. Este estuvo interno con los jesuitas en Dijon y Nancy, y posteriormente fue a estudiar a París, acompañado por su viejo compañero de colegio Maurice Barrès, el cual llegaría a ser más adelante un distinguido escritor y político. Aunque la primera intención de Stanislas había sido sacar la licenciatura en leyes, pudo más su pasión por la poesía, y pronto se dedicó de lleno a escribir poemas; en 1881 publicó su colección *Oiseaux de Passage*, a la que siguieron otras dos, *La Muse Noire* y *Rosa Mystica*. Fue su amigo el escritor Catulle Mendès quien le inició en el ocultismo, aconsejándole que leyera a Eliphas Lévi. Dicha experiencia constituyó una revelación, hasta el punto de que De Guaita escribió a un amigo: «Me entregué por completo al ocultismo, y me propuse

investigar y leer cuanto se hubiera escrito sobre las ciencias ocultas. Poco después conocí a Péladan, y luego a Barlet y a Papus.»⁴

Péladan (1858-1918) fue un personaje que caracterizó cuanto consideramos excéntrico y *fin de siècle*. Su padre, maestro de escuela y editor de una publicación monárquica y católica a marchamartillo, estaba poseído por un fanatismo religioso tan desmedido que intentó crear un nuevo culto basado en una hipotética sexta herida en el costado de Cristo. De su padre heredó Joséphin el extremado catolicismo, y de su hermano mayor Adrien el interés por el misticismo. (Adrien era médico homeópata, tenía inclinaciones cabalísticas y orientalistas, y había sido iniciado en un grupo rosacruz de Toulouse en 1858.)⁵

Después de trabajar como empleado de banca, Péladan se estableció por su cuenta como propagandista de temas ocultos, asignándose a sí mismo el nombre de Sar Mérodack Péladan. «Sar» significa rey en asirio, y Mérodack (o Marduck) es el dios caldeo que corresponde a Júpiter. El nombre fue escogido también por su similitud con Merodacha Baladan, el rey de Babilonia que se menciona en Isaías, 39. Péladan era un hombre de aspecto impactante, con una barba espesa y negra, una magnífica mata de pelo rizado y grandes ojos oscuros, una pizca saltones, que miraban con fuerza desde detrás de unas pobladas cejas. Era a no dudar un personaje pintoresco de los cafés de Montmartre, a los que solía acudir ataviado con una variada gama de disfraces: unas veces vestía un hábito de monje, otras un jubón con calzones orlados de encaje.

Pero Péladan no era el vacío farsante que uno se sentiría tentado a imaginar. Detrás de la «pose» externa bullía una mente creativa y originalísima dotada de gran versatilidad: entre otras cosas, era autor de una notable serie de novelas, agrupadas bajo el título genérico de *La Décadence latine*, algunas de tema oculto y otras que trataban de romances más o menos convencionales. Fue, dentro de su estilo, una figura literaria importante en Francia y en otros países, aunque por alguna razón su obra no fue leída en Gran Bretaña, y el catálogo de la Biblioteca Británica ni siquiera tiene registrado su nombre. En Alemania sí se publicaron traduc-

⁴ Oswald Wirth, *Stanislas de Guaita: Souvenirs de son Secrétaire* (París, 1935).

⁵ James, Webb, *The Flight from Reason* (1971), pág. 259.

ciones de sus libros, y uno de ellos incluía un prólogo del dramaturgo Strindberg, el cual también tenía inclinación por lo oculto.

La novela que reunió a Péladan y De Guaita fue *Le vice supreme*, el primer volumen del corpus *La Décadance latine*. Después de leerlo, De Guaita escribió al autor: «Ha sido su *Vice Supreme* el que me ha revelado (a mí, un escéptico, aunque respetuoso de los asuntos sacros) que la Cábala y la Magia Excelsa pueden ser algo más que una mistificación.»⁶

El resultado de estos elogios fue un encuentro personal y una dilatada correspondencia entre ambos, al principio como maestro y discípulo y después unidos por una estrecha amistad, a lo largo de la cual se dirigieron uno al otro con los apodos de Mérodack y Nébo, siendo este último el nombre del dios caldeo correspondiente a Mercurio. Andando el tiempo, De Guaita empezó a publicar sus propias obras ocultas, y en 1888 fundó la Orden Cabalística de la Rosa Cruz, presidida por un consejo supremo de doce miembros, seis conocidos y seis desconocidos. Es probable que los seis desconocidos jamás existieran, pero para entonces ya era *de rigueur* que una orden rosacruz tuviera algunos jerarcas misteriosos: los *unbekannten oberen* (jefes secretos) eran ya parte integrante de la mitología rosacruz.

Los principales componentes de la orden eran: De Guaita, jefe supremo; Péladan; Papus (nombre auténtico: doctor Gérard Encausse); Marc Haven (nombre auténtico: doctor Emmanuel Lalande); el abad Alta (nombre auténtico: el abad Melinge); el escritor Paul Adam; y François-Charles Barlet (nombre auténtico: Alfred Faucheux, funcionario, astrólogo y entusiasta de la alquimia).

Los aspirantes a miembros debían «cursar» tres grados de iniciación, denominados (en orden ascendente) bachillerato, licenciatura y doctorado en cábala, y cada etapa requería la superación de ciertos exámenes. Los objetivos de la orden eran tres: primero, estudiar a los clásicos del ocultismo; segundo, fundirse en comunión espiritual con lo divino mediante la meditación; tercero, propagar su verdad entre los no iniciados.

El programa de estudios del primer examen contenía las si-

⁶ Esta y otras citas de las cartas enviadas por De Guaita a Péladan han sido extraídas de *Lettres Inédites de Stanislas de Guaita au Sar Josephin Péladan*, introducción del Doctor E. Berthelet (1952).

guientes materias: 1) la historia general de la tradición occidental, con especial énfasis en la Rosa Cruz; y 2) la conformación de las letras hebreas, sus nombres y significado simbólico. El segundo examen trataba sobre: 1) la historia general de la tradición religiosa a través de los siglos, con especial referencia a la unidad de dogma yacente detrás de todas las simbologías, y 2) conocimientos sobre la constitución de las palabras hebreas. Esta última parte del examen oral, y había que acompañarla de un trabajo escrito que tratara de alguna cuestión filosófica, moral o mística.⁷

El ferviente catolicismo de Péladan pronto le acarreó enfrentamientos con los demás miembros de la orden, hasta que, en 1890, rompió su vinculación a la misma y creó su propio grupo, *l'Ordre de la Rosa Croix Catholique, du Temple et du Graal*, anunciando su decisión en una carta dirigida a Papus, que fue publicada en el periódico de éste, *l'Initiation*. Péladan esperaba de esta forma poder devolver el ocultismo al amparo de la Iglesia. La finalidad de la Rosa Cruz Católica era realizar obras pías con vistas a preparar el reinado del Espíritu Santo.

La orden de Péladan dividía a sus miembros en tres grados, por orden ascendente: caballerizos, caballeros y jefes. Los jefes estaban asignados a los distintos *Séphiroth* del Arbol de la Vida. Gary de Lacroze, por ejemplo, era Jefe del Tiphereth, en tanto que el conde Léonce de Larmandie era Jefe del Geburah. Sus reuniones tenían lugar en el piso de Péladan (Rue Notre-Dame-des Champs), donde éste oficiaba vestido de monje y con una rosa-cruz en el pecho.

De Guaita empezó a inquietarse seriamente por las actividades de la orden rival, y envió a Péladan una afligida carta en la que, entre otras cosas, decía: «Lamento mucho que las provocaciones más o menos indirectas de su R+C+C+ nos fueren a protestar enérgicamente contra ella. Es importante que los estudiantes del ocultismo sepan que las doctrinas de su orden son el polo opuesto de todas las tradiciones rosacruces, y que nosotros no tenemos nada que ver con los actos de locura injustificables que, en número creciente, han estado perpetrando ustedes durante un año bajo la enseña de la Rosa Cruz.»

⁷ Pierre Montloin y Jean-Pierre Bayard, *Les Rose-Croix* (París, 1971).

Lógicamente, Péladan contestó sugiriendo una reunión para allanar las diferencias y acusando a de Guaita de ser innecesariamente agresivo. De Guaita respondió a esto con otra carta, manifestando que «una conversación no arreglaría nada», y se despedía: «Atentamente y *bon voyage*, Guaita.» Estaba claro que una reconciliación era ya imposible, y no pasó demasiado tiempo antes de que de Guaita publicase una denuncia formal de Péladan, declarándole «un rosacruz cismático y apóstata». Pero, para entonces, la orden de Péladan estaba conociendo un éxito considerable: de hecho, la Rosa Cruz Católica era mucho más que una orden oculta. Péladan la concebía como un núcleo del que surgiría un sistema completo de valores religiosos, morales y estéticos. El asumió personalmente el papel de portaestandarte en el ámbito del arte, la música y el teatro, y puede decirse que hizo una labor muy eficaz.

En *l'Art Ochlorocratique*, Péladan escribió: «¡El artista debiera ser un caballero armado ilusionadamente comprometido en la búsqueda del Santo Grial, un cruzado capaz de librar un perpetuo combate con la burguesía!» En fomento de ese ideal organizó una serie de exposiciones, los Salones de la Rose-Croix, la primera de las cuales tuvo lugar en 1892 y fue un gran éxito. Su objetivo, según declaró el propio Péladan, era restablecer el culto del ideal, con un énfasis en la belleza y la tradición. Nada experimental o modernista estaba permitido, como tampoco los temas naturalistas convencionales. Las telas preferidas eran las que trataban de asuntos católicos, místicos o espirituales. Los «Salons» estuvieron celebrándose durante cinco años seguidos, y atrajeron a nombres conocidos del mundo de la pintura, como Gustave Moreau, Félicien Rops y Georges Rouault.

En el ámbito teatral, Péladan trabajó activamente como empresario, dramaturgo y director de escena. Entre las obras representadas por su Théâtre de la Rose-Croix había dos piezas «inéditas» de Esquilo que Péladan afirmaba haber descubierto personalmente, *Prometeo, portador del fuego* y *Prometeo liberado*, y que supuestamente formaban una trilogía con *Prometeo encadenado*. También puso en escena obras con títulos más místicos y exóticos, como *Le Mystère du Graal*, *Le Mystère des Rose-Croix* y *Babylone*, «una tragedia wagneriana en cuatro actos».

En el campo musical, la influencia de Péladan fue muy notable. Era un wagneriano fanático, y la promoción que llevó a cabo del

compositor alemán jugó probablemente un papel no despreciable en la popularidad de Wagner en Francia. Después de crear una escuela de arte y un teatro rosacruces, era natural que Péladan pusiera en marcha la formación de una orquesta. Su compositor semi-oficial era Erik Satie, que posteriormente alcanzaría una enorme popularidad en el mundo musical. Satie compuso música para las obras y los rituales de Péladan, pero después de un año de colaboración con éste, en 1892 se independizó y formó su propio grupo, la Iglesia Metropolitana de Arte de Jesús el Director.

La orden de Péladan murió con él en 1918, pero la Orden Cabalística de la Rosa Cruz sobrevivió a la muerte de de Guaita (1897), y sus ramificaciones en el siglo XX fueron numerosas. Parece ser que se hizo cargo de ella Joanny Bricaud, conocido por sus libros de carácter académico sobre la historia del ocultismo, y posteriormente, ya en 1932, la presidió Constant Martin Chevillon, el cual fue fusilado como rehén por la Gestapo en 1944. Varios grupos rosacruces norteamericanos afirman hoy que su autoridad procede de diversas ramas del movimiento rosacruz francés.

EL AMANECER DORADO
(THE GOLDEN DAWN):
ANTECEDENTES Y RAMIFICACIONES

El fruto más impresionante que surgió del árbol rosacruz fue, sin duda, la Orden Hermética del Amanecer Dorado (Hermetic Order of the Golden Dawn), una sociedad mágica que apareció en Inglaterra en el decenio de 1880 y cuyos epígonos siguen en activo en la actualidad. Como ha escrito Gerald Yorke, el Amanecer Dorado, «con su Orden Interior de la Rosa de Rubí y la Cruz de Oro (R.R. et A.C.) constituyó el cénit del resurgimiento de lo oculto que se produjo en el siglo XIX: consiguió integrar en un todo coherente un sinnúmero de elementos desperdigados y desconectados entre sí, fusionándolos en un sistema práctico y efectivo, lo que no puede decirse de ninguna otra orden oculta conocida entonces ni en tiempos posteriores».¹

Ultimamente se ha escrito mucho sobre el Amanecer Dorado, y no tengo intención de ofrecer aquí un resumen completo de su historia y doctrina, pero sí que me parece relevante examinar el desarrollo de los elementos específicamente rosacruces que se hallaban presentes en dicha orden, así como considerar la forma concreta que adoptaron en los rituales de la Orden Interior antes mencionada.

En el Amanecer Dorado se entretrajieron diversos hilos, y uno de ellos fue el del rosacruzismo masónico, pero no se sabe con certeza en qué momento se introdujeron en la masonería los grados rosacruces. Como ya mencioné en el capítulo anterior, en Francia

¹ Gerald Yorke, Prefacio de *The Magicians of the Golden Dawn*, por Ellic Howe (1972), pág. IX. De hecho, se podría afirmar otro tanto de la Gold-und Rosenkreuz.

se practicaba un grado Rosa Cruz ya en 1754, y un grado similar—the Rose Croix of Heredom (La Rosa Cruz de Heredom)— se añadió a la masonería británica como Grado Decimoctavo del Antiguo y Aceptado Rito (escocés) (véase Apéndice).

En el transcurso del decenio de 1860 el interés por los temas rosacruces había crecido lo bastante en Gran Bretaña como para justificar la creación de un grupo masónico dedicado al estudio de los mismos. Dicho grupo fue la Sociedad Rosacruz de Inglaterra, latinizada posteriormente como *Societas Rosicruciana in Anglia* (generalmente llamada la *Soc. Ros.* o SRIA). Ellic Howe, en *The Magicians of the Golden Dawn*, establece que la *Soc. Ros.* fue fundada en 1867 por Robert Wentworth Little (1840-1878), un empleado administrativo del Freemason's Hall (Círculo Francmason) de Londres, adaptando el sistema de grados que había utilizado la Gold-und Ronsenkreuz alemana, posiblemente con la colaboración de otro ocultista, Kenneth Mackenzie (1833-1886), el cual sabía alemán y afirmaba haber recibido instrucción iniciática de los adeptos rosacruces alemanes. Ahora bien, hay que poner en tela de juicio esta explicación, a la luz de una carta que recibí de un miembro de la SRIA cuando se publicó la primera edición del presente libro. Según este comunicante, la orden que Little fundó originariamente (y, de hecho, en 1865) era una organización distinta, denominada la Red Cross of Constantine (La Cruz Roja de Constantino). Su carta continúa:

No obstante, mientras la ponía en marcha, Little tuvo noticias de la existencia de una Sociedad Rosacruz que operaba en Edimburgo y que no era masónica pero estaba dirigida por un masón escocés, Anthony O'Neal Haye, editor del *Scottish Freemason*. Little y William James Hughan fueron aceptados en la susodicha orden el 31 de diciembre de 1866, y en los meses que siguieron fueron admitidos en todos los grados, que eran los que hoy se siguen utilizando. La primera reunión de esta Sociedad Rosacruz de Inglaterra reconstituida se celebró el 1 de junio de 1867 (...). Por supuesto, la SRIA de Little tenía entonces calificación masónica, y el ritual escocés (considerado demasiado litúrgico y «eclesiástico», con gran parte del mismo en latín) fue notablemente abreviado, aunque todavía hoy conserva oraciones en latín. Little lo comparó con los rituales alemanes de los que Mackenzie le había prestado una copia en 1868 (...), pero éstos eran totalmente dife-

rentes y no tenían utilidad práctica alguna. Posteriormente Little elaboró parlamentos rituales para cada grado, también con la colaboración de Mackenzie (...), pero ésas serían las dos únicas formas en que Mackenzie participó en la reconstrucción de la orden. Luego, la «rama escocesa» se extinguió, dando la oportunidad de iniciar la *Societas Rosicruciana in Scotia* con calificación masónica.

Mackenzie se hizo miembro de la *Soc. Ros.* en 1872, pero se dio de baja en 1875, después de una desavenencia con Little. El 24 de marzo de 1881, en una carta dirigida a su colega el ocultista Doctor Wynn Westcott, se refería desabridamente a la orden de Little y afirmaba ser el único que poseía los verdaderos grados rosacruces. Y seguía diciendo:

Me ha costado un cuarto de siglo conseguirlos, y todos los grados son distintos de cuanto pueda conocer la Sociedad Rosacruz de Inglaterra, ya que las contadas personas que las poseen no cometen la imprudencia de revelarlos. Lea de nuevo a (Hargrave) Jennings y la novela *Zanoni* (de Bulwer-Lytton). Incluso el propio Lytton, que tanto sabía, era sólo un neófito que no fue capaz de contestar adecuadamente cuando le examiné hace algunos años. Entonces ¿cómo puede Little sostener que él los posee? Yo sé perfectamente cuántos rosacruces auténticos existen en estas islas.²

La vinculación (o mejor, desvinculación) de Lord Lytton con la *Soc. Ros.* es una historia curiosa. A causa probablemente de su novela «rosacruz» *Zanoni*, fue propuesto y votado como Gran Benefactor Honorífico de dicha sociedad en 1891, pero sin su conocimiento. Cuando al fin se enteró del asunto escribió a John Yarker, otro entusiasta aficionado a la masonería marginal y miembro del colegio que la *Soc. Ros.* tenía en Manchester. Yarker le envió una contestación de disculpa. Que se sepa, Lytton jamás asistió a una sola reunión de la *Soc. Ros.*

Es importante mencionar algunos otros miembros destacados de la *Soc. Ros.* Uno de ellos era el doctor William Wynn Westcott (1848-1925), médico forense del distrito nordeste de Londres, que

² Howe, *The Magicians of the Golden Dawn*, capítulo 2, págs. 30-31.

se había hecho miembro de la sociedad en 1880 y llegó a ser su Magus supremo en 1891, a la muerte del anterior Magus, el doctor W. R. Woodmand, el cual había ocupado el cargo desde la muerte de Little en 1878. Westcott era un hombre tranquilo y muy culto que —antes de hacerse forense— había pasado dos años retirado en Hendon, dedicado al estudio de la cábala, el hermetismo y el rosacrucismo.

Un miembro más pintoresco de la *Soc. Ros.* fue Samuel Liddell Mathers, alias MacGregor Mathers (1854-1918), el cual profesaba tan gran devoción por todo lo celta que afirmaba tener antepasados jacobitas y se adjudicó el título de conde de Glenstrae. Poco se sabe de sus verdaderos antecedentes, y sólo que nació en Hackney, hijo de un administrativo de comercio, y que estudió en la Escuela Secundaria de Bedford. Aparte de su afición por lo oculto, se consideraba un experto en temas militares (afirmaba ser teniente de los Voluntarios de Infantería de Hampshire), y escribió un libro titulado *Practical Instruction in Infantry Campaigning Exercise*, que en realidad se limitó a traducir de un manual francés. Se le conoce más por su *Kabbalah Unveiled*, una traducción de la *Kabbala Denudata* de Knorr von Rosenroth.

Fueron Westcott y Mathers los artífices primordiales de una nueva sociedad, la Orden Hermética del Amanecer Dorado (Golden Dawn), que se constituyó en 1888, supuestamente por la autoridad otorgada (mediante carta) por una adepta alemana llamada Fräulein Anna Sprengel. Ellic Howe ha demostrado sin género de dudas en su libro *Magicians of the Golden Dawn* que dicha concesión de autoridad por correspondencia era una falsificación y que probablemente jamás existió una Fräulein Spengler, pero ello no invalida la sociedad propiamente dicha, cuyos rituales fueron casi enteramente creación de Mathers.

Para efectuar la evaluación de una orden como el Amanecer Dorado, es útil tener presentes los principios básicos que sustentan y dan sentido a una sociedad secreta. En todo sistema oculto hay un conjunto de objetivos o ideales, representados por una simbología, y el proceso de dominio de dicha simbología se va jalonando mediante una serie de grados, cada uno con sus rituales propios. El sendero de iniciación a lo oculto está sembrado de dificultades y riesgos. Para empezar, depende en gran medida de la imagina-

ción, y sin un método estricto de control, la estimulación de dicha facultad puede llegar a ocasionar desequilibrios mentales.

Un segundo riesgo surge de la instauración formal de un orden jerárquico (necesario, sin embargo, ya que no puede haber iniciación sin una autoridad superior que la confiera), ya que abre la posibilidad de que se produzcan disputas sobre quién es merecedor de la autoridad, y los enconos pueden llegar a agudizarse de forma tremenda cuando el poder máximo reside en los Jefes Secretos, *Unbekannten Oberen* o *Supérieurs Inconnus*. Otra dificultad que suele presentarse es la elección del simbolismo, porque no es fácil encontrar un conjunto de símbolos capaces de causar una reacción verdaderamente profunda en la psique humana. Hemos asistido frecuentemente a intentos de síntesis de elementos simbólicos que no han producido sino amalgamas confusas e ineficaces de sistemas incompatibles.

El Amanecer Dorado fue una de las poquísimas órdenes mágicas que logró (durante algún tiempo) superar estos obstáculos, especialmente el último apuntado. Mathers, al elaborar los rituales del Amanecer Dorado, utilizó numerosas fuentes, y las fusionó con tanto talento que el protocolo ceremonial que creó ha sobrevivido largamente a la propia orden. En efecto, entre los ingredientes que conformaron su «receta» se pueden incluir la cábala, la alquimia, el tarot, la astrología y otras muchas tradiciones, entre ellas la leyenda rosacruz.

Todo aspirante a miembro del Amanecer Dorado debía recorrer una serie de grados correspondientes a los de la orden Gold-und Rosenkreuz: se iniciaba con el de Neófito, pasaba por Philosophus y, teóricamente, podía ascender hasta Adeptus Exemptus, quedando los tres grados superiores reservados a los Jefes Secretos. En la práctica, sin embargo, Theoricus Adeptus Minor era el grado máximo que un miembro conseguía alcanzar.

Los cuatro primeros grados (excluyendo Neófito, que era en realidad un grado «umbral») constituían la orden «externa» del Amanecer Dorado. Eran: Zelator, Theoricus, Practicus y Philosophus. Cuando el candidato llegaba a Philosophus se le consideraba preparado para solicitar la admisión en la orden «interna», conocida como la *Ordo Rosae Rubae et Aureae Crucis*, es decir, la Orden de la Rosa de Rubí y de la Cruz de Oro (R.R. et A.C. eran sus siglas). Para esta fase del escalafón, Mathers, con su demostrado

ingenio para la invención de liturgias, echó mano de la leyenda de Christian Rosenkreuz y creó una impresionante serie de ceremonias de gran efecto teatral, diseñadas para imbuir a los participantes de los ideales rosacruces de servicio, autosacrificio y devoción religiosa. Examinémoslas con algún detenimiento.

Después de haber pasado por el grado transitorio de Señor de los Senderos en el Pórtico de la Cripta de los Adeptos y de observar un plazo de espera de nueve meses, el candidato se hallaba cualificado finalmente para entrar en el primer grado de la orden interna. La ceremonia era oficiada por tres dignatarios: un adepto jefe y dos acólitos, y se llevaba a cabo en tres etapas. El ritual estaba planteado como una reconstrucción del descubrimiento de la tumba de Christian Rosenkreuz, y en el templo donde se celebraba la iniciación se había colocado una cámara mortuoria de complicado diseño que representaba la última morada del Hermano Rosenkreuz. Las paredes, siete en total para representar los planetas, estaban pintadas de colores *ad hoc* y cubiertas de símbolos cabalísticos, alquímicos y astrológicos, pintados con tonos de color que encerraban significados ocultos. En el techo, que era blanco, había una rosa de veintidós pétalos (el número de letras del alfabeto hebreo, de senderos en el Arbol de la Vida y de triunfos del Tarot). El motivo de la rosa y la cruz se repetía a menudo en la decoración: en el suelo, por ejemplo, había una cruz dorada unida a una rosa roja de cuarenta y nueve pétalos, y sobre el altar se erguía una cruz negra con una rosa de veinticinco pétalos.

En la primera fase de la ceremonia, el aspirante solicita ser admitido en la orden, pero es rechazado y ha de escuchar una exhortación sobre las virtudes de la humildad: este clima se intensifica llevándole ante una gran cruz de madera en la que es atado, con las manos presas en los nudos corredizos y la cintura y los pies sujetos con cuerdas. En esta posición pronuncia un juramento, prometiendo entre otras cosas llevar una vida pura y generosa, mantener en secreto todo lo concerniente a la orden, acatar la autoridad de sus jefes y aplicarse desde ese día a la Gran Obra, «esto es, a purificar y dignificar mi Naturaleza Espiritual, de suerte que con la Divina Ayuda me sea posible un día llegar a ser más que humano, y así elevarme gradualmente y unirme a mi excelso y Divino Genio, y juro que en tal caso no abusaré del gran poder que me será otorgado».

A continuación es desatado de la cruz y se le narran la vida y obras de Christian Rosenkreuz tal como las relata el *Fama*. Luego el tercer adepto le dice: «Ahora abandonarás el Pórtico durante un corto tiempo, y a tu regreso se procederá a la Ceremonia de Apertura de la Tumba.³ El aspirante recibe entonces una varita de mago y una *crux ansata* (es decir, un *ankh*, el símbolo egipcio de la vida) que, según se le asegura, garantizarán su readmisión.

Al volver, el futuro miembro advierte que el adepto jefe ya no está presente; se le indica que permanezca de pie frente a la cripta, mientras el segundo adepto explica el significado de los símbolos que hay en la puerta de la misma, entre los que se encuentran los rostros ya conocidos del querubín de la visión de Ezequiel: el Toro, el León, el Águila y el Hombre. Luego, el tercer adepto dice:

Si observas con mayor detenimiento la Puerta de la Tumba, percibirás, tal como lo percibieron Frater N.N. y quienes eran con él, que bajo la cifra CXX de la inscripción se encuentran los caracteres IX, de forma que

POST CXX ANNOS PATEBO IX

equivale a Post Annos Lux Crucis Patebo: Al cabo de 120 años, Yo, la Luz de la Cruz, me daré a conocer. Pues las letras que forman LVX están constituidas por los ángulos desmembrados y conjuntados de la Cruz, y 120 es el producto de los números 1 a 5 multiplicados en progresión regular, de los que el número 5 se simboliza en la Cruz mediante las cuatro extremidades y un punto central.

El segundo adepto continúa:

A la mañana siguiente, Frater N.N. y sus acompañantes forzaron la puerta (la abre totalmente) y ante sus ojos apareció una Tumba con Siete Lados y Siete Esquinas. Cada lado medía cinco pies de ancho y ocho de alto, tal como los que se hallan fielmente representados ante ti.

³ Esta cita de los rituales del Amanecer Dorado y las siguientes se han extraído de *The Golden Dawn*, volumen II, de Israel Regardie (tercera edición, 1970).

Luego el segundo adepto entra en el cenotafio, y, pasando por el Norte, se sitúa en el Este del mismo, gira y se queda mirando al Oeste. El tercer adepto coloca al aspirante en el Norte, mirando al Sur. Entonces el segundo adepto pasa a describir el significado de las diversas características de la cámara, incluyendo los ya ubicuos rostros del Toro, el León, el Aguila y el Hombre. Después de que el aspirante ha hecho varias promesas solemnes llega el momento culminante de la ceremonia: el segundo y tercer adepto desplazan el altar, que estaba situado por encima del sepulcro, levantan la tapa del mismo y aparece el Adepto Jefe tendido en su interior. Una vez que el aspirante y los dos adeptos le han ofrecido sus respetos, el Adepto Jefe, con los ojos cerrados, dice desde su posición yacente:

Sepultado con aquella luz en una muerte mística, alzándome de nuevo en una mística resurrección, limpio y purificado por la gracia de Aquel nuestro Maestro, oh hermano de la Cruz y de la Rosa. Como El, oh adeptos de todas las épocas os habéis esforzado. Como El, habéis padecido tribulaciones, habéis sufrido la pobreza, la tortura y la muerte, que no han sido sino la purificación del Oro.

En el alambique de tu corazón, a través del atañor de la aflicción, busca la verdadera piedra de los Sabios.

Luego el Adepto Jefe entrega al aspirante un cayado y un látigo, que representan la Misericordia y la Severidad (dos de las esferas del Arbol de la Vida cabalístico). Después de que el aspirante ha recibido nuevas revelaciones sobre Christian Rosenkreuz, se cierra el sepulcro, se vuelve a colocar el altar en su sitio y se conduce al aspirante fuera del templo por segunda vez.

Cuando éste regresa para la tercera y última parte de la ceremonia, el adepto Jefe ya ha salido del sepulcro y la sala se ha preparado de otra manera. El aspirante recibe una serie de revelaciones sobre el significado de las letras INRI y sobre los colores correspondientes a los planetas y signos del Zodíaco. También se le explica con detalle el simbolismo de los colores de la cámara mortuoria. Finalmente, ésta se vuelve a disponer como al principio y se clausura la ceremonia. El aspirante sale del templo convertido en Adeptus Minor.

He explicado sucintamente los aspectos más relevantes de esta

larga y complicada ceremonia con la finalidad de mostrar cómo ciertos elementos de la leyenda rosacruz original —la vida de C. Rosenkreuz, el descubrimiento de la tumba y el propio símbolo de la rosacruz— fueron hábilmente entretreídos con otros elementos alegóricos (extraídos de la cábala, el Tarot, la astrología y la alquimia) y plasmados con un lenguaje rimbombante para crear un ritual de gran intensidad. Es también interesante cómo los motivos de la visión de Ezequiel —el Toro, el León, el Aguila y el Hombre—, que en los escritos rosacruces originales aparecían velados, son ahora símbolos primordiales. No es probable que ni Mathers ni Westcott hubieran estudiado la *Naometría* ni que fueran conscientes del posible significado profético de dichas figuras. Creo que las introdujeron simplemente porque formaban parte de la colección tradicional de imágenes ocultas, pero en definitiva era la leyenda rosacruz lo que yacía en el mismo centro del sistema del Amanecer Dorado.

Hay otra ceremonia rosacruz, descrita en el tercer volumen de *The Golden Dawn* (de Israel Regardie), que se denomina sencillamente «El ritual de la Rosa Cruz». No es un ritual iniciático, y lo puede llevar a cabo una sola persona. Regardie dice que «circunda el aura de protección contra las influencias externas» y que es un buen método de preparación a la meditación.

La política interna y el proceso de disolución del Amanecer Dorado ya han sido tratados a fondo en otras obras, pero uno de sus miembros, A. E. Waite, merece una atención especial debido a sus actividades rosacruces posteriores. Waite, cuya historia se cuenta con detalles en la biografía *A. E. Waite: Magician of Many Parts* (1987), de R. A. Gilbert, fue realmente un curioso crisol de influencias. Educado como católico romano, empezó a interesarse primero por el espiritualismo y los fenómenos psíquicos, y luego se sintió atraído hacia la tradición hermética en todas sus formas. A lo largo de su vida escribió gran número de libros sobre temas ocultos. Se hizo miembro del Amanecer Dorado en 1891 y lo abandonó al poco tiempo, pero volvió a incorporarse en 1896. Aunque había dejado de ser católico practicante, conservó una fuerte inclinación hacia el ritual y el misticismo cristiano que le llevó a desaprobare los aspectos mágicos del Amanecer Dorado. En 1901 se hizo masón y durante un tiempo fue miembro de la *Societas Rosicruciana in Anglia*.

En 1903 Waite fue director del templo Isis-Urania del Amanecer Dorado, y revisó completamente los rituales, dándoles un carácter menos mágico y más místico. Su reforma causó disensiones entre los miembros, hasta que en 1914 clausuró el templo y creó una orden nueva, The Fellowship of the Rosy Cross (La Cofradía de la Rosa Cruz), cuyos rituales publicó de forma privada en 1916. Estos eran de estilo marcadamente cristiano, como lo habían sido sus modificaciones de los rituales del Amanecer Dorado, pero lo cierto es que se basó libremente en los de dicha sociedad para elaborar los suyos propios. Estoy en deuda con el Sr. R. A. Gilbert por autorizarme a extraer citas del Ritual del Neófito de la orden, documento que pertenece a su colección privada y que se describe como «publicado por Frater Sacramentum Regis, el más honorable imperator in ordine Rosae Crucis, como guía de los celebrantes y para uso de Fratres y Sorores sujetos a la obediencia de templos autorizados». Al principio hay una especie de *imprimatur*: «Aprobado de Conformidad con la Doctrina y Sabiduría Secretas de la Rosa Cruz. Sacramentum Regis, Guardián del Sagrado Misterio.»

La ceremonia es presidida por el «Honorable Frater Philosophicus, Maestro del Templo», el cual «viste una toga verde sobre su hábito negro y lleva un cuello de seda roja del que pende una placa circular con la letra YOD grabada en ella. El color verde de la toga del Maestro representa el crecimiento en la vida, que es de DIOS. Sobre la parte izquierda de la misma está bordado el símbolo del León, con la inscripción: FACIES TERTIA, FACIES LEONIS. El maestro lleva una vara rematada en la parte superior por una Cruz del Calvario, con un círculo al final de cada uno de los cuatro brazos y un círculo también hacia el centro del brazo inferior».

Al maestro le asisten un Practicus, un Theoreticus y un Zelator, cuyas túnicas llevan imágenes de los otros tres miembros del cuarteto de rigor, a saber: el Aguila, el Hombre y el Toro. En la ceremonia participan un Frater Thurificans, un Frater Aquarius y un Frater Ostarius.

Es interesante comparar este ritual con el correspondiente ritual del neófito original del Amanecer Dorado. En la ceremonia del Amanecer Dorado, por ejemplo, no se hace mención alguna de la Rosa Cruz (este símbolo no aparecía hasta que un miembro

había ascendido a grados más altos), en tanto que el ritual de Waite se introduce a la menor oportunidad. Por otra parte, la liturgia de Waite tenía un tono de plegaria mucho más acusado, acentuando la búsqueda de la perfección espiritual antes que la de una sabiduría secreta. Veamos una pequeña muestra del ritual del Amanecer Dorado:

Jerofante: Heredero de un Mundo Agonizante, ¿por qué deseas entrar en nuestro Sagrado Recinto? ¿Por qué buscas ser admitido en nuestra Orden?

(Hegemon habla en nombre del Candidato.)

Hegemon: Mi alma vaga en la Oscuridad buscando la Luz del Oculto Conocimiento, y creo que en esta Orden puede obtenerse Conocimiento de esa Luz.

La parte equivalente de la ceremonia de Waite dice:

Maestro del Templo: Heredero de la noche y el tiempo, ¿qué buscas en los parajes del Alma?

Guía de los Senderos (portavoz del Postulante): A través de la oscuridad del tiempo y de la noche he llegado a la puerta del Templo, buscando su Luz interior.

Las diferencias entre las dos órdenes parecen ajustarse a la distinción que hace Gerald Yorke entre enfoque «hermético» y enfoque «rosacruz», dicotomía que cita Kathleen Raine en su libro *Yeats, the Tarot and the Golden Dawn*:

Las Ordenes Herméticas como tales son cristianas únicamente porque incluyen algunos elementos del cristianismo, pero no los acentúan. En cambio, las órdenes rosacruces son primordialmente cristianas, aunque se nutren de diversas fuentes pre-cristianas. En otras palabras, los hermetistas tratan siempre de convertirse en Dios, ya sea en su forma antropomórfica o, en ocasiones, teriomórfica. Se inflaman de rezos hasta que se transforman en Adonay el Señor (...), en tanto que los cristianos se acercan a Dios Padre a través de Cristo (Adonay), pero jamás tratan de hacerse Cristo, sólo de hacerse *como* Cristo. Así, el enfoque hermético (pagano) consiste en, siendo Adonay, imponer el orden entre la jerarquía

adversa, y el enfoque rosacruz en imponer dicho orden por la gracia de Cristo o a través del poder de Su nombre.⁴

En la orden de Waite podemos ver que el Amanecer Dorado, inicialmente «hermético», ha pasado a ser totalmente «rosacruz», es decir, que sus participantes lo hacen todo en un espíritu de reverencia hacia la divinidad, en vez de identificarse con ella.

Además de la Cofradía de la Rosa Cruz, Waite dirigió también una orden rosacruz «interna», denominada la *Ordo Sanctissimus Rosae et Aureae Crucis*, muy semejante a la vieja R.R. et A.C. y que reclutaba a sus miembros en la propia Cofradía de la R.C. Pero este tema no nos interesa aquí, ya que se da abundante información sobre el mismo en la biografía del Sr. Gilbert. La Cofradía de la Rosa Cruz, la orden más importante de Waite, continuó hasta la muerte de éste en 1942. Posteriormente sus partidarios volvieron a ponerla en marcha, y todavía existe hoy, aunque con un carácter modificado y exclusivamente masón: en su configuración original había estado abierta también a mujeres y a no masones.

⁴ *Op. cit.*, págs. 13-14.

11

EL ADEPTO ROSACRUZ: HEROE Y VILLANO

Las posibilidades románticas de la leyenda rosacruz han hecho de ella una generosa fuente de temas para los escritores. Su utilización en la narrativa y en la poesía ha reflejado tanto como moldeado la imagen popular de la hermandad, y ha complementado los diversos intentos efectuados para la pervivencia efectiva de la orden. Antes de examinar la fase más reciente del rosacrucismo activo, quisiera considerar la forma en que han sido tratados en la literatura la figura del adepto y otros aspectos de la leyenda rosacruz.

El adepto rosacruz constituye un personaje pintoresco que desempeña gran variedad de «papeles», unas veces positivos y otras negativos. Su más temprana aparición tiene lugar en una extraña obra titulada *Le compte de Gabalis*, del Abad Montfaucon de Villars, publicada por primera vez en París en 1670. Este libro fue muy leído. El narrador describe en sus páginas cómo, con espíritu de investigación imparcial, realizó averiguaciones sobre el ocultismo y conoció a un tal German Qabalis, conde de Gabalis. En una serie de conversaciones, el conde desarrolla una teoría sobre ciertos espíritus elementales llamados gnomos, ninfas, silfos y salamandras, que gobiernan respectivamente la tierra, el agua, el aire y el fuego. El narrador se horroriza ante la descripción que Gabalis le ofrece de cómo estas criaturas tienen ayuntamiento carnal con los mortales. El conde vuelve luego a dejarle atónito al efectuar ciertas afirmaciones extraordinarias: Zoroastro era hijo de la Salamandra oromasis y de Vesta, la esposa de Noé. Zoroastro, que fue el

monarca más sabio del mundo, vivió 1.200 años, y finalmente su padre se lo llevó al país de las salamandras.

Durante todo el relato el narrador se muestra un tanto escéptico y pinta al conde como una figura paradójica, unas veces impresionado por lo que éste cuenta y otras poco convencido. El tono del libro es irónico y jovial, pero hay ciertos pasajes que inclinan al lector a tomar en serio a de Gabalis. Por ejemplo, hablando de astrología, afirma que «un sabio se autogobierna mediante las estrellas interiores, y las estrellas del cielo exterior sólo sirven para otorgarle un más preciso conocimiento de los aspectos de las estrellas del cielo interior que hay en cada criatura».¹

En la versión original no hay mención alguna de la palabra «rosacruz» ni en el texto ni en el título. Pero una versión inglesa que se publicó se titulaba *The Count de Gabalis: Being a Diverting History of the Rosicrucian Doctrine of Spirits* (El Conde de Gabalis; una amena historia de la doctrina de los espíritus rosacruz).

En 1680 se publicaron dos traducciones en inglés, una por Philip Ayres y la otra por A. Lovell, y en 1714 apareció una tercera traducción. En el siglo XIX, John Yarker elaboró una secuela apócrifa del libro.² La publicación del volumen de 1714 fue estimulada por la aparición del encantador poema *The Rape of the Lock* (El hurto del mechón), de Alexander Pope, que jugaba con la teoría de los espíritus del conde Gabalis. El poema describe un incidente ocurrido entre dos amigos de Pope. Robert, Lord Petre, había cortado un mechón del cabello de Arabella Fermor, lo que había ocasionado una tirantez entre las dos familias. Otro amigo sugirió a Pope que escribiera un poema para «curar la herida», y el resultado fue la satírica obra maestra *The Rape of the Lock*, que vio la luz por primera vez en 1712 y en la cual se trata el mencionado episodio con evidente buen humor.

En su carta dedicatoria a Arabella, Pope explica que ha decidido utilizar, como parte del fundamento del poema, «la Doctrina de los Espíritus rosacruz». Y continúa: «Los rosacruces son perso-

¹ *The Count de Gabalis: Being a Diverting History of the Rosicrucian Doctrine of Spirits* (Londres, 1714).

² *The Assitant Génies, and Irreconcilable Gnomes, or Continuation to the Comte de Gabalis*. Publicada originalmente en La Haya, 1718. Traducida por John Yorker (Bath, Robert H. Fryer, 1897).

nas que debo hacerte conocer. El mejor libro sobre ellos de que tengo noticia es una obra francesa titulada *Le Comte de Gabalis*. Según estos caballeros, los cuatro elementos están habitados por espíritus a los que denominan silfos, gnomos, ninfas y salamandras.»³ Estas criaturas influyen de una u otra forma sobre los eventos que suceden en el poema. A los silfos, por ejemplo, se les adjudica de manera humorística el cometido de guardianes del mechón de Arabella.

Otro poeta que echó mano de temas rosacruces fue Goethe.⁴ A su regreso a Frankfurt en 1768, tras un período de estudios en leipzig, Goethe cayó enfermo y tuvo que guardar cama durante varios meses. Atribuyó su recuperación a una «sal» alquímica secreta, y, posteriormente, él mismo empezó a realizar experimentos prácticos de alquimia. Durante su enfermedad se dedicó a leer todo tipo de libros sobre temas herméticos, cuestiones sobre las que su mística amiga Fräulein Von Klettenberg le había despertado un vivo interés. Uno de los temas sobre los que estuvo leyendo debió ser el rosacrucismo, y aún le seguía interesando cuando, a la edad de 28 años, se trasladó a Weimar para desempeñar el cargo de consejero del joven duque Carl August. En su poema inacabado *Die Geheimnisse* (1784-85), la Rosa Cruz tiene una importancia de primera magnitud. Parte de él dice así:

*Und leichte Silber-Himmelswolken schweben,
Mit Kreuz und Rosen sich emporzuschwingen,
Und aus der Mitte quilt ein heilig Leben
Dreifacher Strahlen, die aus einem Punkte dringen;
Von keinen Worten ist das Bild umgeben,
Die dem Geheimnis Sinn und Klarheit bringen.*

(Livianas nubes plateadas flotan hacia lo alto y se elevan con la Cruz y las Rosas, y de su centro brota una fuerza sagrada de tres rayos procedentes de un único punto; ninguna leyenda es

³ Alexander Pope, *The Rape of the Lock and Other Poems*, edición a cargo de Geoffrey Tillotson (Methuen, 1962).

⁴ Para un análisis exhaustivo e interesante de las influencias ocultas en Goethe, véase *Das Weltbild des jungen Goethe*, de Rolf Christian Zimmermann (Munich, Fink, 1969).

necesaria alrededor de esta imagen para dar sentido y claridad al misterio.)

Goethe interrumpió su labor de creación del poema en abril de 1785. Se había cansado de él, pero puede que haya habido una razón adicional para abandonarlo. Un mes antes, ciertos rosacruces habían conseguido que la policía acosara y finalmente suprimiera la orden bávara de los Illuminati de Adam Weishaupt. Como ya mencioné en el capítulo siete, los rosacruces del siglo XVIII eran de tendencias políticas conservadoras, en tanto que los Illuminati eran «izquierdosos». Puede que Goethe considerara —y no le faltaría razón— que la supresión de los Illuminati eran contraria al auténtico ideal de hermandad rosacruz. Weishaupt, que ocupaba la cátedra de Derecho canónico de Ingolstadt, mantenía unas relaciones conflictivas con los elementos rosacruces de Baviera. En efecto, un oficial de infantería llamado Ecker había establecido en Burghausen una preceptoría rosacruz que se dedicaba a estudios alquímicos, y realizó una maniobra que suscitó la ira de Weishaupt: envió a Ingolstadt un representante para reclutar estudiantes a quienes Weishaupt ya había echado el ojo como posibles prosélitos de su propia orden. Weishaupt escribió: «Se me hacía insoportable imaginar a aquellos jóvenes afanándose en la fabricación de oro y majaderías semejantes.»⁵

Aunque es posible que Goethe simpatizara con Weishaupt en aquel conflicto con la orden Gold-und Rosankreuz, no condenó el rosacrucismo como tal, y el tema siguió interesándole. El 28 de junio de 1786 escribió a su íntima amiga Frau von Stein: «He estado hojeando *Las Nupcias* de Christian Rosenkreuz. Hay en esa obra un estupendo cuento de hadas para contar a su debido tiempo, cuando vuelva a renacer el asunto. En su vieja piel no puede ser apreciado.»⁶

El «renacimiento» tuvo lugar nueve años después, cuando Goethe publicó su *Märchen* (Cuento de Hadas) como parte de la colección de relatos *Unterhaltungen deutscher Ausgewanderten* (Conversaciones de expatriados alemanes). Narra una fantástica

⁵ Leopold Engel, *Geschichte des Illuminaten-Ordens* (Berlín, Bermühler, 1906), pág. 64.

⁶ J. W. von Goethe, *Gedenkausgabe*, volumen 18 (Zurich, Artemis, 1951).

historia en la que aparece una serie de personajes simbólicos, entre ellos un barquero que vive junto a un río, una serpiente que come oro, dos fuegos fatuos y un hombre con una lámpara que desempeña un papel central, figurando como una especie de adepto. Otro elemento destacado del cuento es un templo subterráneo en el que se yerguen cuatro figuras de reyes moldeadas respectivamente en oro, plata, hierro y una mezcla de esos tres metales.

El tema y las situaciones del cuento guardan escasa relación con *Las Nupcias Químicas*, pero es claro que ambas obras pertenecen al mismo género. Comparten un tipo especial de ambientación y ciertos temas, por ejemplo la alquimia y la unión del macho y la hembra. También las dos transmiten un mensaje optimista sobre la futura transformación de la raza humana. En el cuento de Goethe, esta transformación se simboliza mediante la elevación del templo por encima de la superficie, y la súbita aparición de un puente espléndido tendido sobre el río.

En numerosos relatos de ficción, la figura del adepto rosacruz se muestra con tintes más siniestros. Un ejemplo es la novela *St Irvyne, or the Rosicrucian*, de Percy Bysshe-Shelley, que éste escribió con el pseudónimo «Un caballero de la universidad de Oxford» y que apareció en 1811. El lenguaje empleado en el primer párrafo ya nos da una idea del libro:

Rojos nubarrones, llegados en alas del torbellino de medianoche, flotaban a jirones a través de la órbita carmesí de la luna; la fiereza creciente del vendaval arrancaba suspiros de los raquíticos arbustos que, postrados ante su violencia, se inclinaban hacia las rocas sobre las que habían crecido; por la lóbrega bóveda del cielo se extendía a intervalos la luminaria azul del relámpago, zigzagueaba sobre las cumbres de granito y, con momentáneo resplandor, descubría el pavoroso paisaje de los Alpes, cuyas cimas gigantescas y deformes, ensangrentadas por un rayo de luna pasajero, aparecían enhebradas por negros y fugaces fragmentos de las nubes cargadas de tormenta. En ese escenario, a esa hora horrenda y tempestuosa (...) se encontraba Wolfstein.

Este estilo grandilocuente guarda bien poca relación con el Shelley posterior, pero la obra tiene, con todo, cierta fuerza. Narra la historia de un joven llamado Wolfstein, hijo pródigo de una noble familia alemana, que ha sido exiliado a causa de un escándalo

de juventud. Al comienzo del relato el muchacho se topa en los Alpes con una banda de forajidos, uno de los cuales es un individuo misterioso llamado Ginotti, un hombre de tremenda estatura e imponente presencia que ejerce sobre Wolfstein una extraña influencia. Cuando Wolfstein se separa del grupo de bandidos, Ginotti le sigue, disfrazado de formas diversas, y al final tiene una conversación con el joven en la que le explica que la ambición que le mueve es el deseo de inmortalidad. «Desde mi más temprana juventud», dice Ginotti, «antes de que fuera aplacada por una total saciedad, la *curiosidad* y el deseo de descubrir los misterios latentes de la naturaleza constituían la pasión en torno a la cual se organizaban intelectualmente las demás emociones de mi mente. Este deseo me llevó a cultivar, y no sin éxito, las varias ramas del saber que conducen a las puertas de la sabiduría». Continúa explicando que había llegado a concebir el horror de la muerte y que finalmente había hallado el secreto de prolongar la vida, lo que propone demostrar a Wolfstein en la cripta de una abadía en ruinas. Allí tiene lugar la escena final de la historia. Aparece el demonio en medio del fogonazo de un rayo y el fragor del trueno: «De repente, el corpachón de Ginotti quedó reducido a un esqueleto gigante, pero dos llamas pálidas y horribles relumbraban ferozmente en sus cuencas vacías.» Wolfstein cae muerto y Ginotti es condenado a «una eternidad inacabable de horror sin esperanza».

Otro relato en el que se pinta al adepto rosacruz con cierto halo de maldad es una curiosa novela titulada *Die Rosenkreuzer in Wien* [Los rosacruces en Viena], de Edward Breier, publicada en 1852. Describe cómo ciertos miembros de una logia rosacruz de Viena se involucran en varias actividades subversivas. Uno de ellos, llamado Georg Philipp Wucherer, imprime panfletos que su sobrino escribe sobre temas tales como la necesidad de burdeles en Viena. Un día les visita un hombre que lleva un parche negro sobre un ojo y que resulta ser Cagliostro, el cual declara: «La ciudad de Viena, grande como es, no guarda secretos para mí. Pertenezco a ese privilegiado puñado de seres humanos que pueden experimentar cuanto desean conocer.» Otro personaje es un anciano de Berlín conocido como el barón Liebenstein, que llega a Viena con un cofre lleno de utensilios de alquimista y que más adelante resulta ser un Maestro de la logia rosacruz.

En cambio, Edward Bulwer-Lytton (posteriormente Lord

Lytton) presenta en su novela *Zanoni*⁷ una imagen menos tremebunda de la hermandad rosacruz. El tema rosacruz queda claramente establecido en la introducción, en la que el autor, simulando ser el editor del texto, describe cómo en su juventud tenía la costumbre de visitar una vieja tienda de libros de Covent Garden [Londres] cuyos anaqueles polvorientos estaban repletos de tratados de alquimia, astrología, cábala y temas afines. El propietario, a quien Bulwer-Lytton menciona por su inicial, una «D», era evidentemente un experto en tales cuestiones y le costaba horrores desprenderse de sus viejos volúmenes. Este personaje está basado en un librero auténtico llamado John Denley, que tuvo una tienda en Catherine Street, en la zona de Covent Garden, desde 1790 hasta 1840 aproximadamente. Lo que no se sabe es si el encuentro en la tienda que se describe en la introducción está basado en hechos reales o es imaginación del autor.

«Aconteció pues», cuenta el narrador, «que en mis tiempos mozos, hace ya algunos años, ya fuera por interés literario o curiosidad vital, sentí el deseo de conocer el verdadero origen de la curiosa secta conocida como los rosacruces. Insatisfecho con las informaciones superficiales e insuficientes que me fue dado encontrar en los libros que consulté sobre tal cuestión, se me antojó posible que la colección del Sr. D, que era de considerable amplitud no sólo en volúmenes impresos sino en manuscritos, podría contener datos más exactos y auténticos sobre aquella famosa hermandad, escritos quizá —¿quién sabe?— por uno de sus propios miembros... Así pues, me encaminé al que era sin duda —vergüenza debiera darme confesarlo— uno de mis lugares favoritos...»

Al entrar en la tienda, el joven advierte que el propietario está conversando con un anciano cliente, un hombre de aspecto venerable al que el librero trata con gran respeto. Están hablando de cierta «augusta hermandad», y el joven, aguzando el oído, se une a la conversación y pregunta al librero sobre ejemplares que traten de los rosacruces. El relato sigue así:

«¡Los rosacruces!», exclamó el anciano como un eco, y me contempló a su vez con detenida sorpresa. «¡Quién sino un rosacruz podría explicar los misterios rosacruces! ¿Y cree Vd. posible

⁷ Edward Bulwer-Lytton, *Zanoni*, nueva edición de Steinerbooks (1971).

que ningún miembro de esa secta, la más desconfiada de todas las sociedades secretas, vaya por propia voluntad a retirar el velo que oculta del mundo la Isis de su sabiduría?»

No obstante, tras un rato de charla, el anciano le dice que, si tienen ocasión de volver a verse, «quizá pueda dirigir sus pesquisas hacia las fuentes de información más adecuadas.» Cuatro días más tarde, el joven, durante un paseo a caballo, se encuentra en Highgate Hill con el anciano desconocido, que monta una jaca negra y se acompaña de un perro también negro, y aquél le invita a su casa, que se halla cerca de allí. Total, que el muchacho acaba siendo un asiduo visitante, beneficiándose de la gran riqueza de conocimientos que posee su venerable anfitrión. El anciano le informa que ha escrito un libro, y arranca de su joven amigo la promesa de que lo preparará para darlo a conocer al público. En efecto, tras la muerte del anciano, el joven recibe un manuscrito cifrado junto con un código de claves. La traducción resulta ser una tarea ímproba que le ocupa cuatro años. El texto definitivo que se publica es la novela titulada *Zanoni*.

La narración nos cuenta que Zanoni y su maestro espiritual Mejnour son los últimos supervivientes de una antigua hermandad y que han conseguido prolongar su existencia mediante el elixir de la vida, pero Zanoni pierde finalmente su inmortalidad al enamorarse y sacrificarse heroicamente por su amada. Hay varios pasajes en el libro que confirman la vena rosacruz establecida en la introducción. Al principio del capítulo cinco del Libro III, por ejemplo, el narrador escribe:

Venerable Hermandad, tan sagrada y tan ignota, de cuyos preciosos archivos secretos se han extraído los materiales para esta historia; tú, que has guardado siglo tras siglo cuanto el tiempo ha preservado de la augusta y antigua ciencia...; es gracias a ti que ahora, por primera vez, puede ofrecerse al mundo, bien que en forma imperfecta, alguna noticia de los pensamientos y acciones de auténticas y legítimas luminarias de tu Orden. Muchos han simulado pertenecer a tu grupo; muchos espúreos farsantes han sido considerados adeptos por la erudita ignorancia que, atónita y perpleja, se sigue viendo obligada a confesar que nada sabe de tu origen, ceremonias o doctrinas, y ni siquiera si posees ya morada terrenal en este mundo.

Es evidente que Bulwer-Lytton conocía a fondo la literatura rosacruz. Había leído *Le Comte de Gabalis*, puesto que lo cita en *Zanoni*, y posteriormente mantuvo correspondencia con Hargrave Jennings, autor de *The Rosicrucians, their Rites and Mysteries*, que se publicó por primera vez en 1870. Jennings envió a Bulwer-Lytton —a la sazón Lord Lytton— una copia del libro, acompañada de una carta un poco deprimente en la que contaba cómo había efectuado un enorme esfuerzo literario y obtenido en cambio muy exiguas satisfacciones, y se lamentaba de que su vida había estado siempre marcada por la escasez de recursos y el comedimiento. Su libro sobre los rosacruces, continuaba la carta, había requerido veinte años de investigaciones. El objeto primordial de su misiva era rogar a Lytton «vuestra asistencia en procurarme algún empleo o colocación modesta y sin pretensiones... como secretario o bibliotecario, o algún otro cometido de letras, labores para las que me considero especialmente dotado».

La contestación de Lytton es interesante por la luz que arroja sobre su actitud respecto a los rosacruces:

Muy señor mío:

Mis más sinceras gracias por su muy linsonjera carta y por el interesantísimo libro que la acompaña. Existen razones por las que no puedo entrar en el tema de la «Hermandad Rosacruz», una sociedad que todavía existe, aunque no bajo nombre alguno que pueda hacerla reconocible ante personas ajenas a ella. Pero Vd., con harta erudición y no menos perspicacia, ha sabido rastrear su relación con antiguas y simbólicas religiones, y no creo que se haya escrito un mejor libro sobre esta materia, ni que de verdad pueda escribirse a menos que un miembro de la Hermandad quebrante el voto que le obliga a guardar silencio... He sentido honda preocupación al saber que sus fatigas literarias le han procurado menos provecho material que reconocimiento, y, caso de saber yo de alguien que requiera un secretario o asistente, no dudaré en recomendarle que se asegure el beneficio de sus cualidades y talentos de investigador.

Al pie de la carta hay una postdata que dice:

«Hace algún tiempo, una secta que se autonombraba “rosacruz” y pretendía poseer un completo conocimiento de los misterios

de la orden, se comunicó conmigo, y, en respuesta le envié el símbolo cifrado del "iniciado" nadie supo interpretarlo.»⁸

Es fascinante descubrir por esta carta que Lytton afirmaba con toda certeza que los rosacruces aún existían, aunque bajo algún otro nombre. Su mención de «las razones» que tiene para callar y el tono del primer párrafo sugieren que se halla involucrado personalmente en ello. Es posible, pues, que sus explicaciones en la introducción de *Zanoni* estén basadas en un auténtico encuentro con un miembro de algún grupo rosacruz super-secreto que le inició o al menos le reveló ciertos pormenores, conminándole después al silencio.

Cuesta creer que Lytton considerase realmente que la obra de Jennings era la mejor que se había escrito o que jamás se pudiera escribir por un no iniciado. Es un trabajo enormemente confuso que aporta gran cantidad de información irrelevante. Con todo, fue un libro muy leído, y puede que fuera responsable de la idea que mucha gente se hizo del rosacrucismo como fenómeno. Jennings utiliza la excusa rosacruz para acometer desordenadamente cuestiones como las torres redondas de Irlanda, el simbolismo de la flor de lis, los menhires de Bretaña, la Orden de la Jarretera o el Rey Arturo y la Tabla Redonda. El hilo conductor que atraviesa el libro es la creencia de Jennings en la adoración universal de un principio ígneo como fuerza motriz del universo, representada en el mundo material por el órgano sexual masculino. Pero el tema no se desarrolla adecuadamente en ningún momento, y toda la obra resulta una serie harto frustrante de pistas falsas.

Una fuente de datos rosacruces mucho más fructífera fue la Orden Hermética del Amanecer Dorado (Hermetic Order of the Golden Dawn), ya mencionada en el capítulo anterior. Uno de sus miembros era W. B. Yeats, el cual introduce a menudo el tema rosacruz y la imagen de la rosa en sus poemas y relatos. Otro miembro del Amanecer Dorado fue Aleister Crowley⁹, cuyo poema

⁸ La carta de Jennings y la contestación de Lytton se encuentran entre los documentos de este último en Country Hall, Hertford.

⁹ Hubo una época en que Crowley utilizó papel de cartas con membrete en que detrás de su nombre aparecía el título «M.D. Damc.», una referencia humorística a cierto detalle de la vida de Christian Rosenkreuz narrado en el *Fama*: que éste había recibido conocimientos médicos en Damcar, Arabia. (M.D.: Doctor en Medicina.)

The Rose and the Cross (La rosa y la cruz) fue publicado en el *Oxford Book of Mystical Verse*. Helo aquí:

*De la bullente caldera de mi aflicción
donde arrojé dulzura, sal y amargura,
donde se acumuló la música encantada
salida de mis labios,
donde encadené extraños archipiélagos
de estrellas caídas,
donde la pasión arrebatadora
exudaba un curioso bitumen,
donde, en medio de la fulgurante mixtura,
se agitaba la melodía anónima
del amor perfecto,
de allí surgió la Rosa Mística,
con sus miríadas de pétalos de luz dividida,
sus hojas del más radiante esmeralda
y su corazón de fuego como rubí.
Al verla elevose mi corazón a Dios
y exclamé: ¿Cómo arrancaré
este sueño de mi deseo?
¡Y he aquí que tomó forma por sí misma
la Cruz de Fuego!*

En estos versos, bellos y vívidos, Crowley expresa los aspectos místicos del símbolo rosacruz. Otros escritores han relacionado la Rosa Cruz principalmente con la alquimia, como el médico y alquimista alemán Demeter Georgiewitz-Weitzer (1873-1949), que escribió varios libros con el seudónimo G. W. Surya, entre ellos algún tratado sobre métodos curativos paracélsicos y una novela, *Moderne Rosenkreuzer* (Rosacruces modernos), publicada en 1907, con una segunda edición en 1914. Encontré cierta información sobre Surya en una carta de un tal doctor Kellner, de Hamburgo, adjunta al ejemplar de la novela perteneciente al Instituto Warburg. Es evidente que un tío del doctor Kellner conocía al autor. Surya tenía un consultorio en Munich, donde en más de una ocasión le surgieron conflictos con los representantes de la medicina ortodoxa. Fue un hombre muy pobre toda su vida, y sin ninguna duda una persona amable y servicial, inmerso por completo en el estudio de los métodos curativos espagíricos de Paracelso. Además se interesaba vivamente por la astrología y la botánica, y conocía las

interrelaciones ocultas de las plantas. Tenía incluso un laboratorio propio.

En su prefacio a la segunda edición de *Moderne Rosenkeuzer*, Surya apunta algunas observaciones que nos recuerdan la proclamación de una nueva era contenida en los manifiestos rosacruces. «Estos hechos» —escribe Surya, refiriéndose al reciente resurgimiento del interés por las cuestiones ocultas— «anuncian claramente que la Humanidad va a conocer la alborada de una nueva época espiritual. Y no pasará mucho tiempo antes de que esta luz estimule las artes y ciencias todas, toda nuestra cultura, hacia nuevos logros». Más adelante dice: «Pero, por desgracia, hemos asistido en los últimos siete años a la confirmación de otro principio empírico de la historia del mundo, a saber, que el advenimiento de una nueva época espiritual casi siempre llega acompañado de inestabilidad política, guerras y revoluciones, e incluso eventos normales en la naturaleza.»

Surya hace hincapié en que él personalmente no pertenece a ninguna secta ni hermandad secreta, y aconseja a cuantos estén buscando la verdad que eviten los círculos secretos, en especial aquellos dirigidos por «jefes desconocidos». Cree que siguen existiendo rosacruces verdaderos, pero «¿dónde podremos encontrarlos?», se pregunta. Y contesta: «Desde luego, no en las falsas sociedades rosacruces que exigen de sus miembros elevadas cuotas anuales y en compensación no ofrecen a sus aspirantes mayor sabiduría que la que cualquiera puede conseguir en una librería por poco dinero.» Así que, si una persona no quiere arriesgarse a sufrir una desilusión, más le vale apartarse de tales círculos.

En la novela de Surya, el personaje motor del relato es Stefan Brandt, un vienés que en su juventud enferma de tuberculosis y se traslada a Ragusa (hoy Dubrovnik), para reponerse. Allí conoce al doctor Nicolson, un individuo misterioso a cuya villa va a vivir el protagonista y que le devuelve la salud. El doctor Nicolson tiene un laboratorio propio en la casa. En cierto momento explica a Brandt:

«Aquí preparo yo mismo la mayoría de mis remedios espagíricos, y al mismo tiempo investigo sobre cuestiones que se hallan un tanto apartadas de nuestra ciencia moderna pero que me interesan sobremanera, ya que si encontrasen —o, para ser más exac-

tos, si se reencontrasen— las respuestas a sus interrogantes, podrían ser de gran valía para la Humanidad. La botánica oculta, la curación espagírica y la química hermética: éstos han sido por muchos años mis estudios pedilectos.»

De forma similar, para exponer sus ideas sobre los procesos de curación, el karma, la reencarnación, la astrología, la alquimia y su filosofía sobre la vida en general, Surya emplea como vehículo literario una serie de conversaciones que Brandt mantiene con Nicolson y otros personajes.

El doctor Nicolson se ajusta bastante al modelo del adepto rosacruz «positivo». El tipo perverso volvemos a encontrarlo en *The Rosicrucian*, narración de Temple Thurston publicada en 1930 en un volumen de relatos de título homónimo. La historia empieza con un incidente basado en una conocida anécdota del conde de Saint Germain. Preguntado por la condesa durante una fiesta si era hijo de un caballero que ella había conocido cincuenta años atrás, Saint Germain le respondió que aquel caballero era él mismo. En el relato de Temple Thurston, el narrador presencia el encuentro entre dos hombres, uno joven y el otro de más edad, junto al escaparate de una relojería de Haymarket (Londres). El joven —o el que al menos lo parece— lleva una larga capa oscura y un sombrero de aspecto español o mexicano. El que parece más viejo le pregunta:

—Perdone si me equivoco, pero ¿no se llama Vd. Gollancz?

El hombre no se volvió. Ser así abordado no pareció perturbar su actitud contemplativa frente a la vitrina del establecimiento. Si aquel era su nombre, no le había sorprendido escucharlo de forma tan repentina en la calle.

—Sí, mi nombre es Gollacz —repuso.

—Entonces creo que conocí a su padre en Oxford. Estuvimos juntos en el Corpus.*

El joven sonrió.

—En ese caso tú eres Crawsby-Martin —dijo con una voz que no parecía en absoluto turbada ante aquella inesperada identificación.

—Así es, pero ¿cómo lo sabe Vd.?

* Uno de los «colleges» de Oxford. (N. del T.)

—Porque me acuerdo bien de ti. No estuviste en el Corpus con mi padre... Estuviste conmigo.

Tras decir eso, Gollancz entreabre su capa y alarga la mano, en la que se ve «un anillo de oro liso con una inscripción tallada que semeja a algún signo gnóstico». Más adelante, Crawshay-Martin explica al narrador que Gollancz es un rosacruz, y el narrador comenta: «Un rosacruz..., ¡un hermano de la orden secreta de la Rosa Cruz! ¡Paseando por Haymarket a plena luz del día en el siglo veinte! Había leído algo sobre los rosacruces que existieron a finales de la Edad Media, y suponía, sin mucha convicción, que la orden seguía todavía viva (...) ¡Pero encontrarse con uno de ellos en una calle de Londres!»

Después nos enteramos de que Crawshay-Martin había tenido un antepasado rosacruz del que había heredado un manual de la orden «que establecía sus prácticas y todos aquellos ritos misteriosos relacionados con la Hermandad de la Rosa Cruz». Gollancz trata de conseguir dicho documento, mediante malas artes si es necesario. El relato termina con la muerte misteriosa de Crawskay-Martin y la desaparición del manual de su domicilio.

Los autores de los manifiestos rosacruces originales, a no dudar, se habrían sentido un tanto sorprendidos y no poco divertidos ante la extraña progenie literaria de su hermandad. Pero es bien sabido que la dicotomía romántica entre adeptos heroicos y adeptos perversos ha constituido un elemento esencial en el desarrollo de la mitología. Y tampoco puede ponerse en duda que, sin leyenda rosacruz, no se habría escrito mucha de la poesía y de la narrativa que tan interesantes y entretenidos momentos nos han proporcionado.

12

MOVIMIENTOS ROSACRUCES CONTEMPORANEOS

El último episodio de la historia de la Rosa Cruz tiene lugar fundamentalmente en los Estados Unidos, país que se ha convertido en el principal «productor» de vástagos rosacruces. No es fácil determinar la fecha de la primera arribada del rosacrucismo a Norteamérica, pero se le ha dado gran importancia a una comunidad mística alemana que emigró a Pennsylvania en 1694 y de la que se afirma que estaba vinculada al movimiento rosacruz. Dicho grupo estaba dirigido por Johannes Kelpius, un hombre muy influenciado por ideas teosóficas y milenaristas y miembro destacado de una comunidad pietista creada por el científico y teólogo Johann Jacob Zimmerman. En vísperas de su partida para América, Zimmerman falleció, y el grupo, capitaneado ahora por Kelpius, se estableció a orillas del río Wissahickon, cerca de lo que es actualmente Germantown. A. E. Waite apunta los siguientes indicios de su relación con los rosacruces:

Parece plausible que algunos de ellos (o Kelpius, al menos) se hallaran integrados de alguna forma en la orden y que hicieran partícipes de cuanto sabían por derecho propio a todos o a buena parte de sus compañeros de éxodo. La razón es que, según se dice, llevaban con ellos y acataban las reglas de un valiosísimo manuscrito rosacruz...; éste constituye una primera fase de los SIMBOLOS SECRETOS, publicados en Altona en 1785-1788... Así pues, desde un punto de vista histórico y bibliográfico, dicho manuscrito reviste una importancia capital, tanto en su calidad de texto, rosacruz auténtico, como por su valor indicador de que: 1) la Rosa Cruz alemana era, en esta época poco conocida de finales del XVII,

una orden teosófica cristiana que, en opinión de Fludd, se hallaba en sus inicios, casi —se podría decir— *ab origine symboli*; y 2) el círculo de Altona no elaboró un sistema propio cien años más tarde, sino que se limitó a desarrollar y ampliar aquel legado.¹

Algunos lustros después tuvo lugar otro asentamiento de colonos pietistas alemanes, la austera comuna Ephrata liderada por Conrad Beissel, que floreció en Lancaster County (Pennsylvania) entre 1735, y 1765 y de la que se supone que pudo ser influida por ideas rosacruces, tanto en sus utópicos objetivos y formas de vida como sin duda en algunas de sus prácticas rituales. Los pintorescos edificios de Ephrata se siguen conservando hoy día en forma de museo.

En todo caso, la primera persona que propagó ampliamente el rosacrucismo en los Estados Unidos fue Paschal Beverly Randolph. Nació en 1825 y quedó huérfano a muy temprana edad. Tras una penosa y difícil infancia, trabajó como marinero desde los quince a los veinte años, durante los cuales viajó por numerosos lugares. Después se hizo tintorero y barbero, siguiendo, entretanto, un método de autoenseñanza y leyendo extensamente. Durante la Guerra de Secesión (1861-1865) militó en el ejército federal, mandando una unidad de soldados de raza negra, y, una vez acabada la guerra, a petición de su amigo el presidente Lincoln, trabajó casi tres años en Louisiana como profesor de esclavos emancipados. Pasó el resto de su vida mayormente en Boston, propagando su tipo personal de rosacrucismo y escribiendo libros de todos los géneros, entre ellos obras de antropología, filosofía y narrativa. Se dijo a veces de él que tenía sangre negra, pero él lo negaba. «Mi madre», escribió, «era una bella *sang melée* con sangre de varias clases. Había en ella algo de Madagascar, Francia, España, India y Oriente que yo he heredado, y además tenía algo de inglesa, celta, cimbria, teutona y árabe».²

Randolph inició sus actividades ocultas hacia 1858, y puso en pie una organización rosacruz que él mismo lideró. Aunque de

¹ A. E. Waite, *The Brotherhood of the Rosy Cross*, cap. 23.

² *The Rose Cross Order. A Short Sketch of the History of the Rose Cross Order in America, Together with a Sketch of the Life of Dr P. B. Randolph, the Founder of the Order. With Introduction and Notes by Dr R. Swinburne Clymer* (Allentown, Pennsylvania, 1916).

apariencia frágil y poco robusta, parece que fue un conferenciante brillante y dotado de poder de convicción. En 1872 fue arrestado en Boston y procesado por predicar el amor libre en sus escritos. El fiscal le describió como un «filósofo agápico», y añadió que era «más allá de toda duda razonable el escritor y el ser humano *más peligroso* de toda América, si no del mundo entero».³ Pero Randolph se defendió a sí mismo con su acostumbrada elocuencia y fue absuelto.

Aunque ciertas personas han tachado a Randolph de charlatán, lo cierto es que sus escritos no justifican semejante epíteto. Fue lo bastante honesto como para admitir que su rosacrucismo procedía fundamentalmente de su propia mente. En su obra *Eulis!*⁴ escribe:

Estudí el rosacrucismo, lo hallé sugerente y me fascinaron sus misticismos. Así que me hice llamar *El Rosacruz* y ofrecí mi pensamiento al mundo como pensamiento rosacruz; y he aquí que el mundo saludó con grande aplauso lo que supuso tenía su origen y nacimiento en lugar distinto al alma de P. B. Randolph.

Casi *todo* cuanto he enseñado como rosacrucismo fue creado en mi alma, y apenas un solo pensamiento, tan sólo sugerencias, he tomado prestado de aquellos que, otrora, se llamaron por tal nombre.

Sin embargo, Randolph afirma haber sido, hasta que renunció, «Gran Maestro del único templo de la Orden que existe en el globo».

La doctrina que Randolph esboza en *Eulis!* se concentra sobre todo en el empleo correcto del sexo y sus poderes. El personalmente sostiene haber recibido una iniciación a la magia sexual en Oriente Medio, como describe en *Eulis!*:

Una noche —fue en el lejano Jerusalén o quizá en Belén, ya no lo recuerdo— hice el amor a (y fui a mi vez amado por) una doncella morena de sangre árabe. En esta experiencia aprendí de ella —no directamente, sino por sugestión— el principio fundamental de la Magia Blanca del Amor; posteriormente estuve en tratos con algunos derviches y fakires de quienes —una vez más

³ *Ibid.*

⁴ Paschal Beverly Randolph, *Eulis! The History of Love* (Toledo, Ohio, 1874).

por sugestión— aprendí el camino hacia otros saberes; y de aquellos devotos practicantes de una sencilla pero sublime magia santa obtuve indicaciones adicionales, delgados hilos de sugestión que, seguidos con perseverancia, condujeron mi alma hacia laberintos de conocimiento cuya existencia ellos ni siquiera imaginaban. Me convertí así en la práctica en un místico, lo que ya era por naturaleza, y, con el tiempo, en principal de aquellos sublimes hermanos, recogiendo los indicios dejados por los maestros y siguiéndolos más lejos de lo que se había ido nunca, de hecho llegando a descubrir el ELIXIR DE LA VIDA, el disolvente universal o alkaest celestial: el agua de la belleza y la eterna juventud, la piedra de los filósofos. Y todo ello está contenido en este libro, pero sólo lo encontrarán quienes sepan buscar bien.

Es curioso que Randolph, habiendo descubierto la magia sexual por otros medios, llegara a la conclusión de que ésta era la base auténtica del rosacrucismo. Como ya he indicado, hay indicios de que los primeros rosacruces se interesaban por el sexo como fuerza mágica y lo describían simbólicamente en sus tratados. La sexualidad es un tema notablemente repetido entre los apologistas rosacruces, y Randolph lo considera sin ambages como un elemento fundamental de toda su filosofía:

Siéntome obligado a decir todo esto para sacar del error a la opinión pública con respecto al rosacrucismo, que no es más que una de nuestras puertas exteriores, y que no fue creado por Christian Rosenkreuz, sino meramente revivido y vuelto a sembrar por él en Europa su vuelta de tierras de Oriente a las que, como yo mismo y cientos de personas más, viajó para lograr la iniciación.

El sistema rosacruz es, y jamás fue otra cosa, una puerta al grande e inefable templo de Eulis.

Por Eulis, Randolph entiende su propio sistema de enseñanzas sexuales.

La base de dicho sistema es la extendida creencia hermética de que, en la unión sexual, las secreciones del hombre y la mujer se fusionan y forman una poderosa corriente. Si esta corriente está desequilibrada, como ocurre en el sexo solitario o incompleto, se producen desórdenes. Sus enseñanzas se centran en las conductas cotidianas y en las relaciones conyugales, tratando de conseguir que la corriente fluya adecuadamente. Randolph menciona también

otra secreción, común a ambos sexos, «que sólo se produce en los momentos de más intensa y ardiente pasión amorosa, tanto en el hombre como en la mujer». Ese fluido es «la unión del magnetismo, la electricidad y las emanaciones nerviosas... Cuando está presente en el sagrado rito del matrimonio, entonces reina el Vigor, y el Amor se hunde con profundas raíces en el alma de la criatura que quizá pueda ser concebida». Debe ponerse cuidado, advierte el autor, en que esta poderosa energía no se malgaste.

Una nota al final del libro informa: «La Gran Logia Provisional de Eulis establecida en Tennessee fue disuelta por mí —autoridad creadora, ordenadora y derogadora— el 13 de junio de 1874. Tengo intención de volver a establecer Eulis en forma orgánica antes de decir adiós a este mundo.»

Las enseñanzas de Randolph fueron recogidas posteriormente por una rama del rosacrucismo estadounidense de lo que me ocuparé en breve. Pero, mientras tanto, el rosacrucismo masónico había ganado pie en el Nuevo Mundo. Su evolución, a grandes rasgos, fue la siguiente: la formación de la *Societats Rosicruciana* (Soc. Ros.) en Inglaterra había provocado un cierto interés entre los francmasones norteamericanos, y en 1878 una delegación de masones de Pennsylvania visitó el colegio que la *Soc. Ros.* poseía en York, donde los delegados recibieron el grado de Zelator. Después el grupo visitantes solicitó de la *Soc. Ros.* autorización para crear una «sucursal» norteamericana de la sociedad, pero no recibieron contestación, así que se dirigieron a la *Societas Rosicruciana in Scotia*, de la que había derivado la rama inglesa. Dicha petición fue atendida, y la *Soc. Ros. in Scotia* concedió autorización formal para el establecimiento de un colegio en Filadelfia (para Pennsylvania) en 1879 y otro en la ciudad de Nueva York (para el estado de Nueva York) en 1880.

En abril de 1880 dichos colegios nombraron un *High Council* (Alto Cabildo), con autoridad sobre todo el territorio de los Estados Unidos, que recibió el título de *Societas Rosicruciana Republicae Americae*, siendo Charles E. Meyer, de Pennsylvania, su primer Magus Supremus. Ese mismo año recibieron autorización formal de constitución otros tres colegios: el de Boston (para Massachusetts), el de Baltimore (para Maryland) y el de Burlington (para Vermont). Y a lo largo del medio siglo siguiente fueron recibiendo autorización, a intervalos, muchos otros estados. Entretanto, en

1912, el Alto Cabildo ya había adoptado oficialmente los rituales empleados por las sociedades rosacruces inglesa y escocesa.

Posteriormente, la *Societas Rosicruciana Republicae Americae* se denominó *Societas Rosicruciana in Civitatibus Foederatis* (S.R.I.C.F.), y continúa en activo, aunque a escala comparativamente menor. Como su equivalente inglesa, sólo tienen acceso a ella los Maestros Masones, y no es en realidad una orden, sino más bien una sociedad literaria masónica que, entre otras actividades, publica una revista, *The Rosicrucian Fama*. En 1980 disponía de 17 colegios, con un total de 733 miembros.

La sociedad rosacruz masónica, originaria en los Estados Unidos, procreó también un vástago que, en el transcurso del tiempo, ha renunciado a su vinculación masónica. La historia de dicho grupo es la siguiente: uno de los miembros de la logia bostoniana autorizada en 1880 fue Sylvester C. Gould, editor de una versión americana del *Notes and Queries* y de una publicación periódica, *The Rosicrucian Brotherhood* (La Hermandad Rosacruz), que salió desde 1907 a 1909. En 1908 Gould colaboró con otros rosacruces norteamericanos para poner en marcha una nueva entidad, basada en principios de alcance general y abierta a todos los solicitantes sinceros. El resultado fue la formación de la *Societas Rosicruciana in America*. Gould murió en 1909 y la dirección de la sociedad recayó en el doctor George Winslow Plummer, el cual escribió varios libros, entre ellos *The Art of Rosicrucian Healing y Principles and Practice for Rosicrucians*, firmando con el seudónimo «Khei».

En el manual de la sociedad de 1927, Plummer describe el sistema de grados de la misma, que corresponde a los grados ya conocidos de la orden Gold-und Rosenkreuz, perpetuados por el Amanecer dorado. En esa época, la *Soc. Ros. in America* estaba regida por un Alto Cabildo compuesto por los trece miembros del Noveno Grado, incluyendo al *Imperator*, elegido con carácter vitalicio. En este concejo sólo eran admitidos los Maestros Masones, pero los nueve grados inferiores estaban abiertos a aspirantes no masones de ambos sexos. Sin embargo, en la literatura publicitaria más reciente de la sociedad no se hace mención alguna de la masonería.

La hoja informativa de esta sociedad, dirigida «a todos aquellos que buscan», informa de que se trata de «la organización nortea-

mericana formada por iniciados debidamente cualificados para propagar las doctrinas de la Antigua Sabiduría en el mundo occidental. Esta entidad es también conocida como la *Societas Rosicruciana in America*, y forma parte de la antiquísima y universalmente extendida Hermandad Rosacruz...». La circular sigue diciendo que «la única finalidad de la sociedad es el desarrollo espiritual, moral e intelectual de sus miembros y, de forma indirecta, de la Humanidad entera. Ello se consigue mediante enseñanzas relativas a la Religión, la Ciencia y la Filosofía, particularmente con sus vinculaciones con el Cristianismo Místico y el Hermetismo... Sobre todo, las Enseñanzas de la Sociedad guían al estudiante hacia la consecución de una vida constructiva, regida por el recto pensamiento, el recto proceder y el recto discurso, y le ayudan a identificarse definitivamente con el Principio Constructor de la Naturaleza, estimulándole a obtener el máximo provecho de las oportunidades que nos ofrece el devenir cotidiano de la vida mortal». Otro folleto explicativo advierte que las enseñanzas de la sociedad presuponen el respeto de todas las religiones y la creencia en la reencarnación. El tono de la literatura informativa publicada por esta sociedad es, en general, de una gran sensatez y muy poco sensacionalista. En el momento de escribir esto, la *Soc. Ros. in America* tiene su base en Nueva York y publica una revista mensual, *Mercury*, y libros de contenido rosacruz.

Entre los grupos rosacruces norteamericanos emergentes y sus homólogos europeos tuvieron lugar numerosos contactos y relaciones, y esos intercambios produjeron no pocas supercherías. Citaré como ejemplo el curioso tejemaneje de las llamadas «Cartas Maestras» que Ellic Howe relata en su libro *Urania's Children*. Uno de los personajes involucrados en el asunto fue el astrólogo y ocultista alemán Hugo Vollrath, el cual dirigió la Editora Teosófica en Leipzig en el período entre las dos guerras mundiales. Era un tipo con bastante mala fama, pero no se puede negar que tenía sentido del humor. (Solía llevar un fez puesto cuando estaba en su oficina, porque, según explicaba, «mantiene mi aura en su sitio».) Había sido durante algún tiempo discípulo y secretario de Franz Hartman (1838-1912), un teosofista y prolífico escritor hermético que en sus obras tocaba a menudo temas rosacruces. Utilizando el seudónimo Walter Heilmann, Vollrath se hacía pasar por secretario de una sociedad rosacruz ficticia de Alemania y «recaudaba suscripciones

de gente crédula, mayormente mujeres, que recibían a cambio impresionantes diplomas e “instrucciones esotéricas” en forma de “Cartas Maestras” (...). Tales “Cartas Maestras” rosacruces no las escribía Vollrath, sino que se limitaba a confeccionarlas con ideas y noticias traducidas de las majaderías pseudo-rosacruces que publicaba en California un tal Max Heindel».⁵

Max Heindel (1865-1919) era de origen danés, y, en realidad, se apellidaba Grashof. Después de pasar un tiempo en Alemania, durante el cual asistió en Berlín a las conferencias teosóficas que dio Rudolph Steiner a principios del decenio de 1900, emigró a los Estados Unidos, donde se hizo miembro de la Hermandad Universal, una secta teosófica cismática fundada por Kathleen Tingley. Su paso siguiente fue fundar la asociación Rosicrucian Fellowship (Cofradía Rosacruz), que vendía a sus miembros «cartas de instrucciones rosacruces» cuyo contenido estaba abundantemente basado en las doctrinas de Steiner. Así, las arcanas ideas de Steiner «volvían, por así decirlo, hasta los alemanes a través de la versión alemana de Vollrath de los textos en inglés de Heindel, basados en conferencias pronunciadas originariamente en alemán por Steiner.

Heindel aseguraba que mientras estuvo en Europa en 1907 tuvo como maestro y guía a un ser maravilloso, el cual, como pudo Heindel saber posteriormente, era un representante eminente de la secreta Orden de los Rosacruces. Después de varias entrevistas, durante las cuales el aspirante fue puesto a prueba, el insigne adepto le llevó a un templo de la Rosa Cruz, sito junto a la frontera que separaba Alemania de Bohemia, y allí pasó cosa de un mes recibiendo instrucción personal de los hermanos. Estas enseñanzas fueron luego plasmadas por él en su libro *The Rosicrucian Cosmo-Conception* (La cosmovisión rosacruz), publicado por primera vez en 1909 por la Rosicrucian Fellowship. Heindel era también astrólogo, y el libro refleja copiosamente las inclinaciones astrológicas del autor. Veamos un fragmento característico: «Como todas las demás órdenes del misterio, la Orden de los Rosacruces se halla formada sobre líneas cósmicas; si tomamos esferas de igual tamaño y tratamos de averiguar cuántas serán precisas para ocultar una de ellas de la vista, llegaremos a la conclusión de que se necesitan 12

⁵ Ellic Howe, *Urania's Children* (Londres, 1967), cap. 6.

para disimular una decimotercera. La última división de la materia física, el auténtico átomo, que se encuentra en el espacio interplanetario, se agrupa asimismo en doce alrededor de uno; los doce signos del Zodíaco que circundan nuestro sistema solar, los doce semitonos de la escala musical que constituyen una octava, los doce apóstoles que acompañaban a Cristo, etc., son otros tantos ejemplos de la fórmula 12 y 1. De forma análoga, la Orden Rosacruz está compuesta por 12 Hermanos más un 13.⁶»

Siete de esos trece hermanos, sigue explicando Heindel, salen al mundo y se dedican a hacer buenas obras. Los otros cinco no abandonan nunca el templo, y, aunque poseen organismos humanos normales, toda su labor la realizan «desde los mundos interiores». El misterioso número 13, que es el superior de la orden, actúa como enlace con el aún más arcano «Consejo Central Supremo, compuesto por Jerofantes de los Grandes Misterios, que no tratan nunca con los seres humanos comunes, sólo con los ya iniciados en los Misterios menores». Reunidos alrededor de los Hermanos de la Rosa-Cruz —sigue diciendo Heindel— hay un número indeterminado de «hermanos laicos», personas que viven en distintas partes del mundo occidental, pero que pueden salir a voluntad de sus cuerpos mortales y asistir a las ceremonias nocturnas en el templo donde el decimotercer hermano oficia de forma invisible.

La Rosicrucian Fellowship, según el libro de Heindel, está abierta a todo el mundo, exceptuando «a los hipnotizadores, médiums profesionales, clarividentes, palmistas y astrólogos».

Después de terminar el Curso Preliminar, el aspirante es incluido en la lista de Estudiantes Aceptados durante un período de dos años, transcurridos los cuales, si se ha imbuido de la verdad de las enseñanzas rosacruces hasta el punto de estar dispuesto a cortar su vinculación con todas las otras órdenes ocultas o religiosas —exceptuadas las Iglesias Cristianas y las órdenes fraternales—, podrá dicho aspirante asumir la Obligación que le eleva al grado de Novicio.

El grupo de Heindel es actualmente una más de las varias organizaciones activas que existen en los Estados Unidos bajo la denominación de «rosacruces». Otra es la *Fraternitatis Rosae Crucis*, cuya ascendencia se remonta al mismo P. B. Randolph, aunque su motor y guía principal fue R. Swinburne Clymer. Pero el más

influyente de los grupos rosacruces norteamericanos es la Ancient and Mystical Order Rosae Crucis (Antigua y Mística Orden de la Rosa Cruz), normalmente conocida por las siglas AMORC, que fue fundada por H. Spencer Lewis (1883-1939). Entre estos tres grupos ha habido siempre una gran hostilidad, que llegó a su punto máximo en la disputa que protagonizaron Clymer y la AMORC.

El eslabón entre Clymer y P. B. Randolph fue Freeman B. Dowd, autor de *The Temple of the Rosy Cross*, el cual había recibido la dirección de la *Fraternitatis Rosae Crucis* a la muerte de Randolph. Clymer asumió el liderazgo de la orden a principios de los años 20, y su versión del rosacrucismo quedó establecida en *The Book of Rosicruciae*. Gran parte del mismo es terriblemente inexacta y producto de la fantasía, pero también hay en él planteamientos sensatos, como cuando dice: «La leyenda de Christian Rosenkreuz (a quien nosotros no consideramos una persona históricamente real a pesar de cuanto han escrito y dicho numerosas personas no familiarizadas con los hechos) simboliza la representación de una "totalidad colectiva", la culminación de una asociación de hombres con ideas y puntos de vista afines...» Hace una distinción entre «Rose Cross» (Rosa Cruz) y un «Rosicrucian» (rosacruz). La primera acepción «se aplica sólo en relación con una cierta forma tradicional, la del *esoterismo* cristiano o, se podría quizá decir con mayor precisión, la del hermetismo cristiano». Ser Rosa Cruz, sostiene Clymer, es más una cuestión de logros espirituales que formar parte de una orden como miembro, aunque personas con derecho a la denominación de Rosa Cruz han inspirado ciertas asociaciones que por esa misma razón han pasado a llamarse «rosacruces».

El mayor rival de Clymer fue H. Spencer Lewis. Según el *Rosicrucian Manual* (Manual rosacruz) de la AMORC, Lewis obtuvo inicialmente su autoridad rosacruz de la forma siguiente:

Tras muchos años de ininterrumpida investigación científica y psíquica (...) tomó un primer contacto con la labor de los rosacruces al conseguir copias de los manuscritos secretos de los primeros rosacruces norteamericanos, que en 1694 establecieron su cuartel general cerca de Filadelfia. Fue la Sra. May Banks-Stacey, descendiente de Oliver Cromwell y de los D'Arcy de Francia y miembro de la rama inglesa que patrocinó el primer movimiento

en Estados Unidos, quien puso en manos del Sr. Lewis tan preciados documentos, pues así le había sido indicado por el último de los primitivos rosacruces norteamericanos, junto con la Joya y la Llave de la autoridad recibidas por ella del Gran Maestro de la Orden en la India, mientras estuvo trabajando como oficial de la obra en aquel país.

Durante años se mantuvo correspondencia con distintos representantes de jurisdicciones extranjeras, hasta que —mediante una adecuada investigación— se pudieron establecer los merecimientos del Doctor Lewis para hacerse pleno cargo de los documentos y avíos entonces en su poder. Finalmente, en 1909, se le dio orden de presentarse ante ciertas altas autoridades de Francia. Visitó Toulouse, antiguo centro del cónclave rosacruz internacional, y volvió de dicho país investido de aún mayor autoridad.⁶

Lewis siempre le concedió una enorme importancia a los vínculos que le unían a las supuestas autoridades rosacruces europeas que estaban en contacto con él. Otro grupo europeo con el que tenía relaciones era la *Ordo Templi Orientis* (OTO), de la cual era miembro Franz Hartmann. La OTO fue fundada en 1906 por un pintoresco ocultista, masón a ratos y aventurero alemán llamado Theodor Reuss (1855-1924), el cual otorgó a Lewis en 1921 una carta de autorización oficial de su orden. Tras una serie de falsos comienzos, la AMORC de este último se estableció adecuadamente en Florida, trasladándose posteriormente a California, donde empezó a recoger la adhesión de sus muchos partidarios y donde está instalado desde entonces su cuartel general.

Sus seguidores atribuyen a H. Spencer Lewis diversos poderes milagrosos, entre ellos el de la transmutación. Una demostración de esto tuvo lugar en Nueva York el 22 de junio de 1916. Wittemans, en su libro *A new and Authentic History of the Rosicrucians*, nos ofrece el siguiente relato de los hechos:

Quince de los veintisiete miembros habían recibido del Imperator una tarjeta en la que constaban los ingredientes y utensilios que debían traer para la operación. Prometieron guardar total secreto sobre los nombres consignados en las tarjetas y no reunir

⁶ AMORC, *Rosicrucian Manual* (San José, California, 11.ª edición, 1948), pág. 130.

las quince partes de la fórmula hasta pasados tres años de la muerte del Imperator. Tras las oraciones y una conferencia de este último sobre las leyes de la materia (...) se colocó un trozo de cinc en un pequeño recipiente de porcelana que reposaba sobre el fuego de un crisol; los diversos ingredientes, entre ellos los pétalos de una rosa, fueron presentados a continuación por quince hermanos y hermanas (...) al Imperator, que los fue depositando uno tras otro en el recipiente. Pasados los dieciséis minutos requeridos, durante los cuales el artífice del proceso concentró un poder mental poco conocido, el fragmento de cinc se trasformó en oro, resultado que se determinó químicamente.⁷

Poco tiempo después de que la organización de Lewis se trasladara a California y comenzase a prosperar a gran escala, el propio Lewis se convirtió en blanco de ataques procedentes de una serie de flancos, entre ellos un ex-miembro de la AMORC llamado George L. Smith. Al final Lewis presentó querrela por libelo contra Smith, con el resultado de que éste fue conminado por el tribunal a cesar toda actividad de propaganda contra la AMORC, pero los ataques continuaron por parte de Clymer y de un miembro desafecto de la asociación, un tal Alfred H. Saunders, que algunos años antes había sido separado del cargo de editor de la revista de la AMORC.

Finalmente la AMORC se sintió impelida a contraatacar en forma de un panfleto publicado en 1935, con el título *Audi Alteram Partem* (Oigan a la otra parte), que figura ser un informe realizado por un «Comité de Defensa del Asociacionismo Nacional» que aparentemente había examinado las acusaciones vertidas por Clymer y las había encontrado falsas. El informe describe al propio Clymer como «un impresor alemán u holandés que descubrió hace años que resultaba más provechoso pasar todo el tiempo frente a la caja de tipografía que en una granja (...), especialmente cuando ello le permite sostener y promocionar algunos de los conceptos más raros que la mente humana haya alumbrado jamás». La descripción también menciona «la pasión de Clymer por los títulos y

⁷ Frans Wittemans, *A New and Authentic History of the Rosicrucians* (traducción inglesa, Londres, Rider, 1938), cap. 15.

los cargos —inventados y otorgados por él mismo— de «eminente autoridad».⁸

Las represalias de Clymer no se hicieron esperar. Afirmó que el derecho que tenía Lewis al título de «doctor» era, como mínimo, altamente sospechoso, que Lewis había comprado dicho título a una institución denominada India Academy of Sciences, «una fábrica de diplomas tristemente célebre que se especializa en falsos títulos honoríficos de altos estudios».⁹ Esta andanada de Clymer apareció en el inmenso volumen segundo de su tratado *The Rosicrucian Fraternity in America*, cuyas 959 páginas están casi exclusivamente dedicadas a atacar a Lewis y a la AMORC.

Ha sido siempre un rasgo característico de las organizaciones rosacruces el enorme esfuerzo que han realizado para tratar de probar su autoridad y evitar que los rivales se adjudicasen el derecho a enarbolar la enseña rosacruz. Según lo que cuenta Clymer en la obra antes mencionada, Lewis pretendió al principio haber recibido su autoridad de los rosacruces franceses, pero después pensó que sería deseable conseguir un linaje alemán, así que hacia 1930 se alió con un ocultista alemán llamado Heinrich Tränker (1880-1956), el cual se había autodenominado sucesor de Theodor Reuss (fallecido en 1924) en la dirección de la *Ordo Templi Orientis* (O.T.O.). Tränker se hacía llamar «Reknartus», y había formado un grupo denominado *Societas Pansophia*. Lewis y Tränker instalaron después en Berlín el llamado Cuartel General Internacional del Concejo Supremo de AMORC, y Lewis empezó a publicar manifestaciones de sus relaciones con los rosacruces alemanes. Parte de su plan consistió en publicar una *Nueva Fama* que se proclamaba procedente de la verdadera autoridad rosacruz y afirmaba: «Hasta hace poco, la ANTIGUA ORDEN MISTICA DE LA ROSA CRUZ (AMORC), siguiendo venerables tradiciones, había trabajado con mayor o menor secreto durante siglos para mejorar los destinos de la humanidad (...). Pero en estos últimos años los Adeptos se han sentido inclinados a trabajar de forma más abierta y visible.»¹⁰

⁸ *Op. cit.*, pág. 10.

⁹ R. Swinburne Clymer, *The Rosicrucian Fraternity in America* (volumen II, Quakertown, Pennsylvania, sin fecha), pág. 408.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 375.

Es evidente que Lewis y sus socios hallaban cierta dificultad en mantener la credibilidad de esta vinculación con Alemania, y a principios de 1933 —sigue contando Clymer— «ya habían abandonado toda esperanza de convencer a sus crédulos miembros e incluso al público más papanatas de que en realidad existía un Concejo Supremo Internacional. Consecuentemente empezaron a urdir planes para la creación del Concejo Internacional de la FUDOSI y el Congreso de Bruselas de 1934».¹¹ Las siglas FUDOSI significaban *Federatio Universalis Dirigesn Ordines Societatesque Initiationis*, un organismo que afirmaba representar a todas las organizaciones rosacruces «genuinas» y que reconoció oficialmente a la AMORC como el único movimiento rosacruz legítimo de las dos Américas. El aliado de Lewis en este astuto proyecto era un abogado belga llamado Jean Mallinger, promotor de ritos masónicos poco fiables, entre ellos una versión semi-masónica de la Orden de Memphis y Mizraim que despertó las iras de Chevillon, jefe de la sección francesa de dicha orden.

Tanto Lewis como Clymer intentaron en diversas ocasiones instaurar una autoridad «europea»: Lewis con su FUDOSI y Clymer con su *Federation Universelle des Ordres, Sociétés et Fraternités des Initiés* (nótese la similitud en la denominación de ambos proyectos), que en 1939, según Clymer, celebró una asamblea en el Hotel George V de París en la que éste fue nombrado miembro honorario de la Rosa Cruz Cabalística y Gnóstica. Y, en su *Book of Rosicruciae*, Clymer cuenta que un tiempo después inició una serie de recorridos por otros países, a lo largo de los cuales fue recogiendo la adhesión de los más preclaros representantes de la tradición rosacruz de todo el mundo.

Uno de los elementos de discordia más virulentos entre Lewis y Clymer era la magia sexual: cada uno de ellos acusando al otro de enseñar prácticas sexuales pervertidas y funestas. Clymer admite que «el misterio del sexo es el principio oculto y mal comprendido que subyace en toda la naturaleza» y que «la Fundación Randolph de la verdadera Hermandad Rosacruz enseña ciertamente la excelsa ley de la generación y la regeneración: las doctrinas sexuales de la Hermandad Blanca». Todo ello, subraya Clymer, constituye una

¹¹ *Ibid.*, págs. 383, 384.

forma sana de doctrina sexual. Pero luego monta en cólera al describir lo que él denomina «las enseñanzas de Sexo y Magia Negra de Crowley y la OTO en versión modernizada».¹²

Lo cierto es que Lewis poseía una autorización formal para representar a la *Ordo Templi Orientis*, pero era la que había recibido directamente de Theodor Reuss, a la sazón dignatario supremo de la OTO en Alemania. En 1912, Reuss había otorgado una carta oficial de representación a Crowley para que pusiera en marcha la OTO en Gran Bretaña. La AMORC declaró que la auténtica OTO no tenía nada que ver con la magia negra, y, en el ya mencionado *Audi Alteram Partem*, hizo cuanto le fue posible para denegar toda relación con Crowley. De hecho, uno de los escasísimos puntos de concordia entre Clymer y Lewis parece haber sido acusar a Crowley de nigromante. Clymer, como la mayoría de los detractores de Crowley, malinterpreta totalmente las enseñanzas de éste, a las que denomina «su tristemente célebre fórmula de Magia Negra y Sexo: El Amor es la Ley, el Amor sometido a la Voluntad». La AMORC no era menos hostil a Crowley, pero tal antagonismo no les impidió utilizar una fórmula muy semejante a la de Crowley: «Haz lo que desees es la suma de la ley.» En una de las «conferencias en el templo» de la AMORC aparece el siguiente pasaje:

Esto me lleva a un punto en el que puedo comentar, con toda confianza y seguridad, una de las antiguas leyes rosacruces que hemos evitado tratar en todos los grados inferiores, debido a que es muy susceptible de ser mal interpretada. Dicha ley reza: «Haz lo que desees es la suma de la ley; el amor es la ley, el amor sometido a la voluntad.» La primera parte de esta ley es la más significativa (...). La clave de la ley en su totalidad reside en la palabra «voluntad». Hacer las cosas que desees hacer significa hacer aquello que hayas meditado, examinado, analizado y finalmente decidido, en el entendimiento de que asumirás toda la responsabilidad de tu acción y soportarás el Karma que de la misma resulte.¹³

¹² *Ibid.*, pág. 563.

¹³ *Ibid.*, pág. 638.

Integradas en su perspectiva de conjunto, estas consideraciones resultan inofensivas, pero si se saca la primera parte del contexto, puede fácilmente malentenderse como una invitación al libertinaje sexual. En cuanto a la OTO, se sabe de cierto que utilizaba el símbolo de la Rosa Cruz y que tenía dentro de su estructura organizativa un grado denominado «Rosacruz Esotérico». También practicaba la magia sexual, pero de forma responsable y con fines serios.

Desgraciadamente, en las escaramuzas «ideológicas» entre Clymer y Lewis no se tocaron nunca temas de auténtica enjundia, de suerte que sus afirmaciones pocas veces pasaron de ser un puro tiroteo verborreico e injurioso. En las páginas finales de *Audi Alteram Partem*, Lewis publicó una carta abierta a Clymer, desafiándole a enfrentarse con él en debate público. Reproduzco parte de dicha carta:

Estimado Sr. Clymer:

Puesto que ha declarado Vd. abiertamente sentirse deseoso de presentar a cuantos estuvieran interesados la evidencia que asegura poseer, y que desautorizaría todas las afirmaciones de la AMORC, vamos una vez más —y será la última— a intentar comprobar la sinceridad de sus cacareadas pretensiones desafiándole a un debate abierto y público en el que pueda presentar por fin sus pruebas.

En otro lugar de la carta, Lewis se ofrecía a «costear el alquiler de cualquier sala que Vd. elija de cualquier ciudad del Medio Oeste con más de cien mil habitantes (...) y correr con los gastos de su traslado a dicha ciudad».

Es lástima que este debate no se celebrara, porque no cabe duda de que hubiera constituido una espectacular sesión de fuegos de artificio. Pero Clymer declinó la invitación de Lewis y solicitó a su vez que éste pusiera a su disposición todos los documentos que poseía, para someterlos a una investigación, a lo que Lewis no estaba dispuesto, y es comprensible, pues algunos de ellos le habrían resultado un tanto... difíciles de explicar, para decirlo suavemente. Total, que estos dos caballeros continuaron disputándose el derecho a utilizar la denominación «rosacruz», y finalmente Clymer logró obtener del Estado de Pennsylvania la autorización para inscribir a su grupo con la razón social «rosacruz». Toda esta que-

rella nos trae ecos de la batalla entre Péladan De Guaita. *Plus ça change...*

En nuestros días, la AMORC es una inmensa organización que tiene miembros en todo el mundo. Su cuartel general, sito en Rosicrucian Park, San José (California), ocupa una manzana entera de la ciudad, y consta de una serie de impresionantes edificios repletos de pórticos egipcios, cúpulas y estatuas de esfinges. Disponen de un museo egiptológico, laboratorios científicos, salas de conferencias y un templo. Las personas interesadas por la orden reciben inicialmente un folleto editado a todo lujo, titulado *Mastery of Life* (El dominio de la vida), en el que se invita al lector a desarrollar sus poderes ocultos mediante un curso de estudios rosacruces, con temas como: «Cuidados del cuerpo, Intuición y Juicio, Utilización de los Poderes Mentales a voluntad, los Misterios del Tiempo y el Espacio, los Cinco Sentidos del Hombre, la Conciencia Humana, Aprovechamiento de las Fuerzas Internas, Estudios sobre la Naturaleza del Alma o Leyes y Principios Místicos.»

Hay que admitir que la AMORC ha tenido un éxito enorme, debido en gran medida a sus excelentes técnicas de comercialización, y que debe haber hecho conocer el ocultismo y el misticismo a muchas personas que de otra forma quizá nunca se habrían interesado por estas cuestiones. Su influencia es visible en numerosas organizaciones que o son vástagos suyos o forman parte de la misma corriente, como Scientology (Cienciología), la Orden Maya o Astara and Silva Mind Control (Control Mental Astara y Silva). Como escribe Robert Ellwood en su libro *Religious and Spiritual Groups in Modern America*: «La similitud con la francmasonería en cuanto a estructura, rituales y parte de la terminología ha facilitado, qué duda cabe, su aceptación en los Estados Unidos, donde la masonería se considera “de buen tono”. Es además incuestionable que la insistencia por parte de la AMORC en que no es una religión ha impulsado a mucha gente reacia a abandonar su iglesia tradicional a aceptar las doctrinas de la orden... y su tradición alternativa de la realidad. Puede afirmarse por todo ello que la AMORC ha jugado un papel muy especial en la conformación de la moderna cultura norteamericana.»¹⁴

¹⁴ Robert S. Ellwood, *Religious and Spiritual Groups in Modern America* (Englewood Cliffs, New Jersey, 1973), pág. 112.

También siguen en activo, aunque de forma menos espectacular, los grupos rosacruces de Clymer y Heindel. Tras la muerte de Clymer, se encargó de la organización su hijo, Emerson M. Clymer, que en el momento de redactar estas líneas es aún su director. Según uno de mis informantes, que fue miembro entusiasta del grupo, las enseñanzas más profundas están estrictamente reservadas a los miembros plenamente cualificados. El cuartel general tiene su sede en Beverly Hall, un complejo que se encuentra en una pacífica y bonita comarca agrícola cercana a Quakertown (Pennsylvania). Las instalaciones disponen de un instituto quiropráctico y de una clínica especializada en tratamientos naturales.

La Rosicrucian Fellowship de Heindel tiene su cuartel general en Oceanside (California), entre Los Angeles y San Diego. Cuenta con residencias para visitantes, y hay que mencionar su impresionante templo dodecagonal, con una vista magnífica de toda la región circundante. Sus doce lados, correspondientes a los signos del Zodíaco, reflejan el énfasis astrológico de la Rosicrucian Fellowship. Dispone además de un servicio de publicaciones que edita los numerosos libros que Heindel ha escrito sobre astrología, rosacrucismo y otros temas similares. Al contrario que la AMORC, este grupo deja claro su carácter religioso. Como explica Ellwood: «Las pocas iglesias existentes de la Rosicrucian Fellowship conservan algo del ya anticuado espíritu protestante. Sobre el altar cuelgan unas cortinas que sólo se descorren cuando empieza algún servicio religioso, dejando ver una cruz cubierta de rosas. Los actos de culto incluyen los tradicionales himnos y lectura de las escrituras, pero los rezos corresponden más al estilo "New Thought" (Nuevo Pensamiento), es decir, dan más importancia a la creación de "buenas vibraciones" que a la solicitud de intercesión divina. Generalmente no hay un párroco oficiante: los propios miembros dirigen el acto ellos mismos. A veces programan la visita de un conferenciante de Oceanside. Parece que actualmente el grupo está captando menos jóvenes que en otros tiempos.»¹⁵

Con respecto a otros países, puede afirmarse que el rosacrucismo conoce hoy día una propagación muy amplia. La AMORC tiene miembros en todo el mundo, con delegaciones en la mayoría

¹⁵ *Ibid.*, págs. 111, 112.

de los países, exceptuando el bloque comunista, e incluso puede que en los países de detrás del Telón de Acero haya logias rosacruces secretas, como las hubo durante el Tercer Reich a pesar de las persecuciones. Además de la AMORC, existen muchos otros grupos rosacruces en activo repartidos por todo el mundo.

Uno de los grupos europeos más dinámico e interesante es el *Lectorium Rosacrucianum* de Haarlem (Holanda), que se formó en 1924 y tiene sedes en Gran Bretaña, Austria, Bélgica, Francia, Alemania, Suecia, Suiza, Estados Unidos, Brasil, Australia y Nueva Zelanda. He aquí unos párrafos de su «Declaración»:

La comunidad religiosa del *Lectorium Rosicrucianum* tiene como objetivos la restauración y revitalización del *triple templo de Dios* originario, que existió en la prehistoria de la Humanidad y se manifestó a todo el género humano, con el fin de servirle.

Este templo triple aportó a la Humanidad la *Religión* originaria, sacerdotal y real, la *Ciencia* originaria y el *Arte de la Construcción* originaria (...).

El *lectorium Rosacrucianum* (...) aporta a la Humanidad, *ante todo*, una comunidad de almas anhelantes que desean orientarse hacia la Doctrina Universal originaria (...).

Tras esta comunidad de primera fila viene, en *segundo lugar*, la Escuela de los Misterios del *Lectorium Rosicrucianum*, en la que son aceptados todos aquellos que hayan tomado la decisión de recorrer en verdad la senda de liberación de la rueda del nacer y morir (...).

En *tercer lugar*, tras la Escuela de los Misterios, está la Comunidad de los Grados Internos, la Cadena Universal de todas las Hermandades Gnósticas precedentes, que acepta a cuantos son peregrinos en busca de una vida liberadora, y les da la bienvenida al reino de la inmortalidad y la resurrección (...).

El *Lectorium rosicrucianum* tiene su propia sección de publicaciones, que edita una amplia gama de libros (de notable calidad técnica) sobre temas rosacruces, tanto en holandés como en inglés. Saca también una revista trimestral, *The Topstone*.

Merece la pena mencionar asimismo la orden rosacruz fundada por Annie Besant en 1912 como ramificación de su movimiento Mixed Freemasonry (Francmasonería Mixta): la Orden del Templo de la Rosa Cruz. Esta primera organización se vino abajo en 1918,

pero uno de los discípulos de la Sra. Besant se asoció posteriormente con un individuo que se hacía llamar «Aurelius», y crearon un nuevo grupo al que denominaron Corona Fellowship of Rosicrucians (Cofradía Corona de Rosacruces) y que regentó un «teatro rosacruz» en Christchurch (Hampshire). Gerald Gardner se hizo miembro de esta sociedad durante la Segunda Guerra Mundial, y su influencia le llevó a la práctica de la brujería, con la que se haría famoso.¹⁶

Aparte de las diversas organizaciones que utilizan el término «rosacruz» para identificarse o afirman tener antepasados rosacruces, hay muchas otras personas que han recibido el influjo —aunque de forma menos evidente— de la mitología, gente que se ha sentido inspirada por los ideales rosacruces y por la idea de una hermandad altruista secreta.

Un representante de este tipo de personas sería Rudolf Steiner (1861-1925), fundador de la antroposofía, doctrina que él veía como consecuencia de los planteamientos básicos rosacruces. Sus conferencias y escritos están plagados de referencias al rosacrucismo y a Christian Rosenkreuz, a quien Steiner consideraba un adepto real con poderes para reaparecer en otras varias reencarnaciones, por ejemplo, la de conde de Saint Germain, que habría venido para advertir a la dama de honor de María Antonieta que la Revolución estaba en puertas. En una de sus conferencias, Steiner dijo: «A través de nuestra corriente es posible penetrar en el auténtico rosacrucismo, pero nuestra opción no debe denominarse “rosacrucismo”, ya que nuestro movimiento abarca un campo mucho más amplio que el de los rosacruces, es decir, comprende todo el conjunto de la antroposofía.»¹⁷

Otro ejemplo de persona inspirada por el rosacrucismo sería John Hargrave, un idealista dotado de numerosas cualidades que en el período entre guerras dirigió una organización denominada The Kindred of the Kibbo Kift (Los Análogos de Kibbo Kift). Este grupo empezó siendo una versión más del movimiento «boy-scout», y recomendaba a sus miembros la práctica de acampadas y otras actividades al aire libre para restablecer el contacto con la natura-

¹⁶ Los detalles pueden consultarse en *Gerald Gardner: Witch*, de J. L. Bracelin (Londres, Octagon Press, 1960).

¹⁷ Paul M. Allen, *A Christian Rosenkreutz Antology*, pág. 455.

leza y contrarrestar las perniciosas influencias de la era mecánica. Luego evolucionó hasta convertirse en un movimiento de carácter político, «The Green Shirts» (Los camisas verdes), partidarios de reformas económicas que planteaban la creación de créditos sociales, pero el grupo se deshizo tras la prohibición de uniformes decretada en la época de Mosley.* No era un movimiento fascista, se basaba más bien en una combinación de socialismo reformista tipo Ruskin-Morris y nacionalismo romántico parecido al nacionalismo alemán de los primeros rosacruces. El propio Hargrave lo describe de forma conmovedora en su libro *The Confession of the Kibbo Kift* (1927):

Así, en Inglaterra, The Kindred ha hundido sus raíces en un terreno cultural que muestra claramente estratos de anglosajones, vikingos, celtas e incluso de los neolíticos constructores de túmulos y dólmenes y del antiguo camino en línea recta. En estas tradiciones encuentra algo necesario, algo limpio, luminoso y auténtico, algo que ya percibió Rudyard Kipling en su *Puck of Pook's Hill*.

En este mismo libro, Hargrave cita el comentario de Robert Burton en *The Anatomy of Melancholy*: «En nuestra época tenemos necesidad de algún excelso visitante que reforme lo que está descompuesto: un ejército de rosacruces ecuanímes, pues ellos enderezarán todos los asuntos (dicen), religión, política, modales, artes, ciencias, etc.» Después de describir el nacimiento de la leyenda rosacruz, Hargrave pasa a afirmar que «en nuestros días estamos no menos necesitados de “algún excelso visitante”, “un ecuaníme ejército de miembros de la Rosa Cruz”, un grupo de “jesuitas honrados” que reformen lo que está torcido.»

En el pensamiento de Hargrave también tiene su lugar la idea de la iniciación. Por ejemplo, en su novela *Young Winkle* —por cierto, muy entretenida y original— cuenta cómo un venerable anciano llamado doctor Teshoon Lammas toma bajo su protección a un golfillo, Winkle, y le educa de acuerdo con su filosofía, convirtiéndole en una persona madura y cabal. El doctor Lammas es miembro de una hermandad internacional denominada «The

* Mosley, Sir Oswald. Político inglés que en 1931 fundó un movimiento fascista en Inglaterra. (N. del T.)

Game» (El Juego), cuyos objetivos son similares a los del Kibbo Kift (incluso llevan el mismo símbolo): está dedicada al perfeccionamiento del mundo mediante una combinación de reformas económicas, estudios de alto alcance y una filosofía tipo *mens sana in corpore sano*. Luego, el joven Winkle, superadas una serie de pruebas de su valía, es finalmente admitido en esta sociedad tras una ceremonia de iniciación impresionante que recuerda a algunas de las que hemos mencionado anteriormente.

Lammas es un personaje similar al del adepto rosacruz que tan a menudo hemos encontrado en la literatura, pero no es menos cierto que tales «iniciadores» rosacruces existen en la vida real: maestros privados que transmiten su conocimiento a un único discípulo, quien a su vez lo pasará a otro sucesor a su debido tiempo. Un amigo me informa de que recientemente conoció a dos de estos rosacruces independientes, uno danés y el otro noruego. Le llamó mucho la atención la similitud de sus planteamientos, puesto que no se conocían entre sí. En ambos casos, sus rosacrucismo se basaba fundamentalmente en el pensamiento cristiano, con un especial énfasis en la devoción a la Virgen María.

Así que en nuestros días no sólo existe un «ecuaníme ejército de miembros de la Rosa Cruz», sino numerosos grupos e individuos aislados que, aunque aún no han logrado realizar la tan esperada reforma, siguen trabajando por conseguirlo. Hemos visto que a veces difieren en sus actitudes y creencias, pero todos ellos se consideran portadores de la bandera que una vez enarbolara Christian Rosenkreuz.

13

CONCLUSION

Al analizar el fenómeno cuya historia he esbozado en este libro, lo primero que llama la atención es que resulta curiosamente difícil de clasificar. No es una religión, ya que sus seguidores lo han practicado paralelamente al cristianismo y a otras creencias religiosas, considerándolo un complemento más que un sustituto. No es un culto, ya que un culto implica la presencia de elementos efímeros y demasiado específicos. Y tampoco es una filosofía: resulta demasiado nebuloso y escurridizo para adjudicarle tal etiqueta. Otro rasgo especial que lo hace destacar es, como ya apunté en la introducción, la manera súbita en que nació: de la aparición repentina de una mitología creada *ex profeso*.

El movimiento al que más se parecería es quizá la francmasonería, con la que —como ya hemos visto— guarda ciertas relaciones, aunque el verdadero alcance de las mismas sigue siendo un misterio. Sabemos que ciertas características rosacruces se incorporaron a la francmasonería en el siglo XVIII y que continúa habiendo vinculaciones, concretamente en la Masonería de la Rosa Cruz (Rose Croix Masonry, véase Apéndice) y en la *Societas Rosicruciana* (véase Cap. 10), pero, puede que la conexión se estableciera mucho más atrás, y que fuera precisamente un elemento catalizador rosacruz el que ocasionó la transformación de la masonería operativa en especulativa. Esperemos que nuevas investigaciones arrojen un poco más de luz sobre esta cuestión.

Si reducimos el rosacrucismo a sus componentes básicos, nos encontramos con poco más que un nombre, un símbolo, una leyenda, ciertas asociaciones ocultas y una ideología de tipo gnóstico: y,

sin embargo, este curioso organismo ha logrado sobrevivir y prosperar a lo largo de más de tres siglos. ¿Cómo se explica esto?

Una respuesta plausible sería que la misma imprecisión de sus contornos ha facilitado su perpetuación: ha cambiado a menudo de color y forma para adaptarse al medio ambiente, permaneciendo identificable al mismo tiempo. Claro que también ha sido utilizado por numerosos adeptos espúreos para aventurar las más peregrinas afirmaciones sin peligro de quedar en entredicho, puesto que no habido nunca nadie con la capacidad «oficial» de definir el auténtico rosacrucismo. Y no le han faltado jamás discípulos: los seres humanos disfrutaban con los misterios, y la Rosa Cruz es el misterio *par excellence*.

Después de rastrear la trayectoria histórica del movimiento rosacruz en sus numerosas manifestaciones hasta nuestros días, lo lógico es preguntarse qué lección puede sacarse de todo ello. Lo primero que nos enseña es que una idea nebulosa puede convertirse en algo poderoso si se rodea de enigmas y al mismo tiempo se presenta con la forma de un simbolismo sencillo pero sugerente. También nos hace ver que un concepto de esta naturaleza puede conducir tanto a oscuros callejones sin salida como a anchas avenidas de esclarecimiento: el movimiento ha conocido no pocos personajes siniestros, pero también ha sido inspiración para muchas personas auténticamente deseosas de hacer realidad un «Nuevo Amanecer». Y qué duda cabe de su efecto enriquecedor en el ámbito del arte o de la literatura. Considerando, en fin, los pros y los contras, se puede afirmar que el mundo habría sido menos interesante sin su aportación.

En cuanto a los falsos adeptos que se han autoadjudicado el título de rosacruces, hay que recordar que no siempre es fácil distinguir entre el auténtico sabio y el impostor; de hecho, suele suceder que una persona tenga algo de cada al mismo tiempo. Este axioma queda muy bien ilustrado en algunas de las novelas y relatos de género oculto escritos por el autor alemán Gustav Meyrink (1868-1932), cuyo interés por lo esotérico iba más allá de lo meramente académico. (Era miembro de la logia oculta de la Estrella Azul de Praga, que se afilió a un grupo formado en torno a cierto anciano tejedor que supuestamente había recibido la iniciación rosacruz.) En un relato corto titulado *Meister Leonhard* (publicado en 1916), Meyrink pinta a un curandero y «obrador de milagros»

llamado Schrepfer. Puede que no sea pura coincidencia que Meyrink le adjudicara el nombre del ambiguo propagandista masónico del siglo XVIII que mencionamos en el capítulo 8. Sea como sea, el personaje que Meyrink describe es un individuo extrañamente contradictorio:

El doctor Schrepfer comía fuego, tragaba sables, convertía el agua en vino, se atravesaba las mejillas y la lengua con dagas sin derramar sangre, curaba a los poseídos, invocaba a los espíritus y hechizaba a hombres y bestias.

Leonhard se daba cuenta día tras día de que aquel hombre era un farsante que no sabía leer ni escribir, y, sin embargo, obraba prodigios (...).

Todo cuanto decía y hacía aquel embaucador tenía un doble aspecto: estafaba a la gente y al mismo tiempo les ayudaba; mentía pero sus frases ocultaban la más excelsa verdad; decía la verdad y en ella se insinuaba sardónica la falsedad. Fantaseaba sin tino y sus palabras se hacían realidad.

En esta descripción, Meyrink plasma el hecho paradójico de que el conocimiento oculto se transmite a menudo por canales aparentemente vergonzosos. Un hombre puede ser al mismo tiempo un charlatán impresentable y una fuente de la más excelsa sabiduría; de hecho, es raro encontrar a un gran maestro místico de los tiempos recientes que no tenga también algo de «showman» o de liante. (Esto se puede aplicar a personajes tan cercanos en el tiempo como Lévi, Crowley y Gurdjieff.) Y en ninguna parte resulta esta verdad tan palpable como en la historia del movimiento rosacruz.

Creo, en definitiva, que la forma más fructífera de contemplar el rosacrucismo es no como una doctrina o autoridad específicas, transmitidas a lo largo de una serie sucesiva de grupos, sino como la manera que algunos individuos han elegido para expresar un anhelo interior. Cada «buscador de la verdad» debe acogerse a la simbología que mejor concuerde con su exploración personal. El ciclo del Grial sería un ejemplo de tal simbología, y el rosacrucismo otro. De cuando en cuando, personas que se han sentido atraídas hacia esos simbolismos se han reunido con un carácter más o menos riguroso de formalización de sus intereses, pero la búsqueda pro-

piamente dicha se resiste tozudamente al análisis: su naturaleza es demasiado imprecisa de contorno.

Esos grupos de peregrinos del conocimiento son semejantes a los de la «Liga» descrita por Hermann Hesse en *Die Morgenlandfahrt* (Viaje a Oriente). En esta emocionante novela corta el narrador cuenta su relación con un grupo de viajeros, todos ellos empeñados en la realización de un sueño personal a través de su viaje. Más adelante, los jefes de la Liga le conceden autorización para que consulte los archivos secretos del grupo, de forma que pueda escribir una historia de la hermandad. Pero cuando empieza a investigar los archivos advierte que tiene frente a él una montaña de documentos que ocupan salas y más salas, muchos de ellos escritos en idiomas extraños que no consigue comprender. Al momento se da cuenta, con una punzada de humillación, de que la tarea está muy por encima de sus fuerzas, y maldice su orgullosa presunción al creer que semejante labor era posible. Quizá sea no menos presuntuoso intentar escribir una historia del movimiento rosacruz, y si me he permitido seguir adelante allí donde el héroe de Hesse se dio por vencido, ha sido con la esperanza de arrojar una pizca de luz sobre un tema en tinieblas. Quedan otros muchos velos por retirar, qué duda cabe. Pero ése debe seguir siendo el privilegio individual de cada investigador concreto.

APENDICE

EL GRADO ROSA CRUZ DE HEREDOM [ROSE CROIX OF HEREDOM]

El Grado Decimoctavo del Antiguo y Aceptado Rito (escocés) de la Masonería, conocido como Rosa Cruz de Heredom, nos presenta una interesante adaptación de símbolos rosacruces. Su modalidad actual parece datar de finales del siglo XVIII, pero un lector de la primera edición del presente libro me escribió para decirme lo siguiente: «El (grado) Rosa Cruz, según se cree, tuvo su origen en Escocia, y se empezó a otorgar en 1750 (también en Inglaterra), mucho antes de que se hiciera la compilación de los 33 grados del Antiguo y Aceptado Rito. E incluso antes de esa fecha ya existía la Royal Order of Scotland (Orden Real de Escocia), que tenía un grado de Caballero de la Rosa Cruz.» A.C.F. Jackson, en su libro *Rose Croix* (Shepperton, Lewis Masonic, 1980: edición revisada y ampliada, 1987), ha elaborado una historia del Antiguo y Aceptado Rito, y en varios manuales masónicos se pueden hallar gran cantidad de detalles sobre el Decimoctavo Grado. Los párrafos que incluyo a continuación han sido extraídos de *The Text Book of the Advanced Freemasonry*, publicado anónimamente en 1873.

Este grado es filosófico, y su finalidad consiste en liberar la mente de aquellos impedimentos que retrasan su avance hacia la perfección, así como elevarla a la contemplación de la verdad inimitable y al conocimiento del objeto divino y espiritual (...).

Los emblemas de este Grado son el Aguila y el Pelicano, la Cruz y la Rosa. El Aguila es símbolo de Cristo en su divina naturaleza (...). El Pelicano es un emblema de nuestro Salvador derramando su sangre por la salvación del género humano.

La cruz es, como entre los egipcios, símbolo de la vida eterna, pero desde los tiempos de nuestro Salvador se ha adoptado en

toda la Cristiandad como emblema de Aquél que murió por la redención de la raza humana.

La Rosa es, figurativamente, el propio Cristo, y de ahí que se le llame «la Rosa de Sharon». Ragon dice que la Cruz era en Egipto el emblema de la inmortalidad, y la rosa el de las cosas secretas; así, la rosa seguida por la cruz era la manera más sencilla de escribir «el secreto de la inmortalidad» (...).

Como ocurre con otras órdenes que hemos encontrado, el Caballero de la Rosa Cruz tenía que elegir un apodo entre varios de una lista aprobada de características, como «Eques ab Honestate» (Caballero de la Probidad), «Eques a Sinceritate» (Caballero de la Sinceridad) o «Eques a Hilaritate» (Caballero de la Alegría).

El libro describe más adelante la decoración de las salas donde se oficiaba el grado Rosa Cruz, que era la siguiente:

Este Grado requiere Tres Salas y, de ser posible, una Antesala (Exterior) de Preparación para la recepción de los Candidatos, en la que se otorgarán los Grados procedentes, hasta el decimoséptimo inclusive, mediante la simple enunciación de sus títulos, a menos que se puedan conceder *in extenso*. La siguiente estancia se denomina «La Sala Negra»; ésta se hallará tapizada toda ella de negro, y se cubrirá el suelo con una tela de hule que represente un mosaico de rombos blancos y negros; en la sección Este se colgarán dos cortinajes negros, dispuestos de forma que puedan descorrerse completamente para descubrir el Altar, que deberá estar elevado, y a su pie habrá una grada de tres escalones cubiertos de negro con una franja blanca, en los que se bordarán espadas con hilo blanco o plateado. Detrás y encima del escalón superior habrá un bastidor de tela transparente en el que aparezcan tres Cruces, y en la Cruz central, la más Alta, deberá hallarse la Rosa Mística (Negra), situada en el centro de la Cruz y rodeada de la Corona de Espinas; las otras dos Cruces deberán tener a sus pies la Calavera y las Tibias Cruzadas. Detrás de las Cortinas y al pie del Altar deberá haber una Mesa Triangular cubierta de tela negra con una franja blanca alrededor del borde, en la que se colocarán tres Cirios, una Biblia, Compases y un Triángulo. Al lado del Altar habrá un canapé para que se recline el Soberano Sapientísimo. En el Altar, por delante del bastidor de las transparencias y al pie de la Cruz, se colocará una Rosa de Crespón Negro. En el centro de la sala estará el Tablero de Calco, y en el suelo un dibujo de siete círculos blancos sobre fondo negro, y en su centro una Rosa. En

las secciones Norte, Sur y Oeste debe haber tres Pilares de sarpies de altura en cuyos Capiteles estarán inscritas las palabras «Fe, Esperanza (Hope) y Caridad», o mejor sus iniciales «F, H (ope), C» pintadas en pequeñas placas o tarjetas y colgadas de cada Pilar por un Gancho. Cada Columna debe rematarse con Once Luces, dispuestas en una caja que tenga once orificios y las letras «F, H, C» respectivamente en su centro. Si la Sala Negra fuese lo bastante amplia, puede dividirse en dos mediante un segundo cortinaje por detrás del Altar, pero en todo caso deberá haber un pasaje desde ésta a la Sala Roja, de acuerdo con la situación de los Cuartos. Desde la Sala Negra se deberá tener acceso a la Cámara de la Muerte, y de ésta a la Sala Roja, pero si esto resulta impracticable, el Candidato, tras habérsele negado la admisión en la segunda parte de la Ceremonia, debe ser enviado a la Antesala de Recepción y la Sala Negra se transformará en la Cámara de la Muerte. La Cámara de la Muerte deberá tener los emblemas de la mortalidad esparcidos por doquier, así como estar sembrada de diversos obstáculos, dispuestos de tal forma que el Candidato tenga cierta dificultad en llegar a la Cortina Negra, detrás de la cual se colocará una Lámpara del Espíritu del Vino y la Sal, y sobre la Mecha de la Lámpara se derramará también Sal, y dos o tres personas vestidas con mortajas se agruparán a su alrededor como si fueran Cadáveres. La Cámara de la Muerte debe estar iluminada por bastidores de tela transparente con luz interior, que representen calaveras, Tibias, etc., o bien por antorchas fijadas en Calaveras y Tibias Cruzadas. La Tercera Sala, o Sala Roja, deberá estar brillantemente iluminada, con todos los Hermanos, ataviados con sus más excelsos atuendos, alineados bajo sus Banderas y el recinto entero vestido de rojo; en el centro estarán el Tablero de Calco y la representación de la Misteriosa Escalera de los Siete Peldaños; en el Altar debe haber Siete Escalones y Treinta y tres Luces, y detrás un bastidor de transparencia que represente la Estrella Ardiente de los Siete Puntos, y en el centro de ella la letra G.

En el escalón superior del Altar deberá estar la Piedra Cúbica, y frente a ella una Rosa Roja abierta, con la letra G en el centro. El Altar debe estar adornado con abundancia de Rosas y perfumado con Esencia de Rosas. En esta frase del Grado no debe aparecer la Cruz, pero la PALABRA, una vez sea hallada, puede colgarse de un Hilo de Seda, extendida a lo largo del mismo mediante pequeños ganchos pegados detrás de cada letra, y situarse por encima de la piedra cúbica, de donde se puede quitar fácilmente antes de quemar la dicha PALABRA. La última parte

de la Ceremonia se celebra en la Sala Roja, dispuesta como se ha indicado más arriba, sólo que hay que retirar la Escalera, y un Pedestal cubierto con un paño blanco se ha de situar en el extremo Este del Tablero de Calco, sobre el que se colocarán una Bandeja con Galletas o Pastas de la Pasión y una Copa a cada lado, una de ellas conteniendo la Amada Mistura y la otra Espíritu de Vino y Cloruro de Estroncio, en el que se quemará la PALABRA, y un Salero con Sal. En la concesión del Grado Rosa Cruz, los Grados se otorgan por mención simple de sus títulos, desde el Cuarto al Decimocuarto inclusive, en la Gran Logia de la Perfección. A continuación se declara abierta la Gran Logia de los Príncipes de Jerusalén y se otorgan los Grados Decimoquinto y Decimosexto, también por sus títulos; se cierra la Gran Logia de los Príncipes de Jerusalén y se abre la Gran Logia de los Caballeros de Oriente y Occidente, en la que se otorga el Grado Decimoséptimo por su título, con los Signos, las Prendas y las Palabras. Se cierra la Gran Logia de los Caballeros de Oriente y Occidente y a continuación se otorga, mediante el ceremonial *in extenso*, el Grado Decimooctavo o Grado Rosa Cruz. El largo período de tiempo necesario para ello excusa suficientemente el que no se otorguen los Grados previos de esta forma.

La ceremonia propiamente dicha es demasiado larga y prolija para reproducirla aquí, siquiera resumida, pero sucintamente consiste en que el candidato solicita la admisión al oficiante mayor, el «Soberano Sapientísimo», y éste le contesta que antes debe encontrar la «palabra perdida». En su búsqueda simbólica de la palabra atraviesa la Sala Negra, en la que arrostra peligros y sufre tribulaciones simbólicas cuya finalidad es fortalecer las virtudes de la Fe, la Esperanza y la Caridad. Terminadas las pruebas, el Soberano Sapientísimo le pregunta de nuevo, y él responde con la palabra perdida: «INRI.» Luego se colocan esas letras sobre el altar, y el candidato queda admitido en el grado Rosa Cruz.

BIBLIOGRAFIA ESCOGIDA

La mayoría de las fuentes utilizadas para este libro se indican en las notas, y algunas de ellas se repiten aquí. La lista que incluyo a continuación sólo pretende ser una guía orientativa, porque la bibliografía sobre el rosacrucismo es voluminosa y compleja. En cuanto a los manifiestos rosacruces, habría sido una tarea descomunal tratar de recopilar un catálogo medianamente completo de todas las ediciones existentes, así que sólo he reseñado las que he utilizado personalmente. Las demás obras citadas pertenecen enteramente a la literatura secundaria, y las ediciones indicadas no son forzosamente las más recientes. En ciertos casos he añadido un pequeño comentario crítico o descriptivo.

BIBLIOGRAFIAS

- Gardner, F. Leigh, *A Catalogue Raisonné of Works on the Occult Sciences: vol. I, Rosicrucian Books* (2 edic., publicación privada, 1923). Dentro de sus limitaciones, es una obra de consulta muy útil si no se tienen en cuenta ciertas inexactitudes y omisiones.
- Kloss, Georg, *Bibliographie der Freimaurerei und der mit ihr in Verbindung gesetzten geheimen Gesellschaften* (última edición, Graz, Akademische Druck- und Verlagsanstalt, 1970). Contiene una sección dedicada al rosacrucismo.
- Wolfstieg, August, *Bibliographie der freimaurerischen Literatur*. El Volumen II de esta obra (1912) incluye una sección sobre el rosacrucismo.

EDICIONES DE LOS MANIFIESTOS

The Fame and Confession of R.C.: Commonly, of the Rosie Cross. With a Praeface annexed thereto, and a short Declaration of their Physicall Word. Por Eugenius Philalethes (Thomas Vaughan) (Londres, 1652). La *Societas Rosicruciana in Anglia* publicó privadamente en 1923 una edición facsímil de estos documentos, con una introducción, notas y traducción de la carta de Adam Haselmayer; edición a cargo de F.N. Pryce, cuya valiosa introducción incluye un detallado análisis comparativo de todas las ediciones iniciales de *Fama* y *Confessio*, casi como una teoría sobre sus posibles autores.

The Hermetic Romance, or the Chymycal Wedding, written in High Dutch by C.R., traducido por Ezechiel Foxcroft (Londres, 1690).

Chymische Hochzeit Christiani Rosenkreutz, Fama Fraternitatis. Confessio Fraternitatis. Editado por F. Maack (Berlín, 1913).

Chymische Hochzeit Christiani Rosenkreutz. Con 28 dibujos por Hans Wildermann (Regensburg, Gustav Bosse Verlag, 1923).

Fama Fraternitatis, Confessio Fraternitatis, Chymische Hochzeit: Cristiani Rosenkruetz. Anno 1459. Edición e introducción de Richard van Dülmen (Stuttgart, Calwer Verlag, 1973). La edición moderna más fiable de los manifiestos, con una introducción y notas de gran erudición.

Para otras obras que incluyan los manifiestos, véase Paul M. Allen, J. W. Montgomery, Frances A. Yates y A. E. Waite.

ESTUDIOS

Allen, Paul M., compilador y editor, *A Christian Rosenkreutz Anthology* (Blauvelt, Nueva York, Rudolf Steiner Publications, 1968). Es un útil compendio de textos alquímicos y rosacruces, incluyendo la traducción de *Las Nupcias Químicas* de Foxcroft y las versiones que realizó Vaughan de *Fama* y *Confessio*.

Arnold, Paul: (i) *Histoire des Rose-Croix et les Origines de la FrancMaçonnerie* (París, 1955).

(ii) *La Rose-Croix et les Rapports avec la Franc-Maçonnerie* (París, 1970).

Beyer, Bernhard, *Das Lehrsystem des Ordens der Gold-und Rosenkreutzer* (Leipzig, 1925).

Frick, Karl R. H.: (i) *Die Erleuchteten* (Graz, Akademische Druck- und Verlagsanstalt, 1973).

(ii) *Licht und Finsternis*, Parte I (*Ibíd.*, 1975).

(iii) *Licht und Finsternis*, Parte II (*Ibíd.*, 1978).

Estos volúmenes constituyen tres partes de un estudio monumental de grupos gnósticos, cabalísticos, herméticos y rosacruces, así como de otros elementos ocultos de la tradición occidental desde la Antigüedad hasta el siglo XX.

Grassl, Hans, *Aufbruch zur Romantik: Bayerns Beitrag zur deutschen Geistesgeschichte 1765-1785* (Munich, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1968). Contiene abundante información sobre las actividades de la orden Gold-und Rosenkreuz en Baviera.

Jennings, Hargrave: *The Rosacrucians, their Rites and Mysteries* (edición revisada, Londres, Chatto, 1879).

Kienasts, Richard, *Johann Valentin Andreae und die vier echten Rosenkreutzer-Schriften* (Leipzig, Mayer and Müller, 1926).

Montgomery, J. W., *Cross and Crucible: J. V. Andreae (1586-1654), Phoenix of the Theologians: Vol. I, Andreae's Life, World-view, etc.; Vol. II, The Chemical Wedding*, con notas y comentarios (La Haya, Martinus Nijhoff, 1973).

Peuckert, Will-Erich, *Das Rosenkreuz* (Berlín, Erich Schmidt Verlag, 1973). Un trabajo erudito y fascinante que sitúa el rosacruismo en la perspectiva de la tradición pansófica.

Schick, Hans, *Das ältere Rosenkreuzertum. Ein Beitrag zur Entstehungsgeschichte der Freimaurerei* (Berlín, Nordland Verlag, 1942). Escrito «por encargo oficial del Reichsführer de las SS» y basado en gran medida en documentos confiscados por la policía de seguridad, este libro es —a pesar de su procedencia— uno de los mejores estudios sobre la época inicial del rosacruismo.

Vulliaud, Paul, *Les Rose-Croix lyonnais aux XVIIIème siècle* (París, Nourry, 1929).

Waite, A. E., (i) *The Real History of the Rosicrucians* (London, 1887). Un estudio esquemático pero útil, porque incluye los textos de *Fama* y *Confessio* y una versión abreviada de *Las Nupcias Químicas*.

(ii) *The Brotherhood of the Rosy Cross* (Londres, Rider, 1924). De alcance mucho más amplio y detallado que (i), pero sin los

manifiestos, ésta es la única historia aceptablemente completa del movimiento rosacruz publicada en inglés. Se puede considerar un estudio valioso, aunque gran parte del mismo ha sido superado por posteriores investigaciones.

Wittemans, Frans, *A New and Authentic History of the Rosicrucians*. Traducción inglesa de Durvad (F. G. Davis) (Londres, Rider, 1938). La falta de rigor de este libro puede juzgarse por esta descripción que su autor hace de Aleister Crowley: «un poeta y ocultista irlandés» que formó en Londres «un grupo rosacruz denominado *The Equinox*».

Yates, Frances A.: *The Rosicrucian Enlightenment* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1972). Trae las versiones que realizó Vaughan de *Fama y Confessio*.

Zimmerman, Rolf Christian, *Das Weltbild des jungen Goethe: Studien zur hermetischen Tradition des deutschen 18ten Jarhhunderts* (Munich, Wilhelm Fink Verlag, 1969). Este interesante estudio de las influencias herméticas en Goethe incluye una sección dedicada a la orden Gold-und Rosenkreuz.

INDICE

- | | |
|---|---|
| Adami, Tobias, 53, 60 | 60, 61, 65, 66, 68, 69, 70, 71, 74, 79, 82, 84, 85, 143 |
| Agrippa, Heinrich Cornelius, 42, 66 | Federico Guillermo II, rey de Prusia, 101, 117-124 |
| AMORC, 172-181 | Ficino, Marsilio, 66 |
| Andreae, Johann Valentin, 10, 11, 23, 51-54, 55, 56, 58, 60, 62, 71, 72, 74, 78 | Fictuld, Hermann, 106 |
| Ashmole, Elias, 83, 100, 102 | Finch, Anne, vizcondesa de Conway, 84 |
| Bacon, Francis, 73, 74 | Fludd, Robert, 75, 80 |
| Bacstrom, Dr. Sigismund, 126, 129, 130 | Foxcroft, Ezechiel, 84 |
| Besant, Annie, 182 | Fruchtbringende Gesellschaft, 54, 55, 57, 106 |
| Besold, Christoph, 52 | «Gabalis, comte Le», 149, 157 |
| Bischoffswerder, Johann Rudolf von, 117, 118, 120, 121, 123 | Garasse, François, 87 |
| Blavatsky, H. P., 11, 112 | Goethe, J. W. von, 150-152 |
| Boehme, Jacob, 72 | Golden Dawn (Amanecer Dorado), 12, 25, 158 |
| Boyle, Robert, 78 | Gutmann, Aegidius, 44 |
| Brotoffer, Radtichs, 66, 68 | Hartmann, Franz, 169, 173 |
| Bulwer-Lytton, Sir Edward, 25, 139, 155 | Hargrave, John, 183 |
| Campis, Julianus de, 68 | Haselmayer, Adam, 60, 61 |
| Carlowitz, Carl Adolf von, 95 | Heindel, Max, 170, 180 |
| Círculo de Tubinga, 10, 58 | Helmont, François Mercure van, 85, 106, 107 |
| Clymer, R. Swinburne, 171, 172, 174, 175, 176, 177, 180 | Heráclito de Efeso, 13, 31 |
| Comenius, J. A., 78, 79, 80 | Hess, Tobias, 53, 62 |
| Confessio Fraternitatis, 22, 40, 57, 59, 61, 66, 70, 74, 84, 85 | Hesse, Hermann, 188 |
| Crowley, Aleister, 158, 159, 177, 187 | Himmeler, Heinrich, 26, 78 |
| Cusa, Nicolás, 41 | «Irenaeus Agnostus» (Friedrich Grick), 69-71 |
| De Guaita, Stanislas, 130, 131, 132, 133 | Jacobo I, 67 |
| Dee, Dr. John, 61, 73 | Jennings, Hargrave, 157, 158 |
| Eckhart, Johannes, 41 | |
| Eschenbach, Wolfram von, 39, 40 | |
| Fama Fraternitatis, 9, 22, 48, 51, 54, 57, | |

- Joachim de Fiore, 45, 46, 48, 49, 58
 Jung, C. G., 23
 Jungius, Joachim, 79
 Kelpius, Johannes, 163
 Knorr von Rosenroth, Christian, 81, 106-107
 Lévi, Eliphas, 16, 130, 187
 Lewis, H. Spencer, 172, 173, 174, 176, 177, 178
 Lindsay, David, conde de Balcarres, 82
 Little, Robert Wentworth, 138
 Lutero, Martin, 41, 45
 MacKenzie, Kenneth, 111, 138
 Maier, Michael, 67, 68, 75, 89
 Mathers, S. L. MacGregor, 12, 140, 141, 145
 Médicis, Cósimo de, 37
 Mersenne, Marin, 76, 87
 Meyrink, Gustav, 186
 Mirandola, Pico della, 37, 41, 66
 More, Henry, 81, 85
 Mormius, Peter, 86
 Morsius, Joachim, 71
 Nachenmoser, Adam, 48
 Naudé, Gabriel, 86
 Nupcias químicas de Christian Rosenkreuz, Las, 40, 56, 59, 61, 62, 67, 84, 153
 Papus (Dr. Gérard Encausse), 132
 Paracelso (Theophrastus Bombastus von Hohenheim), 44, 47, 48, 61, 89
 Péladan, Joséphin, 130-135
 Plummer, Dr. George Winslow, 168
 Pope, Alexander, 150
 Ramsay, Andrew Michael, 102
 Randolph, Paschal Beverly, 100, 129-168, 171
 Regardie, Israel, 145
 Reuchlin, Johannes, 41
 Richter, Sigmund, 89
 Rodolfo II, 52, 67
 Rosenkreuz, Christian, 9, 10, 11, 15, 16, 21, 40, 48, 50, 55, 56, 57, 58, 59, 62, 79, 141, 143, 144, 152, 166, 172, 184
 Royal Society, The, 79, 80
 Saint Germain, conde de, 93, 94, 182
 Schick, Hans, 26, 70, 78
 Schleiss von Löwenfeld, Dr. Bernhard Joseph, 107, 109
 Schröder, Joseph Wilhelm, 108
 Shelley, Percy Bysshe, 153
 Sperber, Julius, 46, 47, 48, 66, 68
 «Sprengel, Fräulein», 12, 140
 Steiner, Rudolf, 182
 Studion, Simon, 48, 49, 58, 62
 Surya, G. W. (D. Georgiewitz-Weitzer), 159-162
 Trithemius, 43
 Unzertrennlichen, 54-56, 62, 91
 Vaughan, Henry, 80
 Vaughan, Thomas, 80, 82, 84, 85
 Vogel, Heinrich, 46
 Vollrath, Hugo, 169
 Waite, A. E., 17, 26, 27, 77, 90, 125, 145-147, 163
 Welling, Georg von, 109
 Wense, Wilhelm, 53, 60
 Wescott, Dr. William Wynn, 12, 139, 140, 145
 Wilkins, John, 79
 Wöllner, Johann Christoph, 112, 119-123
 Woodford, Rev. A.F.A., 11
 Yarker, John, 139
 Yates, Frances, 10, 74, 79
 Yeats, W. B., 9, 10, 11, 12, 13